

Alberto
Masferrer

EPISTOLARIO
TOMO II

Luis R. Huezo Mixco
(Editor)

Obras completas de Alberto Masferrer

©Masferrer Editores.
Todos los derechos reservados

Diagramación:
Luis R. Huezo Mixco

Masferrer Editores
Universidad Salvadoreña Alberto Masferrer
19 Avenida norte, entre 3a calle poniente
y Alameda Juan Pablo II, San Salvador, CP 1101

1a. Edición
2023

Alberto
Masferrer

EPISTOLARIO
TOMO II

Luis R. Huevo Mixco
(Editor)





Cartas a Hortensia
(1928)

18 de junio - 1928

Mi pobre Hortensia,

¡Una vez más has sido mi víctima, y de qué manera tan injusta! ¡Y no lo he visto sino ahora al amanecer!

Y tú, como siempre, me has sufrido, has soportado insultos, reproches, absurdos, y la más grosera conducta mía, sin sublevarte un segundo... Que Dios te bendiga mi criatura santa, y que te dé fuerzas para tolerarme aún algunos meses. Tengo esperanzas de curarme porque esto no viene sino de acumulaciones morbosas, que estallan a causa de la fatiga principalmente. Es mi pasado triste, amargo y perverso, que no a hecho más que descargarse.

Lo ruin, lo vergonzoso, es que descargue sobre ti, que para nada lo mereces. El instinto dominador y opresor que hay en todo, y en mí singularmente, me dice que nadie más soportaría mis iras, absurdos y entonces, caen sobre ti, mi humilde criatura, sobre ti, que eres mi verdadera madre, y que me tratas como a un enfermo, absurdo pero adorado.

No sé si tendrás paciencia mucho tiempo. Es tan odioso, tan grosero lo que hice esta vez, que no extrañaría si hubieras comenzado a sentir un punzante deseo de apartarte de mí, si no es así, mi dulce hermanita de caridad, yo creo que esto acabará en algunos meses más, porque ahora ves en intensa claridad en mí y en ti, y no concibo que sabiendo a fondo mi mal y conociendo tu maravillosa bondad, no me venga fuego del cielo para ayudarme a echar de mí esta iracundia y esta soberbia satánicas.

El sábado a las once, estaba yo en una fatiga increíble, en cuanto almorzámos, me vine por acá, y la misma fatiga me impidió reposar mientras veníamos, cuando pasaron unos minutos de las dos, comencé a pasearme como un loco, y el corazón a palpitar me con gran agitación. Creo que, verdaderamente estaba enloquecido. Tenía una sed implacable: bebía a cada instante agua, en grandes vasos y mi lengua y mi paladar estaban resecos -después que se fue Josecito, hice que Toño me mandara a comprar cigarros, y fumé, después de muchos años- la noche fue horrible, y ya sabes lo demás.

Ahora, hijita, yo te ruego, encarecidamente, que no vayas a tomar ninguna resolución en lo de la casa, ni en cosa alguna, a causa de los cargos que te hice. No estoy en capacidad de guiarte, y me asusta pensar que, sugestionada por mí, hagas algo que te pueda traer daños graves; y a tus

hermanos, por causa de ti. Mientras no veas que paso siquiera tres meses tranquilo, normal en mis emociones, aunque sean tristes o amargas, no tomes en serio mis exigencias ni mis reproches- Para que me guíes estoy, mi amada madrecita, y nunca como ahora he visto la voluntad divina que te ha traído a mi lado para que me redimieras de tanto dolor y maldad y desdicha.

Lo que tienes que hacer es orar por mí, para que la paciencia nazca en mi corazón. La iracundia es mi vicio capital, hijo sin duda da un orgullo inmenso, que antes no esperaba yo.

No te digo que me perdones: demasiado banal sería decirlo; te digo que no olvides que soy, simplemente un desventurado enfermo mental, un alienado, a quien solo tú dulzura y tú cariño pueden curar.

Adiós, con toda la furia de mi alma te bendigo y bendigo a nuestro Dios que te ha puesto en mi camino madrecita santa, adorada.

Descripción:

Masferrer declara tener un instinto dominador y opresor en todo, que lo lleva a que nadie soporte sus iras, las cuales caen de manera injusta sobre Hortensia, a quien convierte en su víctima y pide que lo tolere un poco más. Ofrece detalles sobre el estado emocional en el que se encontraba al medio día para luego pasar una noche horrible. Se confiesa iracundo, orgulloso y enfermo, a quien solo la dulzura de Hortensia puede curar.



Lunes, 2 de enero, 1928, 10 am.

Niñita mía queridísima.

La entrada de V. A en tu casa y en tus afectos, es para mí un cruelísimo golpe, inesperado e irreparable. Nada tengo contra él; en aras de intereses superiores, olvidé todos los agravios personales; lo busqué yo mismo, y concilié con él sinceramente. Le estimo en mucho, y lo creo un buen partido para tu hermanita; salvo dos reservas graves de que trataríamos más tarde, si fuera necesario, y que, una vez esclarecidas mis dudas, acaso resultarían de ningún valor.

Mi pesar, enteramente personal y egoísta, viene de que su manera de

concebir y de sentir la vida, es muy contraria a la mía: su moral, su religión, su concepto de la sociedad y del matrimonio, su teoría sobre la economía social, y sobre los derechos de los pueblos en relación con Norteamérica, son opuestos con los míos hasta ser irreconciliables muchas veces. Por ejemplo, el opina que quien tenga un hijo fuera de matrimonio, debe ser castigado con la prisión. Para él, la iglesia, el dinero, el capital, son valores muy altos, que, a lo sumo, necesitarían una depuración. Es muy severo de doctrinas y de conducta; un verdadero puritano.

Pues bien, si su simpatía por M se acentúa, se convierte en amor, y es correspondido, el influirá poderosamente sobre ella, en contra mía; ella influirá en ti, con todas sus fuerzas, en el mismo sentido; tú cederás, seguramente, y yo seré la víctima. Cederás como otras veces; pero esta vez más radicalmente, por tratarse del porvenir de tu hermanita. Y como él es hombre de voluntad, y su influencia se acrecentará a medida que se aproxime su incorporación en la familia, es inevitable que a mí se me descarte.

Lo sentí así con todo mi ser, en el momento en que leí tu carta, ayer a las dos de la tarde; me lo han gritado así mis presentimientos en esta noche de insomnio y de siniestras pesadillas; me lo dice así mi corazón, ahora, cuando la serenidad de la mañana me da fuerzas y claridad para revisar el pasado y calcular el porvenir.

Son cosas fatales, y nadie puede nada contra su Destino, salvo recibir sus golpes con la mayor rebeldía posible, y maldiciéndole, como haré yo, en vez de acatarle resignadamente.

Ayer esa noticia me causó el efecto de que me hundía en un precipicio; ahora me digo que sí, que debo hundirme, y que eso será lo mejor para que yo no siga siendo cada vez más, un obstáculo a tu felicidad y a tu paz.

Desde hace tiempo vengo observando con lacerante curiosidad, como encuentran en ti fácil camino y cordial acogida, todos aquellos que me han hecho daño, o me combaten, o me malquieren. Y como, al mismo tiempo, se me cierran a mi cada día mas las puertas, al grado de que me voy sintiendo un excomulgado: el único que merece vivir ausente, en el todo de una soledad asfixiante, condenado a no verte, a no oírte; reducido a la merced de algunas cartas raras y breves, y sin haber recibido una sola palabra que me dé esperanza de que mi destierro ha de concluir o modificarse alguna vez. Te digo que no atribuyo todo esto sino a mi fatalidad, que te hace su instrumento bien a tu pesar. Pero dejemos ya a un lado mi egoísmo y seamos valerosos y leales. Yo hijita, ni por un instante pensaré contrariar lo que puede ser una gran dicha para tu hermanita, venga para mí lo que venga. Por lo que hace a ti, si resultas ser el objeto de esa simpatía, me parece que

tu conducta no puede ser otra que una declaración inmediata, de absoluta sinceridad y lealtad: una negativa rotunda y definitiva, apoyada si fuese necesario, en la confesión de que estas comprometida con otra persona, en forma tal que tu compromiso es un vínculo que no debes ni quieres romper. Se entiende, si en verdad esos vínculos tienen aún toda la fuerza y todo el encanto de cuando fueran contraídos ante Nuestro Señor, hacen hoy dos años y veintiocho días, una luminosa tarde, bajo los árboles del P.B. Si no es así, hijita, tu sabes que no eres mi esclava, y que nada querría de ti que no fuera verdad y que no me viniera como una gracia.

Te ruego, encarecidamente que me hables de ese asunto lo menos que sea posible, y solo en lo indispensable para orientarte en favor de nuestra hermanita. La verdad, prefiero ignorar quienes te rodean y merecen y obtienen la dicha de estar a tu lado y de hablarte y oírte y revivir y glorificarte con tus palabras y tus sonrisas. No soy santo, hijita, ni quiero ya serlo, y es un suplicio tremendo para quien esté muriendo de sed, oír la ventura de quienes están junto al arroyo- En verdad, jamás comprenderás como vivo y padezco yo..., y más vale así.

Cuando eso se aclare, si me preguntas, te daré algunos datos que pueden serte útiles para juzgar lo que más convenga a M.

Vaya, pues, mi niña linda, damos gracias al cielo que ya vas descansando, y vaya todas mis simpatías a ese Chelito que te permite volar, y aun te acompaña en el robo de algunos momentos necesarios a tu descanso.

Te ruego que me devuelvas el trozo de Helios me dijo, que te fue con mi carta de anteayer. Te ruego otra vez, que me envíes la 2ª canción a Clara Luz; si se ha perdido, me lo dices, para no atormentarte más con ella. Te ruego, asimismo, que me devuelvas la carta de F.G, solo para copiarla y publicarla.

El 31 a las doce de la noche, vino a mi cuarto a darme un abrazo en nombre de mi mamá, y otro por ella; con una dulzura que me penetró hasta lo más hondo, me dio otro diciéndome: este es por Hort. Apenas se fue, me vino un llanto desatado, y estuve llorando largamente, quizás un cuarto de hora, hablando con mi Dios, y sintiendo que al hablar hablaba de ti, con tu voz y tu corazón; que tiempos que no me venía tantas lágrimas.

Pensé escribirte muy breve y muy serenamente, sin hablarte sino de ese asunto de V. A y M. ¡Pero ya vez! ¡Mi placer único e inmenso es conversar contigo y luego, quien sabe sino serán ya mis últimas cartas!

Adiós. Que los ángeles acaricien tu cabecita gentil y derrame sobre tus ojos el bálsamo de un sueño profundo; que te den lo que a mí me roban, mi cruel y adorada criatura.



3 de enero- 1928.

Querida Hortensia, buscando alivio a mis tristezas, que amenazan envolverme en una neurastenia, me iré para oriente el martes próximo. Sufro de terrores intensos por la noche, de pesadillas; de insomnio; y en el día, de melancolía tenaz y constante deseo de llorar. Esto se viene formando desde ya varias semanas, y ahora se acentúa, y exige remedio. Espero que el aire de la montaña me cure y me de fuerza y ánimo.

Nela irá conmigo para ayudarme a buscar el rincón que necesito para mi temporada. Debe ser un lugar seco, luminoso con elementales comodidades. Ella regresará enseguida, y yo me quedaré algunos meses, por lo menos todo el verano, si tolero el clima.

Quisiera dejar en orden mis papeles, y llevarme algunos. Así, te suplico que me envíes el retrato de mi tío Salvador, y otros dos, me parece, que te dejo junto con este.

Si tengo la dicha de que me escribas- y debe ser a mi nombre, forzosamente - dirige las cartas a Santiago de María, con entera confianza. Y para que no te expongas a ningún peligro, no te nombres, ni a tus hermanitas, ni a nadie. Con iniciales que indiques, me bastará.

Mi dulce amiga, yo espero de este viaje mucho bien: recobrar el control de mis nervios; ver bien adentro de mí, y adquirir el valor necesario para no estar atormentándote continuamente, y cumplir mi anhelo fervoroso de llegar a ser para ti una influencia benéfica en vez de un manantial de sinsabores y sobresaltos. Ya me duele y me avergüenza demasiado no dejarte en paz ni una semana, ahora que tanto la necesitas.

Por otra parte, quiero ver si me prueba la soledad y si soy capaz de sobrellevarla sin dejar de trabajar. Yo confío mucho en el Sol y la Montaña, mis Dioses Tutelares Verenun.

Con los retratos que te pido, envíame los versos que me copia Berta, dos o tres me parece, para acabar de coleccionarlos.

Me habían ofrecido, formalmente, un retrato tuyo, para celebrar tu natalicio. Ya que no pudiste hacerlo, y mientras llega el día en que puedas, enviarme un cuadrito que te llevó Nela, y que yo recorté de una revista, por lo mucho que se te parece.

Te suplico advertir, que me voy el martes próximo, para que, si me escribas a esta, venga tu carta lo más tarde el lunes en la noche. Eso exigirá ponerla en el correo, el lunes muy temprano.

Yo quizás vuelva en abril o mayo. Hasta entonces, mi amada Hortensia, y con lo más puro e intenso de mi corazón te digo adiós, y te envié los más limpios y altos pensamientos que puede concebir mi pobre cabeza, tan cansada y atormentada.

Haz un esfuerzo y envíame todo lo que te pido, incluso lo que te indicaba en mi carta de ayer. Adiós, adiós Ultensha.



Viernes
6 de enero- 28 - 9 am.

Mi pobrecita Helia:

Aquí tengo tu telegrama de anoche, enviado por ti a las 9 y 5 minutos. ¡Pobrecita! ¡En que dificultades y conflictos diarios te ves a causa de mí! Antes yo te daba alegría y fortaleza; ahora desde hace cinco meses, sobre todo, yo soy para ti una causa perenne de inquietud, de sobresalto, de tristeza y de angustia.

Que me sirva de excusa, para que me perdones, y para perdonarme yo mismo, saber que hago los esfuerzos más grandes para no atormentarte, y que los dolores con que te aflijo, no son más que un reflejo pálido de los que a mí me abruma. Hijita, yo he sufrido tanto en estos últimos meses, desde que me vine últimamente, que me siento lavado de todas mis culpas, y aun de las que cometa en adelante. Y es que vengo sosteniendo una lucha imposible. Desde que me vine, a fines de junio, yo sentí que nos habían separado, y que cualesquiera esfuerzos que hiciéramos, esa separación sería cada vez más honda. Y así ha sido: por una o por otra causa, fíjate que los obstáculos crecen entre nosotros, y que, día por día, la ilusión de unirnos, de confundir nuestras vidas, choca contra nuevas barreras.

Ahora, bastarían mis imaginaciones enfermas y mis nervios desalidos para llenar de infelicidad una vida. No soy dueño de mí; me he vuelto irascible, celoso, rencoroso, propenso al odio, incapaz de trabajar con nada seriamente, y tan egoísta que me imagino un crimen de tu parte la cosa más insignificante e inocente. Sé muy bien que la más elemental cortesía, ya que no el afecto, me impondría el ser paciente ahora que tiene tantas

obligaciones; sé que estás enferma, agotada, desesperada y, no obstante, luchando terriblemente desde hace unos meses para crearte y afirmar una situación que te asegure la independencia y, sin embargo, ¡no te he dejado en paz cuatro días seguidos!... Te hostigo sin cesar; después me arrepiento, me avergüenzo..., y vuelvo a martirizarte en seguida.

Y todo, porque ya se me hizo imposible, insufrible vivir apartado de ti. La idea de que otros, todos pueden hablarte, verte, oírte, conversar contigo, pensar contigo, y que yo, que vivo únicamente de ti no pueda hacerlo, me trastorna, me arrebatata completamente el dominio de mí mismo; me exalta, y te culpo a ti, estúpidamente, como si no estuviera convencido de que eres y has sido conmigo perfecta; como si no supera que jamás nadie me dio la vida ni podría darme con mi desprendimiento un amor tan abnegado, tan puro, tan cabal como el tuyo.

Hijita, yo me vengo diciendo a mí mismo, y repitiéndome constantemente desde hace tres meses, que debo renunciar a ti; que no puedes ser enteramente mía en esta vida; que debo transportar mi esperanza a un mas allá, para cuando tú y yo nos hallemos libertados de la cadena de nuestra misera existencia actual. Yo sé, yo veo, yo creo, que mi empeño de unirme ahora contigo es una quimera; que no podría ser sino a costa de dolores muy grandes para ti y para otros; que nada podría yo ofrecerte que te compensaría tamaño sacrificio; que te obligaría al abandono de todos tus afectos y de reales e imperiosos deberes; que no tengo ni edad, ni salud, ni dinero, ni libertad, que pudiera hacer probable el desenlace feliz de una aventura como la de llevarte conmigo; que el resultado seguro y pronto sería tu miseria y tu ruina... Yo lo sé, y por eso, hace ya tiempo, un año quizás, que me digo a mí mismo: “debes renunciar a ella”; debes sacrificarte para no hacerla desdichada.

Y cada vez se ahonda en mi conciencia esa afirmación; y el dolor creciente en mi vida y de la tuya, me confirma hasta la evidencia, que ese es el único y verdadero camino de salvación, que ese es el único y verdadero camino de salvación y de paz...

Pero, hijita mía, tú no puedes imaginarte lo que es para un hombre que nada tenía ni esperaba ya en la vida, haber encontrado una criatura como tú, que colmaba todos sus anhelos e ideales, tener que renunciar a ella; tener el valor de renunciar a su dicha total y única, por convicción, por su propia voluntad; como uno que moría de sed, y al llegar, al manantial, se aparta y se aleja, diciendo ¡no!

Cada vez que he comenzado, porque ya he comenzado muchas veces a practicar esa resolución de renunciar a mi unión contigo, después de algunas horas, de uno o dos días de valor, de resignación, me sobrevienen

(ilegible) de ira, de desesperación, de los más encontrados sentimientos; no duermo, no trabajo, no veo a nadie, no leo, y todo mi afán, loco y lacerante, es pensar, buscar, idear una solución que me lleve a tu lado, que nos una, que llene esta esperanza, este sueño de tres años en que toda mi vida ha sido pensar en ti y repetir tu nombre. Y como no la encuentro, como no hay solución, me exaspero, me enloquezco, y descargo sobre ti mi desesperación y mi locura. Y así es como, contra toda mi voluntad, contra toda justicia te atormento una y otra vez, y cada vez más.

Pero ahora, mi Divina Luz, mi Helia idolatrada, yo me siento capaz. Ahora, si tú quieres, yo tomaré esa corona de espinas y la colocaré yo mismo en mi cabeza. Sé, estoy absolutamente cierto de que, de seguir como estamos, mi vida se pierde, se anula; que no haré ya ninguna labor, y que, después de embrutecerme en el ocio, caería en algún vicio y me degradaría. Y al mismo tiempo, consumiría tu ruina. Pero si renuncio a ti- no a tu amor porque no concibo vivir sin amarte- sino a mi unión contigo; si le impongo a mi corazón que te vea simplemente como a una hermana, como a mi hermanita espiritual, como a mi Clara Luz, de quien tome yo valor, ejemplo y esperanza; como a mi fuente inspiradora y a mi guía contra el mal, entonces, dulcísima mía, después de sufrir mucho, mucho, vendrá la paz; yo volveré a trabajar, a serenarme a mi obra, a cumplir la tarea que se me ha encomendado; y tú, día por día te serenarás también, encarrilaras tu vida; serás la madre solícita y feliz de tus hermanitos, que son, necesariamente, tus hijos; y cada día sentirás con más fuerza y ventura, que ha sido en mi existencia la Estrella de Salvación, y que hasta lo último la influencia en mí ha sido bendita y fecunda.

¡Quieres, hermanita! ¿Quieres que ya desde ahora nos digamos, y mostremos a todos, con la frente serena y la mirada franca, que somos dos hermanos, dos espíritus que se emprenden y se complementen, y que, para el perfeccionamiento mutuo, cada una de ellos bañan su cruz, renunciando al adorado sueño de unirse aquí en la tierra?

¡Quieres así, hermanita mía precisa y santa!

Anoche hablamos de ti largamente con N. y M.N., de tus gracias, de tu bondad, de tu dulzura, de cómo sabes acoger a todos con tu amor, y cómo estás siempre dispuesta a beber la hiel para que todos disfruten algún instante de ventura. De manera que el instante en que ponías tu telegrama, nosotros pensábamos en ti, te sentíamos entre nosotros y gozaban con tu recuerdo.

Mañana esperaré la carta anunciada en tu telegrama. Ya me imagino con qué ternura, como siempre, me dirás en ella palabras de esperanza y de consuelo, y me harás ver que no eres culpable y que no has dejado de

amarme ni un instante. Pobrecita, mariposita linda. ¿Acaso no lo sé yo! ¿No has sido en todo para mí la persona única, la criatura perfecta?

No hay más culpa sino la de una Voluntad Superior y Divina, que no quiere, que no consiente nuestra unión y nuestra soñada ventura. ¿Por qué? Acaso para nuestro bien...

Renunciación. ¡Qué tremenda palabra, y cuántas, cuántas veces la hemos pronunciado, si advertir que era una agudísima espada, que al más simple contacto puede destrozarse el corazón!...

¿Renunciamos, hijita adorada?, Te conviertes en mi hermanita dulce y luminosa, y sigues libremente tu vida, y haces tus deberes, y fundas tu propio hogar, y me dejas en tu corazón un rinconcito que nadie vea, y donde escribirás para mí la palabra “mañana”.

Yo me siento capaz. Viajaré, estaré sin verte mucho tiempo; haré todo lo que sea necesario para tranquilizar mi corazón, hasta que sienta como una realidad que soy tu hermano. ¡Y tendremos paz! Y mientras esté sufriendo tristeza y soledad y orfandad por ti, me fortaleceré diciéndome: ¡es por ella, por su ventura, por su paz, por su misión, por su deber; porque no descienda; porque sea siempre la estrella de mi camino, y la luz de todos los que vean su sonrisa!

¡Quieres, hermanita!

¿Me contestarás esta, de manera que reciba tu respuesta antes del martes?

Arcángel mío y mi Dios, siente como te amo en este instante supremo de mi vida.



Domingo, 8 de enero 1928 - 8 a.m.

Querida hijita mía:

Aquí tengo tu carta de anteayer, con la cual, de tu plena voluntad, confirmas y reafirmas los votos que te unen a mí, y cuya eficacia hasta hoy, eh sido nula. Tan nula, que muchas veces, al verme postergado y olvidado, hasta por cosas insignificantes, me decía: “O no supo lo que hacía entonces, cuando pronunció esos votos, o no sabe ahora lo que hace, cuando los viola tan tranquilamente”

Mientras yo tengo ante mí esa carta en que me declaras de la manera más solemne y enfática, que tu conducta conmigo será otra desde ahora,

y en que me haces una promesa total y única de ser en verdad, y para siempre, y a pesar de todo, mía, estarás leyendo o recordando lo que yo te escribí anteaer, con la cual te propongo que desde ahora seamos única y verdaderamente hermanos; que recobres toda la libertad; que des franca preferencia a tus deberes; que fundes tu propio hogar; que sigas el camino que te indique tu corazón; que borres en fin, nuestra vida de tres años, impregnado, saturado de anhelos, de lágrimas, de desesperación, de angustia.

¡Qué necesidad tengo de decirte que al escribir esa carta no hacía sino darte una última y tremenda prueba de amor, de amor de verdad, como lo entiendo y lo vivo yo, que se darne plenamente, ofrendando vida, pensamientos y hasta conciencia! Dudando de ti, como he venido dudando; creyendo que te pesaba demasiado la cadena de mi afecto; queriendo por encima de todo y hasta el final, sacrificar y ofrendar todo a tu felicidad, a tu paz, no me quedaba otro camino que renunciar, como te lo propongo en esta carta, e irme lejos, a esconder mi vida inútil ya y para siempre tronchada, a un rincón en que ni mi presencia te estorbara.

Tu carta me hace de nuevo soñar y esperar; me hablas en tales términos, con tanta espontaneidad y amor y fervor, que pienso: ¡quizá!... ¡talvez!...

Pero, hijita mía, debes reflexionar en una cosa: en que una carta como esa en que yo renuncio a vivir, puesto que ya no sería vida digna ni útil la que viviría alejado de ti- una carta así, no se escribe sin haber sentido, vivido, bebido, el acíbar, la amargura tremenda de la renunciación. Tales cosas no se escriben con tinta sino con sangre; cada palabra ha sido una desgarradura, cada letra una punzada... y yo me siento ahora, por haberla escrito, tan triste, tan abandonado, tan desagobiado, tan solitario, débil y huérfano, como si nuestra separación se hubiera consumando. Si, a pesar de esa tu carta que me abre horizontes vastos y luminosos yo me siento aniquilado, y mi deseo mayor sería descansar en la muerte, de una vida tan enemiga y tan implacable.

Han sido muchos insomnios, muchos días grises, muchas dudas, muchas tempestades mentales, muchos naufragios y huracanes del corazón, muchas flores tronchadas, los que se tradujeron y cristalizaron por fin en esa carta. Y si la escribí, es porque el ser instintivo o subconsciente que cuidó de que no muramos antes del tiempo, habló y se impuso gritando: mejor renunciar que morir o que enloquecer.

Bueno, hijita, y habiendo leído esto con la grave atención que requiere: ¡no crees que sería de tu parte una crueldad inaudita una verdadera maldad, hacerme volver de las tinieblas, donde al cabo se puede vivir, una vez que uno se acostumbra a ser ciego, con la esperanza de darme la luz plena y

esplendorosa que yo vengo pidiendo y necesitando!

¡Verdad, hijita, que tu no serías capaz de maldad semejante! Verdad que todo es en tu carta sincero, profundo y verdadero, y que te has dado bien cuenta de que todas sus palabras te hacen mía, no como hasta aquí- por instantes y por migas caídas de tu corazón y de tu vivir- sino mía en cuerpo y alma, y de nadie más, ¿y no obedeciendo mas ley que la de nuestro propio corazón?... ¿Es así, es eso lo que has escrito, y lo que yo entiendo claramente en tu carta? Porque si no es así, ¿a qué volvería yo?

Hijita, este es un momento grave de nuestra vida; mi verdadera resolución era, y es, si tu aceptabas mi renunciación, que no me volvieras a ver. Las consecuencias, para mí, las conozco: un hombre como yo, si pierde lo único que le sostenía y alentaba, todo sus sueños, toda su esperanza, y quizás todo su pecado, no puede seguir viviendo sin sufrir una degeneración profunda, quizás definitiva. Sin duda que no me mataría, pues no me pertenezco, y hasta es posible que mi ser animal, puramente animal, ganara en fuerza viviendo en un monte, olvidando y olvidado. Lo que fracasaría o me comería mucho sería mi ser mental, porque me faltaría la voluntad. A toda incitación de mi temperamento artístico, el alma desgarrada contestaría: ¿para qué?

Yo tengo el don fatal de anticipar mis estados de ánimo; de sufrir desde ya, los dolores que no me acontecen sino mucho tiempo después: eso explica muchos escritos míos, amarguísimos, escritos en ocasión y edad en que no podría ser sino imaginados, solo en mí, la imaginación es real y constantísima. Pues bien, anteanoche (son ya como a las diez las noches que no duermo) sentí lo que sería esa paz de que te hablaba en mi carta; lo sentí tan vivamente, que su realidad se exteriorizo inmediatamente en unos versos, que comenzaba así:

¡Dios mío, estás en la paz o en la muerte!

¿Esta es la paz que tanto yo he buscado

¿sentir el pensamiento ciego, inerte,

y el corazón helado?

Ya ves, hijita querida, que yo sé lo que sería para mi renunciar a tu amor, y que, al decirte en mi carta dos o tres veces, “Yo me siento capaz”, te decía a sabiendas, con plena conciencia y voluntad, yo iré antes a la inercia, al embrutecimiento, o la soledad, a la completa anulación de mi ser mental y al fracaso de mi obra, antes que continuar así como estamos, porque esta manera de amor, así como estamos, me llevaría a cosas peores: al odio, a la envidia, al vicio y a extremos aún peores.

Niña mía siempre amada, no dudo de tu carta; es imposible imaginar

tales cosas sino viniendo de la raíz del corazón, y el tuyo no sabe mentir. Pero oye, una vez más: te necesito, te quiero mía, y solo para mí; te necesito, te quiero mía, sin limitación de ningún género, ni moral, ni familiar, ni religiosa, ni social; contra toda ley y costumbre y vínculos y pasado y porvenir, te necesito y te quiero mía. Porque no puedo, y no quiero entender el amor de otra manera; porque para eso te he convertido en mi Dios; para eso te enseñe una moral y una religión nuevas y mejores; porque para eso transfundo en tu espíritu, todo lo que el mío aprendió y sufrió en mi vida de trabajo y dolor; porque para eso abandoné yo mismo cosas que me ligaban terriblemente, y que no había abandonado nunca sino por ti; porque yo sé darme entero y total; porque amándome así, en todas tus potencias, me das fuerza, me das luz, inspiración, intrepidez, ansia de trabajo y de lucha, anhelo de ser bueno y de hacer bien. Pero amándome de otra manera, llena de temores, llena de compromisos, llena de vergüenza y de recelos, queriendo satisfacer a todos; siendo para todos, y arrojándome a escondidas la limosna de tu corazón, en gotitas y migas... Así en vez de salvarme me pierdes; me anulas; consumes todas mis fuerzas en reprocharte tu tibieza, en pedirte explicaciones, en acusarte y luego en darte excusas en no tener un instante de sosiego y de fe- Así, me pierdes, y te pierdes, porque tu vida es tan anormal y tormentosa como la mía.

Hijita de mi corazón, ahí te dejo escrita mi verdad total, mi testamento, mi alma desnuda. O unirte a mí, unirte por fin, con plenitud, voluntad y entrega, para hacer los dos, entre los dos, una obra bella, buena, santa quizás, o abandonarme, y recobrar tu paz, tu vida normal, tu camino de antes, aliada y sujeta a ideas y sentimientos fáciles de satisfacer, a deberes fáciles de cumplir, que ni quita el sueño ni provee la censura de nadie.

Ahí quedo yo, hijita, en mi absoluta verdad y voluntad. En nombre del dios en que creas, y del mío que es toda luz y claridad, ahí estoy para que libremente, sin una palabra de engaño coherción si seducción escojas: ¡vuelves a tu camino, o entras en el mío!

Pasado mañana me voy: todas mis cosas están preparadas para una larga estancia, ¡y aún para quedarme! O por lo menos para no volver a San Salvador. Así que esta carta es, o una suprema despedida o una suprema esperanza, próxima a la más amada y dulce realidad. Eres tu quien va a decidirlo: si me escribes diciéndome vuelve, yo sabre que todos mis anhelos serán colmaos y no pediré a la vida ninguna otra ventura. Si me dices que no pueden entrar de lleno a mi camino, entonces mi destino se consumará.

Entre tanto, con la ilusión que tu carta ha resucitado en mí, déjame que te sienta mía, y que te colme de besos, y que una caricia infinita teniéndote junto a mi corazón, te diga lo que nunca he sabido decirte con mis propias

palabras: que te amo y te he amado más allá de todo amor humano, ¡que has sido realmente mi fe y mi dios!



Lunes, 9 de enero de 1928 a las 8 a.m.

—
Mi criatura dulcísima y bendita.

Ayer te escribí una horrenda carta, llena de acritud, orgullo, crueldad y estupidez. Por la tarde estaba ya avergonzado, de habértela enviado, y afligido hasta la raíz de mi corazón, al pensar que ya casi nunca te escribo sino para martirizarte.

Es que no estoy bien, hijita; mi cabeza anda trastornada, y hasta me sobrecoge el temor de la locura, tanto insomnio quizás.

Pero tu mi angelical muchachita, debes saberlo y no atormentarte por mis absurdidades cuando te llegue una de esas desdichadas cartas, piensa así: ¡pobre mi muchachito! Sin duda no duerme; ¡él no es tan malo como parece...! Verdad mi linda, ¡que así lo harás!

Hijita, anoche dormí bien, y ahora mi pensamiento está sereno, y te veo como realmente eres: dulce, abnegada, generosa y noblesísima; y siento que inmensa merced es tu amor. Esta mañanita estuve mirando de frente al sol (yo puedo hacerlo hasta las siete de la mañana, pues me he acostumbrado) y me deleitaba imaginándome que sus rayos en abanico, eran tus brazos y tus manos que me estaban acariciando.

Hijita adorada, haz conmigo según te lo pida tu corazón. Yo voy a vivir estas semanas con la esperanza que me has dado; a soñar en la dicha suprema que me has prometido. Y en cambio de tanto bien, te prometo que voy a ser bueno; a cuidarme, a tener absoluta confianza en ti.

Nada más te escribo, mi florecita divina, porque es mucho lo que he de arreglar hoy para mi viaje de mañana, quema esa odiosa carta de ayer, y hazte el firme propósito de no martirizarte por mis quimeras. Tu amor, si es vidente, ha de enseñarte que en el fondo de todo no hay más sino mucha tristeza, y mucha necesidad de desahogo.

Creo en ti, mi Helia, con toda mi fe y mi aspiración, creo en ti, como en el ser más noble y generoso y dulce que hallé en mi vida. Y mi tormento más grande, es cuando esa se empaña un instante. No creer en ti sería morir.

Adiós, mil veces bendita mía, amada mía; te estrecho sobre mi corazón,

y aspiro tu aliento y la luz de tus ojos.



9 de enero de 1928.

Querida Toña:

Mañana me voy con Nela a Santiago de María, a buscar un poco de aire de montaña, que necesito. Nela volverá a fines de este; yo me quedaré allí todo febrero, salvo que vuelva antes. (así debería uno hacer todas sus promesas).

De Santiago te escribiré largamente, y contestaré a Jorgito su preciosa carta de hace varios días.

Si llega Hortensia, démele dulcito de paya, no tan cargado de dulce; la gracia de todas las cosas es que sean dulces y amargas. Excepción de mi pobre Negra, que es únicamente y para todos, dulzura y suavidad; pero no se lo digas, porque se volvería vanidosa.

A Leonorcita me le das un abrazo, y que cuando, y que cuando me escribe, ella también, a maquina.

Mamá quedo bien acompañada, con una señora de confianza.

Hasta luego, pues, y que estén buenas y contentas.

Te ruego que me envíes a Santiago el retrato de Rosario, de que me dices.

Abrazos.

Alberto



S.D.M. jueves. 12 - 3 pm.

Dulcísima criatura mía, yo no encuentro ninguna palabra que contenga mi pensamiento; nada que pueda expresar la ventura, la paz, la serenidad que me ha traído tu cartita de ayer. Me la entregan esta mañana al levantarme, y desde ese instante, mi corazón canta en mi pecho, y repite sin cesar tu nombre, en que yo encierro toda la música del mundo. ¡Qué pueda uno hallar tanta dicha en una carta! ¡Qué pueda uno olvidar años de dolor y de tristeza, y sentir que no tienen valor, si al cabo de ello, viene en una

palabra, la realización de nuestra esperanza!

Yo tengo que decirte una sola palabra: que te amo, te amo, te amo, con todo mi ser, con toda mi fe, con toda mi voluntad; que colmo todo anhelo mío; que te veo y siento única, plena de gracia; toda bondad y comprensión y simpatía, que no concibo que nadie te supere, ni querría amor ni conocer siquiera a quien te superará.

No sabes, mi Clara Luz Celeste, como te has posesionado absolutamente de mi vida, y de mi espíritu... no sé cómo decírtelo... me siento un reflejo tuyo, una sombra tuya, un eco de tu voz divina...

Desde mi cuarto se ve la gran oquedad de la laguna: los picachos abruptos, los altos y ásperos murallones. Pues ayer, muchas veces me entretuve en fijar en ellos mis ojos, diciéndome: "ella debe haberse fijado allá, en aquella piedra, en aquella hondonada, y es imposible que no esté ahí flotando el fluido de sus ojos y de sus pensamientos".

Divinísima mía, me has vuelto a la vida cuando me iba hundiendo en la muerte; me has inundado de luz cunado todo yo me sentía saturado de sombra.

No me envías los retratos, ni las copias; ¿dónde pueda estar mejor que en tus manos? No te fatigues mi dulce adorada; me basta con una palabra en que me repites que ya nunca, nunca vacilarás en tu amor, y que me sientas digno de ti, a mí que no te merezco, y que tu luz de estrella guste acariciar a este tu pobre oscuro gusanillo que solo amándote y sintiéndose amado puede tornarse mariposa.

¡Estoy bien, linda! Voy soportado bien el frío, y ahora con esa tu carta, nada me hará daño. No te inquietes mi muchachita; si no estoy enteramente bueno y fuerte, no me quedaré solo... Y si me quedo, ten la seguridad de que es en las mejores condiciones. El domingo nos iremos a Berlín, y cuatro días después, nos vendremos para Alegría. Envíame con entera confianza las cartas aquí a Santiago, pues tengo en el correo un amigo de mi satisfacción que me las guardará o remitirá según yo le diga. Si quieres, dirígela como siempre a N. y si deseas disfrazar la letra, imita la del sobre de esta carta, que así desaparece todo estilo en los caracteres.

Amada de mi alma, mi Aurora y mi estrella, te estoy acariciando con toda mi ternura, pienso en ti como en la único objeto y fin de mi vida, y te colmo de bendiciones. Adiós mi dulce.



Santiago- 15 de enero- 1928.

Corazoncito mío: ¿Cómo estás? ¿Has descansado un poco? ¿Has pensado en mí un ratito? Yo me siento bastante fortalecido de mi cuerpo. De mi ánimo, ya te lo imaginas, después de tu dulcísima carta del 11- ¿Cuándo recibiré otra palabra tuya, y con ella mi ración de fuerza y de dicha?

Anoche di una conferencia con muy buen resultado. El tema “¿Qué cosa es, en realidad la voluntad de Dios, y cómo se cumple en el Cosmos y en la Vida Social?”- Interpretación del Padre Nuestro y algunas frases del Evangelio, en el sentido de que toda la responsabilidad de los males sociales recae sobre el hombre, y no sobre Dios. El hombre tiene que ser su propio redentor, etc.. etc. La resignación ante la explotación y la tiranía es vicio y pecado, alusiones al monopolio de la tierra y otros plazos propios de este lugar.

Hubo numeroso y selecto público; música, cortinajes etc... etc. Lo curioso es que, por estar con mucha jaqueca, no pude prepararme, y solo dos horas antes de la conferencia logré tomar algunas notas; y, sin embargo, según Nela, me resultó mejor que otras veces. ¿Adivinas tú por qué sería?

Nos vamos hoy tarde para Berlín. Queda bien arreglado la cuestión de las cartas; no temas escribirme, preciosa mía.

Estoy sumamente cansado, pues, como siempre que hablo, me desvelo toda la noche. Por eso nada más te digo, sino que te quiero un poquitito del tamaño de toda esta montaña, y de todo el cielo.

Hasta luego mi niña linda y adorada.

Nuestra Hortensita linda, la recordamos sin cesar. Reciba pues un abrazo y un beso de su Nela.

De Berlín le escribiré largamente.

Suya.



Berlin, 19 de enero de 1928

Mi niñita linda.

Sin una letra tuya desde hace ya siete u ocho días. ¿Estás enferma? ¿Estás muy fatigada o tienes grandes enojos?

Yo estoy bien de salud; no he tenido sino ligeras indisposiciones, y si no fuera por tu silencio, que es mi eterno tormento, mi excursión resultaría enteramente provechosa.

Estamos aquí desde el domingo 8 en la tarde, y nos iremos para Alegría el domingo próximo, de mañana. Ahí estaremos unos cuatro a cinco días, y luego nos iremos a S.V. Esta es una población muy bonita, limpia, con buen clima, grande horizonte; un lugar de muchos perspectivas físicas y espirituales, donde yo vendría gustoso a terminar mis días, teniendo a mi lado una compañera de mi corazón y de mi pensamiento. Este frío es vigorizador y estimulante, y se siente uno aquí sereno y amoroso. No creo que haya en el país un lugar más grato.

Yo no he escrito ni una línea, ni siento aun deseo de escribirla; señal de que mis nervios se han calmado, y de que, en verdad, estoy descansando. Me paso el día labrando un bastón de cafeto, andando, conversando. Mi primo Rodolfo, uno que me quiere desde que yo tenía diez y siete años, se ha venido de San Agustín, a pasar conmigo los días que este aquí. Es un alma de niño bueno, muy manso, muy limpio, muy ingenuo. Hablamos largas horas; le di a leer una copia de Helios, y está deseoso de convertirse. Yo estoy leyendo un libro de Wells, admirable: "Une Reve... une Vie", en el cual un joven del año 4,000, refiere a un grupo de amigos, lo que era la vida nuestra en este siglo xx: una vida cancerosa, en la que los cuerpos y las almas estaba infestados de tumores; vida sucia, vil, llena de zozobra, de mentira y de miedo, en la cual el crimen y la locura, en mil formas, surgían de la opresión y la deformación que a todos imponían los prejuicios y los hábitos mentales. Leyendo este libro siento deseos grandes de quedarme por aquí, donde todo es más libre y más natural, y de hacer un último y heroico esfuerzo para entrar en una nueva vida.

Me encantaría que tú, Merceditas, Sarita y Toña leyeran luego este libro. ¿Tienes tiempo? Toña podría leerlo en inglés.

Nela ha leído atentamente el Fausto de Goethe, y está encantada. Te doy la queja de que me molesto mucho por causa tuya: como desde nuestro

cuarto se ve muy cerca el cerro donde está el Plano de Quemela, y como tu estuviste allí, hace un año, me habla de “Quemela con cualquier pretexto, y para nombrarte, dice “La Quemelita”

Estoy ansioso de saber si tu hermanita hizo sus exámenes. Les habría preguntado por telégrafo, pero temí sacarles enojos. Te ruego me informes pronto.

Querida hijita mía, quiera mis dioses que esta carta te halle buena, y que te lleve contento. Y que prorrogue en tu corazoncito, el deseo de pensar en mi un poco, y de escribirme siquiera una letra.

Con todo mi corazón.

Escríbeme siempre a Santiago. El correo llega bien

Abrazos a nuestra Saruchita



*Alegria. 24 de enero
Martes 10. Am.*

Quemelita linda. Hoy son doce días que no veo una letra suya, ni siquiera un telegrama. ¡Qué inquietud y qué tristeza!... por suerte, Toña me telegrafió ayer, diciéndome que estuviste a verla el domingo, y eso me ha tranquilizado: no estás enferma, que sería lo peor.

Ahora, indiecita fea, ya no dudo de ti: he revisado mil cosas y palabras tuyas, y he comprendido. Y hasta creo adivinar que tienes algo terriblemente doloroso que confiarme, y que por no saberlo ni sospecharlo, - ha sido causa de que te atormentara tanto con mis dudas.

¡Pobre criatura mía!... si yo, a quien tienes por una lumbre, no te comprendo sino destrozándote el corazón, ¿Qué no harán de ti los demás, que no saben quién eres tú, de alta y de profunda?

Nela ando en estos momentos por la laguna con unas amigas; ya no puedo ir porque no estoy bastante bien: tuve en Berlín una infección intestinal, que me debilitó mucho, aunque pasó luego, y desde entonces ando con mucha dificultad. Así, me conformo con mirar y pensar. Veo la montaña y el horizonte, y pienso en ti. ¿Para qué más? Y si me llegara hoy una cartita tuya, mi dicha será cumplida.

Estrellita de mi cielo, aquí tengo ya las pruebas de Helios; mi amigo

incomparable, Z. Y. ha hecho ese prodigio de enviármelos completos, cuando yo me imaginaba que estaría para comenzar el trabajo. Yo no he tenido más que dar la mitad del costo, y él se ha encargado de todo lo demás. ¡Y si vieras con qué devoción me sirve en todo!

Amada de mi corazón, ¡Ya va a salir nuestro libro, tu libro, el hijo de mi espíritu y de tu ternura, la flor que mis manos venturosas cortaron en el jardín encantado de tu corazón!... ¿Cómo puede haber en la vida un vínculo mayor que este? ¿Ni más fuerte ni más divino? ¡No te sientes madre de esta criatura hecha de luz! ¿No sueñas, pensando que acaso va a encender muchos corazones y a disipar muchas sombras? Por mí, siento que mi vida está cumplida en ese libro, y que seré redimido en él. Y un día, El será nuestra justificación ante el mundo, puesto que ante nuestro señor de nada tenemos que justificarnos. ¡Mi Helios y mi Clara Luz!... nada más anhelo ya.

Hijita, regresaré el 1º del próximo mes; no me atrevo a quedarme solo, por mis achaques y dolencias ¡qué hombre más inútil, verdad! ¡Regresaré pues, y te veré, verdad!

¿Has recibido mis dos últimas, una de Santiago, y la otra de Berlín?

Quemelita mia, dime por telegrafo, siquiera, si recibes esta. Si no me avisas, india odiosa, no te vuelvo a escribir. Adios, mi niña linda.

A



Alegria, 27 de enero

Querida Hortensia.

El 24 a las 4 de la tarde, recibimos un telegrama en que decías: “Acabo de depositar carta dirigida a Santiago”

¿La depositaste realmente? Yo creo que no, ¡pues no vino! Y ninguna entre más de diez que he recibido se ha extraviado. ¿Por qué te portas así? ¿Qué necesidad hay de engañarme?

Acaba de enviarte Nela un telegrama, en que te dice que “No ha venido ninguna carta tuya”, si en tu casa se digna a entregártelo, es bueno que averigües en el correo.

Por carta de Sarita, que me llega en estos momentos, sé que comieron

juntas el 24 en la noche. Quiere decir que estás buena, gracias a Dios.

Nosotros bien; regresaremos el sábado 4 a San Vicente.

En 17 días no he recibido ninguna carta tuya.

Muchos recuerdos de Nela.



Alegria, 28 de enero.

Hijita preciosa, ayer te escribí ásperamente, como si fueras mi enemiga, a causa de esa pérdida de la carta. ¡Cuánto me pesa mi crueldad! Pero hijita, tú me escribías una vez, que la mayor ventura era amarse, así con todos sus defectos, vicios y faltas, y con la seguridad de que ninguna causa ni error nos haría aborrecibles el uno al otro.

Yo soy un hombre muy malcriado, hijita: si las cosas no salen como yo las espero y cuando las espero, me vuelvo un energúmeno, un loco furioso, y maltrato al más inocente. Pero, aunque sea la víspera de mi muerte, he de cambiar. Y para que yo no pierda el ánimo de corregirme, sé tu reflexiva, y no me hagas caso cuando yo tenga uno de esos salvajes accesos de grosería y de locura. Pensando en ti, por amor a ti, por vergüenza de hacerte sufrir, al fin llegaré a corregirme.

También, has de tomar en cuenta que yo esperaba tu carta ya quince días, y que en doce días no enviaste ni siquiera un telegrama. Cuando vi que no venía, me desesperé; sufrí tanto, que en solo el día de ayer perdí lo que había ganado en fuerza y ánimo desde que vine. No te imaginas que pesadumbre tan grande.

Hijita, la carta no ha venido a Santiago; hoy me mostraron las facturas en que se detalle la correspondencia recibida, y no está. Seguramente no ha salido de San Salvador. Bueno es que sepas que las cartas con sobres ordinarios y direcciones en mala letra, suelen ser vistas con mucho descuido, y con frecuencia las pierden. Te lo digo porque el otro día me vino una tuya, con la dirección en letra muy mala, de Leonorcita, probablemente y estuvo a punto de extraviarse; Nela la tuvo un día arrinconada, creyendo que era de la Chita, y esperando para dármele a que yo me desocupara de una conferencia que estaba preparando. Tengo la certeza de que, si hubiera venido dirigida a mi nombre, hubiera llegado bien, pues todas las oficinas

atienden con esmero a mi correspondencia.

Nela telegrafió hoy al Administrador General de Correos, reclamando esa carta; yo puedo interesar al Director General, que es mi amigo, pero temo cometer un error. Dime tu parecer sobre esto. Lo más sencillo sería que tú misma reclamaras ahí, pues nada tiene de particular que le escribas a una amiga. Por favor, dime si lo haces, o que me aconsejas, en un telegrama.

Hijita, puede que haya en este incidente algo de providencial para nosotros, y que esto me cure de mis egoísmos. Me ha dolido tanto molestarte, que acaso sea este el principio seguro de una nueva forma de amar, a la que ya espero hace mucho tiempo_: amarte sin necesidad de que seas la víctima de mis exigencias desmedidas, ni la vela perennemente quemándose en mi altar. Hijita, ¡somos tan débiles y malos! ¡Y yo, sobre todo, adolezco de tantas manías y hábitos irracionales!...

A Sarita le escribo hoy mismo. ¡Toña me escribió (la recibí hace pocas horas) y me cuenta que le suplicas que te preste mis cartas... Pobrecita criatura! ¡Qué buena y dulce, mientras yo soy tan áspero y malo! En fin...

Te decía que regresaremos el 4. Pasaremos ese día en Usulután, y llegaremos el 5 a San Vicente. Aún es tiempo de que me escribas a esta, sin miedo, poniendo la carta a mi nombre, pero si no te animas, que encuentre siquiera tu carta en San Vte, al llegar.

¡Imagínate! ¡Será casi un mes sin ver letras tuyas!...

Te ruego encarecidamente un breve telegrama al recibir esta, y decirme si has gestionado el aparecimiento de la carta o si gestiono yo con el Director General.

Nela te abrazo con gran caricia. Yo te amo más que nunca, venturoso más que nunca de que tú me amas. Que el señor nos ayude, hijita adorada.

Niñita mía, el miedo nos conduce casi siempre a dar contra el escollo que tratamos de evitar- No lo olvides.



3 de febrero.

Perlita mía preciosa.

Te escribo cuatro letras, solo para que no estés inquieta; el cansancio del viaje, tan repentino, me tiene harto fatigado; de aquí a tres días me habré repuesto, y entonces conversaremos mucho.

Aquí tengo todas tus queridas cartas, incluso la que escribiste a Nela el 29. Esa vino ayer de Alegría, y la otra, la del 24, la encontré al llegar a esta, habiendo venido de Santiago en el mismo tren que nosotros. De los telegramas, se perdió el que enviaste a Berlín anunciándonos el primer examen a Josecito. Seguramente no lo transmitieron.

Hijita, no confíes mucho tus cartas a ese muchacho; y no les pongas dos sobres, pues es inútil, y es fácil que las abran creyendo que contienen dinero. El extravío de tus cartas, y de otras, fue porque las llevaron a casa de una familia Mónico, parientes de Nela. Felizmente se averiguó y las recobramos todas.

Yo te escribí de Santiago, de Berlín y dos veces de Alegría. El lunes te envié un telegrama contándote nuestra ascensión al volcán, felicitándote por el éxito de tu hermano, y diciéndote que “apareció el libro extraviado”, para que entendieras que ya sabía el paradero de la carta ¿Lo recibiste?

Lo del viaje con Sarita a San Francisco, es grave. Si hay bastantes probabilidades de que sea para bien de ella, conviene hacerlo; pero hay que examinar bien este asunto. Preferiría que conversáramos los tres, pero, si es urgente, lo trataremos en mi próxima. Desde luego, no piensan en dejar a Mechecitas en tu lugar; sería una iniquidad, y dañar a una para beneficiar a otra.

Si se formaliza esto, debes solicitar el permiso en tu oficina, con bastante anticipación, para estar segura de que te lo conceden, de todo eso hablaremos.

Nela te envió el lunes, en una cajita, una parásita rosada, cortada en el tronco de un viejo roble, en la cima más alta del volcán. Al verla dijo que tenía tu gracia, tu manera de ser, y la bautizó con tu nombre. Y al cortarla, se llenó de espinas las manos. Yo le corte enseguida la mayor parte, pues tenía muchas. Ojalá que no se te haya clavado algunas, pues son muy ponzoñosas. No así nomás se cortan flores como tú, ¿verdad? Yo añadí a la cajita, un botón de rosa de la casa en que estuvimos. Ya te contaré con detalles nuestra excursión maravillosa al volcán.

Ayer te envié un paquete de “Repertorio Americano” con mi ensayo sobre

“Religión Universal”. Linda, estoy enteramente contento de ese trabajo.

Hasta luego mi Santita Preciosa, mi flor celeste. Abraza a mis dos bien amados hermanitos venturosos, puesto que tú los amas.

Linda, mañana te enviaré lo que tengo de la V. de Jesús. Sin falta- Ve pues, en la tarde, a recogerla.



6 de febrero.

Hijita mía, pensé escribirte ahora largamente, pues tengo infinitas cosas que referirte de mi viaje; pero no estoy bien. Todavía el cansancio me domina, y me es difícil pensar y escribir, y aun sentarme al escritorio. Necesito descansar cinco a seis días más.

Porque te has empeñado, te envié los originales que tengo sobre L.V de J. que son simples apuntes inconexos, arrebatados escritos según mi alocada manera de hacer el primer borrador. Todo eso tendrá que modificarse mucho, cuando se redacte definitivamente.

¿Cuándo será? ¿Sera alguna vez? No sé: mis penas en estos cuatro meses (mañana se cumplen) de haberme separado de ti, han sido tantas, que no me siento con fuerza ni deseo de trabajo ninguno.

Sin embargo, pienso que talvez, al ver ese original puesto en limpio, a máquina, y puesto por tu mano, me venga otra vez el estado de mente y corazón que tenía cuando lo esboqué.

De todas aquellas ideas que te referí para continuar la obra, no tengo escrita ni una palabra. Por fuerza he de descansar largamente.

Hijita, se me ocurre que el asunto de Sarita ha de comenzar por consultar seriamente a un médico serio. (Dr. Luis Paredes o Dr. Carlos Rodríguez), para que examinen bien a Sarita, y digan lo que piensan sobre las consecuencias probables del viaje. Será menester que sea médico conozca la vida íntima de Sarita, para que pueda dictaminar con acierto.

Sobre el viaje a esta, hay seguridad de encontrar aquí, soledad, silencio y discreción. Nela iría a encontrarlas. Esos días no hay trabajo aquí, y permanecemos solos, ella, mamá y yo.

Como habría que hacer gastos extraordinarios, va ese pequeño subsidio que me sobró de mi viaje. Es tuyo hijita, y has de él lo que quieras.

¿Leíste la Religión Universal? Estoy pensando que acaso este ahí la obra capital de mi vida. ¿Qué crees tú?

Helios se está imprimiendo.

Te ruego un aviso inmediato al recibir estas. “La Vida de Jesús”, va en sobre aparte, en un sobre todo sucio, porque no tengo más que ese. Va a tu nombre, y como no lleva nada más que el original, puede reclamarse en caso de extravió.

¿Se fue Josecito? ¿Recibiste mi carta de hace cinco días, en la que te hablo de una cajita de flores que te envió Nela? ¿Cómo está nuestra dulce y amada Sarita? ¿Y mí siempre amada Mechecitas.?

Adiós mi criatura noble, mi santita sin igual. Con todo mi corazón y siempre.



8 de febrero de 1928.

Hijita, inmensamente dichoso con tu carta de ayer tarde. ¡Cuánto tiempo sin oírte hablar así, mostrándome tu alma ingenua, limpia y alta! No te contesto aun, porque estoy ocupadísimo, con unas cuarenta cartas, o más, que exigen respuesta. Además, todavía estoy fatigado.

Ayer vino el médico, para mamá y para mí; los dos hemos mejorado con tus recetas, y yo he amanecido animoso y contento. ¿Fue la medicina o fue tu carta? Nela dice que fue tu carta.

Contentísimo de tu resolución respecto a las reformas de la casa; no vayas a cambiar el pensamiento, porque sería ir a una ruina segura. No te imaginas que peso se me quita de saber que ya no harás esa deuda en el banco, ni te meterás con esos abominables y embrollones constructores. Ya hablaremos de todo, hijita linda.

Van siete cartas con esta, incluso uno de María. Van, a condición de que me devuelvas cuanto antes las que llevan esa indicación, porque necesito contestarlas. Medida que las conteste, te las remitiré para que las guardes.

¿Cuándo me envíes el segundo trozo de Helios me dijo? ¿O no quieres conocer el tercero?

Hijita, pienso en ti con la ternura más linda, y siento tus pulgares alumbrando mi alma. Hasta luego.



9 de febrero de 1928.

Hijita mía, me siento ya mejor, en vía de curación franca, pues la verdad es que estaba enfermo, y no quise decírtelo, esperando que no llegara a ser cosa de cuidado.

En Berlín tuve una violenta pero breve infección intestinal, o ataque de enteritis quizás. Y al venir aquí, por la mucha fatiga, un ataque a los riñones. Estoy cierto de que ya pasó, y solo necesito reposar unos cuatro días más también mamá esta mejor.

No he querido enviar esa carta adjunta, sin que tú la conozcas, y sepas algo de ese amigo, luego te enviaré el libro suyo a que me refiero, y te contaré de lo que este hombre dijo y propagó en mi favor, cuando yo estaba en Nueva York.

Así que lee la carta, hazme favor de enviarla a su destino. Si te fuera posible dejar una copia, valdría la pena de retardar su envío unos cuatro días.

Vaya mi linda criaturita, ya ves que no puedo hacer nada sin que tú lo sepas y me ayudes en algo. Adiós mi Helia.



1928

San Vicente. 16 de febrero.

Querida Mechecitas:

Yo supongo que si recibió mi carta anterior. Pues bien, un amigo de aquí, juicioso e inteligente, me ha demostrado que la actitud del Dr. Guerrero en La Habana ha sido no solo distinguida, sino transcendental, digno de todo encomio.

Salgo, pues, de mi error, y salgo con mucho contento; pues no hay dolor igual a sentirse en todo pesimista.

Yo esperé que usted me diera su opinión; mas ya que no fue así, y por si acaso usted no está bien orientada, le hago yo saber que me había equivocado; lo cual, en política y negocios, es mi especialidad.

Verdaderamente, y en vista de mi ineptitud constante para una y otra de esas dos cosas, creo que sería en mi honradez y cordura apartarme del todo y para siempre, de tales actividades ¿Qué le parece?

¿Siguió sus lecturas de Víctor Hugo?

Yo leo actualmente, en francés, el maravilloso Leconte de Lisle. Cuando tenga tiempo y deseos, puedo enviárselo.

¿Recibiría Josecito un paquete de libros que le envié a mediados de diciembre? ¿Cómo está usted de salud y de cansancio? ¿Por qué no se viene un día a vernos, y a cambiar de impresiones siquiera unas horas?

Adiós Mechecitas, y no se olvide de mi tanto, tanto, tanto.



1928

San Vicente, sábado 18 de febrero, 9 am

Hijita, aquí estoy arrastrando mi vida triste y mala, solo y sin esperanzas. Que terrible sería sino tuviera uno la certeza de que todo ha de acabar un día...

Van con esta cuatro cartas, con suplica de que me devuelvas luego – porque necesito contestarlas – las que llevan esa indicación, y que hace ya tiempo aguardan respuesta. De las que te envié hace ocho días, no me has devuelto ni una todavía.

Mi salud va algo mejor, aunque despacio. Estaba muy bien en Alegría; pero el viaje de regreso fue repentino y violento; la antevíspera habíamos subido al volcán, con grande esfuerzo y cansancio, y así, - por no haber reposado antes de venirnos - , me sobrevino una fatiga inmensa, y de ahí un ataque a los riñones. En fin, va pasando.

Ayer estuve relejendo tu carta del 24 de enero, aquella que se extravió, y anteayer, la del sábado recién pasado, hace ocho días. Ya no he sabido más de ti.

A Merceditas le he escrito dos veces en estos ocho días. Me imagino que te habrá mostrado mis cartas, o por lo menos, que te hablaría de su contenido. ¿Puedes contestarme algo de lo que haya dicho sobre ese asunto?

A Sarita le envié por correo certificado, hace cuatro días, un libro sobre pintura española, de un notable autor, Max Nordau. Dichoso yo si eso le lleva una hora de contento a nuestra querida hermanita.

Te quiero contar que ya corregí las segundas pruebas de “Helios”, y que espero circule dentro de tres semanas, por ahí por el cinco de marzo, tal vez. ¿Que grata celebración de aniversario sería esa para mí!

Como no he querido que ese libro se contamine, al publicarse, de nada que se parezca a lucro, he convenido con el Dr. Zúñiga Idiaquez en que una vez recuperados los ciento cincuenta colones con que yo he contribuido a su impresión, se inviertan esa suma en útiles de escritorio para los niños de las escuelas de Alegría; el comprara lo útiles, y se los enviara al Dr. Bautista, a quien le encargue antes de venirme, la guarda y distribución de los mismos. Así, pues, yo no solo no ganaré nada en dinero, sino que ni recobraré para mí lo que he invertido. ¿Te parece bien?

La primera edición se la he cedido en propiedad al Dr. Z. I., a ver si saca siquiera sus gastos. Y en el mismo libro se advierte que es libre de derecho de reimprimirlo y traducirlo.

De esta manera realizo yo – en esta ocasión los mas grave y hermoso de mi vida – un acto de total desinterés, como debe ser, y como yo deseaba; ¡Siquiera una vez en mi vida, hacer una cosa total!

Hijita, no he podido averiguar si leíste mi carta sobre Sor Josefina, publicada en el No. 9 de la revista “Para todos”. ¿Qué te cuesta decirme si o no?

Quieres decirme como siguió y que desenlace tuvo lo que me contabas de mi amigo N.V.A? Ahora que ya soy otro, pues en verdad lo soy, me hallo preparado a sabe todas tus cosas, y deseo vivamente saberlas. Cuéntame, pues, y háblame de toda tu vida, de tus amigos, de tus relaciones con tus tíos, de tus lecturas, visitas, paseos, salud; de todo, en fin. A un ausente todo le interesa.

Me parecería mucha lastima que vendieran su casita. Es una gran casa, mas en esa ciudad, tener uno un refugio donde encerrarse, libremente, a vivir, o a morir. No hay esclavitud mayor que esa de vivir en casa ajena, al arbitrio de caseros rapaces, groseros y tontos. Teniendo su casa propia, son ustedes en cierta medida dueños de si mismos. Además, ¿Qué haría con el dinero, si la vendieran? ¿Darlo a interés, vivir continuamente haciendo documentos, en papel sellado, y con la perspectiva de verse obligados a dejar en la calle a quien no pudiera cubrir su deuda a tiempo? Es cosa repugnante, solo disculpable en quien no tuviera la energía y la inteligencia de ustedes.

Vaya, pues hijita, ya te hablé de muchas cosas; ya endulce mis horas desoladas hablando contigo. Que hoy y mañana descanses y te recrees, y que todo te sonría, para que vuelvas el lunes al trabajo, animosa y alegre.

Si te es posible, cómprame un diccionario francés: un “Petit Larouse”, que me hace gran falta. Y mejor si tienes tu alguno francés- español, me lo prestas. Si lo compras, prefiere la Librería de Rodezno, y que ellos mismos

lo remitan por correo. Si no hay Larouse, cualquiera que te parezca bueno. Y me dices lo que vale.

Adiós, pues, hijita, y que los Ángeles te guarden y te acompañen en todo, a ti que tanto mereces su compañía.



S. V.

Lunes, 20 de febrero -tarde

Carta anterior, sábado 18.

Patojita linda, Ci-jont tu trouveras une centaine de baisser pour querer ta paurre petite pate malade it faut les apliquer arce grand soin et beareoup de tendreese, come si tu deuvais frictioner le pied d une calandrie arce une feuilla de rose. Quelle bonheur si je ponrrai les metre moi meme arce mes leures, tremblanto!... Et aussi si je pourrais prende lautre entre enes mains caressants et le queris d'avance a forcé de baissaris et de tres donces peties morsures...

Mais je ne sais rien faire, pauvre exile qui songe toujours une plenitude qui n'amre jamais...

Pauore fou qui se trompe sor meme dans l'espoir vaine qu'on l'aimera come il aime liri méme...

Tu van re et plaisanter de mon villain francais, n'esce-pas? Eh bien, ris, ma fleure adroré, ris et moque-tos de mor sant que tu venx:

Je dirais alors que cette bouche adorable ou somcillent tontes les graces, é est moi que la fait s'épanonir, et je me sentirais un moment comenele papillo qui fait épanouir une rose en l'é fleurant des ses ailes...

Hijita mía, ¿Cómo te dañaste ese pie? ¿Fue en el paseo a la laguna, del cual no me has dicho una palabra? ¿Fue a causa del calzado estrecho? ¿Serás tan loquita que te expongas a martirizar tus pobres pies, en aras de una absurda y dañisima moda?

Me llegó tu bendita carta el sábado en la tarde; esa misma mañana te envié yo otra, junto con cuatro de las que tú deseabas ver. El miércoles, me parece, te había escrito un papelito, acompañando una respuesta mía a J. Barcos, la cual te suplicaba copiaras, a ser posible. Iba ya con todo y sobre, y me pesaría mucho que se hubiera extraviado. ¿Apareció? ¿Habrás recibido hoy la del sábado?

Hijita, no me escribas más en francés, salvo cuando sea indispensable. Noto que te esfuerzas y no quiero que lo hagas mientras estés estudiando inglés. Además, me hace falta que me hables en el único idioma que entiendo, y que oigo tan dulce y tan sonoro en tus labios.

Mamá se fue ayer para ese, pues vino a llevarle un hermano deseoso de tenerla allí unos días. Ninguno ocasión mejor para ese viaje tan ansiado, y en el cual yo sueño minuto a minuto- ¡Tengo tanto que decirte! ¡Y tengo una necesidad tan grande de oír tu voz y de leer en tu corazón!... ¡No sé qué haré de mí sino se me realiza esta ilusión tan acariciada! En verdad, es lo más sencillo y lo más natural, y solo una extrema falta de voluntad podría creerlo una empresa extraordinaria.

Y luego hay que pensar en esto: que Nela está solicitando con insistencia que la traslade a esa, lo cual es muy posible que obtenga, y entonces tendría que irse de aquí antes de un mes. Y se perdería entonces la mejor ocasión. Si tal sucede y yo tengo que retornar a ese sin haberte visto, tendré como ilusorias todas esas esperanzas; esas promesas tuyas, tantas veces reiteradas, y tantas veces evaporadas en el humo de tus dulces palabras... Y entonces, creo que preferiré no volver, buscar el olvido y la paz en algún rincón de esos que visité hace poco.

En verdad, hijita querida, ya no ya no puedo vivir así; créeme que ya no puedo. A medida que mi creencia se ha ido convirtiendo en sentimiento vivo y creciente, las cosas y las ideas, las personas y las emociones han ido cambiando para mí de valor y de aspecto. Mis ojos ven de otra manera, y mi corazón palpita con otro ritmo: Lo que antes amaba, ahora lo amo aún más, y lo que temía, ahora lo temo mucho más. Mis horas son tan intensas como si en cada una viviera muchos días; el mañana, se me hace borroso y vago; el más allá casi ha desaparecido de mi pensamiento. Hoy, Ya, son las palabras significativas a mis oídos; la hora y el instante son mi realidad. Si me vieras, encontrarías que mi vida ya no cabe en palabras, y que anhela grabe en todo y ahora mismo, huellas profundas y duraderas. Anhele ser como el sol, que no deja para mañana infundir su vida en la mies ni su color en las flores ni su música en las gargantas de los pájaros.

Un día perdido, sea para el trabajo, para la bondad, para tu dicha, me parece una eternidad, y cuando oigo decir mañana, o algún día, me suena como si dijera jamás, nunca. Quizás lo siento así, porque ya estoy cerca de los setenta años, y “setenta años son los días del hombre sobre la tierra” al decir de Job. Diez años más, si acaso... ¿Cómo voy a esperanzarme con sueños que no se ve que se aproximen a su realización?

Hijita adorada, mi enfermedad hizo crisis ayer, y confío en que vendrán algunas semanas de solución y de ánimo. ¡Si pudiera trabajar! Si pudiera

verte, me vendría voluntad y deseo de hacerlo.

Gracias a Dios que estas cada día más contenta de tu empleo, y que te consideran y te comprenden. Ha de llegar para ti un día en que todas tus facultades tan varias y tan poderosas, den su fruto de inteligencia y de bondad, y en que los hombres te admiren, a ti, mi siempre viva, mi arcangélica flor, a quien yo adivino y comprendo antes y mejor que ninguno. ¿Te acordarás de mi entonces?

No me compres ese diccionario todavía. Prefiero esperar a que se resuelva ese asunto de Nela. ¿Recibiría Sarita el libro que le envié? Pienso escribirle mañana. Adiós mi pajarita divina y adorada.



21 de febrero de 1928.

¿Cómo amaneció la pobre patita chapina? ¿Llegó mi carta de ayer?
¿Apareció la carta dirigida a Barcos?

Te ruego enviar esta carta cuanto antes. No tengo ningún propósito de ir a Guatemala, aunque me invitan con muchas instancias Teresita, Cándida y Tulita, y me ofrecen comodidad y facilidad.

Más tarde, quizás.

Van las últimas cartas de María; me las devuelves. La desdichada está enferma incesantemente desde hace un año. ¡Pobre criatura!



23 de febrero

Hijita mía siempre amada.

Ayer noche recibió Nela un telegrama en que le ofrecen empeñarse para trasladarla a San Salvador, a una plaza que está vacante.

Creo ese cambio bastante probable, y es muy posible que, dentro de quince días, si se hace el traslado, tenga que irse ya del todo. Quizás dentro de doce días.

Aunque en mi carta anterior- como siempre que me siento desesperado de tristeza- Te decía que, si no te veía antes, no volvería a San Salvador, ahora, sereno y reflexivo, te repito lo que te escribí de Alegría, y lo que, naturalmente, he de ser siempre mi actitud de hombre que se estima y te estima: “haz conmigo según tu corazón”.

Y ahora añado: si ese viaje puede acarrear daños graves, graves de verdad, y muy probables, entonces deja que tu razón predomine, y que el pobre corazón se someta. Yo, verdaderamente, no imagino esos daños, no los concibo; pero quiero que tú solamente seas el juez en este asunto.

Así, pues, vengas o no, yo iré con N. a San Salvador, pero, una vez allá, mi situación será muy difícil, y lo que resuelva, en definitiva, dependerá enteramente de ti. Y esta carta es para que lo vayas pensando.

Si hubiera logrado conversar contigo siquiera un día, libre y tranquilamente, todo quizás se nos hiciera fácil, pues siempre hay un camino para quien lo busca con fe y valor; pero ni me has vuelto a decir nada de tu venida, ni, en cinco meses de ausencia, me has insinuado una sola vez tu deseo que volviera.

Bien pues: tomemos las cosas como son y como están, y veamos lo que nos dejan ellas y el triste destino.

Primero que todo, San Salvador no me atrae nada, salvo por las ventajas que me ofrece para mi trabajo: imprenta, libros, trato con amigos que piensan como yo, siquiera en algo, distracciones (que mucho necesito), estímulos mentales de varias clases. Pero todo eso, fíjate bien, todo eso me es inútil, si me falta el contacto frecuente, íntimo y libre contigo. Si no puedo verte tres veces por semana, y hablar contigo con libertad, como dos seres libres y responsables; si no puedo alguna vez salir contigo al campo, como cualquiera de tus amigos; sentarme a tu mesa; ser, en fin, acogido y tratado como tantos otros que ni lo merecen ni lo estiman en su verdadero valor, entonces, hijita, o no me quedo allí, o me quedaré como un extraño a quien no veras ni oirás nunca y que hará de una vez para siempre, el esfuerzo de apartarse de tu camino.

¿Por qué? Porque no me es posible hacer otra cosa. Ya lo probé, ya lo intenté con todas mis potencias: ya agoté mi voluntad y mi imaginación en busca de una actitud que se me hiciera llevadera, permaneciendo, así como estamos, siempre a escondidas, siempre inquietos, siempre dándonos una limosna de cariño, según lo permita la inconciencia o el capricho de las gentes y de las cosas. Y he fracasado totalmente. Por eso me fui para Oriente, a ver si lograba apaciguar mi corazón, y sentirte en lo sucesivo, como una amiga simpática y lejana de quien se recibe alguna vez gratas noticias. Y no habría vuelto, si no hubiera sido por tus cartas. Y he vuelto,

seguro de que esa actitud me es imposible.

Tenemos tres años de sufrir. Tu eres una niña libre, por tu edad, por tu trabajo, por tus sentimientos e ideas. Yo, que, para guardarte una fidelidad absoluta, he arrastrado muchos dolores y tristezas y conflictos, ando lejos, sólo, consumiéndome en el tedio, o en la inacción, o en la melancolía más grande ¿Por qué?

Yo te he demostrado que soy capaz de las mayores renunciaciones. Si no puedes o no deseas consumir nuestros vínculos en una fusión total de nuestras vidas, yo, aunque eso me lacere constantemente el corazón, lo arrastraré, así como lo vengo arrastrando. Pero además de eso, obligarme a vivir ahí, a un paso de ti, y no verte, y no hablar contigo, y no alcanzar por fin mi anhelo de vivir contigo en íntima y libre comunión de espíritu, eso no, no, no. No mil veces.

Ese sacrificio, que antes era justificable, ya no lo es. Tus hermanos no se oponen a esa comuna, puesto que más bien la favorecen; no eres empleada del Gobierno, en un ramo donde pudieran exigirte actividades de esclava; no dependes de nadie, en cuanto al sostenimiento de tu vida. Lo único que aún puede cohibirte, y eso con pequeña medida, que es vivir en casa de gentes que no me quieren, no te impide verte conmigo en otras partes: donde Sarita, en casa de mis hermanos, en un paseo, en cualquier parte: con libertad, con independencia, con la consciente voluntad de dos espíritus que se comprenden. que se compenetran; que quieren cumplir sus anhelos y sus destinos.

Te digo, hijita, que me es imposible, que no quiero continuar como estamos; si hemos de seguir así, será de lejos, para que, por fin, el tiempo y la distancia nos separen. Pero seguir así, viviendo yo en el mismo lugar que tú, nunca, por nada de este mundo. Yo sé que no tengo valor para eso, y además he de confesártelo por fin, porque eso me humilla profundamente: todo mi salvaje amor propio se subleva contra esa eterna actitud de miedo, de escondite, que nada justifica.

Ahora si ha llegado para nosotros la hora crítica de nuestra vida, y será preciso tomar una resolución, pues, aunque el cambio de que te hablo no se hiciera inmediatamente, no tardaría más de dos meses, pues N. está resuelta a irse allá, y hay deseos de complacerla.

Tengo yo la esperanza de que vinieras, de que, en recompensa de este destierro, de este anhelo paciente, humilde, de este vivir oscuro y gris, en que faltó el único y mejor resorte de mi vida: trabajar en mis libros, me dieras un día de tu vida; un día de trato libre, de confianza, de intimidad, por la primera vez desde que nos conocemos. Un día en que vertiéramos, uno en otro corazón, todas nuestras tristezas, nuestros anhelos, nuestros

sueños; un día de amanecer después de una noche tan larga...

Y ya ves la perspectiva que se me ofrece, si tu no cambias de actitud, es aún mucho más dura y enojosa: no beber del agua cristalina que me ansia, y que está ahí rozándonos los labios.

Hay muchas cosas, hijita, que omito en esta carta, pero que te diré en otra, según lo que me digas; cosas que no quisiera confiar al papel, y que pesan abrumadamente sobre mi corazón. Ahora lo que deseo es que pienses, con tiempo, con el pensamiento serio y grave que requiere una hora como esta, decisiva para nuestra vida.

¿Estas mejor ya, Quemelita mía? ¿No te haría daño estar escribiendo o máquina, con tu piecico enfermo? Si vieras como me he enternecido que me mandarás todo ese trabajo, cuando debía entregarte a un total descanso. ¡Qué buena y qué fina y graciosa eres, amiguita mía! ¡Cómo no amarte! ¿Cómo no sentirte como una luz, la más grande luz de mi vida?

¿Cómo no anhelar desesperadamente romper esa barrera absurda y mala que me separa de ti, sabiendo que a tu lado yo florecería de nuevo, y que sin ti yo no daré sino cartas y flores desteñidas?

Te escribí anteayer, a ti y a María Lidia- Iba en tu carta, una para B. Gonzalez, y en la otra, las dos últimas de María.

Ahora, no te escribiré, hasta no saber si has recibido las mías.

Adiós madrecita, hermanita divina. Sea cualquiera mi destino, yo te amo y te venero y te bendigo.

Te agradezco infinitamente que me hayas enviado copia de "Día Supremo". Antes de irme a Oriente un día muy negro, lo rompí, avergonzado de no cumplir mi propósito de seguir trabajando en ese libro. Y me daba mucha pena contártelo.

Acuérdate hijita, que, si ese libro no se concluye, esos versos deben desaparecer, sin que nadie más los conozca, pues me cubriría de ridículo por mi falta de voluntad y de constancia.

Tanto mejor que no hayas ido a la fiesta de ese casamiento. ¿Qué andarías tu haciendo entre esas gentes? Mejor, linda, que en nada te profanen.



24 de febrero de 1928.

Ayer, dos horas después de llevar mi carta al correo, me vino la tuya, que me tiene ansioso y angustiado, por lo que me anuncias de esa otra que vas a enviarme, en “la que hay cosas muy tristes”.

¡Qué nuevo dolor será ese! ¿No es una crueldad que me tengas con esta zozobra? Te ruego por lo que más ames que me envíes esas cartas inmediatamente, pues no reposaré un momento mientras no las vea. Yo espero hace tiempo una revelación de ti. Me anunciaste que la oiría de tu propia boca; me hablabas de “angustias” que ya rebozaban y que más valía morir que no seguir sufriendolas en silencio”... Ya ves que inmensa necesidad tenemos de hablarnos a solas, libremente, largamente.

¡Qué vida la nuestra! ¿No valdría mas haber muerto ya? Y pensar que lo que anhelo y pido es tan sencillo y bueno: que me trates como a un hermano, como a un amigo, íntimo, pero con libertad, sin que nada ni nadie los obligue a mentiras ni fingimientos. La verdad no comprendo nada de tu actitud; pero presiento que esa carta me hará comprenderla, y me descorrerá todo velo. Quiéralo Dios...

Te envió un paquete con tres libros: el de Barcos, para que lo leas cuanto antes, pues hallarás en él un aspecto interesantísimo del problema social que tan enfermo y afligido tiene ahora al mundo; el de Arguello, para que se lo hagas leer a Josecito, a quien le interesará mucho, devolviéndomelo tú, cuando lo hayas leído; el otro, que es para Mercedesitas. Solo tú, ella y Sarita, son entre mis gentes de este país, capaces de comprender y apreciar ese libro. Es inmenso, de una ciencia basta y de una espiritualidad muy alta.

Hijita, me consuelo de mis horas tediosas o angustiosas, trabajando para ti, iniciándote en la Alta Poesía, que solo se encuentra en raros poetas como Leconte de Lisle, y como ese Villien de L'isle.

Adam, autor de la era futura, que es un gran poeta, aunque no haya escrito versos. Acaso escribió esos trozos que te he copiado, léelos atentamente, apréndelos si es posible, sobre todo el de Los Elefantes, que es maravilloso; requiere un ritmo lento, monótono y melancólico, para que su lectura revele el pensamiento del autor.

Antes, yo te oía leer...

Los elefantes son, quizás, el trozo más bello de poesía descriptiva, entre los más bellos de Leconte de Lisle. Nada de Retórica; ni una palabra que sobre; ni una sola que exagere o hinche la idea. Más que escrito, este poema se me figura tallado en mármol.

Leconte es el poeta que, por primera vez, y de manera aun no superada,

introdujo en la poesía la vida exterior e interior de los animales, con independencia absoluta de la emoción causada en el hombre que es espectador de esa vida, ni en el poeta que la describe.

Eso no podría realizarse sin un amor inmenso al animal, un amor budístico, que sabe y siente que toda la vida es la vida, una ondulación en el agua ondulante.

Hay una sencillez suprema en Los Elefantes. Son sencillamente, un rebaño de elefantes que pasan, volviendo de un país ya sin hierba, en busca de otro donde hay pasto. Aparecen, avanzan, se alejan, y desaparecen...; eso es todo.

Y, sin embargo, en los momentos fugaces perdura esa visión, uno ha vivido en el Desierto; ha bostezado con su silencio soporoso, ha dormitado con su dormítate soledad.

Y, a pesar de la aparente impasibilidad del poeta, el corazón se impregna de tristeza y de una melancolía en que palpita quizá, muchos dolores.



25 de febrero de 1928.

Hijita, acabo de recibir la tuya de ayer y la de tu hermanita.

Sea lo que fuere, ya mi imaginación terrible me ha sugerido las más dolorosas y odiosas posibilidades; sea lo que fuere, yo no cambiaré. Ten la certeza de que si alguna vez mi corazón puede ser un reclinatorio para tu cabeza atormentada será en esta ocasión.

Pero no me hagas esperar más; te ruego por el recuerdo de tus muertos queridos, que me envíes esa carta inmediatamente; si no me enfermaré.

Dulce, dulcísima la carta de nuestra hermanita, si pudiera le contestaría ya; pero imposible con mi ánimo así.

Ayer te escribí en la mañana.

Hijita querida, ahora y para siempre amada, envíame la carta ya, inmediatamente y serénate. Nada hay en el cielo ni en la tierra que me aparte de ti, sino tu no lo quieres. Y nada concibo que pueda entibiar mi cariño. Siquiera esto quiero llevarme de este mundo: haber conocido y vivido un amor sin condiciones.

Con toda mi alma, tuyo por siempre.



28 de febrero -1928- San Vicente.

2 a.m.

Hijita infortunada, recibí hoy, a las 12 tu carta, y espero esta tarde la otra. Y como has de sentir inmensa necesidad de una palabra mía, te escribo, aunque sea brevemente para repetirte mi telegrama de hace dos horas: “Todo viene de Dios, para nuestro bien”. Después te enteraré lo que he sufrido en estos cinco días últimos, acaso los más crueles en toda mi vida. Así, te ruego que no hablemos ni una palabra sobre esas cosas, te contaré lo que he sufrido en estos cinco días últimos, acaso los más crueles en toda mi vida. Y también lo que mi corazón siente ahora, y que no sabía expresarlo con palabras, en estos momentos. Así, te ruego que no hablemos ni una palabra sobre esas cosas, hasta que no se haga la calma en nuestro corazón.

Ahora solo quiero decirte esto: necesito y quiero desde este instante, que todo en torno mío sea claro, sencillo, transparente. Que ninguna sombra ni niebla oculten ni anublen ya en mi vida el bien ni el mal. Y quien me ame y quiera seguirme, debe conformar su vida, absolutamente, a esa norma. ¿Quieres tu seguirme?

Tocante a confidencias, a confesiones, ten presente esto que enseña la religión, y ha confirmado rigurosamente la ciencia, especialmente la medicina: no se purifica uno ni se sana, mientras le quede un sedimento; hay que decirlo todo, hasta las heces, sobre todo, las heces.

Te confirmo lo que te decía en mi carta del sábado: “Sea lo que fuere, yo no cambiaré” naturalmente, añadido ahora. A condición de que nuestra vida se base desde ya, en la verdad total; porque “Solo la verdad nos hará libres”.

Hijita, ya no hablemos de eso; quisiera que pudieras esconder tu cabecita entre mis manos, y que lloraras mucho, mucho, para que te aliviaras enteramente. Y yo te ayudaría llorando contigo. Acaso llegue allá mañana en la tarde, o pasado mañana; te avisaré por telégrafo si emprendo el viaje.

¿Estás mejor? ¿Puedes andar, ya bien? ¿Has hojeado el libro de Barcos?

Hace tres días, desesperado, enloquecido por las monstruosidades que me forjaba mi imaginación, sentí que debía entregarme inmediatamente a un trabajo absorbente y difícil, y bastante alto para que me volviera la salud del espíritu. Y comencé inmediatamente, y en estos momentos están imprimiéndome mil hojitas sueltas, referentes a organizar una Liga Nacional En Defensa del Pájaro. Eso me ocupará mucho tiempo, y me traerá

paz, y acaso dicha. ¡Pobrecitas criaturas, son inocentes y tan perseguidas! Yo los redimiré siquiera en mi país.

Hijita, que nuestro señor, nuestro dios de luz y de amor, nuestro Divino Helios, nos perdone, nos lave y nos ilumine.



29 de febrero de 1928.

Hijita, recibí ayer esa segunda carta... un abismo.

Hijita, sin duda estás llamada a destinos muy altos, a misiones muy bellas. Porque, fíjate, se ha hecho en ti, para redimirte, el más portentoso milagro. Ese libro que yo escribí, Helios, fue escrito, por ti, y para ti. Yo fui el instrumento, pero el fin sin duda eras tú, pues es ahí donde tu hallaste luz y fuerza, conciencia y esperanza.

Tu sabes bien que ese libro no es más que una conversación contigo, que es a ti a quien se habla en cada frase; que es a ti a quien se trata de convencer y persuadir. No soy yo quien te ha libertado sino Helios, tu Dios, que sin duda te ama y te prepara para que seas su mensajera.

Yo mismo, al principio, no concebí ni escribí ese libro sino como poesía; no imaginé que estaba em presencia de una revelación, sino de un simple cántico que salía de mi corazón para ti. Pero luego, lentamente, fui adquiriendo conciencia de que se trataba de un nuevo mensaje del cielo a los hombres, y se fue haciendo en mi la vida, la verdad, la presencia del Dios. Y ahora ya no es un poema, sino una palabra. Otra vez la palabra, que habla a los hombres infortunados.

Con absoluta humildad te lo digo, que me siento, únicamente, un instrumento que una mano misteriosa ha tañido, para que tú, antes que nadie, lo escucharas.

Ahora ¿Cómo vas a responder tú a esa voz que te llamó, a ti entre todos, para que emprendieras y vivieras, y encarnaras la Nueva Verdad? Eso es lo que importa. Una flor maravillosa se te ha confiado; una palabra misteriosa y viviente se te ha comunicado para que los hombres la vean florecer y vivir en ti: ¿Que harás de ella? ¿Permitirás que el miedo, la rutina, la esclavitud a la opinión ajena, la falsa bondad, el temor a la risa, todas esas cosas mezquinas ahoguen o mustien la rosa que te trajera de lo alto?

Hijita, yo he cumplido mi tarea contigo; la parte que se me encomendó,

está hecha; todo lo que podía existir en mi espíritu, de noble y de verdadero, te lo di. Ahora no me queda sino un dolor, un vacío tan grande, que no sé cómo darle nombre. Y mejor es que no tenga nombre.

Hagamos el silencio en torno de nuestro corazón, y que las frases no profanen eso que puede ser el germen de cosas tan divinas.

Yo, ahora más que nunca, anhelo, necesito vivir la Nueva Vida. Es mi suprema necesidad, lo único que puede hacerme tolerable la vida. En mí no queda ningún temor, ningún respeto humano, ningún interés que pueda torcerme. ¿Qué me pueden hacer ya los hombres, capaz de contenerme o arredrarme? Lo único terrible sería perder esta lección definitiva y suprema, escrita con mi propia sangre en la fibra sangrante de mi corazón y en mi cerebro palpitante.

Ahora, pues, yo voy; yo quiero ir, valerosamente, totalmente, plenamente. Si el final es la cruz mejor aún.

Iré solo, ¿hijita?

El mundo, tú lo sabes con certeza tremenda, es una sentina, una sentina tan asfixiante y mefítica, que solo puede vivirse en ella, porque nacimos en ella. Esa cosa hedionda, hipócrita, mezquina, vil y torpe que llaman cicilipas, educación, educación, alta sociedad, refinamiento, está pidiendo a gritos la tea que venga a incendiarla y consumirla. Ha llegado la hora de destruir todo eso, de borrarlo, de aventar sus tétricas y fatales cenizas, para que pueda nacer otra vida, con otro aire, con otro pensamiento, con otro corazón, con otro Dios. Y eso es Helios, el iniciador aquí, en este rincón del mundo, de la Nueva Vida. Es el alba anunciadora de una luz que luego será hoguera de purificación, y después mediodía sereno y límpido.

Y yo quiero vivir, sufrir y morir para ello ¿Y tú?

Hijita, es necesario recoger, a toda costa, esa carta fatal que escribiste a ese señor, contándole lo mismo que a mí. ¡Que locura tan grande! Apela franca y enérgicamente a su lealtad, a su caballerosidad, y que te devuelva esa carta. Si no te la devuelve, ciérrale tus puertas, pues no merecerá otra cosa. Creo que es un hombre generoso y noble, y que accederá. Piensa, hijita, que, si esa carta cae en manos malvadas, y puede caer fácilmente, sería un arma terrible contra ti, y una desgracia inmensa para nuestra causa. Hace cinco noches, la más espantosa de mis noches en toda mi vida, tuve un presentimiento: Que un perverso que llega a tu casa, un hombre muy bajo y torpe, se habría apoderado de un secreto tuyo, y armado así, te oprimiría y te envilecería, y que yo tenía por fuerza que ir, y matarlo. Viví durante una hora ese drama horroroso. ¡Ten cuidado hijita, por Dios!

Y en cuento a ese señor, después de recobrar la carta, y deben ser cuanto

antes, mañana o.

Quería escribirte ahora largamente; pero no puedo. No he dormido esta noche nada, y apenas sé lo que digo.

No temas por mi salud. Yo dominaré todo, y estaré bueno enteramente para irme el sábado. Escíbeme siquiera una letra mañana mismo, nunca tuve mayor necesidad de leer tus palabras que ahora.

Adiós, tu a quien he amado más que a mi propia alma, y que estás en mí para siempre, más amada que nunca.



*1 de marzo
Jueves, a las 8 a.m.*

Ultensha mía de mi vida.

Nadie más que yo, sabe y aquilata el sacrificio de una confesión como esa. Esas náuseas del alma son mil veces más horribles que las del cuerpo, y la lucha que se entabla para expeler esos miasmas espirituales, no puede ser esclarecido con ninguna clase de palabras. Solo puede comprender eso el que lo haya sufrido, y yo lo he sufrido. Pero así también, criaturita mía, nada hay que purifique tanto y que derrame sobre el corazón más alegría y esperanza. Es, verdaderamente, una puerta ancha que se abre para entrar a una nueva vida; es, realmente, nacer de nuevo. El otro, el ser manchado y triste, ha muerto, ya no es más que un nombre, una sombra, una pesadilla que se va desvaneciendo y que debemos olvidar.

Así, pues, mi adorada y divinizada criatura, divinizada por tu inmenso dolor y por tu heroica voluntad, nada de mirar al ayer, ni de empeñarse en guardar nada que lo recuerde. Así como el fuego del dolor consumió lo que fuera basura espiritual, así el fuego material ha de consumir todo lo que pudiera servir para vehículo de su recuerdo: quiero decir, mi florecita silvestre, que me vas a llevar tu misma, el primer día que nos veamos, la copia de esas dos cartas que me escribiste, para quemarlas con mis propias manos.

Y ahora, mi dulcísima compañera, mi compañera de hoy y para la eternidad, entremos en el reino de la paz, que con tanto dolor hemos conquistado, y emprendamos nuestra labor. Cojamos nuestra cruz, y

llevémosla sonrientes, pues ya ninguna pesadumbre, ninguna corona de espinas, ninguna lanzada podría causarnos mayores agonías que las que hemos sufrido. Dame tu mano, hijita de mi corazón, pónate en mi hombro, pajarito mío, mariposita mía, y vamos andando lo que nos quede en la vida, con los ojos puestos en nuestro Dios, que nos ha redimido, y que nos está glorificando con escogernos para difundir su verdad.

Sabe, Helia querida, pues ahora más que nunca mereces ese nombre, que yo también he sido lavado, redimido por tu sacrificio. También en mi vida había mucho fango, que no acababa de secarse ni desprenderse, y del cual ahora me sentiré ya libre, enteramente, tenías razón: esta prueba suprema, era necesaria para los dos. Yo te debo mi niña, mi paz, el haber recobrado mi libertad, el haber reanimado y confortado mi voluntad, el haber cristalizado mis creencias de manera que se convirtieran en una antorcha capaz de alumbrar el camino para otros. Y desde lo más íntimo de mi corazón te digo gracias, y te repito: ¡vamos, vamos juntos a través de la vida, a realizar nuestros destinos! ¿No te encanta, no te fascina este matrimonio divino, verificando en un triste mundo del universo, voluntariamente, dolorosa y heroicamente, por dos espíritus que se confunden y dos corazones que se compenetran? ¿Puede haber nada más alto ni más bello que esta unión así, surgida del dolor, del anhelo inmenso de perfección, de la voluntad de volar y de alumbrar?

Pues eso es lo que yo te había prometido, y lo que te doy, alegre, sereno, esperanzado, en esta hora decisiva de mi vida. Me uno a ti en presencia de mi Dios, de mi Helios que todo es verdad y transparencia, y me doy a ti para siempre, aquí y en donde quiera que yo vaya. ¡Me recibes y me quieres así, con espíritu, vida y corazón, ya desde este instante, y en toda la plenitud actual y futura de tu ser! Prepara tu respuesta, para que lo oiga yo de tus propios labios.

Esa hojita que hallamos incluso, la concebí y la escribí en las horas de mortal angustia en que aguardaba esas cartas. Me habría vuelto loco sino me viene ese pensamiento y si no me entrego inmediatamente su realización. La hice imprimir anteayer, al recibir tus dos cartas, para santificar y celebrar así nuestro advenimiento a una nueva vida. Ve, pues, como del mas acebo dolor de tu vida, surgió la esperanza de la liberación y de la libertad, para esas pobrecitas criaturas que nosotros vamos a proteger.

Hijita mía, verdadera y total hija mía, pues has renacido de mi propio corazón y de mi propio espíritu, en esta carta he puesto lo más alto lo más puro y amante de mi ser; toda la ternura y toda la luz que cabe en mí y palpita en mí, y que yo quisiera convertir en dos alas blancas, inmensas, fulgurantes, para que volaras con ellas.

Ahora, pues, en nombre de nuestro señor, te recibo en mis brazos, y te bendigo, y como antes, y mejor que antes, te llamo mi estrella.

Esperando la inmensa ventura de verte pasado mañana, ¡te digo! ¡Hasta luego!

Hijita, con esta carta le decimos adiós a María Lidia, que tan buena y generosa ha sido para nosotros. Quede viviendo en nuestro corazón, y que solo repitamos su nombre en momentos felices, o cuando queramos infundirnos valor. Para mí, ha llegado a ser como una criatura real, como una niña ingenua, callada y apacible, que lleva y trae el consuelo para los ausentes, sin preguntar nunca del qué y por qué padecía ¡Pobrecita!

Si tengo la dicha de que recojas esta mañana antes de las 12, avísame por telégrafo inmediatamente.



12 de mar (y)/28.

Indiecita querida, ahí va la primera muestra del vestido que llevará tu niño, nuestra hijita adorada ¡Verdad que será lindo, y que tú lo vas a querer mucho!

Muéstraselo a mi dulce Mechecitas, a ver si comienza a querer a ese hermanito que le ha venido de las Alturas.

Hoy en la tarde ha estado aquí Dn. J.B a proponerme una vez más con caracteres definitivos, publicar un diario en compañía siendo el socio capitalista y administrador, y yo Director y Redactor principal, y dividiendo las ganancias. Una verdadera empresa, con perspectivas próximas de independencia, de holgura, y hasta de hacer pisto, como dice mucho Mechecitas.

Yo le prometí aceptar, pero, lo declaré larga, minuciosa y categóricamente, que yo no debería ser considerarlo por él como pariente sino como simple consorcio y amigo; que nunca más enajenaré mi libertad sometiéndome a cadenas que he roto para siempre, que ella tendría que ser para mi una amiga, una hermana si quiere, a quien yo con todo gusto ayudo y ayudaré siempre, mas no, en ningún caso lo que fui antes, que no solo no puedo aceptar la institución del matrimonio, así como es ahora y como yo lo sufrí, sino que así que mi caso esté olvidado o aceptado por las gentes, atacaré con todas mis fuerzas esa institución podrida, mentirosa, entontecedora y entrampadora.

En fin, que estimo mi libertad por encima de todo, y que mi pasado queda definitivamente clausurado.

El aceptó, y comparte mis puntos de vista y conviene plenamente en que trabajemos colocándonos en el plano en que yo estaré y quiero siempre estar.

Ya ves, hijita mía, como desato o corto las cadenas que todavía me ataban y como mi voluntad de ser libre, totalmente libre, y de purificarme para ti, para nuestra obra, se cumpla a plenitud.

¡Harás tú lo mismo! O mejor- pues has comenzado ya, y yo te lo agradezco con toda mi alma- continuaras tú, ¿y acabará tu liberación?

Tu actitud de ayer, que me tiene encantado y rebozado de gratitud para ti, me hace pensar que si, que tu fidelidad será plena, valerosa, orgullosa si es necesario, y que nuestra verdad flameará ante los ojos de los que nos estorban con su mentira.

Y con esta fe, ahí va para ti lo mejor, lo más alto de mi corazón, de mi espíritu.

Ayer, por estar embebido en tus palabras, no quemamos las copias. Hazlo ahora mismo, como si fuera con mi propia mano.



16 de mayo 28

Hijita, esta mañana Sarita me hizo acariciar la idea de verte hoy, y por eso no entre a conocer tu oficina, que era mi propósito. Que desilusión no verte y que triste; (ilegible). Y lo peor según me dice Jocesito es que mañana tampoco podrá. ¿Porque?

La hora de anteayer fue tan placida, tan (ilegible) , que desde hace mas de dos años, no habíamos tenido una igual.

(Ver el original para poder transcribir, imagen muy borrosa)

Hijita adorada, solo tengo tiempo para enviarte mil besos y mi corazón todo entero. Yo estoy mucho mejor de mi crisis, que es grave, y naturalmente, he vuelto de mi locura, que te atribuye la culpa de todos mis males, cuando sufro mis crisis. Eso forma parte de tu cruz, pobrecita mía.

Atiende a tu visita hoy, con tranquilidad y ven mañana temprano, a consolarme de no haberte visto en tanto tiempo.

Mañana es jueves de ascensión y quizás te daría la tarde, o por lo menos saldría más temprano.

Queridísima, perdona, perdona mil veces a tu pobre loquito, que solo en ti ve su esperanza y su luz.

Te ama para siempre



Martes 20 de marzo de 1928
A las 8 pm.

Hortensia mía, Hortensia mía, Hortensia mia

Toda la mañana pase arreglando mi cuarto para que lo encontraras bonito. Y en la tarde, no sin dificultad, conseguí algunas rosas, para que encontrarás algo digno de ti ¡Y no viniste! Ya dos días sin verte... y para colmo de tristeza, la absurda noticia de que el domingo te irás a no sé qué fiesta de casamiento, y me robarás mi único día en que disfruto algunas horas de felicidad a tu lado.

¡Siempre la misma negra historia... Para todos, menos para mí... Y nunca nos dejarán libres, nunca nos dejarán plenamente dichosos! No te imaginas lo que este pensamiento me atormenta: yo que no vivo más para ti, verme obligado a contentarme con los instantes que te dejan tantas malditas gentes que nada tuyo son, y que nada te importan.

Acabaré por odiar a todos los que se interponen entre nosotros, y seré más infeliz cuanto más los odie, y acabaré un día por irme lejos, solo, para siempre, a morir dondequiera no haya quien me oprima...

¡Qué vida miserable esta! ¿Por qué no nos olvidan? ¿Por qué no podríamos vivir como dos hojitas de esas que ves en las altas ramas del conacaste, a donde solo llega el viento que los mece y las refresca?

Pero a nosotros todos nos exasperan, nos estorban, nos tiranizan. Y yo, inútil, incapaz de trabajar porque no estás conmigo, me consumo de despecho y de melancolía, ¡pensando en que soy el juguete de todos!

¡Para que vivir así!...

Si vieras como cantaran ahora las cigarras... aún en este momento, las ocho de la noche, todavía resuena sus alitas vibrantes... Pareció que de la corteza y de las hojas de cada árbol manaba un torrente de matas y que en el árbol mismo quien se había transformado en una lira. ¡Y en cada vibración, mi corazón dirá Hortensia, Hortensia, Hortensia!

Yo creo que tendré que morir, que no me queda otro camino que morir, porque es imposible habituarse a esta angustia, a esta soledad, a esta ansiedad que nada llena ni apacigua. Porque yo no puedo estar sin ti, no puedo ni quisiera tener anhelos lejos de ti...

Siempre los demás, malditos mil veces, malditos mientras yo pueda maldecirlos... Yo que no quería perturbar un instante la ventura del ser más oscuro y mezquino, me veo siempre estorbado en mi dicha. ¡Y todo mi vivir está condenado a la voluntad de los otros!

Amor, amor mío, amor mío, único y solo verdadero y profundo amor de mi vida, yo necesito llorar mucho, mucho, e inundarte en mis lágrimas, para que sepas como es que yo te amo, ¡y para que adivines lo que yo no puedo expresarte con palabras! Hortensia, Hortensia mía...



22 de marzo-1928.

Madrecita mía bendita, solo Dios te podrá recompensar de lo perfecta que eres conmigo. A tiempo que yo te enviaba una carta áspera y cruel, tú me escribías una dulcísima, como solo pueden nacer de un corazón tan maternal y comprensivo como el tuyo. ¿Qué será de mí el día que olvides que soy un enfermo, un lamentable desequilibrado?

Siento nauseas de mí, me inspiras a mí mismo más asco que nadie podría inspirarme, y solo tus palabras misericordiosas me alivian haciéndome creer que no es tan grande mi vileza, y que la culpa de todos mis males y caídas es la locura.

morir sería la mejor solución, quizá la única, y me avergüenzo de no tener valor para adoptar esa solución!

Morir o renunciar a ti. Mientras no renuncie a que me ames, a recoger como una limosna bendita las horas que me consagres, las palabras que dejes caer para mí, no tendré paz... mientras no sienta que nada me debes y que todo lo que me des es caridad, sufriré toda clase de tormentos: celos, despecho, angustia, exasperación... Pero como renunciar a ti, ¿sin morir antes?...

Ayer, cuando llegaste, ansiaba una palabra de tu boca; una palabra que me consolara, que me prometiera una explicación... y como nada me dijiste, se me nubló el corazón, y me enloquecí... desde anteayer, me sentía preso de una tristeza inmensa, lloré muchas veces en el día, y en la noche clamaba a la muerte desesperadamente. Y nunca, nunca había pensado en ti con más ternura, con más reverencia, con más adoración...

Que desdicha ser como soy, y amarte, ¡así como te amo! ¡Qué será de mí! ...! ¿No crees que debería alejarme, y dejarte libre y tranquila? ¡No sientes que estoy envenenando tu vida!...

No cambiaré de casa; no lo he pensado nunca, aunque lo aparente. Y más ahora, que ya tuve un inmenso pesar en esa otra casa. Toda mi dicha ha transcurrido en esta casita amable y serena, donde todas las cosas me parecen impregnadas de ti...

Hortensia, ardo en anhelos de purificarme, de comenzar una vida nueva, de entregarme al trabajo, con ímpetu, con tenacidad, ¡para olvidar tanto dolor!... ¡Pero qué puedo hacer yo sin ti!

Tu deberías hacer un esfuerzo y olvidarme; pues yo tengo conciencia que soy tu ruina..., y me atosiga la idea de que siempre mi vida será como es ahora, de soledad, de ausencia, de ansia, de vivir a tu lado, y de la terrible realidad de que tu no seas solo para mí, no serás nunca solo para mí... que sea la voluntad de ese Dios tremendo que ni me ama ni me perdona...

22 de marzo

Hortensia, hijita, que Dios me perdone tanto que te hago padecer, y mejor si me diera fuerza para morir o alejarme, pues así vivirías en paz. En verdad, estoy enfermo, y el estallido de ayer tenía que venir; pero quiero que sepas que estoy lleno de dudas: siento que todavía no llego al fondo de tu corazón, y que tienes doble vida, y que mis ojos no alcanzan a ver lo claro en ti, porque tú te escondes.

Las cosas más sencillas, cuando se trata de contrariar a ciertas gentes, te parecen montañas; si se trata de contrariarme a mí, son leves y sencillas.

Por tu felicidad, por tu paz, te ruego que vengas para que hablemos una

vez más, y que sea la última en que nos echemos la sonda uno al otro en el alma- Yo anhelo, yo necesito que ese pasado que los dos aborrecemos, no solo se olvide en palabras, sino totalmente en hechos. Yo quiero renovar tu ambiente, y el mío, porque ni tu ni yo tenemos aún bastante virtud, para vivir en el Antiguo, viciado y perverso, sino contaminarnos.

Vivir así, con más dudas, es imposible; no sé lo que sería capaz de hacer. Que Dios y tu recuerdo me protejan.



8 de la noche, 23 -marzo- 1928

Amada de mi alma, ¿Por qué no viniste hoy como me lo habías ofrecido? Nunca te esperé con ansia tan grande; nunca sentí una necesidad tan grande de verte, de oírte, de adorarte. Este día se juntaron en mi todas las formas de la adoración: ternura, respeto, veneración, amor, anhelo de serte grato, de obedecerte, de contemplarte, mudo y estático. Y yo soñaba con hacer con todos esos sentimientos una corona de azahares y circundar con ella tu frente, después de impregnarlas con mis besos más puro. ¡Y no viniste!

¡Qué desgracia, Hortensia, amarte como yo te amo! Así como es de extraordinaria mi ventura en ser amado de ti, así es mi desdicha de amarte yo.

Mil veces, si me dijeras a tiempo una palabra, un mimo, si me hicieras una señal, me ahorrararías inmensos dolores... pero no lo haces, y yo sufro indeciblemente

¿Serás tan cruel que ni vengas mañana para almorzar conmigo? El domingo no te veré, pues estarás todo el día en esa fiesta. Hoy, no viniste. Entonces, ¿por qué no almuerzas mañana conmigo, aunque te fueras algo temprano? Si no vienes, te doy mi palabra que no almorzaré nada mientras no te vea.

¡Si supieras que esfuerzo tan grande he tenido que hacer esta tarde, para permanecer tranquilo, cuando ví que ya no venias! Si supieras que ansias inmensas siento de hablarte y de que me resuelvas ciertas dudas que me están atormentando.

de sentirme menospreciado. Yo sé que soy injusto, que no tengo ninguna razón, que nunca has sido más divina ni más amante, y que esto mereces, que yo me arrodille para adorarte... pero sufro, sufro espantosamente, y si no vienes para decirme una palabra, mi pobre corazón será destrozado.

Siento que mis dudas se borran con una palabra tuya, y que, desvanecida una última sombra, entraremos en una vida de dicha, de serenidad, de amor benéfico y que yo te adoraré como a la más alta de las criaturas.

Hoy recibí el primer ejemplar de muestra de Helios... pero tú no estuviste para celebrarlo, ¿De qué me sirve entonces?

Yo mismo te llevaré esta carta, pues no tendré quien me la lleve.

Acuérdate: si no vienes, no quiero comer nada yo solo.

Hortensia mía, no sabes cómo te amo; no imaginas como se acrecienta mi amor minuto a minuto. Quisiera darte mi vida, mi sangre, y hacerte feliz, a costa de todos mis sacrificios. Que mis ángeles te den esta noche un profundo reposo y que sueñes con tus manuscritos, ya que no has de soñar conmigo. Adiós

H

Releo tu carta de ayer, y me tranquiliza. Que buena, que alta, que luminosa eres, y que soy yo, porque me amarás, Arcángel mío.



24 de marzo a las 8. a.m.

Hortensia, anoche he tenido que dormir, una vez más, a fuerza de narcóticos. Esto me daña y me degrada. No obstante el veneno, tuve que pasar varias horas despierto, sufriendo como nunca, y esta mañana, agotado ya mi valor y mi capacidad de sufrir, me resuelvo a escribirte esta, que puede ser la última.

Como tú, a pesar de que siempre acabas por darme la razón, y con palabras muy dulces, haces siempre lo que mejor te parece, resulta que, en vez de llevar una vida unificada, como es nuestro decir y nuestro sueño, la llevamos, en realidad, intensamente separada. La prueba evidente de ello, es que desde hace nueve meses, por cada hora de paz, de serenidad, de armonía, tenemos cientos de conflictos de desacuerdos, de tormento.

Quiero recordarte que cuando el asunto del "salvadoreño", te escribí diez

y seis cartas seguidas, dándote razones para que no asistieras. Tú, aunque desde antes me habías prometido solemnemente no asistir, asististe, y después, cuando ya todo había pasado, me escribiste que yo tenía razón.

La cartita última que me escribiste a San Vicente, hablaba de vida plena, de un estado de tu ánimo, que no anhelaba ni quería sino identificarse con el mío. Ahora surge esa fiesta a la cual vas sin consultarme; te doy razones para que no asistas más que a la ceremonia religiosa; tu no me das ninguna para demostrarme que debes bailar, y que esos bailes no son pornográficos; me escribes sí, una carta muy dulce, como siempre, pero te dispones a ejecutar tu voluntad únicamente, como siempre. ¿No crees tú, que, en casos semejantes, estamos mutuamente obligados a sustentar con razones nuestros designios?

Hace dos años que te suplico que no te exhibas tan desnuda, y te he dado cuantas razones (ilegible) en apoyo de mi súplica- Nunca me has contradicho; siempre has afirmado que yo tenía razón; pero nunca has cumplido tu promesa de modificar tus vestidos.

Me prometiste que en una semana recogerías la carta enviada al señor J. B. Han pasado tres, y no has recogido nada, sabiendo que yo no tengo un instante de sosiego a causa de esa carta.

Ayer tarde, pensando sobre todos los imposibles deberías haber venido siquiera un momento: porque urgía una palabra de explicación entre nosotros, y porque me lo habías prometido categóricamente. No viniste, ni me enviaste una leve disculpa del porqué.

En los días en que yo me volvía loco de dolor y desesperación en S.V. suplicando la limosna de una carta o de un telegrama, tú le escribías esa carta a quien sabes, y luego le enviabas otra, anulando enteramente el efecto de la primera, puesto que le decías que era esa, ¡la única razón de no aceptarlo!

En estos días fuiste con él al teatro, después de prometerme que eso terminaría inmediatamente; y mañana, según me lo está gritando mi corazón, estarás, con él todo el día en la mesa, en el baile, en la tertulia, mientras yo estaré consumiéndome de rabia y haciendo esfuerzos inauditos para decirme que tú tienes razón, y que yo soy un loco.

Y luego, manoseará tu cuerpo quien quiera, en uno de esos bailes inmundos, y querrás que yo acepte la disculpa de que eso nada importa, puesto que tu espíritu estará ausente de ahí.

Esta noche yo he meditado y rumiado cada una de las palabras que te digo en esta carta, y cada una de ellas se ha llevado un jirón de mi vida. Y como no podía más, rogué con inmensa humildad y fervor a Dios, al tuyo,

en quien yo creía antes, y en el cual vuelvo a creer, pues tiene aplastado mi corazón bajo su mano tremenda, le rogué que no fuera ya tan cruel, y que me infundiera luz y valor para renunciar a ti; para no volverme loco, para no matarme, y sobre todo para no seguir destrozando tu vida y torciendo miserablemente tu destino.

Y eso es lo que hago ahora: renunciar a ti, convencido de que soy tu desgracia; de que no te comprendo; de que tu conducta obedece a móviles y designios muy altos y muy bellos, pero que me son inaccesibles.

Yo había soñado Hortensia, ese maravilloso sueño de una vida una; de dos corazones y dos espíritus que en anda disuenan y que palpita siempre con el mismo ritmo; yo había soñado que había en la vida una obra que hacer, alta, bella, luminosa, divina, una flor celeste que necesita cernerse en las alturas, ¡y que tú y yo seríamos las dos alas que le daríamos a nuestra flor, la potencia del vuelo!...

¿Cuál es la realidad? Que siempre, hay que sacrificarlo todo a las apariencias, al qué dirían, a las conveniencias, al buen tono...

Así, pues, renunciar. Renuncio a ti, a todos mis sueños, a todos mis anhelos, y lo hago impulsado por mi conciencia, que me dice que hay una fatal incompreensión que nos separa, y que soy yo, sin duda, por enfermo, por desequilibrado, por arruinado y pervertido, quien ha perdido la capacidad de comprender, de ver con claridad, justeza y rapidez, lo que es bueno, lo que es prudente, lo que es justo, lo que es bello y divino.

Desde ahora, mi adorada Hortensia, eres libre, libre como el viento: me darás lo que quieras, cuando quieras, y en la medida que quieras. Serás mi amiga, mi compañera en ideas, mi discípula, si no resulta irónico que un hombre como yo tenga discípulos. Jamás te pediré nada, jamás te exigiré nada, jamás te recordaré nada.

Y cuando quieras me cerrarás tus puertas y me negaras tu saludo.

Siento profundamente que yo no soy digno de ser amado, y menos de ti: se me ha impregnado el alma de dos bastardos sentimientos: uno, el odio, que había olvidado enteramente, y que ahora ruge en mi corazón; otro, que nunca había conocido, los celos, y que siempre había despreciado como el más vil, ultrajante y grotesco de los sentimientos, así en vez de subir, descendo. Y en qué momento, imagínate en el momento mismo, en que se publicó “La Religión Universal”, y “Helios”... Que ironía, ¿verdad? Yo te habría dicho todo esto en vez de escribírtelo, si tuviera la certeza de que venias, para almorzar conmigo ¿Pero quién lo sabe? Tal vez no te veré hasta el martes o miércoles, y si yo no vierto en palabras el tósigo que me está envenenando, quien sabe si alcanzaré a vivir o a gozar de mi raza hasta

entonces.

Te ruego, Hortensia por el corazón de tu madre y por el Espíritu de tu padre, que me perdones tantos dolores que por mi has sufrido. Tú no sabes que es llevar un infierno en el corazón; tú no puedes juzgar.

Sin duda, para el mayor de mis castigos, Dios me inspiró este amor loco, desesperado, inexpresable cuando ya no había nada en mí, que mereciera una correspondencia justa. En mi se realizó el símbolo del gusano adorando a una estrella, pero con el dolor inmenso, lacerante, insufrible, de querer el gusano ser correspondido como si el también fuera una estrella ¡Qué locura!

Mi hermanita preparo almuerzo para ti ¿Vendrás? Será posible que aún tenga yo esta vez suprema la ventura de estar a tu lado, partiendo el pan contigo, y recibiendo juntos la misma caricia del sol.

A.D. ¡Si supieras lo que he llorado desde aquella tarde! Pero no deseo otra cosa, y si quieres darme la última prueba de tu caridad, ora con fervor para que se me conceda muchas, muchas lágrimas mas-.

Adiós Hortensia...



26 de marzo

Hijita idolatrada, no te contesté largamente, porque estoy muy cansado; he carpintado todo el día, y apenas puedo mover el brazo.

Me das una buena regañada en tu cartita, y con razón hasta cierto punto. Es un deleite para mí que me reprendas, y sería capaz de cometer graves faltas, por tal de oír tus dulces reprimendas.

Ese mezquino, sentimiento, seguramente que no volverá a mí; era necesario que yo conociera ese terrible y punzante dolor, pues mi destino parece que me condena a sufrirlos todo. Es espantoso: es peor que la locura. En su aspecto mezquino, corporal, animal, nunca antes lo sentí, y nunca más lo sentiré, si Dios me socorre. Pero de ahí a pensar como tú, que, si amaras a otro, yo debería sentirme feliz con ayudarte a satisfacer ese nuevo amor, hay un abismo que yo no sabría, ni querría nunca llenar. Yo soy un hombre, y no un santo, y no quiero ser más que hombre, aunque sublimado si es posible. Sentir eso que tú me dices, es, sencillamente, no saber y lo que es amar. Supongo que te ha faltado tiempo para expresarte claramente, y prefiero dejar esto para que lo tratemos mañana.

Estoy encantado, y te agradezco con el alma, y que no hayas bailado. Por

fin, y por primera vez, pensaste hondamente en mí antes que en los demás. Ya ves cómo se puede, cuando se quiere. La leve mentira que te sirvió para excusarte, nada vale, pues yo creo que los deberes que tienes para conmigo y los que yo tengo para contigo, son una moral aparte, y enteramente por encima de los que nos liga para con los demás.

Deseo que te penetres bien de esto: todo mi deber, toda mi verdad se subordina a ti, en primer lugar, y por encima de todo y de todos. Así siento y así quiero sentir la vida.

Fue una inmensa dicha para mí que no bailaras, pues de hacerlo, yo lo habría interpretado como un desprecio para mí, y habría tenido el valor de renunciar a tu amor, aunque eso me hubiera matado.

Con ansia te espero mañana, y mientras te bendigo, te adoro, y anhelo con todo mi corazón ser digno de ti. Te estrecho entre mis brazos, florecita mía divina.

Quisiera Dios que, en cuerpo, no vayas a caer en la tentación de esos bailes inmundos.



28 de marzo-

Amadísima.

Te envío esas páginas, escritas hoy, para que veas la cosecha de tus pensamientos en mi corazón. Esta tarde me las devuelves, para continuarlas. Envíame la tinta que me ofreciste, besando tus piecitos.



29 de marzo-

Mi amadísima Hortensia,

¡Qué dolor que no se puede tener paz sino por breves horas! Desde ayer tarde comencé a escribir para ti una especie de poema, en que ansiaba

verter mi corazón y mi espíritu, plenamente, y expresar con todas mis potencias lo que siento y pienso de ti. Habría sido como beber agua de manantial después de sufrir días y días de sed y de calor y de fatiga; habría sido lo más alto y más bello de lo que hay en mi alma para ti, porque tú lo hiciste nacer y florecer.

Esta mañana, cuando vino tu hermanita, estaba trabajando en ello, y pensaba consagrar toda la tarde de hoy, a continuar esa tarea tan dulce a mi corazón.

Pero mira: Salí con Nela del colegio, adonde fui hoy para mi clase, y la invité a que pasáramos donde Sarita para recoger mi bastón, y en la esperanza de verte pasar. Ella aceptó con gusto, pues ya le había pasado todo enojo, y manifestó deseos de esperar en el zaguán, para verte cuando salieras y hablar contigo un instante. Saliste, y aunque ella y yo te hicimos muchas señales, no quisiste detenerte. Hasta me parece que, al menos, antes de salir, te escondiste un momento. Lo cierto es que no quisiste detenerte, ni un instante, y que Nela se quedó impresionadísima, diciendo que tú la desprecias, que no volverá a interponerse en tu camino, y que algún día te convencerás de que no ha procurado sino nuestra dicha, y ayudarnos con todas sus fuerzas.

Yo sé que no haces nada sin motivo, y que por algo pasaste sin detenerte; estoy cierto de que tienes razón; pero, ¿cómo convencer a Nela? Por más que le hice reflexiones en todo el camino, afirma que la despreciaste manifiestamente.

Y aquí me tienes, descorazonado, hasta y con el poema interrumpido. ¿Estamos condenados a no tener paz?

Josecito me dice que Mechecita ha resuelto pasar sus vacaciones en una finca de Dn. J.G. Yo le dije que podría proporcionarles algo mucho mejor, en todo sentido; pero es tan difícil convencer a ese niño, que dudo le haya dicho nada a Merceditas.

Me horroriza que nuestra hermanita no pueda desprenderse de esas relaciones: yo respeto su libertad, aunque quisiera con toda mi alma que ella también renovara su ambiente, pues es de absoluta necesidad echar el vino nuevo en odres nuevos. Sin odiar a nadie, y dispuestos a toda caridad cuando sea necesario, debemos cambiar nuestro medio circulante, a fin de que el pasado, que procuramos olvidar, no permanezca asido a nuestro corazón. Ese señor, con otros cinco o seis personas, debe ser apartado de nuestra amistad, porque su trato no sería para nosotros sino motivo de estar abdicando continuamente. Y esto es lo que nosotros, tu y yo por lo menos, no debemos hacer más: abdicar.

¿Cuándo te veré, aunque sea un instante? ¿Puedo ir a tu oficina un ratito? ¡Que largas mis horas sin tu presencia! ¡Qué ácido mi pensamiento y qué sombrío mi corazón!

Con toda mi alma, y adorándote más que nunca, te estrecho entre mis brazos y acaricio tu cabecita adorable.

Hijita, después de reflexionarlo varios días, me resuelvo a decirte que es indispensable que yo hable contigo y Merceditas, a solas, respecto de Josecito. Probablemente yo seré la víctima, pero es mi deber ser leal contigo y tu hermanito.



31 de marzo- 28

Azucenita mía divina.

Te escribo cuatro letras para consolarme de no haberte visto ayer. Ansiaba conversar con ustedes sobre el asunto de tu hermanito, para tranquilizarlas. Él estuvo ayer dos veces aquí, y pude sondearle a mi gusto; y formar una opinión seria sobre el caso.

Oye, pues, lo que pienso: este niño es aún demasiado niño, y no creo que se le pueda tomar en serio ni aún para sus juegos, antes de cuatro años. Sus estados de ánimos varían cada quince minutos, y ningún propósito persiste en él. Es muy bien intencionado y bondadoso, muy imaginativo, muy intuitivo. Pero carece enteramente de voluntad sino es para encapricharse y cuando está enojado o bajo la influencia de cualquier otra fuerte emoción. Espero que habrá cambiado enteramente de aquí a unos siete años, y que será entonces un hombre.

Entre tanto, es indispensable que no maneje dinero, porque eso lo perdería seguramente. Si continúa disponiendo de dinero, se pervertirá, pues está habituado a que se le mime, a gastar sin reflexión ni medida, y a rivalizar con los que tienen.

Así, pues, yo, en lugar de ustedes, lo colocaría inflexiblemente en esta situación: darle la mesa, habitación, ropa limpia y medicinas, y exigirle que ganara él para vestirse y para sus otros gastos eventuales. Obligándole a trabajar se le hará un gran bien, pues así no dispondría, como ahora, de tanto tiempo para estar ocioso.

Tú sabes que ociosidad y perdición son una misma cosa.

Además, ustedes y yo, si es que he de intervenir en sus cosas, debemos tratarlo con absoluta franqueza, sin ocultarle nada, sin enfurecernos con

él en discusiones, que son enteramente ociosas, (pues casi no se fija en lo que se le dice), y sin querer que su temperamento y su psiquis den lo que no pueden dar.

Nada de lo que digo aquí de tu hermanito necesita secreto. Yo mismo se lo haré ver.

Esta es una cuestión de firmeza, de sencillez, y de saber esperar.

Ayer me vino La joven India, de Gandhi, en francés. Su lectura me tiene maravillado, deslumbrado y avergonzado. Hace dos años, en homenaje a ese hombre inmenso, dejé resueltamente la carne; hoy siento necesidad de repetir mi esfuerzo, y con la más alta virtud suya es una veracidad total, yo voy a empeñarme, desde ya y con todo mi anhelo, en extirpar de mi vida toda forma de mentira-

¿Vienes mañana, seguramente? Estoy soñando con oírte y estrecharte contra mi corazón.

Nada de lo que digo aquí de tu hermanito necesita secreto. Lo mismo se lo hare ver.



7 de abril, a las 8 p.m. de 1928.

Hortensia mía adorada y venerada:

Sin duda fui profeta cuando escribí en la dedicatoria de "Helios", estas palabras que se refieren a nosotros dos: "A ti, que llegarás, yo que solo pensé vislumbrar". Estás en camino, mi florecita celeste, estás avanzando más de lo que te imaginas, y es seguro que llegarás. Gracias infinitas a Dios por esa merced. Yo, en cambio, he retrocedido enormemente, y si no fuera que tú me sostienes, no sé qué sería de mí. En estos últimos cuatro meses, me he vuelto más impulsivo que nunca, más violento que nunca; todo me exaspera, todo me hace dudar y vacilar, todo me hace caer en la desolación y la inquietud. Solo estoy sereno y dichoso las horas que paso a tu lado y eso, cuando no las hecho a perder con mis injustas desconfianzas y mis absurdas exigencias.

Horas maravillosas que podría, como antes, darme fuerza y serenidad para muchos días, ahora las siento fugaces, y apenas me dejas, ya me siento de nuevo preso de la angustia y de la tristeza. Madrecita clemente, no sé, en verdad adónde voy, y me perderé si tú no me sostienes y me alientas.

Yo supongo que este ánimo tan inestable y convulsivo, me viene de que en los últimos meses fui preso de conflictos tremendos, y de que me sentía

constantemente olvidado, y aún engañado de ti. Ahora no tengo ninguna razón para dudar, y nunca me diste pruebas más grandes de tu ternura y de tu amor. Reconozco que debería sentirme inmensamente feliz, y que nuestra situación mejora de día en día. Sobre todo, es evidente que cada vez te soy deudor de mayores mercedes, y que todas tus gracias se derraman sobre mi cabeza como lluvia de pétalos fragantes... Que Dios te recompense, Alondrita querida, por lo dulce y maternal que eres conmigo.

Ahora voy a empeñar todas mis fuerzas para recobrar la serenidad y mantenerme dueño de mí mismo; voy a orar incesantemente para que se me conceda la paz, y voy a pedir que se me ilumine para que no disminuya ni una línea mi confianza en ti y en los designios, que, dices tú se cumplirán por nuestro medio. Me esforzaré por estar alegre mientras vienes, y me sobrepondré a toda mezquindad ambiente, y a las mías propios, que son las peores. Y me infundirá aliento recordarte como te vi este día, tan serena, tan desprendida, tan espiritual y tan bella. Porque, en verdad, te estas embelleciendo día por día, y se ve cómo te vas transformando en una criatura encantadora. Es tu espíritu que ilumina tu cuerpo.

Ahora, hijita mía, para ayudar a esa transformación, cúrate de esa dispepsia naciente, y por amor a mí, cuidando mucho de variar tu alimentación; de no comer estando fatigada; de no discutir ni menos disputar por nada a la hora de la mesa; de comer muy despacio; de no comer entre tiempos, salvo algún trozo de pan con leche o agua; de andar siquiera unas seis vueltas en la cuadra de tu casa, en la noche, en cuanto hayas comido. Te ruego encarecidamente que te aprendas de memoria este régimen, y que lo ensayes íntegramente ocho días siquiera. Te respondo de que te hará mucho bien. Sobre todo, no hables a la hora de la mesa, de nada enojoso ni grave. Esa es la hora de la cordialidad, de la risa fácil y benévola, de la ingenuidad y sencillez, nunca conviene ser más niños que en el momento de comer.

Y también, amorcito divino, cuida mucho de no comer estando fatigada. La fatiga intoxica el organismo, y comer así, es muy dañino. Preferible aguardar a sentirte ya descansada, o a tomar un poquito de vino para restaurar tus fuerzas. Y no olvides que te varíen mucho los platos, aunque no comas sino uno o dos en cada tiempo. Adorna tu mesa con flores, si es posible, y ve a la mesa con el ánimo festivo.

Yo, en cambio, confiado en que una vez más seré salvado por ti, voy a esforzarme con toda mi voluntad para fortalecer mi cuerpo y serenar mi espíritu.

Imposible encarecer como te contemplo ahora de alta, de límpida, de divina, y como te siento elevándote a las regiones más serenas y luminosas.

Imposible decirte cuánto se acrecienta mi amor y como tu influencia celestial siembra en mí anhelo y esperanzas, jamás antes de ahora supe lo que es tu amor profundo y divino. Te adoro Hortensia mía, y me arrodillo a tus pies, ansioso de que me alientes y me ilumines.

*Domingo. 8 de abril.
A las 10 menos 20.*

¿Sabes cuál fue mi recompensa después de escribirte la carta que antecede? Una noche horrorosa, simplemente infernal. Angustia, desesperación, vacío inmenso, sensación profunda de inutilidad en mi vida; amargura profunda de no sentirme ya apto para nada; convicción de que nada, jamás, me haría feliz, y de que la locura me acechaba desde hacía tiempo, y de que estaba próximo el ataque final. Me esforcé para encontrar las causas de estas sensaciones angustiosas, y no hallé nada, nada: no encontré sino motivos de alegría, de serenidad, de ventura grande por haberte visto y tenido a mi lado... y sin embargo sufría la más tormentosa desesperación.

En mi temor y casi certeza de que estaba próximo a la locura, te explicaba que te encargaras de mi niña, que no la abandonarás nunca...

Esto se llama, me parece, delirio consciente, y es uno de los síntomas seguros y odiosos de mis crisis nerviosas, según te referí en mis cartas de San Vicente. Eso, y un deseo violento e incontenible de destruir, de destrozarse, son las dos características principales, además de una duda punzante de todo y de todos.

Hijita, crees que tendré yo remedio, y que volveré algún día a la serenidad, al trabajo metódico y coordinado, ¿al control de mis nervios? ¿No será inútil que te afanes tanto por mí y que anheles tu vida buena y bella, por estar compartiendo mis torturas y mis locuras? ¡No estaré enfermo sin remedio, y mi pobre cabeza se hará cada día más nebulosa y más inestable!

A más de la angustia moral, sentí toda la noche un escozor tan vivo en la piel, que el más ligero roce de las sabanas me era insoportable; convulsiones y estremecimientos, punzadas y sacudidas. Nada de esto es nuevo; pero ¿No es extraordinario que me asalte, cuando todo habrá de inducirme al sueño tranquilo y profundo?... Un momento hubo, en lo peor de la crisis, en que me iba a coger a golpes la cabeza y arrancarme el cabello, pero en ese instante te vi y te oí diciéndome que me serenara, y pude contenerme...

Esta mañana, en cuanto me levanté, muy temprano, sentí que mi única esperanza de tranquilizarme y alcanzar la serenidad, es trabajar, ya inmediatamente, en mi libro sobre Jesús. Apenas me desayuné me vine al

escritorio, y comencé a revisar y a corregir la copia que me trajiste ayer. Hay pasajes que me han hecho llorar bastante, y eso sin duda, me trajo alivio. Te parece que siga trabajando ya, todos los días, ¿aunque sea unas cuantas líneas cada vez? Si no, no sé qué sería de mí.

No debería escribirte nada de esto; sé que soy egoísta y cruel, haciéndolo, pero no lo puedo evitar: mi ansia de verte y de hablar contigo, solo se alivia escribiéndote, y me falta ánimo para llevar yo sólo mi cruz...

Intento que te llegue esta ahora mismo ¡Dios lo quiera! Y sino, tendré paciencia hasta mañana.

Adiós, ruega por mí; solo tus oraciones pueden sostenerme. Adiós bendita criatura mía, alma santa a quien tantos dolores causo... Algún día serás dichosa, y tu alegría y tu serenidad no será ya perturbadas por los delirios de este desequilibrado irremediable... Adiós, ¡mi celeste alondra!...

He corregido ya once páginas de la copia ¡Me escribirás mañana! Perdóname que te atormente, pero me alivio mucho escribiéndote, adiós.



1928

8 de abril, a las 7 y 20 a.m.

Esposa mía divina.

Estarás inquieta por mí, y por eso me apresuro a decirte que ya estoy bueno. Ayer desterré, para siempre, el café de medio día, que me produce insomnio; me acosté a las 7 y ½; dormí largamente, y he amanecido contento como un pájaro. Acaso en todos mis males no haya sino un exceso de fatiga acumulada.

Me entrego, pues, desde ahora, con todo mi anhelo y con todas mis fuerzas, al cultivo de la serenidad: porque tú lo quieres así, y porque un adorador del sol, que ha de vivir en la alegría, no puede alcanzarla sino conquista antes la serenidad.

La serenidad no es, sino fuerza contenida; fuerza que tiende a rebosar, por su abundancia, pero que la voluntad contiene y enfrena. Y entonces, se convierte en alegría: canto en el pájaro, espuma en las olas, perfume en la rosa; y en mi divina Hortensia, gracia sin igual, que hace pensar en ella como en “una inefable respuesta a una excelsa oración”

Hablamos mucho de ti con Toña, quien se está enamorada de ti, como

es natural. Cuando yo sea Presidente, haré meter a la cárcel a quien quiera que no te ame, como señal segura esta de una conducta viciada; salvo que se trate de enfermedad mental, y entonces, en vez de la cárcel se les aplicará el manicomio.

Hijita, has de tener paciencia: no se recobra la serenidad cuando se ha vivido casi toda la vida en la inquietud, el sobresalto y la angustia. Tendré que someterme a un régimen difícil, en todo: sueño, alimentación, lecturas, pensamiento, etc. . . pero llegaré, si tú me sostienes, y entonces, haré mi obra, como la soñamos, y como debe ser. En todo este año reharé mis hábitos, y aunque me quede muy lejos de ser como un Goethe, alcanzaré a no ser un epiléptico, un desdichado que se pliega a las más pequeñas impresiones, y es así víctima de los hombres, de las cosas y del azar.

Y serás tú, siempre tú, quien me habrá curado, quien me habrá hecho el don supremo de capacitarme para cumplir mi tarea. La carta que me escribiste el 5, y que he de leer todos los días, fue, verdaderamente providencial, pues de ahí arranca mi propósito firme de serenarme.

Adiós. Que el té guarde, para ventura de cuantos tengan la dicha de encontrarte, y para regeneración mía, que todo lo recibo de ti. Adiós, mi campánula azul (frente a mi ventana amaneció hoy una muy linda) mi Alondra, mi Helia.



11 de abril de 1928

Amada y venerada madrecita,

Haber llorado tanto ayer, me hizo grandísimo bien; he amanecido con el corazón tranquilo y la mente serena. Pero más que todo me ha hecho bien la promesa solemne de que nunca más, ni en tus palabras, ni en tus actos, veré yo algo que pueda semejar mentira o engaño. Mientras yo abrigue esa certidumbre, nada habrá que pueda afectar seriamente nuestra concordia y nuestra paz.

Si examinas mis libros y mi vida, notarás que son un constante y doloroso esfuerzo para conquistar la verdad: quiero decir, el valor y el hábito de decirlo y de practicarla. En otras virtudes no he adelantado, y en algunas he retrocedido; pero en aquella sí, hasta el grado de que ahora me es fácil decir y mantener mi verdad ante todos: individuos y pueblos; ilustrados e

ignorantes; débiles y poderosos. Te digo esto, para que te penetres de que, para mí, es esencial, primordial, absolutamente necesario, verte y sentirte veraz, siempre, con todos, en todo, sean cuales fueren las consecuencias. Estas nunca serán funestas tratándose de ti, porque Dios te ha colmado de suavidad, de gracia, para adormecer y cicatrizar las heridas que causes con tu verdad. Tu lanceta lleva en sí misma un bálsamo tan dulce, que curas al mismo tiempo que hieres. Todo lo contrario de mí, que todavía ofendo y maltrato, para expresar la verdad más sencilla.

Estoy enteramente convencido, penetrado, de que, entre las virtudes fundamentales que me faltan para que mi vida tenga significación y no sea harto desventurada, la que mayor falta me hace es la serenidad. Nunca fui sereno, sino en raras ocasiones en que mi salud y mi contento alcanzarán un grado muy alto de fuerza y de equilibrio. A los tres años, ya daba muestras de una impulsividad excesiva, y esa fue creciendo, sin que nadie me la educara, y sin más contraste que los dolores inmensos que me acarrearon mis impulsos. Mi verdadero ser, bajo este aspecto, lo encontrarás en “El Ensayo” sintetizado en Coriolano. Todos los fracasos, toda la ineficacia de mi vida se deben a esa impulsividad desenfrenada, que me hace resolver en un segundo, lo que ningún hombre equilibrado se atrevería a resolver en una semana, en un mes, en un año. A esta fatal propensión le debo que mi labor sea el fruto de momentos, de algunas horas, de algunos días; la mayor parte de mi tiempo sea perdido en el arrebato, en el frenesí de las resoluciones locas, y luego en el cansancio, desilusión, arrepentimiento e inepticia que me dejaban esas locuras. Todavía, mientras fui joven, me bastaban unos días para llenar el vacío de meses y años. Pero ahora, con todas mis fuerzas debilitadas ya no puedo hacerlo, y me doy cuenta exacta, de que mi labor ha terminado, sino logro serenizar mi mente y mi corazón siquiera en un grado suficiente para ser un hombre medio equilibrado.

Ya ves que no me hago ilusiones, y que conozco la intensidad de mi mal. Mi única esperanza para alcanzar ese semi-equilibrio, esa serenidad mínima, es aplicar a conseguirla todas mis fuerzas, todos mis anhelos y actos, prescindiendo enteramente de otras virtudes y modalidades, aunque me sean muy necesarias; por medio de esta concentración perenne, algo obtendré, siquiera para que mi próxima existencia sea mejor y más fecunda que no está.

Pues bien, hijita, creo que tanto como necesito yo la serenidad, necesitas tú la entereza, el valor de ser tú misma, de vivir tu propia vida, de ser y hacer, de sentir y decir la verdad, por encima de conveniencias, dolores propios y ajenos, deseos generosos y cualquier otro móvil bueno o malo. Te falta valor, en grado extraordinario; te falta independencia, al grado de

que muchas veces no solo no vives tus ideas y sentimientos, sino que vives y fomentas ideas contrarias.

Es claro que nunca por móviles egoístas ni mezquinos, sino, acaso, por los más altos y generosos. Pero el resultado es igual: te divides; interiormente sientes y piensas de un modo, y en tu vida exterior haces y dices de otro. Y, acuérdate bien de estas palabras de Jesús, “todo reino que se divide, perecerá”.

Y de estas otras, tan hondas y transcendentales; “Solo la verdad os hará libres” ¡Solo la verdad!

Bueno, almita mía idolatrada, piensa con atención intensa y duradera en esto que te digo, y considera esta propuesta que te hago: en la medida en que tú te hagas libre (no podría serlo sino por la verdad) yo me haré sereno. Mi parte es incomparablemente más difícil, porque a tu edad todavía puede uno modelarse, mientras que, a la mía, es casi imposible. Tu eres, bajo este aspecto, una enferma grave; yo soy un enfermo desahuciado próximo a la muerte. Pero te repito, con absoluto conocimiento y control de mis palabras, que me haré sereno, en la medida en que tú te hagas libre, verídica.

Nuestra salvación está en eso, y si algo hemos de hacer en nuestra vida actual y aún en la próxima, no será sino mediante la conquista de esas dos fuerzas. Y toma nota de que a ti solo esa te falta de manera sensible, mientras que a mí me faltan varias.

Creo haber encontrado el medio más sencillo y más humano de resolver el caso doloroso de D.J. mañana te lo diré.

Hijita, me siento más cerca de mí que nunca, más esperanzado de alcanzar días pacíficos a tu lado.

Adiós mi santita lee varias veces esta carta, y que mi Dios que es luz, verdad, te ilumine y te proteja. Con todo mi amor, mi fidelidad y mi gratitud, para siempre.



14 de abril de 1928.

Dulcísima.

Ayer y hoy, estado casi nirvánico. Seria total sin dolor y la vergüenza de lo que tengo que decir a B. Hoy será esa entrevista penosa, y mañana,

cuando vengas, ya habrá caído hecho trozos, esa otra cadena, forjada, como tú dices, por la vanidad.

He cantado incesantemente, como a mis veinte años, que siempre andaba tarareando. Bella y buena la vida, y desbordante de perspectivas. Y todo porque adquiriré, por fin, la confianza plena, la fe total en ti ¡Qué maravilloso es creer y confiar! ¡Qué milagro de los milagros!, decirte con toda certidumbre: ¡hay alguien que me complementa, que me adivina, me comprende, y solo piensa en hacer de mí un zafiro, una estrella! No hay ventura comparable a esta de pensar: ella esta allá y yo aquí, al parecer, pero, en verdad, ella está aquí tanto como yo allá; pues ella y yo somos uno.

¡Tú y yo... recuerdas! Y ahora, simplemente, tú, o yo, pues es lo mismo...

Solo mi cuerpo se conduce mal; ahora hube de tomar dos aspirinas para poder ir a mi clase. ¡Pobrecito! ¡Le he impuesto tantos sufrimientos!

Y tú, ¿alondra? ¿Y tú, mi campánula azul? No me robes mañana ni un minuto; a las 2 en punto, lo más tarde, quiero oír tus pasos y tu voz. Cuidado no te deje Josecito hasta las 3 esperándote. Adiós.



17 de abril de 1928.

Hijita adorada, qué tristeza que no hayas venido. Pocas veces te esperé con más ansia, ni pensé en ti con más devoción y ternura. Tenía tantos deseos de estarme callado, junto a ti, oyéndote hablar, bebiendo tus palabras benditas, que son ahora mi pan espiritual...

¿Qué sucedió, hijita mía? ¿Algún disgusto grande? Pobrecita mía, si vieras como te he compadecido ayer y hoy, pensando en lo que has de sufrir por el dolor que vas a causar a Dn... Le compadezco a él, y aún más a ti, pues sé cómo padeces al hacer sufrir. Qué triste cosa es la vida, ¿verdad? Yo escribí ayer a R. una carta larga y cariñosa, pero sin una palabra de reconciliación. Y sufrí de tal manera escribiéndola, que lloré muchas veces.

Y también ayer mismo resolví, felicísimamente el asunto con B. Nada de lo que yo me imaginaba era cierto, sino lo que me dijo Mechecitas, que se trataba simplemente de una gran ternura. La criaturita sufrió algunos minutos, pero luego, al asegurarle yo que tú la querías mucho, y

que los dos la veríamos siempre con gran cariño, se puso muy contenta, y me aseguró que siempre te ha querido, pero que ahora te querrá mucho más. En realidad, se trata de una gran devoción, y nada más. Y de ello estaré contentísima.

Ve, alondra mía celeste, como van cayendo todas las barreras, y como en nuestro horizonte luce cada día más la esperanza. Y yo, cada día, aunque me parezca imposible, te comprendo más, te admiro más, y te amo más. Esta mañana te vi. Yo estaba donde el Dr. M. y te ví pasar, como si una rosada exhalación hubiera surcado el firmamento.

Hijita querida, quien sabe si estarás sufriendo algún grave pasar, o algún enojo muy grave. Por caridad, ven mañana, para desengañarme, y para consolarte.

Tu muchachito se ha portado bien; no he hecho ningún desarreglo, y está mejor. Por nada del mundo quiere hacerte sufrir con sus achaques, y anhela curarse para que vivas tranquila, para servirte, para ser tu sostén.

Quiera nuestro Señor que estas líneas te lleven alegría y paz, y que encuentres en ellas consuelo, fuerza y serenidad.

Dulcísima, mi corazón te ama y te bendice.



18 de abril, a las 9 de la noche.

Hijita, madrecita mía, tu visita de hoy tarde me he dejado una gran laxitud, un ansia de olvido, de sueño profundo, de aniquilamiento. No podría acostarme ahora sin consolarme diciéndote como te bendice mi corazón; como te admiro, y anhelo seguirte en tu ascensión perenne, en tu vuelo doloroso y heroico a la perfección.

Somos instrumentos de tortura; labramos estatuas en nuestra propia vida y en los demás, conforme a designios que ignoramos; el dolor es el cincel con que todos sueñan pero que todos se estremecen al pensar en buscarle. Que tristeza, haber uno de ser escalpelo y canterio, cuando quisiera que nadie vertiera una lágrima, aun habiéndolo merecido.

¿A dónde vamos? ¿Cuál sería el fruto de tanta lucha, de tanta zozobra y amargura? Yo me espanto al ver ese empeño de tus hermanitos en

apartarme de ti, jamás desplegué tanto esfuerzo mental, nunca fui más veraz ni fervorosamente sincero como he sido con ellos para que comprendieras, y leyeran en mi corazón. Es inútil; especialmente tu hermanita, siento que nunca se libertará de sus ideas y que siempre estarás dispuesta a sacrificarnos.

Siento un cansancio inmenso; ni siquiera tengo el alivio de sentirme, como tú, heroico y abnegado, y ansioso de martirio a cambio de sublimarme.

No hallo una sola palabra que exprese la gratitud inmensa que siento por ti. No tengo nada que pedirte; no hay merced que no te deba. En verdad, te debo mi vida y la paz de mi corazón, pues sin ti ya habría muerto o enloquecido, hostigado por mis remordimientos. Que noble, que maternal y generosa eres con todos, y que ventura es la mía, de que tus ojos se hayan posado en mí, como si valiera más que nadie. He pasado dos horas viendo las estrellas a través de los árboles y me parece que sus rayos me acariciaban como si fueran tus dedos suaves y tibios.

¿Cuándo vendrás? ¿No me escribirás una palabra dulce que me de aliento y vida?

Adiós, madrecita adorada, manantial inagotable de toda gracia. Tu semblante de hoy, triste, grave, santificado, flota ante mis ojos como una aureola. Qué bella eres, en tu tristeza y cómo trasciende a tu semblante el heroísmo y la belleza de tu corazón.

Mil veces bendita, ora por mí, y no me olvides.

Hijita, Rafael me encarga decirte que necesita ver a una de ustedes, mañana, para algo que debe ser urgente, respecto de la casa, sería bueno que viniera muy temprano tu hermanita, para convenir en la hora.



19 de abril

Madrecita celeste, ¡único bálsamo que cicatriza las heridas de mi corazón, qué dicha que no te dejes abatir por mis debilidades! ¡Que bendición que permanezcas serena, y me colmes y me sostengas!

Si vieras que vergüenza y que remordimiento siento cada vez que te atormento... Pienso en la inequidad de que estando en tu trabajo, ocupada, cansada, venga yo con mis eternas quejas y te quite la paz. Pero, ¿qué hacer, si vivo enfermo, con todos mis nervios en desorden, y la idea de que nos separen me enloquece? ¡Cada vez que esto ocurre me digo que es imposible que me tolere más, y espero que me contestes diciéndome,

adiós..., y tú, llena de gracia y de misericordia, me perdonas siempre, y me mimas y me confortas!...

¡Qué corazón el tuyo tan inagotable en bondad y en ternura! Hijita, haz de mí lo que quieras; que se cumpla en mi tu voluntad, con tal de que yo sepa que me amas siempre, siempre, siempre y que nadie podría separarme de ti...

Te ruego me digas si vendrás el sábado; el domingo; es indispensable, para evitar que me vengan a importunar.

Aurora mía, mi Helia, mi fe, mi luz divina, perdóname y no me olvides. Yo creo en ti como en mi Dios.

(error en digitalización, no copiaron hoja 2)

bra me queman al escribirlas.

Hijita, si tu no adquieres el valor de ser tú, así como son ellos, que harán su voluntad, cuando se ocurra, sin que nada les detenga, vale más que me olvides. Al cabo lo mejor para mí sería morir.

Hazte cargo: cuando vas a venir, todo el día sufro una crisis nerviosa extremada ¿Vendrás, no vendrás?... ¿Vendrás tempano? ¿No me interrumpirás las visitas? ¿Podré decirte todo lo que quiero? Cuando se aproxime la hora de tu venida, ya no tengo sosiego, tan grande es mi emoción y mi ansiedad. Y resulta con que esos tres cuartos de hora, que son mi único sostén, mi único alimento, he de tener ahí una tristeza que pese mis palabras y mis gestos...

¿Y por qué? ¡Porque ellos saben querer y se imponen ¡Prefiero irme a morir solo y libre, a un (ilegible) donde nadie me tiranice!

Perdóname si te ofendo y te hago sufrir ¡Lo que yo pido es tan poco! Hablar contigo, verte, oírte, pero en libertad, íntimamente, de modo que se hable de corazón a corazón; ¡Señor, solo a mí no se me ha de conceder nada en esta vida!

Adiós, hijita siempre amada. Nadie, nadie te amará jamás como yo.

Ayer me rehusabas hasta la caricia de tus manos en las mías, ¿Por qué? ¿Por miedo? ¿Por qué?



Mi santa compañera,

Para honrar tu carta de ayer, tan alta y sabia y confortante, me levanté hoy a trabajar, antes de escribirte, y aunque todavía sufriendo algo de la cabeza, hice un articulito que me reportará diez colones. Quiero que ellos sean para que te hagas un retrato, que yo deseo estar viendo siempre, a ver si la presencia de tu imagen, me sirve de control en mis insensatas horas de crisis. Desde ahora te ruego que no me retardes la dicha que te pido; es una maldad mía no tener a mi alcance el semblante divino que tantas cosas me revela de tu ser interior, y quiero remediar ya ese desorden.

La causa de todas mis dudas, desfallecimientos y locuras, es que mi amor a ti no ha salido del egoísmo más egoísta. En lugar de sentir que el amor consiste (como tú le decías a Mechecitas una vez) en que tú vivas en mí, lo hago consistir en que vivas en todo momento y en toda forma, en que vivas para mí. Es el mismo amor estrecho, interesado y absorbente de que yo he sido víctima, sin otra disculpa aceptable que el haber vivido toda mi vida, sediento de un amor como el tuyo, desprendido y celeste. Por eso, porque soy egoísta, es que no puedo serenarme; porque la serenidad es el estado de gracia otorgado a quienes lo merecen; a los que aman con amor celeste; a los que no quieren sino dar. No es una virtud ni una condición, sino una sublimación de todo ser, una rosa emanada de todas las modalidades y potencias de la vida. Si tú, mi celeste criatura, estas alcanzando esa serenidad, y estas realizando ya el símbolo que yo te señalé: *abeille et papillon*, es porque durante más de tres años, con supremo desinterés, los has sacrificado todo a mi redención y a mi regeneración. Porque te diste con absoluta plenitud, sin reservarte más que las espinas, por eso ahora se te devuelve todo en premio: la serenidad, que es aún siempre santidad, fuerza y alegría.

¡Qué lejos estoy, yo de ti!... Pero, pues lo advierto, y lo confieso, y se las causas, no debo perder la esperanza de seguirte, ya que no de alcanzarte. Para mi es una ventura celestial y suprema, ver como avanzas y vuelas con tus propias alas, y me superas en todo. Yo sé que no por eso dejarás de amarme, y eso me contenta. Estás en camino, mi Hortensia, mi alondra, de ser quien encarne primero la nueva vida, la nueva religión que soñamos y anhelamos; estás en camino de vivir y encarnar plenamente esa religión que es todo amor y luz y alegría, es decir, de ser tú el zafiro que nació de mi corazón y de mi pensamiento.

Los hombres no siguen nunca una nueva vía, una nueva religión,

mientras no lo ven, y la sienten encarnada, viva, viviente, en otro hombre. Mientras no hay uno que con total verdad pueda decir: “Yo soy el camino, la resurrección y la vida”, es decir, lo que predico es mi propio vivir, mi propio corazón, mi propio ser interior y perenne, no se mueren ni se adhieren a ninguna idea, por alta que parezca y aunque venga de la mente más alta y luminosa. Se necesita que la idea se haga carne y sangre, y trascienda hecha luz y perfume.

Tú, mi compañera divina, tu mi flor celeste, tú serás, tú comienzas ya a ser, esa encarnación de nuestra religión solar. Y viéndote yo así, y mientras no dude que recibiré tu gracia, me avendré a todo, para no estrecharte, para que hagas tu obra libremente, plenamente. Si a veces, porque todo en mi es débil y enfermo; porque ya no puedo curarme te atormento con mis egoístas y locas exigencias, con mis insensatas dudas, trátame siempre como a un niño malcriado y enfermo, a quien se ama por eso mismo, sonríete de mis locuras y de mis quejas, y conténtame con una palabra cariñosa y alentadora. Para eso eres quien eres, y para eso tienes sobre mí el poder inmenso que es la gloria de mi alma. Adiós, mi dulcísima, y que el señor te bendiga.

Que esta carta, mi muy amada, te haga olvidar un tanto las amarguras que te causo, tan injustas y repetidas. Toña, a quien he refinado algunos versos tuyos, dice que no soy más que un tirano, un insensato, y que lo que necesito es una buena penqueada, y no tu misericordia incansable.

Y yo digo que, si los azotes me vienen de tu mano, los recibiré como caricias de ángeles.

Adiós mi linda, mi tesoro, mi vida.

Esta tarde iré adonde J.B. para acabar de arreglar los preliminares del diario.



-San Salvador, 22 de abril-928

Amiga Haydee siempre recordada,

Mi mamá me ha contado de sus tristezas hondas y, al parecer, irremediables. Solo al parecer, puesto que, al fin, llega para todos, la hora de la paz, aun de los que menos la merecemos. ¡Con cuánta más razón no llegará para usted que tanto anhela elevarse y acrisolarse, y que, seguramente, no he causado a nadie ni grande ni injustos dolores! Quisiera

encontrar en mi espíritu alguna palabra luminosa, capaz de suscitar en usted la serenidad y la esperanza; más si no he alcanzado para mi esa gracia en cantidad bastante, ¿cómo podría comunicarlas a los demás? Lo único que sé decirle, es mi convicción absoluta de que mientras uno no se olvida de sí mismo y aprende a vivir para los demás, no se fortalece ni se pacifica. Hablo de las almas como la de usted, que ya no se hallan contentas con un vivir egoísta y mezquino.

¿Porque no viene unos días acá, y se distrae?, a ver si surge así la luz que anda buscando, venga, y avíseme, para ir a verla y ayudarle. Triste es que no le ofrezca mi casa, pero eso viene de que no la tengo.

Con mis recuerdos más cordiales.



25 de abril-28

Hijita,

Con un cansancio inmenso. He trabajado hoy mucho, mucho, y solo el ansia de que pienses en mí un instante me hace escribirte, pero estoy bien; dormí anoche bastante, y como hoy con apetito.

Creo que mi trabajo más fuerte está ya hecho, y que dentro de una semana irá mejorando el exceso que trae la organización. El arreglo con Bernal está a punto de ser modificado, a causa de que Chacón exige el también entrar en compañía, siendo los tres socios de la empresa. Ya te hablaré de esto cuando te vea.

Mañana iré a verte a las 3 ½, aunque sea un instante. Tenme lista la medida de tu dedito, por el asunto del anillo; he encontrado dos piedras muy bonitas, de zafiros reconstruidos.

Josécito puede ir sin dificultad ninguna desde mañana a mi oficina, para que me ayude; ya lo tengo arreglado así.

Aún no he contestado el telegrama en que me avisan la muerte de mi pobre hermana, según ha sido mi trajín de hoy.

Hijita, lo que hablan tus tías de mí, y sobre todo de mi padre, me tiene muy impresionado, todos amamos y respetamos la memoria de nuestro padre, y me estoy preguntando hasta qué punto es bondad y hasta qué punto es

cobardía o imbecilidad permitir que destrocen el nombre del mío, gentes que ninguna ofensa han sufrido de mí, ni menos de él... Verdaderamente, si esas señoras siguen siendo tus verdugos o tus dueñas mucho tiempo, creo que haré bien en irme lejos, muy lejos, porque ya se va colmando la medida de lo que puedo sufrirlas, desde hace un año son mi tormento, y me aflige la idea de llenarme de odio a causa de ellas. Me consuela creer que tú no consentirás estar al lado de esas gentes más allá de este año. Yo no podría comprender que fuera de otro modo.

Desde ayer me siento muy triste, pensando que cada vez me pondrás un plazo más largo para visitarme; los presentimientos más melancólicos me dicen que tratas de ir alejándote de mí poco a poco. Solo me alegra pensar que me dejarás servirte y ayudarte lo mejor que pueda. Haremos ahorros para que viajes, y para que te establezcas en otro país menos odioso. Mi sueño sería que tú y mi niña quedarán bien establecidas cuando yo falte... Dios lo quiera. Hijita, te adoro y te admiro más que nunca, y comprendo que no me sientas digno de ti, pues en verdad no lo soy- Te querría pedir un favor: que me escribas tu una oración para rezar yo, pidiendo lo que necesito más. ¿Te has acordado de la promesa de darme tu retrato?

Adiós mi Santita idolatrada.



29 de abril- 28.

Mi siempre y muy amada Hortensia, a quien tal vez voy a perder: Anoche mediante una fuerte dosis de narcótico, dormí profundamente, con ese sueño que ni repara las fuerzas ni alivia el corazón. Hoy amanecí peor que si no hubiera dormido; todo el día estuve mareado y con una tristeza infinita. Como esta noche quizás tampoco dormiré, quiero aprovechar las primeras horas escribiéndote estas líneas que talvez hará que me abandones. Que sea hecha su voluntad.

Me vine de San Vicente, porque me prometías una vida plena, una vida libre. No hubo tal, sino cada vez más restringida y más esclava. Tus hermanos, especialmente Merceditas, te tiraniza, cada vez más, aunque ahora como siempre, te empeñas en negarlo. Es ocasión de que te refiera que le he sufrido a M. profundas humillaciones: cuando estuviste enferma, después de muchísimas suplicas por carta y telegrama, no me contestó

sino cuando le telegrafí a Sarita y a ti misma exigiendo imperiosamente una respuesta. En esos días le escribí ofreciéndole con mucho cariño 700 ejemplares del “Dinero maldito” para tu tía Juanita, y solo a la tercera carta sobre el asunto logró que me contestara un telegrama breve y áspero.

Como ha llegado la hora de la verdad total, te confieso que mi concepto de ella es- sin disminuirle ninguna de sus bellas cualidades- el de una criatura dominante y tiránica, que ama a quienes se le someten con grande amor y aborrece a quienes no se le subordinan. Es verdad que sufre y ha sufrido mucho con nuestro asunto, porque no ha logrado que se haga enteramente su voluntad- Yo la he querido siempre y la quiero; pero desde ayer quebré el yugo, y jamás, jamás volveré a someterme a sus (ilegible) posiciones.

Tocante a las complacencias de J. tardías, deficientes, de mala gana, no te imaginas lo que me cuesta en mimos, en súplicas, en humillaciones y en dinero- No te lo quería referir, pero llegó la hora de confesarnos plenamente. Es inútil que se lo digas, pues no lo volveré a ocupar absolutamente, y como le había prometido secreto, se hará enemigo encarnizado si sabe que te lo he revelado. Te daré detalles cuando nos veamos.

Ayer me quedé espantado de ver adónde llega tu servilismo con Merceditas. Perdóname esta horrible palabra, pero me es imposible darle otro nombre: cuando estás a solas conmigo y me ves pesaroso, o triste o exasperado, te pones grave tú también y hablas con seriedad y emoción. Ayer, viéndome llorar, sollozar, te reías a carcajadas, fingías tomarlo a broma- cuando en realidad, creo yo- se te estaba destrozando el corazón, para que Merceditas no viera que sufrías. Hasta última hora, hasta el momento de despedirte ya en la calle, te reías y lo hacías juego, para que tu hermana no se indignara viendo tu sufrimiento. Es el colmo, hijita; es menester que una cadena se haya incrustado en la carne viva, hasta en los huesos, para llegar a ese extremo; pero como yo he padecido todo eso, te compadezco profundamente. Quiera Dios que algún día tenga valor para liberarte.

El otro día, cuando me referiste lo de Dn. Julio, como yo me eche a llorar de lástima por él, te espantaste de que me fuera a oír tu hermana, como si no fueran esas las lágrimas, las más nobles que yo haya derramado en mi vida.

Quiero recordarte que fui yo, quien a fuerza de súplicas, obtuve que tu hermanita no se fuera a San Francisco, hace algo más de dos años, cuando se disponía a abandonarte en la más triste situación; y también fui yo quien comenzó a lograr que tu hermana, que era un instrumento contra ustedes en mano de tus tías, comenzó a ponerse del lado de ustedes.

Hijita, ya no tengo yo una sola palabra que no te haya dicho para celebrar

tus gracias, tu humildad, tu gran corazón, tu espiritualidad, tu ingenuidad, tu luz. Cuando te digo que eres mi estrella, te digo algo que siento profundamente; cuando te digo que eres mi única razón de vivir, te digo la sencilla y total verdad de mi corazón. Pero a causa de tu servidumbre, de tu esclavitud, apenas se de la dicha de estar contigo; porque sin libertad, no hay ventura. Parece mentira, pero los únicos momentos felices que tengo contigo, son los instantes que te veo en tu oficina. Solo entonces no me amenaza el fantasma de tus tiranías.

Me aconsejas y me pides serenidad. Yo la tendré total, si llegáramos a una inteligencia. No importándome ni la gloria, ni el dinero, ni el poder, ni la opinión ajena, ni nada en el mundo, nada podría alterar mi serenidad. Pero querer que la conserve cuando me arrebatan o me estorban mi único bien que es el amor tuyo, es decirme algo que no tiene sentido. Solo que fuera imbécil podría conservarme sereno.

Esto es, verdaderamente una fatalidad, y yo ver en la sombra la cara burlona de mi destino, que se ríe de mí, antes de descargarme el último golpe ¿Cómo evitarlo? Tu adoras a tu hermana, adoras a Merceditas, adoras a Sarita, y me adoras a mí, y no sé cuántas cosas más. Y te haces la ilusión, perfectamente quimérica, de que todas esas adoraciones vayan a la par, en una sinfonía celestial. Pero no se puede servir a dos señores, y menos adorarlos. A menos que todos fueran uno y que el único tributo a uno les fuera grato e igualmente a los demás.

Hijita, la vida no es así, sino que la ventura de unos hace la desventura de otros. Es horrible, pero así es. De tal manera que la vida es un perenne optar. A toda hora, a todo momento, nos vemos obligados a desechar algo, cosa o persona, idea o sentimiento, para adoptarla como contraria.

En mi caso, no hay esa alternativa, porque yo no adoro ni quiero adorar sino a ti. Mi corazón no está ya fraccionado, sino unificado; más por eso mismo, se me vuelve un dolor espantoso, insufrible, ver que cada día me cercena, me (ilegible), aquello único que amo y que anhelo.

Ahora, hijita tú tienes que decidirte. Nada te exijo en contra de nadie, pero si en favor mío, lo que necesito, lo que me debes, lo que me pertenece. Digo que me pertenece porque el jueves, en tu oficina, me dijiste fervorosamente, sin que yo lo provocara, estas palabras textuales: adoro a M; adoro a J; adoro a Sarita; pero todos esos amores juntos, no son ni la sombra del amor que sientes por tí. ¿Recuerdas?

Bueno, si esas palabras que ya me has dicho otras veces no son simple ruido, simple frase, tú tienes que cambiar de conducta conmigo, porque mi capacidad de sufrimiento está enteramente agotada. El estallido que me viste ayer con tu hermana es eso: la gota que hizo rebozar el vaso. Mi

resistencia terminó; no hay en mi ser un átomo capaz de sufrir por más tiempo esta lucha, este dolor continuado, esta batalla que cada día se me vuelve una nueva derrota.

No te pido ni que dejes tu casa, ni que hagas nada contra tu honor, ni nada que pueda ser desmedido. Te pido si, te exijo, que seas más libre en tus relaciones conmigo, y que no las subordinates a la voluntad de nadie. Porque yo, desde ayer, quebré ese yugo, y no consentiré que me lo pongan otra vez. Con J, no me vuelvas a escribir ni a enviar recados, porque no acepto que intervenga más entre nosotros, y por nada y en nada me impongas la humillación ya odiosa, de que sea tu hermanita quien señale y trace el día y la hora y los minutos que has de consagrarme, y las palabras y los gestos que has de hacer y decir en mi presencia. No Hortensia; para eso prefiero perderte. Cuando de veras hay amor, amor verdadero y hondo, no se sufre ni se tolera semejantes imposiciones. Si para mi tú eres mi Dios, no quiero ser yo el Santo de madera que se reverencian cuando los verdaderos dioses están ausentes.

Me duele el corazón haberme venido, y me da inmensa ira haberme comprometido en esa empresa del diario, que no sé ahora cómo cumplir. Yo contaba con que mi trabajo, mi cansancio, mi tensión nerviosa de cada semana, tendría el alivio de tu compañía algunas horas, serenamente, libremente, y que oírte y verte y hablarte con libertad esas horas restaurarían mis fuerzas y me darían ánimo para la próxima jornada. En vez de eso, resulta que es la hermana adorada y el hermano adorado, quienes mandan en todo, y me echan a perder esos momentos que son todo lo que tengo en la vida.

Pero no más, hijita óyelo bien, no más, no consiento que me estorben más, y que hagan de mi corazón lo que les dé la gana. Tu decidirás. Y como siempre he llevado la peor parte, no me hago la ilusión de ser yo el preferido. Que se cumpla, pues, el negro destino. Si tú no hayas maneras de que vivamos siquiera aproximadamente esa vida plena que me ofreciste, para la cual me llamaste, dentro de tres meses, así que haya organizado la empresa en que estoy comprometido, me iré, y te dejaré en paz, adorando tranquilamente a tus seres queridos y dichosos.

Adiós, que el señor te ampare, y que sea contigo más misericordioso que conmigo, a quien todas las maldiciones abruman.

Nunca dejarás de vivir en mi corazón, aunque me rechaces y me desprecies.

Por medio de Toña y Jorgito y por otros medios podemos comunicarnos, si quieres. Por tus hermanos nunca más. Y eso será lo más leal, para que luego no nos acusen de traidores. No te imaginas que los voy a odiar; es

simplemente que, arrebato de mis manos, lo que solo debe estar en las tuyos- Quiera Dios ver que encuentre esta noche algunas horas de reposo; sino, no sé qué será de mi mañana en mi trabajo. Adiós mi desventurada criatura.

Si tuvieras valor todas esas desventuras se desvanecerían.



*Domingo, 13 de mayo
A las 7 y 5 pm.*

Mi niñita querida,

Desde esta mañana ando con deseos de escribirte, y me detesta pensar que, en este momento, mientras yo escribo tu dulce nombre, tu estarás de regreso de tu paseo, comiendo con grande apetito y alegría. ¡Qué dicha, que hayas tenido algunas horas de descanso y de contento!

Yo he pasado todo este día, desde que desperté en la madrugada, en un estado de ánimo de grande religiosidad, como hacía meses no lo sentía. El eje de todos mis pensamientos ha sido aquella conversación que tuvimos ayer, sobre “el contentamiento singular que siente uno, cuando puede decirse a sí mismo, con entera verdad, que está respondiendo a la confianza que los suyos depositan en uno” ¿Te acuerdas?

O sea, la satisfacción íntima y profunda que suscita en nuestra alma, este pensamiento: “no solo, aquellos a quienes amo, no pueden comprobar que falto a la verdad que suponen en mí, sino, que efectivamente, no falto, y mi vida es, y parece lo que es: sencilla y pura”.

No te quiero decir, ni podría hacerlo ahora, cuantas reflexiones tristes, dolorosas, acervos, me ha traído el recuerdo de esta conversación; pero lo que no quiero retardar es contarte que todo este día me he sentido con una gran fuerza de ánimo, con un anhelo vivo de no ser yo un estorbo a que tu disfrutes y te mantengas en esa actitud de ánimo. ¡No soy yo quien te impulsa constantemente (y aun te exige) a que toda tu vida sea verdad en palabras, actos y pensamientos! ¿Por qué?, entonces, no ser un auxiliar, un factor de esa religión, en vez de ser un estorbo, ¿un enemigo de esa verdad total? Y si reconozco a cada instante que te debo tanto, que ninguna merced puedo ya pedirte, ¿Por qué no ser capaz de hacer mi vez, un sacrificio que asegure y mantenga esa paz que te hace tan dichosa? He de ser tan egoísta que solo pienso en mí, y no tengo valor para contribuir a tu felicidad, cuando sé en que consiste que seas feliz.

Dulcita mía, bien sabes como soy de versátil y malo, de inconstante y perverso, y nada de extraño sería que esta mi actitud de hoy pasara como un relámpago, y yo mañana fuera de nuevo el pobre ser rastrero y mezquino que tú conoces; pero es algo, es mucho, en mí, sentirme completamente genérico y abnegado veinticuatro horas y haber pasado este día, orando para que este anhelo de pureza y desprendimiento, se prolongue, se afirme y se haga perenne ¡Hacerte dichosa, así, a ti que me das constantemente valor, fe, ventura y esperanza!

Me parezco, talvez, a uno que nunca hubiera cosechado de su jardín sino cardos, y que, una vez en que su rosal único se dio una rosita muy humilde y descolorida, corre a mostrarla, como si fuera una flor maravillosa, dotada de todas las gracias.

Nanita querida, que sientas cuanto amor hay en esta confianza, y que notes cuanto me eleva y ennoblece una palabra tuya, y con cuantas piedras anhelo convertir en realidad y en luz hasta la última de tus insinuaciones.

Te escribiré ahora mucho más, pues todo me incita a conversar contigo, dulce y santamente; pero son ya las 8, y necesito dormir bastante, para ir a mi trabajo mañana. Todavía me siento débil, y es necesario que repose.

Adiós pajarito mío; que el señor envíe a tus dulces ojos el más sereno de sus sueños, y que el haga florecer en mi corazón este anhelo de merecerte, ascendiendo contigo, sobre esas alas inmensas sobre las cuales ansias llevarme. Te ama y te bendice.

Qué bendición haber siquiera sentido ese anhelo una vez.



1 de junio -928

Querida hijita, no me atrevo a pasar hoy a tu oficina, por miedo de que tantas visitas te perjudiquen con tus jefes. Ayer volví, porque me hallaba sumamente triste, y con ansia de que una palabra tuya me reanimase. Fue lo contrario, pues me exaspera verte presa de la máquina; de las sumas y restas, y de esa empresa que absorbe toda tu vida, a cambio de un salario miseria. Así volví a mi casa más triste, y pasé toda la noche con un dolor indecible, pensando en ti con la más profunda melancolía, diciéndome que jamás, jamás me tocará a mí sino las migas de tu vida. Y yo que tanto necesito de tu palabra y de tus ojos, para no amilanarme,

para tener ánimo. En fin... hágase mi destino.

¿Vendrás mañana a verme? ¿Mando por ti a Jorgito?

Adiós corazón mío, que mi Dios te ampare.



5 de junio de 1928.

Hijita querida, estoy enfermo, pero nada de gravedad. El día que viniste, ya lo estaba; creí que pasaría muy luego. Se trata de un ligero derrame bilioso. Pasado mañana espero volver a la oficina.

Contaré las horas hasta mañana en la tarde, esperando el instante de verte. Tu pensamiento y el pensamiento de nuestra nueva vida, me sostiene maravillosamente, y despierta en mi un vuelo de ideas insospechadas ¡Qué velo tan espeso se me está descorriendo!...

Josecito me dice que tú le ofreciste a tu primo ir a confesarte en su compañía. Esto no puede ser más que una broma, después de Helios, y del momento supremo que acabaré de vivir, imagínate, ¡qué abdicación sería esa! ¡Qué caída otra vez en el mundo de la mentira! Sin duda no lo harás, pero temo que por debilidad no te atrevas a negarte, y luego tengas mil dificultades para evadirte de una promesa irreflexiva. Lo mejor es negarse de una vez resueltamente ¿Verdad, mi azucena? Verdad que tu no querrías ni soñar en causarme un dolor semejante.

¿Leíste mi artículo de hoy? ¿Adivinaste cuánto pensaba en tí al escribirlo? Si no hubiera estado ya enfermo, ayer en la mañana, me habría salido bonito o interesante. Adiós, piensa en mí más que nunca, con todos mis anhelos más altos tu compañera que vive en ti y por ti.

5 de junio de 1928

Mi celeste Azucena, tu visita de ayer es quizás la hora más bella de mi vida; este cuartito me hace desde que te fuiste, el efecto de un templo, y el eco de tus palabras flota en él como si fuera el humo del incensario.

Hasta ayer, nunca sentí antes la verdadera unificación, la paz inmensa de la plenitud. Y que misterio tan hondo y tan pavoroso, es que renunciar a lo

que creímos la clave y el coronamiento de esa plenitud, fuera, precisamente el escollo invencible de la misma. Esto nos pasa cada vez que renunciamos a la vida mundana, en alguna de sus formas seductoras; pero, seguramente, en ninguna de esas formas como esta se diría que el Sol iba a eclipsarse para siempre, y, al contrario, salió más esplendoroso y vivificante.

Que tú, vallas al mismo paso conmigo en este camino, es la prueba de amor por excelencia, que podrías darme, y yo soñar. Ahora te siento en mí, serenamente; siento tu propia conciencia hablándome, y tu corazón palpitando en el mío.

¿Adónde no iré yo contigo? ¿A que altura no ascenderé llevándome sobre tus alas? Azucena mía divina, tu corola es desde hoy la copa de zafiro en que yo beberé el néctar celeste de una nueva vida. ¿Cómo ensalzar y recompensarte esa merced?

Hasta mañana, mi alondra, mi flor.



7 de junio de 1928.

Hijita, vine a las tres y media, y ya no estabas; ya veo que desafortunado soy. Me consuelo pensando que te daría un rato de vacación, y que habrás descansado.

Me vine a ver a Sarita, nuestra dulce Sarita, y con ella me estuve algunos minutos, me ha prometido comenzar mañana mismo a escribir un libro, sobre su vida. Me mostrará los capítulos que vaya haciendo y yo le haré indicaciones.

Azucenita mía, te traigo la noticia de que te preparé una buena atmósfera para el asunto de la casa. No encontrarás nada hostil, pues yo le hice ya saber la resolución de ustedes y los motivos para que mis argumentos fueran bien acogidos, hice antes el don de la famosa espera, haciendo saber, como es cierto, que no hay otra aquí que sea igual ni mejor. Esto produjo mucho contento.

También he causado grande alegría, hoy a mi mamá, asegurándole 30 C mensuales para pagar su ranchito, si se resuelve a cambiar de casa, y si no, para lo que ella disponga.

Anoche dormí muy bien, y hoy amanecí mejor, gracias a que te vi ayer. Que seas bendita para siempre.



*10 de junio 1928
De 7 a 8:30 de la noche*

Mi muchachita desventurada, no he de acostarme sin escribirte algunas palabras que te consuelen, y sin contarte mis desdichas de este día fatal. Desde ayer estaba muy triste, y muy cansado. Como paso toda la semana pensando intensamente para mi trabajo, las visitas de estos amigos, como los de ayer y el de ahora- a quienes hay que hablarles de cosas serias, nada más- lejos de servirme de alivio, me sobrecarga y me agotan. Ahora, imagínate lo que habrá sido para mí sustituir la charla íntima y dulce contigo, por tres horas de conferencia, ¡y cada minuto que pasaba me dolía como una herida al ver que me robaba tu compañía!...

No pude almorzar de tristeza; no me había desayunado; luego, te hallé tan exasperada por las cosas que te pasan, y para colmo, yo te martiricé con mis reproches por lo del vestido.

A las tres de la tarde, me levanté del escritorio, donde me puse a trabajar furiosamente desde que tú te fuiste, seleccionando materiales para el diario, de varias revistas. Como no me sentía calmado, me fui camino de Mexicanos, a pie, a ver si el cansancio me hacía bien, y como nada logré, cogí una caminata y me fui a Santa Tecla, en busca de impresiones que me distrajeran. Fue inútil: no deje de estar triste un segundo; no deje de sufrir con tus penas, las mías, y el despecho de que me haya robado ayer y hoy la única dicha que yo conozco en el mundo, que es estar contigo, renovando mi fe con tus palabras y tus mimos. Me espanta ver que vacía es la vida sin ti. Es un abismo sin luz y sin sonidos. Una sombra helada e inerte que me aniquila y me quita todo anhelo de trabajos y de vivir...

Hijita, por obedecerte hice el sacrificio de esta mañana: una quijotería, jamás lo repetiré. Eso de perder mis únicos instantes de dichas y de fuerza por adquirir una virtud más, es un absurdo; es visible. Ya he vivido y luchado bastante; ya me quedan pocos años de sufrimiento. Que se perfeccionen otros; yo no quiero ni puedo más. Yo lo que quiero es que no me separes de ti las escasas horas que me consagras, y que sean menos cada día, por mi

desgracia. Te ruego que no me exijas más semejantes pruebas de humildad, porque no quiero ni puedo sufrirlas. Que se vayan todos; que me dejen, pues yo a nadie quiero ni busco. Pero que no vengan a nublar me el único rayito de sol que alumbra mi oscura y triste vida ¡Señor! ¡A qué fantasmas nos sacrificamos! ¡Día por día, hora por hora, dándolo todo, perdiéndolo todo, en homenaje a los demás, que vivan su vida, y sorben la nuestra! ¿No es una estulticia? Hoy, en Santa Tecla, observé una muchedumbre de gentes: ¡qué semblantes de imbéciles gozadores! ¡Qué animalidad tan contenta de ser animal! Qué grosería y que materialidad debajo en las miradas, el hablar y los ademanes!

Y yo pensaba: ¡Y por estos nos sacrificamos! Por estos que no sabrán jamás lo que hacemos por ellos, y que no se cuidan de seguirnos, perdemos el sueño, la paz, la alegría.

¿No es así toda la vida que estamos viviendo? No más: yo quiero ser bueno para ti, para mi niña, y servirte, y endulzarte algo tus horas tus amarguras. Quiero vivir para las pocas criaturas que me aman y que no me atormentan con sus absurdidades. Si he de sacrificarme que sea por ti, que me comprendes, y que me has dado tu corazón sangrante; ¡váyanse lejos los demás!

Hijita, siento una inmensa compasión de ver lo que sufres con esos señores y sobre todo con tu hermana. Hoy, porque te veía muy exasperada, traté de calmarte disculpándolo; más, en verdad, es más que desdicha lo que sufres. No sabes cuánto me he empeñado en ayudarte con ese asunto; pero he fracasado. No veo más remedio que aceptarle como es, y confiar en el tiempo para que el cielo le ilumine.

Amada florecita mía, ¿porque decir hoy que te resignabas a comer tortilla con frijoles? ¿Tendrías corazón de rehusar mi ayuda y de someterte a miserias innecesarias sabiendo que yo puedo ayudarte? Porque ahora puedo, y si tú me lo impides, sería el colmo de la crueldad. No te apene dejar esa casa que te envenenó hasta lo más hondo. Verás cómo cambiaría tu horizonte al ser libre y vivir en tu propio hogar, con tu hermanita. Hasta es posible que al hallarse juntas y solas, despierte en tu hermana la responsabilidad dormida, y cambie de conducta. Por nada del mundo consentas más tiempo ese yugo tan ignominioso. ¿Por qué no hacer venir a tu tía Juanita, para que les sirva de mamá? ¿Has pensado en esto?

Mi dulce criatura, aunque no podré nunca sentir que esa manera de vestirte no es impropia, indigna de ti; aunque siempre me dolerá profundamente verte así, he resuelto no martirizarte más con eso, y conformarme en silencio, con lo que tú, buenamente hagas, y aunque nada hagas por complacerme y cumplir con lo que exige de ti, tu inteligencia y

las alturas adonde has subido. No volveré a decirte sobre ello una palabra, porque sufres ya mucho a causa de otros, y no debo yo acumularte mas dolores. Me digo: ¡Pobre mi criatura? ¿Qué hacer si no ve las cosas como yo las veo? ¿Por qué martirizarla, teniendo sobre sí tantas penas? Así, hijita mía, te dejo en paz desde ahora, y rogaré a mi Dios que algún día te ilumine sobre eso. Es un dolor inmenso hallar que la unificación de que me has hablado tantas veces, falle en cosa tan grave. Pero yo quiero ser contigo como una madre, y amarte cómo eres, y amarte más cuanto más me parezca que fallas y que yerres.

Muchachita mía siempre amada, acuérdate que el martes irían a encontrarte a las cinco, según lo convenido y acostumbrado. Ojalá que tengas valor de vencer todo obstáculo, y no faltes, pues tengo ansia inmensa de verte y de consolarte.

Hijita mía adorada, que el cielo te depare una noche tranquila, y que mis palabras sean un bálsamo para tu corazoncito atribulado. Yo haré todo esfuerzo por dormir, pienso en ti; lloro contigo y reclamo tu pobre cabecita sobre mi pecho. Se bendita, mi pobre y amada criatura.

¿Recuerdas aquella carta en que yo te decía que yo sería más sereno a medida que tú fueras más libre? ¿Has vuelto a leerla?

No sé si tendré la suerte de dormir hoy. Es cosa tan tremenda, después de trabajar una semana con tanta fuerza, no lograré mi descanso, porque los otros siempre los otros, me impiden confortarme con un ratito de vida íntima contigo, que eres para mí fortaleza, descanso y fe... si no duermo, pienso como iré al trabajo mañana. Y todo, por estar consagrado a satisfacer a los demás... ¿Verdad que no volverás a pedirme semejantes esfuerzos mortales para mí?

Azucena mía, mi corazoncito, ¿qué palabra hallaré para llevarte alegría y consuelo? Sobre el trabajo, abrumador de esa oficina, tanta incomprensión, tanta crueldad que pasa sobre tu alma. Pero se aproxima tu liberación. Dejar ese techo maldito, será renovarte, y ver la luz.

Dulcita mía; si pudiera yo influenciarte desde aquí, para que recordarás mis versos, aquellos en que más te ensalzo, y vieras así que inmenso es este amor, y cuanto sufro porque sufres. Adiós amorcita idolatrada, y que mis besos más tiernos se posen sobre tus sueños como si fueran pétalos de rosa.



10 de junio.

Querida hermanita, quiera Dios que tu paseo te calme un poco los nervios, y que regreses alegre y esperanzada.

Yo estaría muy bien, sino fuera el triste convencimiento de mi incapacidad para obtener éxito hasta en lo más justo y bueno, cuando te encuentro ante mí la moda, la opinión ajena, los prejuicios, que son muros inaccesibles para mi pobre razón y para mi flaca voluntad. Me siento vencido y solo.

Deseo con toda mi alma que persista en la idea de establecerse. Estoy en perfecta capacidad de ayudarles pecuniariamente, en lo de pagar intereses. Lo que yo de para eso, pueden acumularlo después para socorrer a mi hija. Si mis visitas a ustedes en su nueva casa fuera un obstáculo para su tranquilidad, honor, que dirán, &&&&&&, renunciaré a visitarlas: con inmenso dolor, pero renunciaré. Lo único que deseo es que pongas término a ese envilecimiento, ya tan largo, que apenas es concebible en criaturas dignas y delicadas como ustedes. Dios las ilumine.

Feliz tarde, ya que la mañana fue tan triste, y que la vista y la voz del mar te serene y fortifique. Adiós.



1928

11 de junio a las 5 de la mañana.

Mi santita adorada, te envió esa larga y tediosa carta, porque ya está escrita; porque me sirvió de desahogo, y porque no contiene, me parece, nada que sea injusto. Pero no la tomes en serio, y quémala, pues es triste y morbosa. Todo lo que se escribe con enojo, es malo. Y acuérdate de quemar pronto, si no lo has hecho, aquella otra del 19 de mayo, que provocó nuestra alta resolución de pureza.

Hijita mía, reflexiona serenamente a cuanto nos obliga esa palabra pureza, y perdóname que no renuncie a mi propósito, a mi deber, de intervenir en tu manera de vestirte. Lo que, si te prometo, bajo palabra de hombre, es que trataré de ello, serenamente, en palabra mesuradas y suaves. Estoy seguro de que si eres sincera y discutimos el asunto con íntima verdad, llegaremos a un acuerdo, que salvará la absoluta justicia de mi tesis, y tu natural deseo de

no andar extravagante o ridícula. Todo se logrará si colocáramos antes que todo, esa palabra pureza a la cual hemos sacrificado tanto ¿Verdad hijita? ¿Verdad que no querrás subordinar cosa tan alta a esa otra tan relativa y cambiante, como es una moda? ¿Verdad que no olvidarías que nosotros somos la sal de la tierra?

Dormí bastante, a pesar de todo, y me iré al trabajo animosamente. De tus dos virtudes que quieres que cultive, yo me quedaré con la serenidad, que me importa mucho adquirir.

La otra, la humildad, vendrá después, si me queda tiempo; estos avances son muy lentos y difíciles y gracias si logro conquistar la primera. Y además no me simpatiza mucho la humildad, como virtud íntima, para lastre y gobierno de la propia alma sí; pero como actitud ante los demás no, porque fomento la tiranía. Los humildes son siempre la presa de los atrevidos y opresores. Hemos de buscar la actitud que conviene al que se siente nada en el secreto de su corazón, pero que también se siente llamado a renovar la vida con la palabra y con ella hecha.

Me volveré sereno, no lo dudes, pero no humilde, porque todos pasarían sobre mí.

Hijita, te estoy escribiendo con gran deleite, con la claridad que se inicia ya del alba. Ya viene nuestro sol, nuestro Helios. Acuérdate que nos debemos a Él, no a, los hombres: solo serviremos a estos, si le adoramos a Él por encima de todas las cosas- modos, costumbres y todo lo demás ¿Le adorarás tú, en espíritu y en verdad?

Adiós mi muchachita: soy feliz por hablarte desde ahora, serenamente, con amor de padre y de compañero.

For Ever.



19 de junio/28.

Madrecita linda y santa,

Tengo urgencia de comunicarte un asunto grave. Quizás lo has adivinado ya, y es ___ guarda la más absoluta reserva, que ___ que ___ talvez sería mejor que no lo supieras. En fin, puesto que lo has de saber un día, mejor sábelo de una vez. Y es que estoy comenzando unos versos que dicen: “Hortensia, Hortensia, lumbre de mi vida ___ única luz de mi existencia triste ___ fulgor de que mi noche se reviste ___ hoy que toda ilusión esta fallida, &&.”

Como es ahora tan malo mi trabajo, no sé si llegaré a concluir las; eso tiene el diario, que mata la poesía. Sin embargo, Consolémonos, Divina Compañera mía, porque estamos haciendo una obra que también tiene su belleza: estamos aventando escorias espirituales, y un día vendrá en que florezcan rosas de ahí donde nosotros las habremos aventado.

No dejes de verme, dulcísima mía; esa es tu parte en mi obra: venir a darme confianza, valor, constancia. Una palabra tuya, una mirada tuya son mi premio y mi fortaleza. No me los rehúses, tesoro mío; no me rehúses tus cantos, alondra mía; no me rehúses tu cáliz azucena mía.

Te amo ahora aún más, aunque me parece imposible. Te ves tan allá, generosa y luminosa, que, en verdad, tus manecitas jugando con mis cabellos, me saben a caricias de rayos de un lucero. Y tengo la convicción viva, cierta, penetrante de que has sido enviada a este mundo, para mí, para purificarme, redimirme y conducirme.

Adiós linda y blanca azucena de mi corazón. Que esta cartita te lleve mis efluvios, mi aliento, mi pensamiento que oigas leyéndola el eco de mi voz, y sientas fijos en ti mis ojos que te adoran.

Que tengas una noche feliz, y un sueño dulce y sereno y profundo. Y que pienses un instante en tu Alberto, y ruegues por él.



25 de junio/28

Para mi santa, para mi arcángel,

Ayer fue para mí un día único en mi vida. Siento que de ahí ha de comenzar un camino nuevo, inesperado, que me conducirá a la paz. Toda esta noche te he visto, te he oído, te he sentido, en una especie de delirio, de ensueño, como si me encontrará en un mundo en que todo era luz, y en que todos éramos perfectos.

Hoy, en la mañana, estuve cantando, cantando mucho, como cuando era jovencito. Cantaba sin saber que, ni porqué, casi sin pensarlo y sin quererlo. Pero tomé conciencia de que mi anhelo era nombrarte, hablarte.

Ahora, en este momento, a las cuatro de la tarde, estoy aquí, ansioso de mostrarte mi corazón, y no sé qué decirte, no hallo palabras que

me satisfagan, lo que yo necesitaría sería orar, no hablar, mejor que todo hacerme niño. ¿Cuándo recibirás este papel? No sé, pero siento necesidad de escribírtelo hoy, y que sepas que estoy pensando en ayer, en tus miradas, tus palabras y tus sonrisas de ayer, en tu ansiedad, en tu sobresalto, en el tono de tu voz, en la ternura inmensa de tus ojos. Y en tu abnegación y tu heroicidad.

Ayer, de seguro no supe mostrarte lo que pasaba en mi corazón. Estaba tan emocionado, tan absorto, tan sorprendido, que sin duda no tuve más que palabras vulgares. Y aún ahora, no se me viene más que palabras vulgares. Es que es imposible expresar estas...

En mi ansia de desahogar mi alegría celeste, de mostrar el fondo de mi ventura, hice esta mañana dos votos: que regirán toda mi vida, y que a toda hora me tendría vinculado a tu recuerdo y a tu nombre. Uno que trabajaré sin descanso, para habituarme a no ver en los dolores que me vengan de los demás otra cosa que el fruto natural, inevitable, de cada uno. Así como tú me das rosas y estrellas, porque están en ti, otros me darán espinas y sombras, porque están en ellos. Y esto me traerá la paz definitiva y profunda: ya nunca sentiré ira ni despecho, ni rencor ni sorpresa, sino, a lo más, tristeza, dolor. Los hombres se convertirán para mí en plantas, inocentes hasta cuando sean venenosas.

El segundo voto es que siempre, siempre que vayan a comer, desde el desayuno hasta la cena, bendeciré en tu nombre mi comida, para que me deje alegría, fuerza, ánimo, y con eso, capacidad de servirte, de luchar por las causas que te sean caras y sagradas. Comiendo, me diré que la luz del sol y la luz de tu corazón, encarnadas en las cosas de que me alimento, me inundaría de vigor, de energía, de valor, de alegría, rebosante y fecunda. Y esta ciertamente me dará salud.

Desde ahora, mis horas de comer serán para mí las más felices, las más santas, pues entonces, más que nunca, estarás a mi lado, en mi corazón y en mi pensamiento. Y no permitiré que en esa hora me asalte ninguna idea sucia ni perversa, sino que abriré las puertas de mi alma, a ideas sencillas, suaves, puras, como de un niño que habla con una flor.

Helia mía, Helia mía, trata de leer en mis pobres palabras lo que yo realmente quiero decirte. Una luz me inunda desde ayer, y a cada instante me deslumbra como si el sol pasará una y otra vez ante mis ojos: y es que pienso que, puesto que tú me amas así, con amor tan grande y tan generosa y tan celeste, no hay duda, sino que algo ha de haber en mí que merezco ese amor. Algo... Un diamante en mi lodo... Un resplandor en mis tinieblas... Un cántico en mi silencio y mi desarmonía__ ¡Qué será! No sé: si me examino, nada encuentro; pero sin duda alguna hay cosa en

mí que es luz, ¡Puesto que tú me amas!

¡Dios mío! ¡Pensar que a ti, tan alta, tan santa, tan luminosa es a quien desconocen y empañan! Pensar que me inculpan que te ame, cuando lo único alto, bueno, bello, profundo y santo de mi vida, ha sido amarte.

¡Y tu... tu, ... me amas!

26 de junio

¡Verdad que hay un Señor del mal, que se burla de nosotros y convierte en odiosos y sucios gusanos nuestros mas limpios anhelos!

26 de junio,

Esto lo escribí ayer, con todo mi fervor. Ayer a las tres o cuatro de la tarde, y anoche, oré con todo mi corazón para que me vinieran fuerzas de cumplir ese anhelo de mantenerme en paz. Y con esa resolución amanecí... y no eran las ocho de la mañana de hoy, y ya había quebrantado, roto mis propósitos, y pisoteado mis anhelos.

Jamás he hallado socorro en ese Poder a quien tanto, tanto he implorado; ¡jamás me escuchó! Y sin ese auxilio es imposible: hay cosas que están más allá de las fuerzas del hombre.

Ahora ya no hay remedio. Si volviera sobre mis pasos, sería correr a una tragedia segura, porque me siento arrastrado a ser grosero, vulgar y cruel, y no quiero serlo a sabiendas__ Nunca había sentido lo que ahora; ansia de destrucción, rabia en el corazón, deseo de volver mal por mal..., ¡qué espanto es éste!

¡Y fue precisamente cuando iba a desayunar, cuando sobrevino este horrendo enojo, esta desenlace abominable! ¿No tendré viciados y enfermos hasta las raíces e mi voluntad?

Así, hijita, me voy; no sé cuándo te veré. Si te atacan, defiéndete, pues no es justo que seas tú la víctima. Si hay en todo esto una maldad, un horror, ya recaerá sobre mí.

Todo fue por haber mostrado interés por mi niña y por mi madre. Y eso, sin que yo iniciara ni provocara nada_ Una escena escandalosa y detestable. Ciertamente, esa criatura desventurada sufre del cerebro, a menos que sea yo, o los dos. No te imaginas como duele este desenlace tan violento, tan triste, siendo ambos juguetes de la ira ¡Que se separen así corazones que anduvieron juntos tantos años!...

Adiós, te bendiga con todo lo que aun puede haber en mi espíritu de luz y de amor__ No me olvides; reza por mí; acaso tú serás vidar. Adiós; dime si te escribo y adónde. Ahora más que nunca necesito consejos, y en ti espero y en nuestra dulce hermanita. Adiós, hijitas santas y venerosas.

Imagínate, casi nada faltó para que me alejara de ti sin verte, sin llevar

el consuelo de esos últimos y celestes momentos.



27 de junio/28.

Hijita, he dormido algo; lo suficiente para pasar el día. No te apenes por eso__

Mamá sigue mal; no dejes de verla hoy, que eso la alegrará.

Quizás los dioses son tan crueles como los hombres, o más__ Juega con nuestros destinos, y devora nuestros corazones.

Hasta luego Ultensha.

27 de junio - 28.

Madrecita,

Me dice Toña que estás muy contenta con la idea del viaje a Europa. Para mí, es una certeza que lo harás. Dios te ayudará, y hará que olvides tantos dolores y horrores__ Tres años y medio de martirio, bien mereces la recompensa de que te alejes de esta tierra malvada.

Merceditas me ha ofrecido que no te iras en agosto, sino en septiembre. Yo se lo supliqué, y me lo ha prometido, pues necesito acostumbrarme un poco a la idea de perderte. Ya no te veré más, Hortensia, y sería la mayor crueldad que te fueras tan presto, y que no te viera con frecuencia en esos dos meses únicos. Sesenta o setenta días son un soplo, cuando lo que tiran es dolor. Y cuando hayan pasado ya no habrá para mi más que tinieblas.

Merceditas me ha tratado hoy como una hermanita cariñosa y dulce. Que buena es, y cuanto tiene que perdonarme...

Hijita, envíame mañana sin falta, un anillo que te quede bien, pues ya está preparada la montura para tu zafiro. Necesito la medida exacta. Envíame también, si por mi desdicha no vienes mañana y me lo traes tú mañana, cien colones. Te suplico, amada criatura mía, que cojas los otros cien para los pequeños gastos de tú viaje.

Adiós, adiós, adiós.

Alberto.

A.D. Te encarezco no dejes pasar los días sin quemar aquella carta, y cualesquiera otras inconvenientes— Me haría un bien muy grande si me trajeras las copias de aquellas dos que me escribiste a San Vicente, para leerlas una vez más, ante de que las quememos.

Que los ángeles velen por ti esta noche.



28 de junio de 1928.

Hijita, te devuelvo ese ejemplar del “Ensayo”, y que es el que tuviste primero, y leíste mucho tiempo. Quizá el único recuerdo mío que conservarás mucho tiempo, pues fue tu compañero en días muy acerbos.

Es extraordinario cómo esa nota que escribí en la segunda página, se adapta a tus nuevos anhelos de enseñar y educar. Solo le añadiría yo, que “únicamente debe dar el que es libre”, porque si no, puede dar, y dará casi siempre, acíbar en lugar de miel.

Esta noche, tercera agonía, he reflexionado mucho, y he visto extraordinariamente en el fondo de tu alma y en la mía. Nos ignorábamos, y aún nos ignoramos.

Hijita, decide y prepara tu viaje para el mes de agosto, si así lo prefieras. De todas maneras, cuando lo hagas, ya estaré resignado.

Piensa, seriamente en recuperar la carta de Dn. J. antes de quince días. Me opondré resueltamente, a que te vayas, dejando tras de ti semejante peligro.

Hijita, que Dios te bendiga y te ilumine.



3 de julio 1928

Amada Hortensia,

Este no es el anillo que yo quería darte; pero, sin duda, es el que debo darte.

Las cosas resultaron así, dispuestas maravillosamente, contradiciendo a mi querer, pero en conformidad total con la verdad, y como revelándose a una inteligencia que las hubiera invocado sin saberlo.

El anillo que yo pensaba darte, era con un zafiro celeste, de un azul cristalino y profundo. Este que nos impuso la necesidad, es oscuro, casi negro, apenas iniciando su luminosidad, y sin más virtud que haber comenzado a ser azul.

Tú, compañera mía, has comenzado a ser azul— Y yo también, apenas comenzamos; apenas se advierte que ya no somos enteramente opacos. Como el océano, revuelto y atormentado, apenas dejamos adivinar que de nuestras opacidades y dolores puede surgir el verdadero y profundo y celeste azul. Yo sé, Hortensia, que tu asciendes, y ya sueño con ese día en que te daré en cambio de este zafiro tenebroso, uno transparente, límpido, en que todas las cosas se reflejen y pronuncien su nombre íntimo y perfecto. Y hasta sueño, así es de grande mi fe en ti, que antes de morir me devolverás ese otro zafiro, porque ya no tendrás necesidad de él; porque tú misma serás ya un zafiro, y la luz te vendrá de adentro y no de fuera.

Este anillo es un perfecto símbolo: el oro, que es la luz, es decir, la verdad. La luz hace que veamos todas las cosas en su verdadero ser, tales como son en su unidad y su verdad. Esa verdad, no es sino la culminación de la pureza. Cuando una cosa alcanza a la pureza íntegra, se vuelve luz, es decir, se nos revela como verdad, y adquiere el don de alumbrar.

Nosotros, por el camino de la pureza, llegamos a la verdad, llegamos a ser libres. A la liberación, que solo se goza en las alturas, cuando uno se ha desprendido, libertado, de las cosas, de los hombres, y de sí mismo. La libertad hecha visible, es el azul, es la serenidad.

Mientras no somos libres, mientras no nos desprendemos de las cosas, de los hombres y de nosotros mismos, no podemos llegar a la serenidad, a lo azul.

Pureza, Hortensia, es la cosa sin mezcla, sin elemento extraño que la bastardee. Es decir solo como se siente; vivir, solo como se piensa; darse, solamente a quien se ama; practicar, solo según se cree. Es la unidad total de la vida interior con la exterior; es la realización, la cristalización del ser. El más leve interés; temor, afecto cualquiera que entre en nuestras acciones y palabras, que sea extraño a lo que realmente deseamos, pensamos y creemos, destruye la pureza y nos retrotrae a la confusión, a la opacidad.

Acuérdate: la pureza es el escalón que lleva a la verdad; esta a la libertad; esta a la serenidad, al azul.

valor; únicamente el valor. El miedo es el padre de la mentira que es impureza espiritual, suciedad de la voluntad. Hortensia, necesitamos ser valientes: primero que todo valientes, para no descender y perdernos. Necesitamos adquirir el valor de ser mal comprendidos, de ser injuriados, menospreciados, difamados, escarnecidos.

Necesitamos el valor de que nos juzguen arcilla y lodo, cuando nos sintamos cristales y azucenas; necesitamos el valor de que nos abandone quien nos amaba, de que nos nieguen aquel a quien amamos, por tal de mantener y exaltar nuestra pureza, nuestra verdad, nuestra libertad, nuestra vida zafirina y azul.

Ahora, Hortensia amada, en esta hora trágica de mi vida, yo te conjuro desde lo más íntimo de mi corazón, a que tengas valor; cada día más valor, hasta que toda mentira huya de ti, y todos tus ritmos vitales y espirituales se purifiquen, y adquieran la vibración suprema de la verdad.

Para que la verdad te haga libre. Para que la libertad te haga serena, zafírea, azul.

A.M.



13 de julio 28.

Hijita querida, ya presentía yo que algo te ocurría, pues anoche no dormí ni un instante: parte fue por fatiga, y parte porque ayer reuniste a todos en tertulia aquí, y no tuve ni un momento de soledad e intimidad contigo. Como de costumbre, esta mañana te escribí una larga y acerba carta, culpándote de todas mis penas, y diciéndome que me querías alejar de ti para siempre.

Por dicha, Toña, que fue a buscarte, no te halló, y alarmado por tu ausencia de la oficina, se me fue el enojo y quemé la carta. Pero también quemé la copia de aquella oración, hallándola blasfema, orgullosa y ridícula, Dios quiera que sigas bien, hijita, y que te vea yo mañana sin falta.

Mañana te tendré el diario que me pides. Te ruego que no llastes a las gentes de la casa, pues necesito hablarte a solas, Josecito me contó de tu enojo, que tú no me revelaste ayer. Siempre crees noble y perfecta, amada criaturita.

Contentísimo por lo de Dn. B.B. Ya verás cómo se lo recompensaré yo, cuando llegue la oportunidad.

Adiós, mi dulce muchachita. Hasta mañana.



15 de julio. 928

Hortensia,

Hiciste por mi ayer, acaso más que en todo el tiempo desde que te conozco. Tu conducta, tus palabras de ayer, me han hecho leer en ti cosas inmensas; fuerzas de ascensión que no había apreciado en toda su energía; poderes de renovación capaces de transformar las vidas más oscuras y manchadas.

Hijita, estás en la orilla de la santidad, en la región en que menos has avanzado; y en la humildad, en la serenidad, en la comprensión de las almas, estas ya en el corazón de la santidad. Tu perfección se está desarrollando en la más alta forma: en la forma íntegra, que no exige apartarse de los demás, ni alejarse del mundo, ni llevar una vida distinta, sino, simplemente, reír entre los que lloran, compadecer a quien nos odia, y ser apacible entre los iracundos.

Viendo en ti, por contraste veo también y claramente en mí: no soy sino una mente poderosa, forcejeando en la cárcel material y sensual en que suspiran aprisionados todos los hombres. Mi espiritualidad apenas comienza, y bajo ciertos aspectos es tan primitiva como la de un salvaje; de una bestia. Dones altos ya y bien adquiridos, no tengo más que tres: la compasión, la sinceridad, y el anhelo de subir. En cambio; ¡cuánta violencia y cuánta soberbia disfrazada de humildad!...

Madrecita ahora si voy a empeñar todas mis fuerzas en seguirte; por ti, que eres una virtud encarnada, viviente, voy a emprender la lucha para alcanzar la serenidad; para comprender que los demás, son almas, espíritus, conciencias, y que ningún derecho tengo a que se plieguen en servicio mío.

Me siento ahora absolutamente penetrado de que no hará nada que sirva si no llego a la serenidad y que no mereceré tu corazón mientras el mío sea la casa de las furias, donde el menor contratiempo levante nubarrones y tempestades.

Si el señor me ayuda, de aquí al mes de abril, cuando hagas tu viaje, habré subido o estaré cerca de esa cumbre, porque voy a consagrarme a ella con todas mis potencias. Recuérdamelo muchas veces, hijita.

Madrecita mía, alas de mis vuelos futuros, te venero y te bendigo.



¿Qué serán desde ahora las agudas espinas?
Ascenderá su encono.
¿Y devendrá los dientes de serpientes venenosos?
¿Qué será, desde ahora, las balsámicas rosas?
Sus hojas purpurinas
¿No devendrá las alas de azules golondrinas?

22. de julio de 1928

Adiós a la criatura adorada de mi corazón.

Hijita, solo se puede ser libre en las alturas; solo en el azul puede tenderse el vuelo con todas las alas desplegadas y el plumaje vibrante y sonoro.

Aquí abajo, todo nos espera; todos tienen sobre nosotros un enorme y aplastante poder y un minuto de felicidad, hemos de pagarlo con una montaña de dolor. ¡Pobres corazones nuestros! Como han sido oprimidos y comprimidos hasta quedar agonizantes, por la arbitrariedad, ¡la estulticia o la inconciencia extraña!... cuando entre nosotros no debió mediar sino un Dios, nuestro Helio divino y magnífico, han mediado todos, ¡y cada uno se ha llevado un girón de nuestra carne y una esperanza de nuestra alma!

Ahora, de nuevo nos alejan, acaso para siempre, sin duda para mucho tiempo. Sin habernos consentido un día de plenitud, de libertad serena y profunda, ahora otra vez nos alejan, para que las brumas de la soledad nos envuelvan y nos congelen.

Ahora, otra vez, me quedaré sin tus ojos, sin tu voz, y sin tu sonrisa, y ningún rayo de luz vendrá alumbrar mi noche, y ninguna mano confortante vendrá a enjugar mi frente, agobiada de faena y de tristeza.

Aquí abajo, todo lo pueden contra nosotros, y hasta sin quererlo y sin saberlo, todos son murallas de bronce contra las cuales se rompen las alas de la esperanza. Hasta aquellos que nos ayudan, cuanta soledad, cuanta separación han sembrado entre nosotros...

¡Pero hay una altura, Hortensia! Hay un azul en que los espíritus son libres y prepotentes. Hay un azul en que solo Helios es fuerte, y su luz une y enlaza y unifica a quienes verdaderamente y profundamente se aman.

Y a ese azul se puede ascender con solo quererlo. Si tú, verdaderamente naciste para ser compañera mía, mi esposa solar, reflejo de mi vida, el aspecto gracioso y dulce de la Unidad de quien yo soy el aspecto combatiente y acerbo; si deberás crees y sientes que tu vida, tu vida alta y transcendente esta en mí, ... entonces, criatura mía, abre tus alas y vuela conmigo a buscar esa región donde nadie puede oprimirnos ni afligirnos.

Esa altura donde todo es verdad y claridad, donde se es más libre que la nube y más alijero que el colibrí; donde ningún poder del universo puede contrarrestarnos, porque los más altos y divinos serán nuestros aliados, se llama el culto al mismo Dios; el trabajo por la misma idea; la lucha por la misma empresa. Se llama, ser los adeptos valerosos, francos, fervorosos de un mismo credo; los paladines de una misma causa, que no se esconden ni se esquivan, sino que proclamen a gritos su fe, se lanza con el pecho desnudo contra las espadas amenazantes, y sonríen cuando la lanza desgarrar su costado.

Tú sabes mis anhelos; tu sabes lo que yo quiero hacer de mi vida; la tarea que me he señalado para probarme, para evidenciarme que merezco vivir. Tú sabes que estoy convirtiendo mi vida en una batalla que debe ser también un cántico. Tú sabes que no creo ni pienso en otro Dios que en ese que se esconde en mi propio corazón, y que solo responde a quien le despierta y evoque con gritos fervorosos y hazañas valerosas. Somos Dioses, según el apóstol. Mas yo quiero vivir ese Dios que hay en mí.

¡Vivir como Dioses! Eso es lo que yo te señalo allá arriba, en el azul. Para ir a cortar esas cosas inmortales es para lo que vengo, una vez más, a seducirte, a convencerte, en nombre de lo mejor que hay en ti misma. Vivir como Dioses, modificar la vida, reformar y purificar la vida con nuestra voluntad y nuestra palabra y nuestro vivir. Crear para los demás, para los tristes, para los oscuros, para los desamparados, un aire más puro, más límpido, mas fortaleciente y vivificante.

Hortensia, los dioses son Dioses porque tienen poder creador; porque renueva la vida con la eficacia de su palabra. Y solo así tiene sentido y justificación la vida; solo así es comprensible, y es bueno, y es santo, vivir largamente, doscientos años, como tu decías ayer. Porque entonces, cada día de nuestra existencia es un manantial de justicia, de bondad, de equilibrio, de reparación, de misericordia. Los dioses únicamente tienen derecho de vivir largamente, inmortalmente, y con ellos, los que tienen valor de vivir como si fueran Dioses.

Para vivir como si fuera Dios quien consagra mi vida a liberta el pájaro, a todos los pobres animales, esclavos mudos que no saben sino sufrir y suspirar. Y con ellos, al árbol, que les da compañía y comparte su congoja y su silencio. Y con ellos, al niño, promesa de redención si se le cultiva como a una flor, o una semilla de maldices si se le abandona. Y en ellos, al triste campesino, al obrero siempre faltos de luz y de pan; a los pobres y miserables mujeres que no conocen de la vida más que de la esclavitud: la que nos sirve, nos lava, nos sufre; ¡Liberar, libertar! Ponerle a todos los que se arrastran un poquito de alas; encender siquiera una luciola intermitente para que se guía en su camino todos los que vagan en la noche...

Hortensia, allí en la altura resplandece Helios llamándonos a servirle, a que hagamos de su luz una espada, que ya no será como hasta ahora solo una cruz, agobiadora y humillante, sino una cruz, dentre, cuyos brazos luminosos habrá surgido una hoja cortante y victoriosa.

Y entonces verías qué invencibles nos volveríamos; que valerosos, que triunfadores, con esa impetuosidad irrefrenable que da el amor y el trabajo de la obra común, de la idea que es como un cráter de oro, en la cual se queman y se tornan inciensos las almas destinadas a unificarse.

Te digo, en este momento en que las tinieblas vienen contra nosotros; en que vamos a separarnos... "Toma tu cruz y sígueme". No sino más bien, abre tus alas y sígueme. Se ya por fin, y para siempre, mi compañera; la que ama a mi Dios; la que trabaja por mi causa; la que espera con mi esperanza; la que quiere triunfar con mi victoria o morir con mi derrota.

Te señalo el camino de los Dioses ¿Me seguirás? ¿Preferirías continuar en esa vida a medias, desteñida, empequeñecedora, en la cual se niega, o se disfraza o se adultera lo que más amamos, aquello que nuestro corazón nos está pidiendo con voces de dolor y de angustia?

Siento que se aproxima para nosotros la hora decisiva, y te escribo como si me hallare en el huerto de Getsemaní...

Y te digo Adiós, porque todo me está gritando que, si no me sigues plenamente, ya no podrá seguirme. Tú tienes en tu mano el cáliz en que los dos beberemos el néctar de las supremas alegrías, o el acíbar de la derrota y del fracaso; de la vida inepta, de la vida gris y rastrera. Tú tienes mi vuelo y tu vuelo en las alas que yo te invité a desplegar ¿Vamos al azul, Hortensia?, ¿quieres? Domingo, 22 de julio, a las 8 y 35 de la mañana, en nuestra casita, en el cuartito en que tantas veces he llorado pensando en ti.

Albert



26 de julio de 1928.

Amada criatura mía, apenas tengo unos minutitos para escribirte. Mi cansancio, del viaje de ayer es mucho, y por eso no lo hice esta mañana, según deseaba, para enviarte mi carta al solo tener noticias tuyas.

Ayer estuve en pie desde las cinco de la mañana, y no descanse un instante, hasta las 9 de la noche, cuando regresé de La Libertad. Ella vino bien; casi no hemos conversado; pero no temas, que yo estaré sereno y firme, jamás he pensado en ti como ahora; nunca he sentido un anhelo mayor de contentarte y merecerte. El retrato de Budha, que miro y beso a cada instante, me recuerda tu carita serena, dulce y pensativa, reflejo de tu alma inmensa, pura y celeste.

Apenas me avises de tu llegada y tu dirección, te escribiré diciéndote mil cosas.

Amorcita mía, muthathita linda, no seas bobita: no tomes en serio las cosas de esos jóvenes, desconocedores del país y ajenos a nuestras ideas y sentimientos: Napoleón es un burgués, aunque él se imagine no serlo; es, sencillamente, un político, un hombre de la clase privilegiada. Le creo honrado y sincero en sus ideas; pero como sus maneras de trabajar por ellas son perniciosos, le salí al paso, resuelto a no dejar que dañe mi obra. Panletiche, es un semi-revolucionario, un término medio entre el político y el socialista. Ninguno de los dos sigue mi camino, y su concepto de las cosas, no puede ser el mío.

Por el contrario, mi táctica es que el pueblo le pierda el respeto a la clase mentirosa y codiciosa que le ha gobernado y gobierna, y, sobre todo, al castillo de mentiras y ranciedades vacías que le ha dado una forma de constitución ¿Cómo puedes tú aceptar que sea bueno mantener el respeto a una mentira, a un fetiche? Hombre de poca fe, tontita mía adorada, necesitamos de un nuevo derecho, en el cual el pueblo crea verdaderamente, pues solo así lo viviré y lo haré respetar hasta con su sangre.

Solo la verdad nos hará libres. Lee mi artículo “Habrá que esperar”, a menos si encuentro que he pedido que se reforme la constitución.

No te inquietes mariposita mía; todo eso de quiñonismos y ligas rojas, no es nada, desde el punto de vista de lo que nosotros buscamos.

Nunca hubo quiñonistas ni ligas rojas, sino bandidos que se pusieran ese nombre, como se pusieron antes el de Adoradores del Santísimo__ En una casa sucia, habrá siempre cucarachas, llámense como se llamen, y la manera de extirparla será limpiar la casa, y no hacer creer que no hay cucarachas,

mi artículo de hoy, que te recomiendo medites, te acaban de aclarar mi pensamiento. Y si lees con cuidado La madre de Gorki, penetrarás, por fin, en el corazón de las ideas que yo amo.

Una palabra más sobre Napoleón, que le hará bien convencerlo: mucha gente lo toma ya por un hombre que oculta sus verdaderos fines; comienzan a desconfiar mucho de él porque, dicen, siempre esconde algo. En cuanto a mí, si no cambio de proceder, me apartaré de él enteramente pues, en verdad, ya se me hace muy difícil tolerar sus eternos misterios. Y es claro, si me combate en esta hora en que yo doy todo mi ser a una idea profundamente amada, trataré de anularlo, con todas mis fuerzas, sin falta eso sí, ni a la verdad ni a la justicia.

Que no me olvides, mi multhathita, y que tu pensamiento me aspire, me ilumine y me sostenga, tuyo para siempre, aquí y en la eternidad.



30 de julio de 1928.

7:15 pm.

Querida niñita,

Rodolfo me trajo tu carta, que aún no he leído más que una vez, de carrera, pero que leeré hoy, después de enviarte esta.

Hijita, el sábado me hicieron saber, en forma de súplica, que debo suavizar mi campaña socialista. El casino, es decir los hacendados, cafetaleros, banqueros, &&. Han hecho presión sobre el gobierno, y como estoy solo, me callan.

Me ha impresionado mucho esto, pues es terrible renunciar a mi labor. Si cedo, luego me harán callar enteramente, y pasará muchos años antes de que nadie enarbole la bandera del pueblo. No te imaginas lo que esto es para mí.

Ahora bien, yo puedo organizar en torno mío, fuerzas defensivas, especialmente con elementos obreros, que se me ofrecen. Y una vez organizados, volveré a la carga, y obtener por lo menos, una cierta libertad para mi propaganda. Si organizo una verdadera defensa, triunfaré y sobrevendrá una tempestad que yo orientaría y encauzaría. Si no, me echaran de aquí, o por lo menos, me harán callar y me dejarán sin

pan__ Yo me inclino a luchar, porque es triste abandonar a este pobre pueblo, al yugo de sus amos casineros, que se volverán entonces más tiranos ¿Qué piensas tú? Me urge saber tu opinión. Mientras me llega, y no se puede perder tiempo, tendré mañana una entrevista con unos amigos obreros, que me inspiran confianza. Parrletich, que ha logrado ya formar una buena organización, me ayudará con gusto y decisión. Ese muchacho es de veras, un hombre__

Estrellita mía, mañana en la mañana te hablaré de otras cosas, pues urge que se vaya esta antes de las 8 de la noche. Te abrazo con todo mi corazón; te veo y te oigo junto a mí, y siento tu amor incendiándome. Que tu luz me ilumine, corazoncito mío; nada que venga de ti podría engañarme.

Hoy te envié unos diarios; mañana irán los otros ¿Recibiste mi carta de ayer? Con toda mi alma, y estrechándote ahora mis brazos, mi compañera idolatrada.



30 de julio_ 928.

Niña mía divina, que estés buena, contenta, olvidando cosas y personas ingratas, respirando mucho aire puro y absorbiendo luz con tu cuerpo y tu corazón. Exponte al sol, hijita, cuanto puedas, y lo más ligera de ropa que sea conveniente, para que su aliento divino te inunde y sature tu carne y tu alma. Y que la serenidad total sea contigo.

Yo estoy bien; sereno enteramente de cuerpo y pensamiento y recordándote con ternura muy honda. Cada vez que salgo o regreso contemplo la imagen de Budha, y en sus ojos veo los tuyos, y anhelo purificarme y elevarme, para ser digno de ti.

Aquel asunto, bien, me parece: no me ha dirigido ni un reproche, ni ha intentado la más ligera insinuación de reanudar la antigua vida. Se muestra cariñosa y cortés, pero sin intervenir para nada en mis cosas. Vino a ver a mamá y a mis hermanas, sin referirse para nada al pasado ¿Qué te parece? ¿Serán buenos síntomas?

Mi contienda con Alt. ha terminado, por mi parte. Después de sentir bastante enojo y hasta odio logré dominarme, y ahora estoy en paz con él.

El recuerdo de tu conducta con tus tías, hizo huir mis tinieblas. Me avergoncé de dar tanta importancia a cosa tan pequeña, comparada con lo

que te ha ocurrido a ti con esas señoras.

Antenoche, por invitación de Parrletich, nos reunimos en casa de Merlos, ésta, Parr, Alt. Viaña y Funes. En otra te referiré de que tratamos. Napoleón estuvo callado, rígido, mostrando en toda su actividad un gran disgusto. Pero yo le dirigí la palabra, cordialmente, varias veces, y al cabo se suavizó un poco. Al irnos, me acompañaron un ratito él y el Dr. Funes, pero no hablamos nada sobre nuestras disidencias. Ya ves, Multhathita querida, que te sigo, y te obedezco con todas tus maldades.

Espero con ansia la carta que me traerá Rodolfo hoy. Mañana te escribiré.

Hijita, escíbeme largamente: nunca he necesitado más que ahora de que me lleguen tus palabras y de que me acompañe tu corazón.

Supongo que Sarita estará contenta, y cogiendo vida y alegría. ¡Pobrecita! ¡Cuánto bien le hará hallarse junto a ti, solas las dos, y libres!

Van con esta una de María, y esos lindos versos de Q.C. Dulzura de mi vida, mi fe y mi luz, que los Poderes Benéficos sean contigo.r

Todos aquí te recordamos, sobre todo, Toña, que te ama como ella sabe hacerlo



1 de agosto de -928.

Niña querida, “el viento de donde quiere sopla, pero no sabemos de dónde viene, ni para donde va”. Ya sabes que el viento es el espíritu, la ley de cada vida, la fuerza directriz de cada ser. El mío, el viento que me impulsa, me trae desde mi adolescencia en pos de los que sufren y me impele a que les sirva. He ahí mis planes, que tú quieres saber hasta el último, y que van a cristalizar en un partido social con un mínimo de aspiraciones y exigencias en favor de los obreros, campesinos, maestros de escuela, sirvientes &&. Lo que he llamado en “Patria el Mínium Vital” será el resumen o esbozo de esas aspiraciones.

Y yo seré el inspirador, el orientador, por medio de un núcleo pequeño y escogido de dirigentes. Los acontecimientos han traído esto, y hay que aceptarlo y seguirlo. Torpeza sería que después de tanto luchar y anhelar, ahora que la mies está a punto, el segador la abandona, obligado de fuertes temores. ¿No te parece linda?

Cuando vengas hablaremos de todo esto a detalle, y tú me ayudarás a darle forma y contornos.

Ayer y anteayer te escribí. Esta será la última, pues quizás no habría tiempo de que te llegaran otras. También te he teleografiado ayer y anteayer.

Desde mañana tengo vacaciones, gracias a Dios, pues muero de cansancio. Aquel asunto, me parece resuelto, y sin haber hablado ni una palabra.

Creo, hijita, que podremos hablar en cuanto vengas, sin ninguna dificultad. Necesito confiarte largamente mis proyectos antes de que tomen vuelo, para que tu prudencia y tu inspiración me guíen.

¿No me vendrá otra carta tuya? ¿Has recibido los periódicos?

Adiós mi adorada criatura. Algo me dice que llega el día en que serás, más que nunca, mi compañera devota, mi madrecita espiritual, mi consoladora. Y que tus labios y tus ojos serán mi fortaleza.

Abraza a Sarita con todo mi cariño. Para ti, mi corazón anheloso del tuyo, y creyente fiel en tu luz.



5 de agosto. 9 y 30 pm.

Criaturita Celeste,

Mira que desgracia y que vergüenza la mía: acabas de llegar, contenta, con el alma rebozando caridad y abnegación, y el primer disgusto que tienes lo he motivado yo, ¡enojándome con nuestra hermanita por una bobería! ¿Cuándo me corregiré?... Y, sin embargo, no he dejado de repetirme desde que te fuiste, que debo ser, por amor a ti, paciente y sereno, como tú me lo has pedido.

¿Ya ves que tristeza? Indudablemente, hay en mí un sedimento de egoísmo petrificado y espeso, y quizás también de crueldad. Nunca seré digno de ti. ¿No te vas a cansar de mi mezquindad y de mi soberbia?

Hijita, como te admiro, por tu conducta con esa pobre Saruchita. ¿Solo tú eres capaz de cosas tan bellas? ¿Por qué no puedo yo imitarte?...

Alondra, arcángel mío, ilumíname en este conflicto en que me encuentro: de un lado, el anhelo de trabajar por tantos oprimidos que no tienen quien les ayude. De otro, mi necesidad de no exponerme a quedarme sin esa pensión, de la cual depende que lleve mis obligaciones. ¿Conviene seguir adelante?

¿Debo hacer mi labor en secreto o a plena luz?

¿Tendría éxito una labor hecha a escondidas? ¿No la sofocaría, haciéndola pública?

Solo en tu intuición confío; solo en tu amor hallaré refugio y dirección.

Te escribo sobre esto, por si no tengo la dicha de verte mañana, y entonces, me escribes cuanto antes.

¿Cuánto dolor, verdad? Se me ocurre que el único remedio contra el sufrimiento que causamos ahora, es compensarlo, con creces, evitando a otros los grandes dolores de mañana; mejorando la vida para los que vendrán.

¡De todas maneras, hermanita de mi corazón, cuánto dolor, y qué descontento me siento de mí mismo! ¡Bienaventurada tú, que a cada instante curas algún mal y esparces algún consuelo!

Adiós mi safirita celeste y sin mancha. Que tu limpidez me ayude y haga perdonar tantas faltas mías. ¡Con qué placer lloraría ahora en tu regazo, lágrimas de arrepentimiento y de amargura!...



6 de agosto.

Hijita, mi noche fue muy mala, toda de insomnio, y no tendré valor de salir ahora. Ya sabes cómo me aniquila una noche de insomnio.

Y también, quizás sea prudente no ir hoy a tu casa. Cualquier encuentro inesperado con alguien que me conozca y llegue allá, puede provocar un estallido. Mañana o pasado, a la hora que tú me digas, quizás sea mejor.

He pasado, además, que acaso Mechesitas te contaría anoche cosas muy tristes de Dn. J., y que tu ánimo necesita serenarse ¡Pobre mi criatura! Apenas volviste, ya todos te amargamos la vida...

Para que lo estudies tranquilamente, te envié esa primera parte del trabajo que estoy haciendo ¿No?, amadísima: qué estamos haciendo, ¿verdad? Medítalo bien, palabra por palabra, a ver si todo es justo, claro, verdadero y sencillo. En trabajos de esta naturaleza cada palabra es transcendental.

No entregaré a los obreros hasta que tú no me lo devuelvas y me hayas dicho tu parecer, de palabra o por carta.

Querida niña, bendigamos a nuestro señor que te permitió descansar

contemplando como avanzas día por día en el bien y en la luz, y como te vas convirtiendo para todos en un lucero apacible, claro, sereno y dulce, que infunde esperanza y alegría. Si tu asciendes, amada criatura, ¿qué importa que yo siga aquí rastreando en la mezquindad y en la importancia? Un día me levantarás, ¿verdad?

Envíame una palabra de tu boca y de tu corazón. Estoy muy triste, y anhelo verte y oírte hablar de cosas sencillas y santas, con tu voz ansiosa, con ese hablar suave, casi apegado que tomas cuando estas inspirada.

Adiós mi azucena, mi multhathita divina y celeste. Que todas las bendiciones se derramen sobre tu cabecita.

Lucecita mía, si es posible, conserva ese original y devuélveme una copia, con las anotaciones que te parezcan.

Después de eso trataremos de las normas y procedimientos colectivos del partido, de los deberes de sus miembros, &&

Beso tu cabecita adorada, y ruego a mi Dios que la inunde con sus rayos divinos.



6 de agosto de 1928.

Hijita, te ruego que no dejes para última hora la enumeración de normas para mi vida, que te he pedido. Pon en ellos toda tu conciencia, tu intuición y tu amor. Mi fe en ti es absoluta, ahora, sobre todo. En verdad, solo ahora veo hasta el fondo de tu alma, y anhelo beneficiarme de tus tesoros.

Mi dolor por ti, es indecible por haberte hundido en tantos sufrimientos. Así es de grande mi reverencia a ti, y mi deseo de que modes mi vida según tus inspiraciones.

Con todo mi corazón y todo mi espíritu.

A.M.



9 de agosto de 1928.

faure venir le plus tol posible.

9 de agosto.

Hortensia de mi alma, ya no cabe en palabras el amor de tu Alberto. Solo puede expresarse en las lágrimas, en el canto o en la muerte ¡Si tú supieras, qué adoración es esta! ¡Qué confianza plena en tu luz, en tu pureza, en tu santidad! ¡Cómo siento que me inspiras y me proteges!

Hermana, madre, compañera, hija y maestra: todo se resume para mí en tu nombre sagrado. Ya no concibo la vida sin ti. Si te alejarás todos los resortes de mi existir se romperían, todos mis anhelos se acabarían como carbones sin lumbre.

Ahora mi dicha es inmensa, al pensar que trabajas conmigo; porque estoy sintiendo que me ayudas con tu corazón y con tu pensamiento ¡Nuestros hijos! ¡Nuestros hijos, amada! ¡Qué plenitud saber que tu obra es mi obra, y que no hay un pensamiento mío al cual no le hayas prestado alas con los latidos de tu corazón!

¡Amor mío, cuándo te veré! Envíame una palabra, mi ración de dulzura, mi pan de espíritu, mi rayo de luz, que sienta en tus palabras la caricia celeste de tus labios y de tus ojos.

Hortensia, mi estrella, mi única fe, ¡mi único bien!



15 de agosto de 1928

Hijita querida, por algo he pasado yo toda esta mañana nervioso y triste: presentía que me ibas a decir que no fuera a verte. Así es, por desgracia. “Otras gentes van a llegar” y aunque yo siento inmenso deseo de verte, y necesidad inmensa de conversar contigo sobre lo que estoy escribiendo, debo abstenerme, porque otras gentes van a llegar. “Hoy como ayer, mañana como hoy, y siempre, igual” decía Bereker, y digo yo tanto. Está bien: algún día se hará la luz, y se verá quien no comprendió a quien; a quien le faltó corazón o amor para seguir al otro.

Hijita, estoy bien de salud, y mamá hay va mejorando. Y pasé anteayer un día abominable, a causa de esta lucha muda y sorda que me agota y me desespera. Si no fuera por ti y por mi obra, ya me habría ido.

Me dice Josecito que ya van a regresar esas señoras. Por consiguiente, ya tendremos menos obstáculos para vernos, ¿verdad?

Te digo, Hortensia, que esto de que, por una causa de hoy, luego por otra, y otra, y otra siempre hago algo que nos separa; algo necio, injusto, absurdo y tonto, es algo que va más allá de mis fuerzas. Nunca te he necesitado tanto como ahora; nunca he sentido más sed de tu consejo y de tu sostén, y nunca me imaginé que tu sujeción a los demás alcanzaría formas tan agudas ¡En fin!

Mañana, sino das contra nada; si Mechecitas lo permite; si tus amigos te dejan libre; si Sarita no se enoja, iré, pues, a verte. Y mientras, veré este retrato de Budha, que es ahora mi único y leal compañero, y a quien deseo ardientemente imitar en el valor para desprenderme de los seres más amados.

Te ruego que me perdones mis flaquezas y mis crueldades ¡Es tan triste lo que me sucede, y me figura que tan inmerecido!... Quizá el trabajo, el pensamiento continuo y la soledad, me tengan así de áspero y de incomprensivo.

Gracias, hijita querida, por tu regalo. Dios te lo pague. Mañana, resignado ya, te llevaré toda mi ternura, toda mi fidelidad y el amor inmenso de mi alma. Y te diré que, a pesar de todo, te amo sobre todas las cosas. Tuyo para siempre. A.



16 de agosto de 1928.

Compañerita mía, mi luz y mi esperanza, cuanta ventura ha sido verte ayer y hoy, y beber tus palabras, y alegrarme con tu alegría ¡Qué bella estabas ayer, y cuánta vida emanaba de ti, y cómo transcendía tu espíritu luminoso y alto, a través de todos tus movimientos! Hubiera deseado que te vieras en un espejo y que adivinaras la nobleza de tu semblante y la pureza de tus líneas.

Pero que dolor no poder hablarte íntimamente, y hallar fuerza y aliento en tus caricias... Si vieras como sueño en el día en que vuelvas a tu casita,

donde nuestros corazones se hacen uno, donde todos nos compenetra y nos une ¿Verdad que vendrás lucero mío? ¿Verdad que si te lo ruego yo vendrás?

Aurora mía, mi serafín adorado, mi zafiro, una cosa me ha desalentado ahora, y es ver tu inquietud y tu miedo de que vaya a un fracaso con mi propaganda. ¿No has sido tú la que me has impulsado a creer en mí mismo? Me asusté y me desanimé tanto verte así tan temerosa, que voy a suspender todo, hasta no reflexionar mucho y ver si encuentro de nuevo la confianza que mostrabas en mi intuición y en mi cabeza. Por suerte, aún es tiempo, y todo puede quedar en ideología que de algo servirá alguna vez. Te ruego que no me ocultes tu pensamiento; yo no voy a herirme por eso, pues tengo suficiente humildad para enterrar en el silencio y abandonar esta ilusión querida de realizar nuestros sueños magníficos. Desde el momento en que ya no sueñes conmigo, en que desconfíes de mi acierto, ya no me será grato ese trabajo en que yo vería el más grande lazo de unión contigo.

Dime toda la verdad Hortensia mía, no sea que más tarde ya no sea tiempo. Bien sabes que en esto no cabe orgullos en mí, y que soy fácil para sentirme un pobre gusano sin luz y sin gracia. Por amor y por deber, dime si crees que no debo seguir en ese trabajo.

Hijita querida, yo acataré lo que me digas, y te amaré tanto porque me desengañes, como te he amado por haber alimentado en mí, tan grandes ilusiones. Dulcecita mía, mi abejita dorada, todo mi pensamiento es para ti, y no tengo corazón sino para bendecirte y adorarte.

Te ruego, pajarito divino, que me contestes mañana mismo, al medio día, pues la incertidumbre me atormenta. Envíame tu verdad entera y cristalizada sin miedo y sin lastima, antes que yo caiga en un precipicio. Se en esto mi leal compañera ¿a quién he confiado mi destino?



28 de agosto/928.

Hijita dulcísima, cuatro letras no más, porque estoy fatigado, y tendré que ir esta noche a oír a H. de la Torre. Si van ustedes, y nos encontramos cerca, o quedamos frente a frente, no muestres ninguna sorpresa, y saludanos tranquilamente, aunque después no nos mires.

Estuve con de la Torre, y me pareció muy simpático, muy sincero y sencillo. Merlos llegó con su carta. Después mañana en la tarde, te referiré

lo que conversamos. Me pareció bien no rehusar la carta, que es, al cabo una adhesión a nuestra doctrina. Pero le he quitado todo lo familiar y amistoso, y le añadí un comentario, que los dejará a cada uno en su lugar. Cuando él la vea publicada, advertirá que su contacto conmigo ha terminado.

Me habló mucho de Alt. Y yo le dije, sin ninguna causa, que no era yo quien le atribuía seguramente la carta anónima, sino los demás, pero que, sí me pareció posible que él fuera, por los antecedentes. Yo te contaré todo mañana.

Dulcita mía, me confirmo en continuar mi propaganda, como se pueda. Me siento enamorado del Mínimum Vital, sobre todo ahora que tú crees en él. Así que no abandonaré, sino, al contrario, le consagraré cuanta fuerza y tiempo me sea posible. Ha encontrado Berta en el diario, un documento mío muy importante, y ya lo está cogiendo junto con el manifiesto del presidente Araujo.

Recibe mi adoración, mis caricias, mis pensamientos. Me siento absolutamente unido a ti, mi dulce y santa multhathita, y solo aspiro a que me apruebes y me estimes, y me ames cada día más.

Un abrazo grande, grande a nuestra Mechecitas.



30 de agosto de 1928.

Hijita, acaba de venir Bertita, trayéndome algunas cosas que saco para mí. El sábado me traerá el documento de que te hable, del Dr. Araujo.

Hice lo mejor que se me ocurrió, lo que me encargaste ayer. Quién sabe si habré empeorado las cosas, pues soy capaz de cualquier bobería por mi cansancio. Mi figuro que no sería tan absurdo, que se enojen por esa broma tan regocijada. Si me multa, pagaré con gusto, con tal de ser yo quien haya dicho la última palabra sobre este asunto, ¿Dime qué te parece?

Corazón de mi vida, no te puedo decir que bien inmenso me has traído con tu actitud resuelta y firme, y tu propósito de seguirme fielmente en estos conflictos. Hasta ahora te siento plena, como yo te anhelaba; hasta ahora te siento capaz de amar lo que yo amo, y aborrecer lo que aborrezco, y sentir y pensar conmigo apasionado y totalmente.

Y eso me colma de una felicidad y de una fuerza, que no puedes

imaginarte. Así nada me amedra ni me abate; así, siendo mía en ideales y voluntad, yo iré hasta el fin de mis designios por nuestra bella y sagrada causa, que es bendita y grande sin duda, puesto que tú crees en ella. Amor mío, flor de mi corazón, toda mi vida, todo mi anhelo de ser bueno, de servir a los que padecen, me viene de ti; eres el manantial de luz y de vida en que se abraza mi corazón sediento.

¿Cuándo iré a verte? ¿Mañana o el sábado, o el domingo en la mañana?

Te amo, y estrecho tu cabecita sobre mi cada mañana. Adiós.



2 de septiembre/28

Hijita, estoy con ansia inmensa de saber de ti. Siento como si no te hubiera visto hace años, como si me hubieras olvidado. Desde ayer me oprime una fatiga inmensa; me abruma algo tan pesado y oscuro, que solo morir podría aliviarme. Si pudiera verte aquí, aunque fuera un instante.

Cuéntame cómo te ha ido con la venida de esas señoras ¿Cómo estás? ¿Fuiste a la conferencia? ¿Te ha interesado Haya?

Si tienes carta para mí, aunque sea de ayer o anteayer, te ruego que me la envíes. Siquiera una palabra tuya, adorada compañera mía. He tenido ayer un gran disgusto, ya supondrás de dónde. Felizmente se aproxima el fin de esas penas.

Si te habla N.A. para reconciliar conmigo a Z. Idiáquez le habló, dile que ya no volveré a molestarle con ilusiones ni en ninguna forma; pero si deseo que me olvide, y olvidarle. Hijita, yo no quiero ya tener intimidad sino con gentes que sigan mi propio camino. No quiero amigos sino compañeros.

Es un deseo y una necesidad tan grande la que siento, de calma de olvido, de inconciencia, que no sé cómo decírtela. Mientras yo no tenga libertad para verte y hablarte cuantas veces quiera, la tranquilidad me será imposible. Eres mi agua y mi pan; te necesito como necesito el aire y la luz. Escríbeme ahora mismo siquiera tu nombre. ¿Será posible que no te hayas acordado de mí?, ¿que no me hayas escrito?

Adiós, única esperanza y fortaleza de mi vida. Dime que no me has olvidado; dime que tu voluntad es amarme y acercarte a mí. Para siempre, adorándote y bendiciéndote.



4 de octubre / 28

Hijita bendecida, Gracias de toda mi alma por tus letras de ayer. Me trajeron la luz y el valor, como siempre que tu corazón me hable sus ternuras ;Cómo he de pagarte el bien inmenso que haces, dulzura mía, mi celeste alondra?

Apenas hay tiempo de escribirte en palabras: que cada una te lleve la más grande palpitación de mi ser, ansia inexpresable de amarte y servirte.

Hijita, todo va bien. Hoy hablé con el señor Leitzeler, me parece que Pauletich puede estar tranquilo ahí, esperando unos cuantos días, que todo se calme; me ofreció darle pasajes y toda garantía para que se vaya a Guatemala, si quiere. Me gustaría que viniera Josecito a las 5 1/2, para contarle detalles. ¿Te parece que pase yo a verlo, mañana a las 7 1/2, como hoy? Se gestionó para que haya se embarque para San José de Guatemala, siga de ahí por ferrocarril para México. También ofrece ayudarle con pasajes; lo que indica que se ve calmando la irritación.

Yo estoy muy fatigado; pero saldré para ir a ver a Haya, esta tarde a las 3 1/2.

Florecita mía, procura desde esta noche dormir temprano, para que descanses -te ves muy fatigada, y tu trabajo es abrumador-.

Que sientas mis manos acariciando tu cabecita y mi aliento buscando la fragancia del sueño, si supieras que mi salud y mi vitalidad viene de habérmelo infundido ;No te encantó saber que mi fuerza física y mutual ha salido del fondo de tu pecho con toda mi alma y mi anhelo profundo, viéndote y pensándote?



6 de septiembre / 28

Hijita, te escribo para prevenirte que no podemos vernos algunos días; quizás ni escribirnos, porque hay gran peligro.

112 Pon tus cartas juntas, bien seguras, y cuidado con olvidar tus llaves. No lles en tu bolsón ninguna carta mía. Ni siquiera un sobre.

No confíes mucho en Sarita, pues, sin quererlo, puede dañarte. Algunas

palabras se le han escapado, porque su hermana Adela le dijo a ella, que tú decías que estaba loca. Además, Sarita está muy celosa de mí, y todo se debe temer de quien sufre esa pasión funesta.

Te prevengo, pero no te intranquilies ni caviles. Es uno de tantos estallidos, muy doloroso para mí, inevitables. Ya te contaré detalles después. — Hemos de confiar en que los que se consagran a una obra elevada y desinteresada-, son parte (ilegible) por fuerzas invisibles e incontrolables. Nada podría vencernos antes de que hagamos la parte de labor que nos corresponde, si somos fieles a nuestros ideales.

Tengo la satisfacción de haber hecho por H. de la Torre cuanto podía, enfrentándome a los poderosos sin reparar en las consecuencias. Han tenido de contar conmigo para todo; y ayer, por exigencia mía irreductible, se enviará, en una conferencia entre el Ministerio de México, su Secretario el Sr. Leitjelar y yo, estando presente Bernal, que se dejaría absolutamente a Haya, la libertad de encoger el barco en que ha de irse. (Ilegible) estaba inclinados a embarcarlo en un barco americano, pero yo les increpé diciéndoles: ¿Tienen seguridad de que no corre ningún peligro? ¿Están dispuesto a asumir desde ahora toda responsabilidad? Solo H de la T. es juez para decidir si corre o no peligro. Además, según declaración que me hizo ayer, el Sr. Dr. De Policía, ni siquiera se ha dado orden de captura entre él, no se le puede considerar criminal, solo porque ha cambiado de domicilio, y no se justifica de ninguna manera, el afán de expulsarlo del país, exponiéndolo a toda clase de ultrajes- &&.

Triunfo enteramente, gracias a mi resolución de imponerme, -puesto que la policía estaba conmigo- te lo refiero porque ello te satisfará.

La Censura me estrecha cada día más: ayer me rechazó un artículo contra la United Fruit, en la cual no había una palabra contra el Gobierno ni contra el pueblo Yanqui; únicamente, que no se les debe vender la tierra para sus cultivos. Conservo el original, que verás más tarde -sufrí, pues el dolor punzante de ver al Gobierno aliado (ilegible) del negocio extranjero contra su propio país por supuesto, y así me lo hizo saber el Censor-, todo es imposición del Ministro Americano.

El mismo Censor me confió que es una lluvia de peticiones de gente de pío, exigiendo que cierren “Patria”, que el Ministro Mendoza es el más enojado contra mí, y que le dijo que él se hacía único responsable de la censura a ese diario, y que me lo dijera -Hasta se lo escribió en una nota oficial-.

Todo esto viene de mis ataques al Ministerio de Fomento, y al de Gobernación. Sea por los matinales de las camionetas -él es Ministro de los dos carteras-.

La propaganda de nuestros amigos, no tiene casi nada que ver en la mía: estoy seguro de que no sumarán a estos pueblos en su sistema, nuevamente económico, solo al alcance de intelectuales. En cuanto a sus procedimientos de trabajo, son infantiles, son ellos muy simpáticos y abnegados; pero los creo muy desorientados. No se remueven tus grandes males, con sistemas de mera economía, difíciles de comprender, y que no va más que al cerebro.

En fin, yo trabajo ahora más que nunca para servir mi doctrina; no veré sus puntos, pero nada importa.

Adiós, hijita, el señor te proteja, y pídele que me ilumine.

De lo que te refero aquí, mándale si quieres a P. y a Mechecitas, nada más lo que te parezca.

Adiós mi pobrecita compañía; que la luz de nuestro Dios sea con nosotros.

Se me ha extraviado la “Husia Suprema” de Leconte de Lisle. ¿No lo tienes tú? Me urge saberlo, si te es posible decírmelo.



9 de septiembre

Hijita buena y misericordiosa,

Me has de perdonar mi estupidísima maldad de anoche__ y Mechecitas lo mismo, __, recordando que me hallaba inmensamente fatigado. Toda la noche es sentido tristeza y vergüenza, de ver que te martirizo por la cosa más insignificante, sin duda te muestras humilde y sufrida, Porque así somos, y yo especialmente: soberbio con los que nos aman y nos toleran; sumisos con aquellos que nos dominan.

Como todo aquel que ha sido oprimido mucho tiempo, y todavía no recobra el valor, yo busco instintivamente en quién descargar mi enojo, con quien vengarme, y esa eres tú –

Sería para morir de pena- si no tuviera fe en que ya muy luego he de corregirme de tan repugnante vicio; pero, de veras, creo que antes de 6 meses, estaré corregido del todo. Así, mis criaturas, perdóneme de ver muy pocas veces mis absurdos y perversas maneras.

Hijita, no pienses, absolutamente en ayudarme con tu trabajo corporal,

pues ni hay necesidad por ahora, ni lo permitiría tu ocupación absorbente y abrumadora. Es otra la ayuda que yo he soñado, y todavía sueño, que me venga de ti: es tu casa libre, tranquila sin amistades mentirosas o inútiles, a donde ir a pasar alguna hora del día, en una atmósfera de serenidad, de confianza, de suavidad. Una casa sin gritos, sin altercados, sin esclavitud de todo y de todos donde se sienta uno como en un jardín, que fuera al mismo tiempo en oratorio, donde se ría y se cante, se lea y se converse de cosas bellas y altas.

¿Se realizará el sueño alguna vez? Probablemente no, y por eso ya comienzo a ejercitarme y renunciar a esa esperanza.

Hoy son 6 días que dejé, por fin, totalmente, el café puro. El vicio me venía desde mi niñez, desde mis 5 años, y me ha costado inmensamente dominarlo. - Espero que, de aquí a 3 meses, mi organismo habrá experimentado ya los buenos efectos de esta liberación; mi humor será menos irascible, y mi pensamiento será sereno. Desde luego, ha sido una gran victoria de mi voluntad.

Dile a mi querida Mechecitas, que aceptaré su colaboración permanente, cuando estén ya en su casa propia, antes sería muy precaria. Ya combinaremos una forma de trabajo que no la agobie ni hostigue. Esperemos pues.

Resueltamente, no ingresaré al APRA como Secretario; ya sabes que me he prometido a difundir la Religión Solar y el Mínium Vital, que me absorberá totalmente. No volveré a caer en el error de dispersarme. Pero si esos jóvenes y los obreros se muestran capaces de organizarse de verdad, encontraremos un punto de confluencia y trabajaremos ayudándonos-

Si ustedes, hijita, se sienten más atraídos por el Apra que por el vitalismo, deben seguir su inclinación, pues sólo hay éxito donde hay vocación. Yo para lo que me falta que hacer en mi vida, que es pensar algunas cosas y escribirlas, voy a esforzarme para no contar en auxilio extraño, pues esa esperanza de ser auxiliado sólo me acarrea continuos y crueles desencantos.

Hijita, preparó como te dije anoche, un libro, cuya síntesis será este:

1° Hay una Verdad Suprema (lo que llaman Dios, o presienten como tal los hombres), la cual consiste en que la vida es una.

2° Los seres de toda especie, son manifestaciones, aspectos, de esa vida una, así como las ramas y las hojas del árbol, que son uno solo en el tronco del mismo.

3° La religiosidad es la conciencia de esa unidad de todas las vidas, y el hombre asciende o desciende, en proporción a la mayor o menor comprensión que tenga de esa Verdad Suprema, Religiosidad, Revinculación y Espiritualidad; son la misma cosa.

4° Con todo y ser la tierra un triste planeta, la existencia en ella se volverá casi Celeste, si los hombres recobran o adquirieran la conciencia de que la Vida es una.

5° Nuestro corazón y nuestro entendimiento, tienen necesidad invencible de encontrar en algún ser, visible o invisible, evidenciado, realizado, encarnado, esa Verdad Suprema de que la vida es Una junto con un poder máximo de unir, de religar a los demás seres.

6° El único ser que llene plenamente para nosotros esa necesidad y realiza este poder, es El Sol, el ser divino por excelencia. Adorarlo, es natural, sencillo, de sentido común- Sustituirle en un ser invisible, tristemente imaginaran a imagen y semejanza del hombre, no es más que origen de confusiones, terror, apatía y división.

7° El sol es como un árbol divino, una de cuyas en grandes ramas es la Tierra. Esta se manifiesta en ramillas, hojas, y flores -que somos los hombres, los animales, las plantas, las piedras- diversos en una zona de nuestra vida, permanecemos íntimamente unidos en la otra que le sirve de base; así como las hojas permanecen unificadas en la rama, y las ramas permanecen unificadas en un tronco.

8° Esta constitución y relación de todos los seres terrestres, que es cósmico, religioso, evidente, hace que el derecho de cada uno de ella a vivir y desenvolverme íntegramente, a elevarse según sus posibilidades máximas, sea un derecho absoluto, la forma necesaria, esencial, única, de realizar en la existencia, el Contenido de la Verdad Suprema: que La Vida es Una.

9° Consecuentemente, la tarea humana es esforzarse para realizar esa Verdad Suprema, en la Constitución de la familia, de la Comuna, de la Nación, de la Federación de Naciones. Así mismo, en sus relaciones con los animales y con las plantas. La Educación, las religiones, la Moral, el Arte, la Ciencia, las Costumbres, las Leyes, deben orientarse fiel y resueltamente en el sentido de realizar la Unidad de la Vida. Solo así tiene significado comprensible y perenne, la afirmación de Jesús, de que “ la Verdad os hará libres”__ solo en una Verdad Suprema-, se puede encontrar la libertad suprema.

10° Esa tarea de realizar la Verdad Suprema, de orientar todas las actividades en el sentido de la unificación, es inmensamente difícil; pero entra en la categoría de lo posible, de lo accesible, desde el instante en que se comprende como yo lo comprendo. Sin entrar a caprichosas figuraciones de lo que será el mundo en el año 3,000, es evidente que cada día se puede alcanzar un paso en el sendero, y que ha de llegar un día en que el mundo sea habitable, tolerable. Mientras que, con la concepción actual del mundo,

fragmentaria, confusa, complicada, contradictoria, no se puede avanzar en un sentido, sino para retroceder en otro. Del caos mental no puede surgir sino un Caos de hecho, del Caos espiritual, un caos material.

11° Así como el tronco encuentra para vivir su elemento que es la raíz; y las ramas indisponen siempre y necesariamente de su elemento, qué es el tronco; y las hojas nacen y se nutren naturalmente de su elemento qué son las ramas, así nosotros, con los animales y las plantas, nacemos, y necesitamos nutrarnos y desenvolvemos, de nuestro natural, indispensable, insustituible elemento que es la tierra: el aspecto concreto de nuestro planeta “La Tierra”, que encierra y resume todo su poder vital”. Así la Tierra entra en la categoría de Lo Divino, de lo que es totalizador, de lo que realiza y permite realiza la verdad suprema de que la vida es una. Así, apropiarse la Tierra, acapararla, monopolizarla, es el pecado, el error máximo; la fuente de la opresión, miseria, tiranía, odio y degeneración. Con la propiedad privada de la Tierra jamás nos unificaremos, jamás tendremos bienestar ni concordia, tal como no la tendrán nunca las hojas si comenzaran a acaparar la corteza de las ramas; ni la alcanzan nunca las ramas, ni siquiera apropiarse exclusiva e individualmente, el tronco que ahora realiza una unidad.

Así la propiedad colectiva de la Tierra como elemento cósmico de la vida, como sustancia esencial de la Comuna del Estado, es la condición indispensable, la base, la necesidad absoluta de un orden social justo, armónico, qué de a los hombres la posibilidad de elevarse, de realizar cada uno en sí, el ideal de la Verdad Suprema.

El Mínium Vital, es la organización, aplicada a la Sociedad, de las fuerzas primarias, elementales, vitales, de la Tierra

12° Para el hombre, considerando como ser espiritual, el daño no ha consistido precisamente en encarnarse en la Materia, sino en qué, al encarnarse, ha perdido la conciencia de su unidad con los demás hombres y con los otros seres__ Su salvación individual y social, está en recordar, en readquirir la conciencia de esa unidad; en comprender en llegar a sentir la Verdad Suprema, de que la Vida es Una.

Hijita, aunque amanecí desecho de cansancio, y apenas puedo tener la pluma, he querido escribirte esta carta larga y penosa, para desagaviarte de mí crueldad e injusticia de anoche -si es posible-, como una anticipación del trabajo que me ha ofrecido Merceditas, -que me saque una copia a máquina-, pues necesito este sumario para ir desarrollando el libro, con plan.

Por primera vez en mi vida, he logrado organizar mis ideas, y eso me tiene muy contento. Como verás en este esquema (cualquiera que puede

ser su certeza o su error) hay una idea matriz (no Madriz) que nace, crece y se desenvuelve, es como un árbol, es decir, hay unidad. Y quien dice unidad, dice paz, fuerza, alegría_

Me encantaría que le leyeras este esquema a nuestro amigo, es (ilegible) de Mechecitas y del Vizconde (si se digna a abandonar una hora su Castillo), para que tomes nota atenta, de los comentarios que haga, sobre todo de las objeciones. Digo que tomes nota, de memoria, no por escrito. El juicio reposado de P. me interesa sobremanera; tomaré muy en serio su crítica.

Pasado mañana, si es posible, iré un ratito a referirles el viaje con H. de I.T.

Entre tanto hijita, que mi Dios te ilumine, y te dé paciencia contra mis asperezas, y generosidad para olvidarlas

- For ever



16 de septiembre / 1928

Hijita mía,

He de salir desde muy temprano, y por eso no te escribo bastante. No te envío los artículos que rechazó el Censor, porque quiero que descanses si quiera este día. No corre prisa, y es mejor salir antes de cosas que nos preocupan.

Ayer comencé mi libro, sobre el esquema que te di; envíamelo hoy, para continuar. Espero trabajar en él, unos dos días por semana.

“El Mínium Vital”, lo completaré como habíamos pensado, con un esquema económico -pero no será antes de terminar este otro trabajo-. Además, necesito descansar un poco -estoy leyendo un interesantísimo libro sobre el marxismo, ya lo verás-.

Hijita, pienso en ti con todo mi corazón y todo mi espíritu: te contemplo como el símbolo de todos mis anhelos y del bien y la justicia que deseo ver realizado en la vida, y, sobre todo, en mi vida. Día por día me siento en

camino de ser bueno, activo, puro y desprendido, y esa llama recibe aliento al recordar que tú así me quieres y me sueñas -¡Qué dicha, si cuando vuelva hoy encuentro unas palabras tuyas, que son mis fortaleza y mi luz!-. Acuérdate de eso: que escribirme tú, es vivificarme.

Que mis pensamientos más altos y mis dulces te rodeen, y que los oigass como el rumor de un enjambre de abejas, cargado de miel y de fragancia.

Adios, mi divina.



20 de septiembre / 1928

Ayer tarde, Hortensia, fui a tu casa anheloso, no de una palabra que me confortara, pues sé que no te atreves a pronunciarla delante de nadie, pero sí de un gesto, de una sonrisa, de una mirada, que me dijera: se lo que sufres, y yo sufro contigo.

Pero, lo mismo que la vez anterior, te apartaste de mí lo más posible; hiciste cortesías, miradas, palabras para todos, menos para mí; cuando yo hablaba, ni siquiera me mirabas; sólo al final de la conversación, cuando censuré a H.d.I.T. me dirigiste la palabra, para defenderlo__ mientras Merceditas me colmaba de carisias, tú me tratabas como a un extraño.

Una vez más, __ y en qué momento, he sido víctima de tu miedo, de tu hábito de ocultar bajo un semblante impenetrable, tus afectos. ¡De quién temes ahora!, no sé: no sé quién es el nuevo amo a quién he de ser sacrificado, cada vez que sea necesario no irritarle.

Resultado, que, en vez de un soplo de aliento, me vine con insomnio y tristeza mortales, para una noche de espanto.

No volveré a esa casa, donde tan pobre atmósfera hay para mí; donde en mis horas de profunda agonía, se me sacrifica, artificiosa e inútilmente, porque nadie se engaña con esa artificios, __ al temor sempiterno, al respeto morboso del querer o del pensar ajeno. Cuando vivas en la tuya propia, si no es la morada y el grato refugio de mis enemigos, ensayaré a ver si es verdad lo que me ofreciste en tu última carta, “de tejer tu vida en torno de la mía, para endulzarla y embellecerla”.

Hortensia, aunque te decepciones de mí, quiero decirte lo que siento: sé que esto es degeneración y retroceso, pero a eso le lleva a uno la lucha: a

volverme rencoroso y cruel. Yo, pues, no quiero exponerme a encontrarme a cada paso con mis enemigos, porque sería exponerme a tratarlos como a tales, a ofenderles en casa ajena, y estar fingiéndoles amistad o simple cortesía, se me hace ya muy duro. Así, hijita, si tu casa me ha de ofrecer un Oasis, no puedo ofrecérselos a esos dos señores Alt. y M. de quien yo he recibido las ofensas más crueles -ya es una humillación y una lucha que tenga yo que rogarte estas cosas, cuando podría haber surgido de ti-, sé que esto no es generoso ni cristiano, pero así es.

Además, hijita, yo no quiero ya ser negado, en ninguna forma: ni con la mirada, ni con el ademán; ni con la palabra, ni con nada. Que me adoras en tus cartas, y me trates como a un extraño a presencia de los demás, ya no puede ser, ya no será. Su necesidad de faltar a ningún respeto ni conveniencia racional, puedes mostrarte en todas partes, como mi compañera, como la persona que se siente ligada a mí por los vínculos más altos y más fuertes, y no puede ni quiere avergonzarse de ellos.

Ahora, hijita, estoy enteramente, totalmente sólo en el mundo. Ese vínculo con ella, que a pesar de todo me era muy querido, quedó anteayer roto para siempre tras de una actitud resuelta de cincuenta y tres días, en los cuales no dije una sola palabra de ternura ni conmiseración. En mi casa, no hay más que incompreensión para mí. Así, ahora es una verdad total, que todo mi mundo se ha reconcentrado en ti. Faltándome tú, ya no habrá más que esperar ansiosamente mi liberación de esta vida, y entrar mientras tanto lo más que pueda, a la soledad y en el silencio. __ Pues bien, si no hallas en tu corazón valor suficiente para ser desde ahora mi compañera, la que está conmigo en el mal y en el bien, en la luz y en las tinieblas, mejor abandóname, y busca para tu vida una senda más llana, en que la bondad fácil y el trato fácil con todos, se acuerden con tu temperamento y tus ideales.

Ahora Hortensia, me queda siquiera la satisfacción de que ya nadie vendrá a perturbar tu tranquilidad; siquiera en eso fui hombre, en restablecer esa (ilegible) de ti, el ambiente de considerar que por mi culpa habrás perdido. Ella no volverá: va enferma, aniquilada, destruida y mucho hará con vivir. Y yo, no supe, o no quise, hallar en mí una palabra que le diera fuerza, que le hiciera parecer otro horizonte para ella. Lo que tu fácilmente si mostrabas a los otros, para ella me fue imposible. Durante todo el tiempo me colmó de regalos y de ilusiones, y yo estaba seguro de que a una señal mía, habría venido a mí, sumisa, devota, la que antes fue rebelde y dominante __ Hizo cuánto pudo por recobrarne, salvo negarse a vivir apartada de mí-. Así han pasado esos 53 días de contienda mortal entre mi firmeza, mi propósito, que en mí (ilegible), y mi inclinación y olvidar toda ofensa.

Y yo vencí, pero el vencimiento me ha dejado un horror de mí; una repugnancia profunda de mí mismo; menosprecio inmenso de mi propia alma, que no sabe realizar nada sin causar heridas mortales. Si hubiera más bondad real e intensa en mí, habría logrado convertirla en una amiga, en una devota de mis ideas, a la que sólo he convertido a una villatina - Me siento infamado por mi ineptitud, y gozo diciéndolo, para que algunos sepan mi bajeza-

Hortensia, yo debería tener ya el valor de renunciar a todo: de entrar a un retiro donde no oyerá ni provocara discusiones estériles, donde la quimera de proyectos irreflexionados y de costillas de oratoria, no ocupara el lugar de una callada, desprendida y profunda labor. Me debería aislar, y emplear los años escasos que aún me restan, en edificar en mí mismo lo que no sé edificar en los otros (siquiera sólo fuera eso, y destrozara las almas ajenas...). Todos esos años miro inconsistentes, hechos de sueños y de frases, no me llenan; todo eso se vendrá al suelo al primer golpe de viento fuerte. Si permanezco unido a todo eso, es porque amo lo que tú amas. En verdad el hilo único entre los demás y yo eres tú. Pero aún ese hilo tendrá que romperse si no eres capaz de fortalecerlo con toda tu verdad, con el valor pleno del que cree en lo que ama. Si me amas, si amas mis anhelos y mis ideales, si te sientes, por fin, mi compañera, tiene que ser ya sin miedo, sin disimulos, sin escondrijos.

Porque seguir así, me llevará a la locura; porque todo lo que hay en mi de hombre, se subleva a esa negación sempiterna.

Hortensia, esta noche mortal ha de ser la última causada por tus invencibles temores.

La inclinación de tu hermanita, la sospeché hace unos 10 días, y se me confirmó la penúltima vez que estuve en tu casa. Siempre será para ella un elemento de progreso espiritual, haber amado por primera vez a un hombre leal, digno, generoso, veraz y desinteresado. Ese joven é ha de ser grandes cosas en América-, y amarle; y más si ella es correspondida, será una aventura hermosa y fecunda. El alma de mi querida Mechecitas recibirá mucha luz de un amor así, aunque cuando no sé cristalice en un hogar. Que Dios me la colme de dicha.

Hortensia, aquí está tu casita, donde yo te he visto tantas veces en tu ser real, mostrándote a toda tu verdad, y colmándome de fuerza y esperanza con tus claridades. Aquí no te revistes de esa seriedad y de esas apariencias que aborrezco, porque me hundo en la desesperación y me hace dudar de ti__ ¿Vendrás?

Si hallas en ti lo que yo ansío, ser en todas partes y siempre mi compañera, mi sol que no se esconde para iluminarme, entonces, ven. Y si no, adiós.



20 de septiembre, a las 8 pm.

Hijita, ¡qué cansancio! ¡Qué atmosfera tan violenta se respira en tu casa, y qué esterilidad tan grande lo de todas esas disensiones políticas. Porque en todo eso no hay otra cosa que política, aunque no se den cuenta ustedes. Ni socialismo, mi filosofía, ni nada más que política. ¡Y qué fanatismo tan tremendo el de ese joven!

Debería uno no escribir ningún juicio sobre un hombre, sin tratarle íntimamente siquiera 6 meses. Por la plática muy seria que tuvimos ayer entre cuatro y cinco, y que presencié primero Josecito, luego Merceditas, deduje: que no tiene verdad esa organización; que han dejado de pensar hasta cosas muy elementales; que un real objetivo es contra el gobierno del Perú, que se imaginan que van a emancipar la América; problema que ni siquiera se han planteado acertadamente.

Ojalá que todo les salga bien, y que lleguen algún día a organizarse y estén capacitados para la vastísima empresa.

Yo no tengo nada que hacer ahí, lo ví claro ayer. Y aún cuando no nos distanciáramos los fines, que, si nos distancian, me sería imposible mantenerme en comuna estrecha con gentes (ilegible) y que mira la vida desde un punto de vista tan estrecho. Siga cada uno su camino.

Lo que me duele es verte tu entregada a lo que no tiene más que mirajes políticos tan circunscritos y de resultados tan precarios. Y me duele más todavía, ver desarrollado en ti el espíritu de disputa que sólo produce agitación, exaltación y alejamiento entre las partes. Esfuézzate, hijita, por curarte de ese vicio, que yo no te conocía. Acuérdate que Budha dice: “lo que saben lo que es cantidad, eso no entiendes nunca”. Y menos por cosas que son de la (ilegible) mental de cada uno.

Perdóname que no vaya hoy: siento necesidad de un poco de quietud y de silencio, de serenidad de provocar la palabra de mi voz interior__ Y ahí no se la suscitan en ninguna forma, antes bien se la aleja y sufren-.

Estoy viendo en este instante la imagen de Budha. ¡Qué suave!, ¡qué tolerante, qué amplitud en la comprensión de todas las cosas! ¡Y aun la benévola (ilegible) para todas las criaturas; ¿quién podría acercársele y entrar en su paz inmensa! Me deleita recordar que tú me trajiste este cuadrito amado, y que esta bella y serena enseñanza nos vinculó más que todo esa vana y bulliciosa oratoria, tan sin finalidad ni afabilidad. ¡Pueda

su presencia y su recuerdo mantener estos lazos para mi tan dulces, y evitar que no te separes tanto de mi camino, arrastrada por esas realidades políticas—

Yo sigo enamorado del *Mínimum Vital*__ Mi vida será para él y para mi adorado señor: mi Helios__

Adiós mi amada Hortensia; que la noche te sea propicia, y que me traiga a mí un poco de reposo y de olvido.

Como en tiempos dichosos, proyectaré mi pensamiento a dirección de tu casa a ver si lo sientes, y piensas algo en mí. Adiós mi amada criatura.

a las 12 de la noche.

No pudiendo dormir, me levanto a continuar mi conversación contigo, aunque no sé cómo tendrás tiempo para leer mis cartas así tan largas.

Tu grande afición a la política, me hace comprender varios hechos del pasado y del hoy, que me han sido tan dolorosos, y que nunca pude explicarme. Por ejemplo, aquella nefasta alianza de tu limpio y bello prestigio con el andrajoso y feo de “Queremos”; tu afición a Dn. J. cuando representaba la revolución en su aspecto mejor; tu perenne falta de tiempo para descansar y para ayudarme, a causa de que las mejores horas de tu vida se gastan en discusiones políticas; tu invencible empeño de convencer a Alt. de sus erradas opiniones, &&.; ¿Cómo has podido sentir interés por mis cosas, tan alejadas a veces ese plano? He sido un milagro.

Hijita, es una fatalidad mía el no poder armonizarme nunca con las gentes que te rodean. Pero es lógico: mi camino se aparta demasiado, cada vez más, de lo que persiguen y anhelan los otros; soy un desprendido; trabajo únicamente por fines universales, de muy lenta realización, y no puedo, es claro, atraer a quienes trabajan por fines concretos de realización inmediata; es sencillo, entonces, que me dejen solo, y debo dar gracias infinitas de que me quedas tú, si es que me quedas todavía.

Una idea quiero rectificarte y es que le das a la palabra acción un sentido muy material, arto y ligado en las ideas— mejor dicho, con los actos de agitarse mucho, de ir y venir-. Pero no es así: acción es todo aquello que provoca reacciones; y tanto mayor, cuanto más grande sean las reacciones provocadas - Cabe entonces ser uno muy sedentario y muy reforzado, y ser hombre de acción y al contrario, agitarse mucho, y no serlo__ Por ejemplo, Sócrates en las calles de Atenas, simplemente conversando es un enorme hombre de acción, como lo fue Nietzsche con solo escribir su libro; como lo fue Jesús con solo conversar con sus discípulos; pues no provocaban solo violentas reacciones, sino, como en el caso de Jesús, porque suscitaba con su palabra, nuevas formas de vida social- así la acción no debe medirse

por su cantidad de movimiento físico, sino por su transcendencia, por su fecundidad, por su capacidad, reconstructiva y renovadora. Hasta en el terreno de la vida individual y privada, hombre de acción quien vive sus ideas; lo soy yo, por ejemplo, no comiendo carne, porque actúo en el sentido de mis ideas, que se convierten de esa manera, en acto. En cambio, no lo es sino en pequeña medida, nuestro amigo. Dr. M. aunque se agilice mucho y comente mucho, porque no acuerda sus ideas con su vida.

Nietzsche dijo que “las más grandes acciones son las más grandes palabras”, y dijo bien. Reflexiona, hijita, sobre esta cosa.

Hijita mía, es un dolor muy grande llegar a saber que no hay realidad plena en esa palabra de compañeros; siempre acaba por descubrirse que en cierto punto el camino se bifurca, y las almas se cierran las unas a las otras__ Es un dolor inmenso. Yo, en verdad Nunca imaginé que en tu psicología ocupara tanto lugar el temperamento político, y descubrirlo ha sido una sorpresa tan dolorosa, que no sé cómo decirlo__ Sin embargo, debo aceptar el hecho, y dejar que te manifiestes, así como eres, aunque esa manifestación sea mi soledad y mi tristeza.

Pero si quiero ponerte en guardia contra el prurito de discutir, porque es fatal. Examínate, hijita, a ver si descubres tus móviles. Descubrir uno sus móviles, es la cosa más alta, la fuerza suprema, diremos, para renovarse. Así conoce; y por consiguiente se adueña uno, de las raíces de sus pensamientos y de sus actos. Examínate, pues, según este cuestionario:

1- ¿Discutes por el placer de oírte hablar? (Te advierto que hablas muy bien, y que me encantó oírte, cuando razones sin exaltarte).

2- ¿Es por el ansia de proselitismo, por atraer a los demás a tus ideas?

3- ¿Es por exceso de fuerza, por amor a la lucha?

4- ¿Es por buscar el orgullo del triunfo?

5- ¿Es por amor a la verdad, y consiguiente deseo de desvanecer el error?

El 4º móvil sería el perverso, y él 1º sería pecado venial. En todo caso, no debes disentir sobre temas de imposible acuerdo, ni que puedan conducir a discordias ni siquiera a enfriamientos. Y en ningún caso debes levantarte de tu asiento, ni arrebatarle al hablar, ni agitar los brazos, ni gritar.

Porque, mi siempre amada, yo te quiero perfecta, única, diamantina y celeste, aunque no seas para mí.

Hijita adorada, una Súplica, una vez más: no le digas nunca imbéciles a los hermanos, aunque ellos te lo digan a ti, ni con otra palabra alguna que sea hiriente, degradante__ Eso es la blasfemia, y no debe manchar tu boca, blasfemia ninguna__

Estabas Linda anoche, con tu vestido blanco. Lástima que las mangas

descubrían, una vez más, partes de tu cuerpo que nadie debería ver, te lo digo in esperanza de que te corrijas, -pues bien sé que no quieres__

Hijita, es la una de la madrugada, y voy a ver si duermo__ Ha sido una dicha inmensa escribirte-, pensar para ti, extraer de mi cansado cerebro algunas ideas que te puedan servir __ Adiós__

Si no voy mañana ni pasado, será porque estoy muy cansado y muy triste y necesito serenarme. ¿Y tú, cuando vendrás? Adiós, mi Alondra, aunque ya no quieres ser mi Alondra.

21 de septiembre

Hijita bendecida, no dormí esta noche, y sufro de la cabeza. No me esperes ni hoy ni mañana, y discúlpame con nuestro amigo y con nuestros hermanitos. Siento necesidad absoluta de reposo. # “Setenta veces siete perdonarás, Hortensia” ¿Recuerdas? Pero a mí tienes que perdonarme setecientas veces siete, porque soy un extraviado, un enfermo, que séi te confió para que lo sanes. Perdóname si te he de incitar al odio o al apartamiento de cualquiera que se. Yo mismo reconciliaré con todos ellos, aunque luego me aísle para no dejar entre ellos y yo ninguna mala levadura. Se cordial como siempre, que es tu mejor destino. Se (ilegible) y espárcete para bien y alegría de todos, como mi Dios.

Creo Hijita, mejor dicho, sé, que son estas las últimas ofensas que te hago, y que yo luego te las compensaré con mi serenidad.

Adiós

¿Puedes enviarme le Royaume des Cieux o El Nuevo Absoluto?



24. septiembre-28

Hijita querida,

he comenzado ¡por fin! a escribir contra la carne. Que dicha a abogar por esos infelices animales, y qué sensación tan honda y buena, defender a quienes no pueden correspondernos en ninguna forma, ni siquiera saben que los defendemos__ Pero la Vida es una, ¿verdad mi Multhatita?

Envíame cuanto antes las notas sobre la carne, pues las necesito para eslabonar mis artículos.

Es necesario que me Mechecitas me aparezca colectando dinero para el Apra__ ella trabaja en casa del enemigo, y eso le sería fatal__ ya veremos cómo nos ayuda.

Si mejora el día, iré esta tarde, entretanto, un abrazo inmenso de tú



1928

26 de septiembre, a las 9 y 20 pm.

Mi santa criatura, siento el más punzante dolor, viéndote, llorar y viendo la tribulación de nuestra Mechecitas. ¡Pobre criatura! ¿Verdad que esta vida toda es dolor y que nada vale el empeño de alcanzarlo?

He pensado mucho en ti pobrecita mamá, y tiemblo al recordar que ella que debía ser tan dichosa, hubo de sufrir tantas penas. ¿Qué te reservará el destino, mi amada hijita? ¡Quién pudiera guardarte de tus acechanzas! Hay tantas heridas impensadas, tantas embozadas, tantas desilusiones... ¡Si pudiera yo siquiera ser bueno contigo, no molestarte, y endulzar todos los momentos, mientras este cerca de ti!

Ahora, ¡nos deje este muchacho tan noble, que tantas horas de elevación las ha hecho vivir a ustedes! ¿Y ahora que nos aguarda?

Me he sentido tu triste esta noche, que solo me he calmado leyendo un capítulo de Gandhi, y contempla le imagen de Sidartha. ¿Por qué no tengo yo ánimo de renuncia a todo, y encontrar la paz? ¿Por qué me dejé arrastrar del odio y de la cólera? Ultensha mía, solo tu nombre y tu imagen apacigua mi corazón; solo la esperanza de que mi trabajo merezca complacerte, me hace la vida llevadera. ¿Sientes, mi santita, que realizo algo por los dos?

Es tarde, Dulzura mía, ¡y he de dormir__ ¡Si pudiera soñar contigo-! ¿Y ahora, cuándo te veré?



28 de septiembre-928.

Querida mía, le robo esta mañana a mi libro, tan urgente, para hablar de tus dudas sobre la reencarnación, que me inquieta mucho.

Primero que todo, es absurdo que pienses de ti misma, que no podrías ser como eres, si creyeras que todo acaba en el sepulcro: tu verdadera y consistente religión, tu fe, no se ha elaborado en esta existencia, sino que ya naciste con ella. Lo que naturalmente, fácilmente hacemos, __ nuestra conducta habitual, espontanea, __ está ya en nosotros: los libros, la vida, la conversación; no hacen sino desempañarla, limpiarla de manchas y sombras que la tenían oscurecida, deslumbrada; o, al contrario, cuando degeneraron. Lo que estás asimilando ahora como elementos de espiritualidad, florecerá después, en tu próxima vida, tengas o no conciencia de ellos.

Si esta noche adquirieras la conciencia absoluta de que, al morir aquí, se acabaría todo, mañana serías la misma niña de hoy, generosa, entusiasta, desprendida, ansiosa de comprender, y con perfecta repugnancia a mentir, a robar, a calumniar, a prostituir tu cuerpo y tu alma. No cambiaría tu conducta esencial, en una piel. Somos como somos, porque no podemos ser de otra manera; porque cierta manera de vivir nuestra vida, se han incorporado a nuestro yo, de tal forma que le son ya propios. y si no vivimos así, sufrimos, no sentimos avergonzados de nosotros mismos, inquietos, descentrados. Un pájaro no continúa volando porque piensa esto o aquello del futuro valor, sino porque sus alas, necesitan volar, y si no vuela, muere o se entristece y degenera.

Esto es, en verdad, la fe; la fe no razonada, sino vivida, carne y sangre, pensamiento y anhelo. Y las afirmaciones de esta fe, que nace de nosotros mismos, de nuestros subconscientes, son para nosotros las únicas y mejores fuentes de certeza llena; de valor mucho más alto que las afirmaciones del razonamiento. Lo que habla y palpita en ti, viniendo de lo más hondo de tu ser, eso es lo que determina tu conducta, y no tus concepciones del más allá, siempre discutible. De mí puedo decirte que no recuerdo, en mis años de conciencia ya elaborada y consiente que pasa de los quince, haber hecho algo bueno o malo, movido por mi creencia en otra vida, sino porque no me era posible otra cosa. Mis caídas me han producido siempre desprecio de mí mismo, y eso me impulsa a evitarlos. Cada vez que hago o pienso algo que yo siento malo, bajo, ruin, me sobreviene tristeza, desconcierto, debilidad, confusión, vergüenza y, naturalmente, eso me impele a corregirme, exactamente como me impele a tomar café puro, el insomnio que me produce y viceversa, cuando procedo bien de acuerdo con lo mejor que hay en mí.

Quien haya sufrido mucho en la vida, no puede pensar con gusto en la encarnación, si no con pena y temor. Su anhelo, __ yo lo siento perennemente-, será encontrar en la muerte, el olvido, no una nueva existencia. Como no podemos concebirnos viviendo, será en nuestra forma actual, y en memoria y conciencia de nuestra identidad, al pensar en otra vida, no pensaremos sufriendo o expuestos siempre al dolor. Ahora, si yo logré concebirme en otra existencia, sin memoria ninguna de mi pecado, sin el recuerdo de mis dolores, aliviados, curado por una nueva vida, entonces esa otra existencia me es indiferente, porque yo, no sería yo. Así, la inmortalidad, la reencarnación, no me sirve absolutamente de móvil para mi conducta, que enraíza en regiones inaccesibles de mi ser_ si no de satisfacción mental, de serenización espiritual__ porque sólo ella me explica la Vida;; solo ella me da la clave de los innumerables y pavorosos y tenebrosos problemas de la vida, quién encuentra en la reencarnación motivo de fuerza, de voluntad, de valor, de seguridad__no es mi conducta, no es mi alma, sino mi mente__; ella satisface la necesidad mental imperiosa que tengo de comprender, de enlazar, coordinar y armonizar los contrastes que me rodean y me inquietan__ Pero ni la reencarnación, asume carácter matemático; no necesita demostración, porque es visible, indubitable por su evidencia y tangibilidad: Se manifiesta en mil formas distintas: todo reencarnaría, pero no todo reencarna de la misma manera; el pensamiento, el sentimiento, la acción, el espíritu, encarna y reencarna sin tregua y sin posibilidades de eximirse de reencarnar. Pero cada energía de esas, y aún cada especie de seres en que una de esas energías predomina, tiene una manera peculiar de reencarnar, de manifestarse de nuevo. Cabe, pues, dentro de este hecho total, construcciones mentales o hipótesis, que expliquen todas las dudas u oscuridades al respecto. El electrón, el átomo, la molécula, la célula, la piedra, la planta, el animal, __siete reinos de la vida en nuestro planeta, en nuestro sistema solar, reencarna de manera diversa, y para fines diversos, según su especie, según su espíritu. Así cabe afirmar la permanencia del hecho y las diversas maneras de cumplirse, tratarse del hombre, de los anhelos, de los astros, y de los sistemas estelares o constelaciones. El único punto oscuro del problema es éste: ¿podemos conservar, o recobrar la conciencia, la memoria de nuestras vidas anteriores? Sobre este punto concreto conversaremos cuando tenga la dicha de verte. Entretanto, mi amadísima filosofita, yo estoy absolutamente seguro de ti, como persona moral, aunque todas tus creencias razonadas se desvanecieran. Todas las negaciones metales no entenebrecearán tu corazón, como no convertiría en cardo una rosa, todos los desvaríos o aciertos mentales del jardinero, sobre la constitución de un triángulo.

Vivamos, dulcita mía, como si fuéramos inmortales, como si tuviéramos la plena certidumbre de serlo: vivamos sin odio, sin mezquindad, sin miedo, sin orgullo, sin envidia__ vivamos así, esta hora de nuestra existencia actual. Y como nada se pierde, estamos ciertos de que esta elaboración espiritual servirá de ingrediente, por lo menos, para integrar algún exquisito, un celeste perfume, cuando no para ser ella misma, una fragancia total conciente__ que dicha para mí, compañera adorada y única. Si he logrado satisfacer tus preguntas, y rearmonizar el ritmo de tu pensamiento. Dímelo en una dulce cartita, que fecunde mi corazón, y me haga encontrar nuevas respuestas que nos iluminen a los dos.

Forever

A.D.

Tengo mucha necesidad de que hablemos sobre la manera de emprender nuestros trabajos, en verdadera reserva y discreció. Hasta hoy se han cometido errores muy grandes; un juego de muchachos aturridos. Espero.



30 septiembre/1928.

Hijita mía adorada, feliz con saber que mi carta te impresionó bien, -y aclaro algunas de tus dudas. No sabes qué espanto y tristeza me sobrecargan cada vez que te inclinas a ideas que no son las mías. Soy en eso, profundamente egoísta, pues me has acostumbrado a sentirte hija de mi espíritu, y quedarme sólo, sin ti, sin tu compañía espiritual, sería la más negra y pavorosa soledad -yo siento que la voluntad de purificarnos, de enaltecernos, acabaría por fundir en una nuestras vidas-. Y que, donde quiera que vayamos, estaremos juntos, como dos pétalos de una misma flor, ¿por qué no? ¿Qué no puede la voluntad cuando se encamina a lo divino?

Te ruego, mi Alondra querida, que te vengas a las 9 en punto, lo más tarde, porque Teresita vendrá a las 11, y tenemos mucho que hablar a solas -Hazlo, Mulhatita mía, si me amas un poquito. No es necesario que las copias mañana, sino que estén listas para el martes a las 8:00 a m; yo pasaré por ellas.

También te ruego que te quedes mañana a almorzar, aunque te vayas a las 3 o a las 4__ Así planearemos con Teresita, la impresion de mis trabajos en Guatemala, sobre el *Mínimum Vital*__ Amorcito mío, no hallaremos

muchos que nos acompañen en nuestras luchas; no te imaginas que incapaces son, pero yo, estando tu conmigo, trabajaré hasta morir -te amo y te bendigo-.

Flor de mi vida.



14 de octubre.28

Multhatita.

Gracias por este papelito, tan dulce por inesperado y por su ternura rebosante. Si vieras que a tiempo viene para cerrar este día que he vivido santamente. No tuve otro así desde la noche en que sentí “El plano búdhico”, hace más de tres años. En cambio, ¡cuántos viví llenos de rencor, desesperación, escepticismo, despecho e iracundia!

Aunque amanecí con dolor de cabeza y gran laxitud, por haber comido ayer muchos dulces, no pensé en mí sino en la pobre Bertita, y me fui a buscarla muy temprano. Su mamá no estaba, y ella andaba por El Coro, con su prima. Seguí para allá, con su hermanito, quien fue a llamarla, mientras yo contemplaba el río y el estanque donde tantos días de regocijo tuve cuando era un muchacho de doce a catorce años... más de veintidós hacía que no veía esos parajes tan ligados a mi niñez—.

Regresamos. Hice que Berta me abriera el armario de sus libros, ansioso de encontrar en alguno, una fase siquiera, que me levantara y me devolviera la fe y el valor. En eso, me mostró ella un ejemplar empastado de Las siete cuerdas de la Lira, que no he leído desde que se imprimieron, me fijé en la dedicatoria del autor a sí mismo, leí las primeras frases, y me eché a llorar. Hundido de lágrimas, leí el resto, y ese llanto me hizo un bien inmenso. Me hizo sentirme como entonces, anheloso de ascensión, cordial con todos, con ansia profunda de servir a los demás; humilde, contentándome con la gracia de ser un vocero de los grandes maestros; feliz de ser, simplemente, una palabra clara que hable al corazón de los sencillos.

¡Que dedicatoria, hijita! ¡Sin duda me la inspiró un Arcángel, y movió mi mano alguna criatura celeste!... ¿Por qué no he concentrado todas mis fuerzas en el propósito de realizar lo que dije ahí? ¿Qué más pudiera yo desear? ¿Por qué me voy alejando de ese ideal de pureza, de abnegación y de humildad?

Cuatro veces he llorado hoy, por cualquier cosa: porque mi corazón lo necesitaba; porque se habrá roto la barrera de hielo y de odio que me tenía

ciego...

Me traje a Berta con su hermano; trajeron unas Vietrolita, y he oído todo el día trozos muy bellos —La tormenta que cayó sobre esta pobre niña pasó ya—.

Hablamos largamente de ti; tenía yo necesidad de ensalzarte delante de ojos y oídos capaces de comprenderte. Le dije que te adoro, que eres la criatura más santa que conozco, y que nada me sostiene y me alienta como la idea de que tú me encuentres digno de ti; que la sola sospechas de que tú puedas creerme vil, vulgar, perverso, me espanta; que día a día progreso un poquito, gracias a que tu cultivas mi corazón y mi espíritu, ¡como una madre que cultiva a su niño, como un jardinero a una preciosa flor!...

¡Y ella se mostraba regocijada de ver cómo te ensalzo y te venero!... ¡Qué dulzura, hallar con quien contar tus gracias!...

Lucerito adorado, has de orar esta noche fervorosamente, para que yo permanezca siquiera un día con el ánimo con que te escribo: limpio, humilde y desprendido —Y mañana cuéntame en tu carta, lo que hayas rogado a Dios por mí esta noche—.

Le contestaré a G. Trigueros con total serenidad, sin hiel, sin escarnio, sin soberbia. Y estoy seguro de que aprobarán mi contestación.

Y ya no más, madrecita, porque necesito descansar—.

Vino el médico hoy. Le hice reseña escrita de mi enfermedad, bien detallada, y afirma él de que no se trata de ninguna enfermedad extraordinaria, sino de algo corriente, y que es propio de la vida y otras circunstancias —me recomienda abstenerme de comer huevos, pescado, carnes rojas; por lo menos comer moderadamente de ellos, sobre todo huevos, por contener mucha albúmina—, todo lo que excite e irrite, parece que es malo. Prescribe el baño diario, cremas buenas para el cutis, en espera de que la medicina interna haga su efecto —el tratamiento que estoy siguiendo, es bueno. Me dará mañana o pasado mañana, una hierba para beber varias veces al día, en infusión—.

Compañera mía, tú que me esclareces y me levantas, no hallo palabras que me llenen, para decirte lo que hay en mi corazón en este instante —Siento como si fuera a volar, como si fuera a desprenderme yo y para siempre, de todas mis escorias y a tornarme una nube blanca esplendente, con sus vellones anhelantes de que la luz del sol venga a dorarles y sonrosarles—.

Y necesito que sientas, que eres tú quien realiza en mí estos prodigiosos momentos divinos, no menos celeste por ser fugaces... Siquiera unas horas, ¿verdad? Mañana volveré a ser gris, triste y pequeño, sin duda. Pero algo habría quedado en mí, aunque no sea más que la huella del vuelo de un

Ángel. Y un día, aunque sea el último día de mi vida, todas estas impresiones fugaces, estos sueños, estos anhelos, se juntarán y cristalizarán, y brotaría el manantial... ¿Crees tú que por fin brotará?

Adiós mi Rosa —Fé, mi Agua purificadora, mis alitas de Alondra con que sueño elevarme algún día... Adiós—.

Que nuestro Dios de Luz te inunde con sus resplandores—.

Beso fervorosamente estas cuartillas, antes de cerrarlas__ Y también esos pétalos, menos blancos y puros que tu corazón.



16 octubre/28

Para mi Santa Hermanita, a quien amo y venero con lo más alto y puro de mi alma. Que recibas estas palabras y las de mi carta, como una nubecita de incienso quemado para ella en el álbum de mi corazón.

16 de octubre-28

Martes — 4 ½ p.m.

Hortensia —ningún otro nombre me llena en este momento—, no puedes imaginar mis impresiones al leer tu carta de hoy.

Primero, ¡una plenitud, una certeza, tan anhelada de que me amas con todo tu ser, y de que me amarás siempre así! Esto me ha inundado de fuerza, de firmeza, pero no de alegría.

Segundo, una tristeza profunda —por fin una gran vergüenza contigo—, una gran tristeza de sentirme tan lejos del ideal que tú me señalas y que sueñas próximo a realizarse.

Si tú supieras, mi criatura, que oscura, que manchada ha sido mi vida, ¡y cuánto lo es todavía!

Una gran vergüenza, porque hay algo como una traición en hacerse amar con un amor como el tuyo, y no merecerlo plenamente.

Me siento en este instante como un reo en presencia de su juez, a quien no puede ni querrá engañar, y mis ojos escrutan con ansia y terror los abismos de mi alma, a ver si encuentra ahí posibilidades de realizar este sueño divino que estás soñando para mí. ¡Qué odioso, que terrible sería decepcionarte! ¡Qué débil y qué oscura se volvería mi alma, si yo resultara incapaz de cumplir esos anhelos tuyos!...Desde que leí tu carta esta mañana,

Septiembre de 1928

Hijita, Hazme favor de avisar a P. que, si necesita salir acompañado, llamé por teléfono a Don. J.B. A mí no me será posible verle antes del lunes próximo; sería conveniente hacerle saber al Director de Policía, el día señalado para su viaje.

Yo estoy abrumado de penas; ando un dolor muy grande por la crisis que está muy próxima, muy próxima. La vida es un espanto, y quisiera entregarme valerosamente a seguir la senda de este divino Budha, único que me sostiene con la presencia de su imagen.

Para colmo, te encuentro extrañamente fría conmigo; cansada tal vez causa de sufrir por mi causa. ¡Qué caridad sería para mí una palabra tuya! Adiós... -Que El te proteja, e ilumine a tu compañero desdichado-.

¡Hace 8 o más días que no recibo una letra de ti!



Hijita adorada, mi indisposición vino de que ayer en la mañana, al llegar a la oficina, me quité la capa muy pronto, y me resfrié inmediatamente. No por ninguna otra cosa. He pasado hoy con una tristeza infinita, soñando con que te vería, minuto a minuto. Y en vez de eso, parece que no te veré ni mañana. Que vida tan desdichada está que me aleja siempre de lo único que me llena en el mundo.

Nunca he sentido ansia mayor de estar a tu lado: un anhelo inmenso, inmenso de tener tus manecitas entre las mías, y de oírte, callado, como si oyera la voz de Dios. ¿Por qué no puedo oírte siquiera un instante cada día? ¿A quién le robo yo nada por verte un instante? ¿Es esto morir?

Hoy no he escrito. Y, sí, dudo que mañana, no habiéndole visto no podré hacerlo.

Hijita, no es posible llevarte las pruebas del Alma del Naranjo: ya ves, con tanta barrera, nada es posible. Además, yo tengo remordimiento de recargarte el trabajo a ti que vives tan cansada__ He sido en eso muy torpe, y quiero enmendarme__ Y si no te veo, si no te oigo, ¿De qué me sirve ninguna otra cosa?

Yo no me considero capaz de elevarme ya, ni deseo nada si no es a tu lado__ No creo en nada si no en ti__ Si tú me faltas no me importa ni esta

vida ni ninguna otra-.

Olvidé la dirección de Teresita; pero la averiguaré mañana temprano, y se la diré por teléfono, o Josecito__

Te suplico que me traigas el paquete de cartas que te di a guardar. Sin que falte ninguna.

¿No me darás nunca el retrato que tanto te he pedido? ¿No piensa que me serviría de consuelo inmenso estarlo viendo, aquí, junto al de Budha que tú me diste?

Hijita, comprendo que no pudieras venir por el malísimo tiempo, y no te lo reprocho, pero no por eso dejo de sufrir.

Estrellita mía, única Luz de mi cielo, tú no sabes aun cómo te amo yo, y cómo dependo enteramente, absolutamente de ti, mi alegría, mi valor, mi capacidad de trabajar, ¡Es tremendo!...

No pude darte nada para tus ahorritos el mes pasado, a causa de mis gastos extraordinarios, que fueron muchos. Por eso no le mandé los pesos a mi niña. Y ahora, he de contenerme con esa miseria para tus zapatitos.

Adiós, Arcángel mío; adiós mi nubecita dorada, tan difícil para dejar que me alumbre el sol.



5 de octubre...28

Hijita querida.

Es preferible que no vengas esta tarde: porque llueve mucho, y porque anochece muy temprano y sólo podrás estar aquí algunos minutos. Ven el sábado o el domingo, si puedes venir sin provocar más conflictos. Ven con J. no con M. pues quiero que hablemos íntimamente, y no deseo verla a ella siquiera unos días.

Te ruego que me des una copia de esa oración de que me hablabas, y que me prestes La vida de Boudha, que necesito mucho leer: Quiero prepararme para mi Gran Renunciación -dejarte libre, o sea en poder de los que tienen más derecho a ti__.

Yo sufrí otra noche fatal, ¡te escribí una carta inmensa, que, gracias a Dios, he tenido el valor de destruir! Ayer estuve muy bien, ¡lleno de ánimo y de fuerza! Pero ya ves: mis males no tienen remedio, y debo no preocuparme tanto de ellos. Sin duda esta noche dormiré bien.

Te ruego que me devuelvas la carta de María. El paquete que contiene las

que te di a guardar, todavía no; hasta que mis ánimos estén más serenos.

Querida niña a quien he consagrado toda mi vida y todo mi dolor, que el Cielo derrame sobre tu cabecita adorada todas sus bendiciones y gracias. Ruega por mi.

Alberto



- *7 de octubre.*

Hermanita Divina, Madrecita Celeste.

Mira cuánto me han hecho trabajar: 4 horas seguidas, de las 5:30 a las 9:30, rehaciendo un capítulo entero, según tus indicaciones que he atendido con todo amor y acatamiento, y que me imaginé haber comprendido.

Por supuesto, este cambio hará variar enteramente algunos capítulos subsiguientes, ¿Está bien así, ¿Estás contenta de mi esfuerzo?

Pienso que, según me has prometido solemnemente, ya muy luego tendrás tu casa, y trabajaremos juntos. Entonces discutiremos previamente el plan y esquema de mis cuentos y novelas, y será, más que nunca, inspiradora y colaboradora.

Y entonces satisfecho de nuestra comuna espiritual, activa y realizadora, cada vez seré más dócil, cada vez será mayor mi anhelo de conquistar la fuerza total, y de ser en todo, digno de ti, de mi Arcángel, venido a este mundo sólo para redimirme y exaltarme. ¿Qué es lo que yo no haré, alentándome, sosteniéndome tu amor?

A las 8 mañana, según convenimos ayer, enviaré por la copia__ Si tienes algún atraso, no te inquietes, y envíame esto como esté, pues, si falta de ofrecido material para mañana.

Entré a mí nuevo plan, describir a Luisa, como un alma profunda, cuya verdad, espiritualidad y fortaleza ingenua, contrasta con la realidad y ligereza de Gonzalo, y viene a ser el móvil que lo impresiona lo sostiene y lo corrige; haciendo luego nacer en su espíritu, el anhelo de comuna con la Vida, simbolizada en el Naranja —¡te parece!—.

Bueno, mi Lucero diamantina, que descanses y te recrees este día, en que Helios nuestro señor, derrame sobre nosotros esplendores__ Que él te ilumine, para que tú me ilumines a mí—.

Un abrazo intensamente cordial a mi querida Mechecitas, —y que todos mis votos la acompañe en su viaje—.

Alberto.



8 de octubre de 1928

Princesita Mía

Ve que pobre ciego es mi corazón, que no me avisó ayer tarde que tú estabas aquí -te alcancé a ver un instante, con tu andar de reina, cuando doblamos la esquina, en dirección a tu casa-. Di unas palmadas fuertes, pero quizás no me oyeron ustedes.

Me consolé de no haber estado aquí, porque me aseguran que estuviste muy contenta, respirando mucho, riéndote mucho. Qué ventura, hermanita querida: estando yo, no te dejé ver luz, ni absorber el aire puro que tanto necesitas.

Yo estuve contento, entre gente plácida y amable, sin haber oído una palabra que no fuera sencilla y grata -es una familia muy simpática-. Compañera mía, no te imaginas cuánto gozo con tus observaciones a mi libro: eso es lo que yo anhelaba, que pusieras tu alma en mis cosas, y que no hubiera nada mío que no impregnaras de tu pensamiento. Así, cada vez que leo lo que escribo, diré: esto lo cambié por ella; esta indicación me lo hizo ella; ¡Ella! ¿A que no sabes tú quién es Ella? Te morirás de envidia si la conocieras: no hay rosa en la tierra, ni estrella en el cielo que sean más fragantes ni más celeste; tú, junto a ella, eres la noche.

Dulcísima, acataré todas tus indicaciones; daré únicamente uno o dos capítulos semanales para el libro y verán las pruebas de todo para que me ayudes. Fíjate mucho, y se implacable conmigo: el arte es sagrado, y debemos sacrificar a su verdad y a su finalidad constructiva y a su belleza purificadora, todo amor propio. Consideremonos, hijita, al escribir, como sacerdotes que oficiaban en presencia de nuestro Dios.

No encuentro en mis papeles las notas sobre Abraham; ¿las tienes tú? Si no, se han perdido. Me interesa mucho revisar también las cartas a Unobren, que está en tu poder, supongo; ¿Es así?

Michalcita adorada, he amanecido bien, ansioso de fuerza y serenidad; soñando con desterrar de mí hasta el último residuo de odio y de orgullo, y convertirme en un zafiro, claro como tu voz y profundo como tu corazón... ¡algún día, verdad!

Me imagino, recordando ademanes y pensamientos tan lindos, que sin duda viviste en Oriente, hace poco; y yo, en Rusia. Toda nuestra psicología y nuestras inclinaciones mentales lo insinúan__

¿Estuvimos juntos con alguna razón del norte de China, en la Mongolia, por ejemplo? No te rías, Linda: las cosas mas extraordinarias son, en verdad, sencillas, cuando se conoce su ley y su clave. Yo tengo la convicción íntima de que tú y yo anduvimos ya juntos, y el anhelo de que nunca más nos separemos: Cumplamos valerosamente nuestra misión -y esa será nuestra

Hasta luego, mi Luz, mi Clara Luz, mi única luz.



10 de octubre de 1928

Hermanita, mi mulhatita sin igual, -

Qué desafortunado estoy, que no te veo ni me escribes...

¡Desolación, esta ha sido la palabra que simbolizó mi vida este día!... Desde que abrí los ojos, cayó sobre mí una pesadumbre grande como una montaña, negra como una gruta abandonada. Señor, ¡qué vacío! y así han transcurrido, uno a uno, arrastrándome y gimiendo, todas las horas...

Siento a veces -como hoy- que todo los dolores del mundo se desploman sobre mí como, ¡como si todo el mal y el dolor de los siglos lo hubiera causado yo únicamente!... Y entonces no me queda nada: es el vacío, el vacío total, un abismo frío, callado y tenebroso...

Ahora, en este momento en que te escribo, las 8:15 de la noche, estoy más sereno; solo que siento una fatiga espiritual que me aplasta y me aniquila.

Esta tarde te había preparado unos pepinos muy hermosos, queques y almendras. Te preparé las pruebas, y soñaba con estar me junto a ti, callado, escuchando el relato de tus quehaceres de estos días, mientras me acaricias la cabeza con tus deditos suaves, que tanto me apacigua y confortan...

Mañana te llevaré las pruebas, y los frutos quizá. A las 12 del día, hoy, te vi un instante, cuando saliste de tu oficina. Yo estaba en la esquina al sur de "La Prensa", viendo si te divisaba. Ibas linda, con tu vestido azul y tu sombrero rojo. Me pareciste cansada, pues andabas despacio y con lentitud -¿Por qué no volviste los ojos para verme?-.

Mi adorada criatura, si vieras que ansia de olvido y de reposo mental me aqueja. Ya no quiero leer, ya no quiero pensar, ya no quiero sondear misterios que son más tenebrosos cuanto más se les contempla. Quiero vivir humildemente, haciendo mi trabajo sencillo, sin más guía ni maestro que mi Dios, el Claro y Resplandeciente que nos ilumina; sin más anhelo que ser amado de ti, digno y estimado de ti. Haiga lo que haya tras de la muerte, y sea como fuere la solución del Enigma, no quiero más pensar en ello. ¿Qué me importa las sombras si tú me esclareces? ¿No es loca y total vanidad consagrar mis pensamientos a lo inaccesible, estando ahí tú, que me has amado, ¡que me has escogido para tu compañero! Para ser bueno y servir a los desgraciados? Me basta con que tú me alientes.

¿Te veré hoy, mi dulce muchachita? ¿Me escribirás siquiera una de tus

palabras celestes, si la lluvia enemiga me roba tu visita?

Alondra mía, mi alhelí divino, que te inunde en su luz nuestro señor, y que te colme de alegría.

Hijita, ten mucho cuidado con no llevar en tu bolsón cartas ni dinero, porque es fácil que te lo arrebaten para robar lo que contengan. Estas cosas ya suceden aquí. ¿Hallaste las notas sobre Abraham? ¿Me traerás las cartas a un obrero? ¿Piensas en mí?



11 de octubre de 1928

Mi Alhelí adorado, mi hermanita dulcísima—

Por si no tengo la dicha de verte hoy, acuérdate que me has prometido llegar mañana aquí a las 8:15 minutos. Debes entonces, salir de tu casa a las 8, lo más tarde. No consiento que me robes ni un minuto; mira que no te veo desde el sábado —cinco días con hoy, en soledad y desamparo—.

Anoche te escribí mis tristezas del día, muchas y profundas, pero no quise ensombrecer hoy tu mañana. Si vienes temprano, te mostraré la carta la carta, y te copiaré lo que no es amargo.

Te ama como el primer día, con todo su ser tú, niño huérfano



13 de octubre

Esposa mía, compañera de penas y de glorias—

Deja que no me acueste hoy sin pronunciar una vez más tu nombre amado. ¡Qué horas tan dulces, oyendo tu voz, tan ansioso cuando tu corazón le habla a mi corazón... ¡Qué santidad, que para que todos halla perdón, y sabe hacerme olvidar mis rencores y mis soberbias!...

¡Cómo no amarte, a ti, tan bella cuando tu espíritu se asoma a tus ojos!. ¡Esta tarde alcanzaste una gran belleza; tus facciones todas eran bellas expresiones rebosantes de vida y de gracia!...

Y luego, trabajando juntos, como se vuelve espiritual tu carita; como se

afina y se espiritualiza, y asoma en ti la mariposa, la flor alada y viviente, que es todo vuelo, amor, anhelo de luz... ¡Qué tesoro y qué ventura la mía, de poder decir: mi tesoro!...

Perlita mía, en todo eres justa y razonable, y me encantó sentir que estás por encima de mis egoísmos y de mis locuras. Pero ya verás ando despacio, pero ando cada vez un poquito más. Llegaré, volando con tus alas, a ser lo que tú sueñas que yo sea, y de mi triste arcilla harás por fin surgir un zafiro. Entre tanto, que vuele mi pensamiento a rumorear en torno a tu cabecita, y que sientas con cuánta ternura estoy recordándote y diciéndote: amada, divina amada de mi corazón, yo te adoro y me arrodillo para bendecirte. Que duermas y descanses mi muchachita.



16 octubre/28 (Rotulación del sobre)

Para mi Santa Hermanita, a quien amo y venero con lo más alto y puro de mi alma. Que recibas estas palabras y las de mi carta, como una nubecita de incienso quemado para ella en el álbum de mi corazón.

16 de octubre-28

Martes — 4 ½ p.m.

Hortensia —ningún otro nombre me llena en este momento—, no puedes imaginar mis impresiones al leer tu carta de hoy.

Primero, ¡una plenitud, una certeza, tan anhelada de que me amas con todo tu ser, y de que me amarás siempre así! Esto me ha inundado de fuerza, de firmeza, pero no de alegría.

Segundo, una tristeza profunda —por fin una gran vergüenza contigo—, una gran tristeza de sentirme tan lejos del ideal que tú me señalas y que sueñas próximo a realizarse.

Si tú supieras, mi criatura, que oscura, que manchada ha sido mi vida, ¡y cuánto lo es todavía!

Una gran vergüenza, porque hay algo como una traición en hacerse amar con un amor como el tuyo, y no merecerlo plenamente.

Me siento en este instante como un reo en presencia de su juez, a quien no puede ni querrá engañar, y mis ojos escrutan con ansia y terror los abismos de mi alma, a ver si encuentra ahí posibilidades de realizar este sueño divino que estás soñando para mí. ¡Qué odioso, que terrible sería decepcionarte! ¡Qué débil y qué oscura se volvería mi alma, si yo resultara incapaz de cumplir esos anhelos tuyos!...

estoy sobrecogido, como en espera de un suceso extraordinario y peligroso. Siento como si me hallara solo en un templo vasto, solitario y vacío, donde hubiera de resonar para mí, para mí únicamente, una voz de lo alto que viniera a redimirme o a condenarme...

Hermana, hermanita mía querida, yo no me siento con fuerzas para ir tan lejos: no quiero que la sombra de una mentira manche mi pensamiento ahora, y he de mostrarme a tus ojos con toda mi verdad; yo te ofrezco delante de Dios a quien adoramos, delante de lo que haya más sagrado y divino para los dos, que lucharé con todas mis potencias, día y noche y fortaleciéndome con tu nombre bendito, para alcanzar la pureza más alta, en pensamiento y acciones, de manera que seas tú, la única criatura que mis ojos contemplan y en que se recreen mis anhelos. No tengo valor de ir más allá: más bien, no tengo valor de prometerlo. El señor me llevará a donde sea su voluntad. Y, además, te prometo con toda la clemencia de mi alma, que desterraré totalmente el odio de mí; de tal manera que, sea quien quiera, quien me ofenda y cualquiera que sea la ofensa, no diré contra él ninguna palabra injuriosa o despreciativa. Y así, mediante ese silencio, espero que el odio no arraigara en mi corazón, y que tu santa serenidad vendrá a iluminarme; ¿te contentas con eso, esperanza mía?

Este día es el que yo soñaba, la luz que venía buscando desde que te conocí y te amé. Ahora ya no tiene razón de ser aquel trozo que te escribí: “A una estrella que no quiero alcanzar” _ Ahora quiero anhela alumbrar soy yo, para corresponderte, para merecerte. ¿Por qué?

Voy a leer todos los días sin faltar uno, esta carta adorable y pavorosa que me has escrito hoy. En ella voy a buscar toda mi fuerza, mi valor y el sostén de mi vida y de mis luchas. Yo espero que cada día avanzara aunque sea una línea y que tu sentirías que me voy haciendo digno de tu divino y santo amor. Hermanita, ora siempre por mi, y elévame con tus pensamientos. Para siempre, para siempre tuyo.



18 de octubre-28

Mi niñita santa,

Acaso no pueda verte hoy por la lluvia. Por eso te envié esa carta, que darás tu personalmente al Mayor, quien llegará esta noche por ella. Si te parece, dale mejor una copia, quitando mi nombre.

Las cosas toman para mí un aspecto delicado, y por eso deseo que, a nadie, a nadie y menos a Josecito le hables de nuestros asuntos. Incluso los asuntos de nuestros amigos.

Procura leer “El día” de ayer. En el de anteayer hay también un remitido insultante contra H. de L. T.

Te prevengo contra Josecito, porque es muy descuidado, y demasiado ingenuo; es muy fácil que lo sorprendan. Mucho cuidado con lo que conviene el Mayor, no llegues a oídos indiscretos.

El Director de “El Día” está enojadísimo conmigo, sin razón ninguna, y parece que se prepara a embestirme nuevamente. Ya te contaré los supuestos agravios

Te ruego que me envíes, si no vienes tú misma hoy, las copias del capítulo que llevaste, pues me piden con urgencia material, y no puedo continuar, sin ver lo último escrito.

Hijita, aunque ayer y hoy he tenido grandes motivos de ira, no he faltado a mi voto de no decir ni una palabra hiriente contra nadie. Y en lo otro, también me siento absolutamente fiel. ¡Qué felicidad tan grande haberme calmado en ese plano! Presiento que esas dos disciplinas, si las sirvo con entereza, me traerán fuerzas inesperadas e inmensurables que aplicaremos a nuestra obra. No te imaginas que beneficios tan grandes me has traído con la carta divina que provocó esas resoluciones mías — En verdad, ahora sí creo que estoy en el camino, ¡En el camino sé que tú me has puesto, hermanita mía celeste!

No saldré hoy. Que tenga la dicha sin igual de verte esta tarde. Y así no, mañana temprano. Son muchas las cosas que debemos tratar.

Hijita, te ruego evitar confidencias con nadie. Que no se te olvide esto, mi niñita buena: pues sé que todas las consecuencias caerían sobre mí.

Hasta luego mi amadísima y admirada madrecita: que no olvides a tu pequeñita y desamparada niño, de quien eres consuelo y fortaleza.

Un abrazo a Bertita.



19 de octubre

Yo había buscado a Dios por todas partes.

Desde niño comencé a buscarle, y ahora que está cercano el fin, yo sé que nunca busqué otra cosa sino a Dios.

Un día, cansado y enfermo, y sin esperanza ya, me dije: es inútil, no le he encontrado ni le encontraré, porque soy vil y tenebroso —así, moriré en las tinieblas—.

Y me disponía a morir o a vivir aún algunos años sin buscarle, ¡que era peor que morir. ¡Entonces apareciste tú!

Y en mi surgió la luz, y refloreció la esperanza... Y me dije: ella lo encontrará para mí; ella buscará en su propia alma, y lo hará florecer, y cuando este ya florecido, ella me lo dará, y yo moriré venturoso, en la paz y en la luz.

Pero tú no descendiste al fondo de tu alma; te quedaste ahí cerca de la superficie, donde no llega sino el miedo que hacen los esclavos y sus amos pronunciando su nombre.

Tuviste miedo de penetrar en el abismo de tu alma, donde germinan las estrellas, y te volviste murmurando asustada: mañana, mañana...

Y sacrificaste al hoy, triste y vacío, mi corazón y tu esperanza.

Y ahora yo siento que he padecido el gran dolor, el dolor único y fatal, el dolor que no puede curarse ni con lágrimas ni en plegarias, ni con blasfemia ni con el dolor de haber encontrado una estrella que no alumbraba, porque tenía miedo de su propia luz.



26 de octubre 1928

Madrecita.

Tráeme ahora mismo, y para mientras me das un retrato nuevo, el retratito que te da a guardar con mis cartas. Cuidado con olvidarte.

Vente a las dos sin falta, pues tenemos que tratar muchas cosas serias, y

ahora anoche muy temprano.

No te escribo más, porque estoy muy cansado de haber hecho ayer muchos mandados—.

Que el Señor te bendiga.



23 de octubre

Hijita querida,

Una noche desesperante, de angustia y dolor en el cuerpo y el alma —soy un infeliz sin carácter, incapaz de reprimirme—.

Lo que más descorazonado me tiene es haberte visto anoche tan enojada conmigo, tan lastimada por mis torpezas —En verdad, yo necesito de alguien que me guíe a quien consultar, en el momento preciso, todas mis dificultades—. Pero mi desventura quiere que no te pueda hablar libremente, y que toda consulta llegue tarde, o se haga en presencia de quienes me exasperan y me envenenan. ¡Por eso he soñado tanto con que viniera en tu casa, y que fueras libre! Que se cumpla pues mi destino. A esa cosa decididamente, no volveré: su atmósfera me exaspera, me hace caer en la mentira y en la suspicacia. Y, además, ahí tú no eres tú.

Hoy le contesté a ese señor, como él merece, y como yo necesitaba contestarle para no asfixiarme de enojo —que venga lo que haya de venir—. Mi gran dolor es verte padeciendo por mi causa, y sentirme inepto para evitarte esos sufrimientos.

Que el señor te bendiga y te dé paz.



24 de octubre -28

Amadísima Compañera Mía.

Tu poder sobre mí es verdaderamente mágico: una palabra, un mimo, una caricia, calman enteramente mi ánimo, lo esclarecen y lo fortifican. Si yo te pudiera ver una hora cada día, y consultarte mis penas y mis luchas,

me sentiría invencible, e inaccesible a temores y vacilaciones.

Pasé muy buena noche, y hoy he descansado bastante. Creo que recibiré con toda serenidad los ataques de hoy, que no faltaran. ¡En verdad es ingratitud mía con el Cielo, enojarme y exasperarme por nimiedades, sabiendo que tú me comprendes y me amas!

Ahora deseo vivir siquiera quince años más para esforzarme y enaltecerme; para salir de tus manos redimido y limpio; para que tu paso por este mundo no sea inútil. ¡Qué vergüenza para mí, absorber lo mejor de tu corazón, y de tu pensamiento, tan altos, tan celestes, y no transformarme!

Amada de mi corazón, faro de mi proceloso mar, a ti me encomiendo y en ti espero: mi fe en ti es una fe viva, religiosa, profunda. Envíame luz y fortaleza en tus pensamientos, y alegría con los latidos de tu corazón

—Te adoro; santita mía—.



Viernes 26 de octubre de 1928

Mi Hortensia,

La palabra que esperábamos ha venido por fin, y esa es su primera modulación. Demos gracias al señor que nos escogió para recibirla y proclamarla.

Toda ella será escrita así en pequeños trozos, para que se difunda fácilmente, para que no haya censuras ni leyes de imprenta que pueda definir las. Es un himno, un cántico, y ningún poder es eficaz, para romper las alas de un cántico.

Ha venido, siendo yo el instrumento, lo que tu presentías y me decías hace unas dos semanas: algo inesperado, algo insospechado. Ha venido, y está aquí, palpita en mi corazón, y ansioso de tornarse palabra.

Hay dos copias, hijita, para revisarlas y pulirlas, y luego haremos diez para enviarla a todas partes —Y enviaremos un trozo cada semana, para que el clarín suene constantemente a los oídos y en los corazones—.

Qué dicha, y cómo te siento unido a mí en esta ventura. Si no fuera por ti, yo no me habría hecho capaz de esta palabra, y no me habría sido enviada.

Ahora sí que podemos decir: ¡tú y yo!



Octubre 1928.

Hijita querida,

Ayer en la tarde hice un rudo trabajo. Vinieron cuatro de esos señores: dos de ellos muy fríos, otro vacilante, y otro hostil. Les hablé largamente, y el hostil se fue convertido fervoroso. La mentalidad de estos muchachos es todavía muy escasa; han leído muy poco, ha pensado menos, y no han comprendido, sino que sientes necesidad de vivir mejor. Son muy desconfiados, y alguien muy rencoroso. Sin embargo, responden, aunque la lucha para encarrilarlos no se parece en nada a la de nuestra amiga Madame Rollans.

Mañana regresarán, y afirman que ese día redactará y firmará un manifiesto en que declaren fundar La Unión Vitalista, que tal será el nombre definitivo de la Asociación. Ya vez, hijita, que hago nuestro trabajo. ¿Harás el que te corresponde? Si lo has de hacer a mi satisfacción, comenzarás por dejar esa casa infernal —si yo soy algo para ti, y no has de continuar sujeta a extrañas voluntades y a mezquinos intereses, prométeme—, pero de verdad, que el día de tu cumpleaños lo celebraremos en tu propia casa. Por eso es necesario que no se acabe octubre sin que salgas para siempre de esa casa maldita, donde todo respira odio, mentira, aturdimiento e irritación, —Mi convicción es que, si no lo haces así, será porque, en realidad, no lo quieres, y porque te complaces en la esclavitud —Dios no lo quiera, hijita mía—.

Anoche dormí muy bien, y me voy al trabajo, lleno de fuerza y ánimo. Pienso en ti como el manantial de mi alegría, de mi valor y de mi fe. Todo lo noble que emprenda y realice, te lo deberé a ti, porque tú purificaste mi vida en sus raíces, infundiéndome valor para ser hombre y conducirme como hombre.

Hijita querida, no olvides reclamar el aumento de tu sueldo. El jueves que te vea tendrás esa grata noticia.

Te amo; mi lucero divino; beso tus ojos soñadores, tus manitas amorosas, y tus labios tan dulces y tan bellos —Y piensa, amada mía, que no quiero compartir tu corazón ni tu vida, con nadie, con nadie, con nadie—.



30 de octubre

Hermanitos,

Encantado con la carta de Esteban, Cuánto bien me hace saber que ¡por fin! Somos cuatro. Ya no dos, hostilizados, incomprendidos, sino cuatro. Cuatro corazones y cuatro espíritus yendo el mismo camino, es más de lo que se puede obtener en este mundo de rencores y egoísmos.

Esteban tiene perfecta razón al decir que Meches se ha salvado; es la expresión exacta y total.

—No redactes aún esa carta; espera que hablemos esta tarde.
Con inmenso amor y fe ascendrada.



31 de octubre de 1928

Dulcita Mía,

Estoy sereno, dueño enteramente de mí mismo, y con ánimo triunfador. El artículo que verás hoy, lo escribí esta mañana con tu retrato ante mis ojos, y aspirando serenidad en tu sonrisa.

Ni una palabra mía a ese señor, diga lo que quiera. Perdonémosle y olvidémosle—.

Anoche, después de algunas horas de insomnio, y desesperado ya de no conciliar el sueño, oré a mi Espíritu Protector, al ser desconocido que me protege, con palabras llenas de confianza y de fe. Le dije: bien ves que nada busco para mí, tú a quien llamo Dios, y que no anhelo sino ser instrumento de tus designios. Eres tu quien me inspiras, y yo te obedezco —Bien, pues, si no me envías fuerzas, si no ayudas a que yo duermas fracasare, y la culpa sería tuya—. Y así por el estilo. Y el sueño me vino inmediatamente, y amanecí animoso.

Una bella experiencia sobre los poderes de la Oración, ¿verdad?.

Creo, hijita, que he transportado la contienda a un plano superior, donde todas las ventajas son nuestras, y también mayores los peligros—.

No importa, dejémonos conducir por el espíritu, y confortémonos amándonos y uniendo más que nunca nuestros corazones—.

Abrazos efusivos.



1 de noviembre, 28

Hijita, imposible estar hoy a las dos de la tarde, ni siquiera a las cinco. Imagínate: Yo no tengo ningún deseo de verte, ni menos de oírte, ¿no es verdad?

¡Que irías a hacer a mi casa! Ahí no haces ninguna falta.

Esa carta de ayer es un beneficio inmenso que me has hecho —¡Qué sensación de fuerza, de totalidad y de alegría! ¡Y qué maravilla de ternura, de expresión honda en tus palabras, nacidas de un amor que llega a su culminación! ¡Por fin! Y para siempre, ¡Contra todo y contra todos!

Yo necesito encontrar algo para compensarte, algo que responda a tu don: ¡belleza, santidad, valor, abnegación! No sé, pero ya surgirá de las profundidades de mi ser, y será con una flor plantada en una roca por una mano celeste, y hecha germinar a fuerza de amor y de fe.

¡Hortensia! ¡Mi Hortensia! ¡Y que tú, al final de tus cartas me digas: “Tu Hortensia”! ¡Mi Alberto!

¿Estás contenta de mí? ¿De mi actitud? ¡Estoy haciendo tu obra, como tú la concibes y la deseas! ¿Es así cómo he de merecer que me ames siempre? —¡A las dos sin falta, soñada de mi alma!—.

Glotoncita, te llevaré hoy almendras y otras cosas. No faltes, aunque sea por el interés de los dulces.

Albert



2 de noviembre

Reinita y señora mía

La había contestado lo del telegrama cuando vino tu aviso. Pero me parece que aprobarás mi contestación.

Mi noche fue excelente, de profundo y continuado sueño, gracias a las horas serenas de que ayer me hiciste merced. Gracias-

Esta mañana escribí el N° 3 de La Misión de América, que tenga yo la dicha de que te satisfaga—.

Devotísimo—



3 de noviembre

Hijita, muy cansado, muy cansado de la mente y del cuerpo. Así, no te escribo sino para decirte que vengas temprano, para que me infundas aliento y vigor que tanto necesito.

Hoy en la mañana visitaré el Hospital de Niños, y en segundos haré una frase para el asunto de la medalla—.

Aquí estoy viendo tu retrato adorado, mientras veo esta tarde, el semblante maravilloso de aquel día, tan serena y tan noble—.

Albert.



4 de noviembre

Dulcísima, Estrella Mía,

Este papelito me ha caído del cielo, y ha venido a inundar de luz mi tarde, que se presentaba muy triste.

¡Es verdad, que vendrás mañana a las 5! ¿Mañana, lunes? Hijita, qué ventura que hayas sido aplaudida por tus palabras. Porque debes sentir que son tuyos, nuestros. Nada saldrá de nuestro corazón ni de nuestra mente sino nos sentimos uno; y para mí, esa es la felicidad plena, que me sientas en todos los actos, pensamientos y anhelos de tu vida

Mulhatita querida, te compré esta mañana una libretita, de estilo inglés, para nuestros libros. —Te lo llevaré el día de tus cumpleaños, si ya estás en tu casa— Acuérdate, para que no vayas a gastar en eso.

Yo dormí muy bien anoche, y amanecí bastante mejor. Fui a ver a mi mamá esta mañana, vive en la calle de Candelaria, n° 64 a unas dos cuadras del García Flamenco ¿Cuándo vas a verla?

Adiós, adorada mía, luz de mi corazón y fortaleza de mi alma._ Te amo—.
Albert



Domingo. 4 de noviembre-28- a las 7:15 pm.

Corazón mío, Espíritu mío,

Escribo contemplando tu retratito de niña con mis ojos, y con mi imaginación tu semblante de ahora, sereno, espiritual, de profunda expresión, en la cual yo leo o adivino ¡tantas cosas!...

Mañana y pasado creo que no podré escribirte y como éste es mi placer excelente, el alimento de mi vida, lo hago ahora, pusiste de rodillas mi alma, y besando tus ojos pensativos, mis dos luceros, las dos antorchas de mi camino, como tus labios son mi pan y mi nectar, como tu voz es mi música y mi paz.

Hortensia idolatrada, tú no sabes, tú no puedes saber qué influencia todopoderosa ejerces en mí; como una palabra, un simple gesto, un papelito con cuatro letras de tu mano, hace que el sol alumbre sobre mis tristezas, y que se torne en esperanza y alegría mi desánimo.

Verdaderamente, hay mucho de divino en ti, inmensamente más de lo que tu sientes, y ha de haber en mí un sentido vivo para comprender lo divino, puesto que así me flexiono, pronto y gozosamente a la magia de tus sonrisas, de tus palabras, de tus gestos. Esos gestos y ademanes tuyos ¡Qué gracia, qué gentileza, qué ritmo Hortensia! Si fuera posible expresar en notas, sonrisas, la musicalidad de tus movimientos y ademanes, saldría algo tan claro, tan distinto, tan suave y asimismo tan penetrante, como tú no puedes concebirlo, solo en algunas poses de la Gioconda, encuentro reminiscencias de esa música.

Tengo vivo, vivo, tu semblante de aquel día, el jueves cuando te me revelaste bajo un aspecto de reina, de reina encendida y feliz, ¡Si vieras qué belleza, qué sencillez y qué majestad!...

Es evidente que tú has venido a este mundo solo por seguirme y ser mi

sostén y mi luz cuando llegara el momento trágico y difícil de mi vida. Pensando hoy con Toña en todo lo que has abandonado por mí, y con qué valor y prontitud lo abandonaste, ví una vez más, la evidencia de tu venida para ser mi redención y mi fortaleza.

Amada, amada mía, Hortensia, Hortensia, Hortensia, yo te amo por sobre todas las cosas, ideales y anhelos; yo siento que, amándote, estoy en la plenitud de mi ser y de mi vida. Me dormiré esta noche recreándome con ese pensamiento y soñando con que tus pensamientos vendrán a mi como azules maripositas a cerrar mis ojos_ ¡Amada, Amada mía única!



San Salvador, 5 de noviembre de 1928.

Querido Joaquín ,

Todavía no puedo ir a Costa Rica. Pero he de ir, no muy tarde, a vivir ustedes unos seis meses. Creo que ese ha de ser mi último viaje, y quiero preparármelo a mi gusto: sin preocupaciones de trabajo ni de luchas, sino libre y serenamente, a ver y a oír, a reír y a charlar.

Me imagino subiendo montañas, que es un encanto para mí, y bañándome en un río limpio y torrentoso, a modo de que me golpeen las aguas y las arenas...

Mientras, lucho y forcejeo aquí, ansioso de sembrar espiritualidad, en este mi terruño dolarizado, en que el Saldo amenazaba ya sustituir al Corazón.

Dele gracias por mí a Fernández Guardia , a Alejandrino, a cuantos me recuerdan y me quieren, —¡son tantos!, ¿verdad?—. Dígalos que me están sirviendo inmensamente, con solo haberse mostrado tan amigos, tan hermanos míos. Me han creado así un prestigio, una fuerza defensiva de rara eficacia. ¡Cuánto se los tengo que agradecer!

Leí que ingresó usted al APRA. Yo también, aquí el trabajo aprista es difícil, escabroso.

¿No cree usted que hay que esforzarse para que los periódicos Apristas no exageren en nada y no publiquen nada que no esté comprobado?

Una palabra de usted en nuestro Repertorio, será eficaz para obtener esa ponderación.

Ahí le envió tres recortes sobre La Misión de América. Este libro, porque ha de formar un libro, poco a poco —es el resumen de mis anhelos y de mis pensamientos—. Es mi vida, en lo que ella ha podido acrisolar de amor y de pensamiento. Hágame observaciones y objeciones, querido Joaquín.

Envíele el “Repertorio” a Berta Bondanza, San Salvador, 4^a. Calle Oriente, N° 86. Esta niña, lo mismo que Merceditas, Madriz, Hortensia, y algunas otras, es mi hermana espiritual. Quiéralas, porque ellas lo comprenden a usted y lo aman. (Enviaré giro muy luego).

Todos mis pensamientos para usted y los suyos,

Albert. —

A. D. Reservado. Si alguna vez cualquiera de esas amiguitas le dicen algo en mi nombre, aunque no me nombren precisamente, téngalo por cierto y autorizado. —



5 de noviembre

Hijita, gracias infinitas porque me escribiste, está bien que vengas mañana y no ahora, pues te habrías cansado mucho.

J. te contará lo que se ha dispuesto sobre trabajos Apristas —la tarea de él es de lo más útil—. ¿Le entregaste sin falta sus dos colones?

Le escribo a Joaquín y le recomiendo influir para que no se publiquen exageraciones ni inexactitudes. La Verdad y la Justicia deberán ser nuestras emblemas —¿Podría Mechecitas sacar copia de esa carta? —.

La que va para Joaquín, puede llevar dirección para Corina Rodríguez o Carmen Lyra, con una razoncita en el sobre interior, rogando entregarla. —Los recortes, si abulta mucho, envíalos en sobre aparte, a Halia Dittel, o a cualquiera de esas otras dos direcciones—.

Hoy almorcé con mamá y Nela, pues no había cómo venir hasta aquí —Regresé muy temprano, y me acostaré muy temprano, para dormir bien y escribir mañana a mi gusto, es decir, al de la Chata Brema de artículo sobre el Hospital de Niños— Nada mas, mi Linda, porque me voy al baño en este instante.

Urge la carta para Joaquín.



Dulcísima mía, he venido ayer y hoy, a pedirle con Sarita, ofreciéndole quemarle la casa si se opone a que yo te vea y te oiga. Y de puro miedo he contestado que sí.

Hijita, Mercedes me ofreció ayer seriamente ir el sábado a almorzar conmigo. Si van ustedes con Sarita, querría saberlo mañana mismo, temprano, para prepararme. Si no pueden llegar para el almuerzo, vayan algo tarde, pero no muy tarde, pues hace mil años que no te veo.

/(Intentar conseguir quien lea el Francés de este texto)

Hasta luego, Helia mía divina —Sarita se quejó con mucha razón, de que tu no vienes a verla, ¿Por qué? —.



7 de noviembre-28
A las 7 y 30-

Es que siento hambre y sed de llegar, Hortensia. Es un ansia como no la sentí nunca igual, de libertarme de vanidades y de violencias.

Alguna cosa está muriendo en mí, y algo está naciendo, que lucha encarnizadamente por el predominio. Siento deseo de huir, de llorar, de clamar a gritos ayuda y piedad. Hay momentos que me siento absolutamente desamparado, y mi vida totalmente vacía. Y cuando te veo, tan suave, tan serena, tan colmada de gracia y de bondad, me parece que te alejas de mí, que me dejas huérfano y perdido en la oscuridad.

Yo necesito subir, mi Hortensia; necesito adquirir, por fin, este dominio de mí mismo, que es el camino de toda perfección. Y cuanto más anhelo, más terribles ocasiones se me presentan de fallar... Tengo hecho esto de no decir de nadie palabras injuriosas o irónicas. Pero veo que eso es insuficiente: lo necesario es no pensar de nadie con injuria o escarnio. Es lo más lamentable haber entrevisto la Verdad Suprema, la verdad de la Vida
Una, y estar penetrado de que es así, y continuar sintiéndome separado de los demás, propenso a odiarles y a despreciarles.

¿Qué haré, adorada Santita mía? Tengo la más viva conciencia de que odiar o menospreciarse es un absurdo inmenso, de que es incomprensión, estupidez, casi ridículo. Lo sé, y podría explicarlo a otros maravillosamente. Pero el hábito se me impone, y violo a cada instante la doctrina que veo transparente.

He comprobado en centenares de casos, la doctrina de que en toda criatura hay por lo menos una excelencia. Siendo así, deberíamos venerar a todo ser, hombre o lo que fuera, puesto que donde hay excelencia, haya divinidad. ¿Pero de qué me sirve saberlo si lo olvido a cada momento?

Y en ti, mi Azucena celeste, ¿hay alguna excelencia? ¿Cuál podría ser? ¿No será mejor de una vez, y que tú realices, por tí y por mí, y que yo me contente con admirarte y adorarte?

Qué bella, qué santa, qué espiritual, qué sutil y etérea te siento, y qué miedo me da que llegues a distanciarte de mí y a no sostenerme y ayudarme — ¿Qué sería de mí entonces? —.

8 de noviembre

Hace cuatro semanas tuve un sueño extraño y espantoso: que un Ser, quien sabe quién, pero un ser monstruoso, innominado se apoderaba de mí, y me llevaba; mas bien, pugnaba por llevarme. Eso no era la muerte sino algo inmensamente peor que la muerte, algo como una condenación, una caída tremenda en las tinieblas, quizás en el mal.

Desperté con la conciencia de que me había salvado, pero la impresión de espanto me duro todo el día- ¿Qué pudo ser? ¿Me estará cegando el orgullo? ¿Estaré fraguando algo maléfico con lo que escribo?

8 de noviembre

Amanecí más tranquilo, aunque mi noche fue asediada por sueños muy tristes y aun horribles.

Pero estoy mejor.

Si el camino sigue tan malo esta tarde te avisare para que no vengas. Si no te aviso es que esta bueno.

Calandrita mía, canta y ruega por mí que soy tan desdichado.



7 de noviembre de 1928

Madrecita, no te veré tampoco ahora, a causa de la lluvia, ¿verdad?

Y también, no merezco verte, por mi conducta de anoche. Ya ves, soy irremediablemente soberbio y violento —Pero anoche culminé: estuve grosero, fanfarrón, presumido y perverso—.

Perverso, porque no es verdad que yo tenga tan mal concepto de Dn. Art; al contrario, me es simpático y lo aprecio, aunque estoy seguro de que es de escaso entendimiento. Al tratarlo mal anoche, era para empequeñecer a M, empequeñeciendo a su ídolo. Esto lo hacía sin darme cuenta, pero no por eso es menos ruin.

Y luego, la grosería de estar gritando a casa ajena, ¡y con enfermos!... no solo estoy avergonzando, desde que vine, sino triste, desanimado, porque en vez de avanzar retrocedo. ¿Qué pensarías de mí anoche, tú, la serena y suave, que me rogabas no exaltarme, y me incitabas a la serenidad con tu voz y tu sonrisa tan apacibles?

Verdaderamente, me envolvió anoche una ráfaga de odio. Eso de que me juzgue venal o desleal, está más allá de mis fuerzas. No se imaginan esas gentes que me juzgan así, lo profundamente que me hieren.

Ya sé, hijita, que eso es una debilidad, que debiéramos no inquietarnos de que piensen mal de nosotros, y ser más humildes, y no imaginarme, que somos luminarias —¡Pero ya ves!—...

¿Cómo puedes amarme así, cuando yo retrocedo mientras tú avanzas cada día?

Estas luchas del Diario son venenosas: se vuelve uno agresivo, irritable, rencoroso y vanidoso. ¡Un arado, una yunta de bueyes mansos, y un campo en que sembrar, apoyando mi propia mano en la mansera, mientras los pájaros fueran tras de mí, desenterrando algunos granos para nutrirse!... Y que nadie más pensará en mí, ni me recordara...

¿A qué condujo esa disputa? Ese señor seguirá pensando mal de mí, agriado ahora más, por mis palabras y mis maneras duras y altaneras. ¡Qué absurdo y qué malo todo eso, y todo por no tener valor de que piensen mal de mí!...

Adiós, madrecita querida. Que tu nombre y tu imagen me laven y me purifiquen—



9 de noviembre. 28

Hermanita querida, mi día de hoy ha sido tan sereno como el de ayer, y espero confiar en que yo no seré tan fácilmente presa de la ira y de la soberbia—He meditado mucho ayer y hoy sobre la injusticia y la absurdidad de enojarse contra los demás, porque dan lo único que pueden dar.

Tú sabes que parte enorme tienes en mi anhelo por alcanzar la serenidad y la humildad. Tú sabes que te estoy contemplando como mi guía y mi modelo— #¿Has visto la Prensa de hoy? ¿Te parece que debo contestar? Léelo atentamente, para que mañana me ayudes a pensar.

Vendrás mañana tempranito, ¿verdad? Lo más temprano que puedas, hijita —Ya sabes que tu compañía del Sábado me sereniza, y me da alegría y para toda la semana—.

Hasta mañana, pues, mi buena amada hijita, y que tengas una noche santa y feliz.

Abrazos a nuestra Chalita.



11 noviembre. 28

Divina madrecita mía,

Que nuestro Dios te bendiga y te conforte —Mis alabanzas fervorosas porque has logrado manejar ese espinoso asunto con tanta prudencia y caridad—. ¡Qué bien, santita mía! ¡Cómo me recreo contemplando tus triunfos, si pudiera yo hacer otro tanto!

Lo procuraré con todas mis fuerzas en esta ocasión tan grave, que presagio una tormenta cargada de rayos y centellas. Te prometo que nada ni nadie me alterará, ni me hará perder el dominio de mí mismo.

Hoy supe datos muy interesantes, que te contará Pepito, creo que he adivinado las miras del Dr. M. al nombrar Nuevo C. Como siempre, la providencia me salió al camino, y me reveló algo que necesitábamos saber, confía Mulhatita adorada, y conserva tu serenidad.

Yo no dormí nada anoche, ¡muy preocupado recibí ya muy tarde esa carta

de María, que me traerá mañana mismo, ¡Linda ve que tristeza! ¡Cuántas condenas para situaciones como esta! Pero el cielo está con nosotros y tú conmigo.

Procura tú también no facilitarle los periódicos que te mandé son los únicos de que disponía. Te ruego, recordar a que es urgente la carta a Carmen Lira—

Bueno mi Muchachita angelical; que pienses en mí, y que todos los sueños celestes vengan esta noche sobre tu frente.

Una bella noticia. Esta mañana amaneció un arbolito de izote, todo cubierto de campanillas azules, frente a mi ventana. Nadie lo sospechaba, y me imagino que mis anhelos lo han traído. Si pudieras verlas, una de estas mañanas. Son tan bellas como tú, aunque no tan divinas.

Con todo mi pensamiento, con todo mi corazón, con todo mi espíritu, y para siempre, siempre, siempre.

Al.



1928

14 de noviembre-

Madrecita,

¡No había comprendido! Es una vergüenza confesarlo, pero también es una dicha que seas tú quien me haga comprender. No hay duda, toda iluminación que ha de venir de ti, y mi labor depende enteramente de que yo te comprenda.

¡Ahora comprendo! eso será la culminación, y la garantía de que nuestra obra será realizada.

La verdad nos hace siempre libres. Tú me libertas, haciéndome ver que hay mentira, deslealtad para con Dios, haciendo algo “cuyas consecuencias podamos evadir voluntariamente o involuntariamente”. Es como una traición a la vida. Haber comprendido esta ley, será para nosotros como una resurrección. Arrodillémonos y demás gracias a nuestro Señor, porque te ha concedido la gracia de ver directa y profundamente, lo que yo no alcanzo sino a fuerza de pensar y de analizar. Estás dotada de una gran

intuición, y debemos ordenar nuestra vida y nuestra labor de manera que esa voz divina no se aparte de ti, y nos hable cada vez con más claridad.

Hijita, en seis meses, de aquí a mayo, orando todos los días fervorosamente, al despertarnos y al acostarnos, se hará fácil y habitual lo que anhelamos. Me siento dichosos de pensar que celebramos tu cumpleaños iniciando esta empresa, que será el corazoncito de tu obra en mí.

Estoy soñando con nuestra “Misión de América”, en la cual creo con toda mi fe. Si yo no fuera capaz de esa obra, ¿cuál sería el objeto de que hubieras tú venido a ser mi luz y mi aliento?

Tu retrato me sonrío en estos momentos con más gracia que nunca: parece reflejar el goce profundo de una madre que ve, por fin, a su niño querido entrar en el camino que ella le ha trazado, si mi niña bendita: llegaré, para no defraudar tu vida. Y tú, para, iluminarme cada día con una luz más pura e intensa.

Para siempre, madrecita adorada, con el anhelo inmenso de ser digno de ti.

A.D. Estoy leyendo cuatro conferencias de Henry Georges, que compré ayer. Es algo maravilloso que nos dará mucha luz sobre la cuestión de la tierra. Mañana en la tarde, leeremos juntos una de ellas, o un capítulo de Mahatma Gandhi.

Con Josecito te envié “Magia Blanca y Negra”, para que se lo pasaras a Bertita. Tú lo leerás cuando estés más desahogada.

Adiós mi Campañilla Azul, ¿No eres tú una de esas que ves desde aquí?



15 de noviembre de -28

Hijita dulce y santa, gracias, gracias inmensas por tu cartita, tan breve pero tan honda. Aunque me hallaba algo atribulado cuando vino, ella me ha serenado y espero mantenerme así hasta mañana, esperando la que me ofreces. Hijita, siento que estoy descansando mi ánimo y mi cuerpo, que amenazaba estallar de fatiga. Si logro continuar así, estaré muy bien de aquí al lunes.

¿Cómo te pagaré lo que haces por mí? Ese papelito a J.G.M. que me enseñaste esta mañana, me conmovió profundamente. Ahora siento en ti a cada instante, en tus palabras y actos, a la madre que vive solo para su

niño, y que roba instantes a su fatiga, para cuidar de él. ¿Cómo te recompensaré? Si yo fuera joven, o siquiera unos veinte años menos, ¡cómo trabajaría con todas mis potencias en alguna cosa alta y bella para corresponder a tu amor tan alto y bello!... Dulcita mía, si la gloria es algo para ti, yo te haré vivir mientras nuestros pueblos recuerden mi nombre. ¡Si vieras que anhelo siento de ser bueno y grande por ti y para ti!...

Hijita, ¿no te habrás imaginado que yo no te vea siquiera un ratito pasado mañana? Te buscaré en tu nueva casa, al medio día, o te llevaré unas flores a tu oficina, ¿muy de mañana?

Dímelo mañana sin falta.

Nela está con una fiebre intensa, y me voy de aquí de la oficina a verla.

Toña y Jorgito están ahí. Si se agrava, te avisaré. Adiós, Arcángel adorado.

Descansa.



16 de noviembre de 1928

Madrecita linda,

Me dice Josecito que se pasará un poco mañana, y lo demás el sábado. Es un error. En dos camiones pueden llevar mañana todo los muebles y otras cosas de urgencia. Ponerlas de cualquier modo, y después ir arreglando poco a poco. De manera que ya el domingo en la noche, está durmiendo en su casita.

No hay que imaginarse que un traslado se puede de otra manera. Presiento dificultades: algo, pero si no se pasa entre sábado y domingo, reflexiónalo bien, pues, no sea que las resustitución no sea fáciles.

Estoy ansioso de saber si ya en tu casa, libre, en paz.

Adiós mi amadísima compañera. Pienso incesantemente en ti, ahora que vas a cumplir años. Espero tener la dicha de escribirte mañana una paginita.

Hasta mañana lirio de mi pradera.



Viernes, 16 de noviembre de 1928

A las 7 y 30 de la tarde

Niña mía querida.

Desde ayer me siento extrañamente conmovido, pensando en tu cumpleaños. Entrás a la segunda mitad de tu vida: se te abre la puerta de las faenas arduas y de las responsabilidades grandes. Contemplo tu carita sonriente, humilde y placentera, y quisiera sondear el mañana. ¿Qué le traerá el destino a esta criatura adorada que tanto ha influido en mí y en quien tanto he influido yo?

Para mí, Hortensia, haberte encontrado ha sido el acontecimiento capital de mi vida. Lo mejor que había en mí se había atrofiado, desviado o permanecido impuro, mezclado con elementos bastardos o ruines. Si he logrado acrisolarme en ciertas cosas; si trabajo para acrisolarme en ciertas cosas, por ti ha sido. Tu amor y tu abnegación han tenido la rara virtud de crearme de nuevo, a tal punto que casi me siento obra tuya, y cuando me llamas “muchachito mío”, dices verdad casi total.

Tres deudas he contraído contigo, que son impagables y hasta casi imposibles de valorarse: primera, despertaste y fortaleciste mi conciencia, haciéndome capaz de reconocer y servir a mi hijita. Ella te debe el tener padre, y yo recibí en ella de tus manos, la paz de mi corazón. Ponerme en paz con mi conciencia, me trajo la salud del cuerpo, y así, la fuerza de trabajar y de servir.

Segunda, creíste en mí, como nadie, más que nadie, y lograste infundirme tu fe, hasta sentirme, por fin, dotado de fuerzas espirituales bastantes para volverme un conductor, un guía, una luz.

Tercero, has disciplinado mi carácter, me estás enseñando firmeza, me estás infundiendo serenidad, y por amor tuyo le he trazado una órbita a mi vida, y sé dónde voy, y quiero ir a donde puedo ir.

Así, de lo que era una ruina, o por lo menos un caos de fuerzas inconexas y aún contradictorias, hiciste un hombre que tiene una voluntad y que la emplea en servicio de anhelos divinos.

¿Qué más puedes hacer por mí? ¿Que más te deberé todavía? Yo quisiera, Hortensia, no hacerte sentir como te venero y te amo, sino que apreciaras tu misma, ante tus propios ojos, la obra realizada en mi: la más grande, sin duda, que una mujer haya realizado en un hombre. Si yo no alcanzó a dar los frutos que merece tu empeño, culpa mía será, o de mi desventura que me hizo encontrarte cuando casi no hay en mi sujeto; pero el valor real de tu obra, el calor y la luz de tu influencia, no perderá una línea, pues nada

falta ni en tu corazón, ni en tu espíritu, que no fuera para convertir mis cardos en flores, mis tinieblas en claridad.

Desde ahora, niña bendecida, entras a la vida libre; conocerás el sinigual deleite de la libertad, en la medida en que es posible; nadie te humillará, ni con sus palabras ni con sus actos. Yo, que sufrí en mis años de niño y de joven humillaciones y opresión de todo género, sé lo que vale ser uno independiente, y me regocijo de pensar que ya, dentro de pocas horas, te liberes de esas cadenas opresoras y abrumadoras. ¡Que nadie más, en la vida sea tu verdugo ni tu carcelero! ¡Que nuestro Dios vele por ti, y te de vuelo de águila, ímpetu de huracán y serenidad de montaña, para que no seas la esclava de nadie! ¡Que integres el símbolo de tu vida: abeja y mariposa, con el colibrí, que vibra como una centella a quien nadie puede aprisionar!

Dulce criatura mía, a quien todo lo debo, que tu vida se magnifique; que tus años se años se acendren en pureza y alteza; que tus pasos susciten las virtudes más grandes; que tus palabras hagan nacer anhelos de bondad y de justicia; que tus ojos esparzan claridades en los corazones y en los espíritus; que tus sonrisas embalsamen como las rosas y exalten como los colores del Arco Iris. Y que de tus manos adorables fluyan como ahora, consuelos y comportamientos.

Hortensia, Compañera mía, Compañera mía, yo ruego al Cielo que me conceda la merced inmensa de llegar a realizar plenamente el ideal que me has señalado. Y en este día, el máximo día de tu vida quizá, te renuevo mis votos. Y consagro todos mis anhelos, a la misiva que los dos servimos, para gloria tuya, purificación de mi vida y alivio de los infortunados.

Que te bendiga nuestro Dios, y que reflejes toda su luz, para que en ella se inunde mi ser.

Alberto

17 de Nouble.

Y amaneció por fin este día, en que mi alondra se vuelve colibrí, y se vuelve perfecta porque es dueña del canto de la luz, del vuelo y de la gracia y de la libertad- Abeja y mariposa, estrella y Alondra, libre como el viento, pura como el fuego, sonora como el torrente, profunda como el Azul leve como la espuma y misericordiosa como el ala de la paloma. Espíritu venido de un astro innominado e invisible, encarnado en una azul campánula, para que los hombres se conforten con su sonrisa y se espiritualicen con su voz. Que mi Señor y Dios el Sol acaricie sus pétalos divinos, y con sus rayos

irice el prodigio de sus alas.



18 de noviembre de 1928

Vanidad total empeñarse en conducir a los demás, en vez de purificarse uno mismo. Cada hombre yace aherrojado en una triple cárcel: su cuerpo, su alma y su mente. Y lo que le rodea, es como un pantano en que su prisión, prisionera a su vez, yace asfixiada de miasmas y de nieblas—.

¡Virtud ilusoria! Solo ella es pura y santa. Solo ella es perfecta. Y yo, no la merezco no seré jamás digno de que me ame.



20 de noviembre de 1928

Queridísima, Dulcísima compañera mía:

Son las 7 y 15, de la noche, y apaciguo mi alma escribiéndote unos renglones antes de acostarme. Anoche dormí mal, por causa del estómago, y me siento muy fatigado —Pero siento que mi sueño de hoy será bueno, y para asegurarlo, converso contigo un instante—. Mariposita mía, pocas veces me hizo tanto bien tu cariño, como hoy, en esos instantes que te ví. La más honda ternura se reflejaba en tus palabras, miradas, y todo, y mi tribulación cedió a tus caricias. A las tres de la tarde fui donde el censor, a sondear la situación. Le hablé detenida y francamente, sin enojo. Estuvo muy atento, y dejó ver claramente, que él no es más que un ejecutor — Hasta aquí—

21- Noviembre.

Multhatita, dormí perfectamente, y estoy enteramente sereno. Hallaremos medio de propagar nuestras ideas, a pesar de todo. Siempre hay un camino para quien anhela abrirse paso.

Lo más interesante para mi hora, es adquirir serenidad, paciencia, humildad y pureza, tal como tú me has dicho. Y hacerme sencillo, firme y fuerte. Si me hago, como dices tú, un vaso límpido, el licor divino

descenderá y se alojará en mí —Convertirme en un instrumento digno de El, es el secreto. El mío, el tuyo, el de todos—. Así, la lucha no ha de ser fuera de mí y como los demás, sino dentro de mí y conmigo mismo.

Escríbeme, dulzura de mi corazón, acuérdate que mi fuerza, mi alegría, mi constancia, florezca con tu palabra, como las campanillas al beso del sol. Y que tu pensamiento venga a revolotear en torno de mi cabeza, como una mariposa esplendente de gracia y de luz.

Nuestra Albertina tiene ya un marquito para su retrato, y me mira, lo mismo que tú, mientras escribo.

Adiós, Alondra mía: Tú cantas en mi corazón cada mañana una canción más pura.

Albert

Recuerda a Bertita. Anoche vino a verme alguien que desea leer los mismos libros que ella ha leído. Le hablé mucho de ella, y estaba en el quinto cielo, oyéndome. Me parece un excelente muchacho. Cuéntaselo.



22 . noviembre - 28

Estrella de mi vida.

No me lleno de verte, no me lleno de estar a tu lado. Un día sin tus gracias es un día de oscuridad y de frío. Antes, los días sin ti eran como semanas; ahora son años.

Colmas mi pensamiento, y la vida toda es pensar en que vienes, recordar que te vi, soñar que te veré. Tu palabra resuena sin cesar en mi oído, y le trae todas las resonancias del mundo. Así como en el Caracol vive y susurra todo el rumor del mar, así mi oído retiene la música de tu palabra y recordando tu voz oye a todas las melodías.

¡Por qué no viviré a tu lado! ¡Por qué mis días, breves ya en el mundo, no serán para vivirlos enteros juntos a ti, recreándome y rehaciéndome con tus ojos y tus sonrisas?

¡Amor!.. amor así, como tú me amas, y como yo estoy aprendiendo a amarte, ¿no ha de alcanzar alguna vez la plenitud en el tiempo y en la libertad?

¡Hortensia. Hor...ten...sia. Dulzura... Luz... Excelsitud... ¡Cómo llenar

esta ansiedad de mi corazón!

Hijita, devuélveme la ll, si he de llegar antes



23-noviembre-28
Viernes, a las 2 y 35

Niña mía, plenitud de mi vida.

Inmensamente, inmensamente dichoso: desbordando en sonrisas mi corazón y en recuerdos y visiones mi alma; anhelando ser bueno y grande para aquella que colma de venturas mi vida y riega de flores mi sendero; soñando en cosas divinas que sean pan y luz, descendiendo para los infortunados desde la altura en que veré mi adorada criatura.

Alondra y ruiseñor de mis mañanas, solo en ti hallo plenitud; solo en ti mi vida y mi acción tiene sentido; solo en ti mis noches se vuelven luminosas y mis días nublados se encienden de arcoíris.

¡Qué fácil es ser bueno cuando cuándo se es feliz! ¡Qué fácil es ser feliz cuando se es amado! ¡Qué inmensa dicha es ser amado, cuando el amor se vierte sobre un corazón dolorido, desde la misericordia de una estrella!

¿Quién como tú de suave, de piadosa, de bella, de amante, de musical y de profunda, de total en la comprensión, de ilimitada en la dádiva?

¡Y quién como yo de venturoso, puesto que tú me amas?...

Albert, a Hortensia

¡Gracias, desde lo mas hondo y puro de mi ser! Que todo el se impregne de los recuerdos de este dia, y que desde hoy y para siempre, honra y divinice yo a la que se eleva en excelsitud.



25 de noviembre-28

Hijita, no te escribo en forma, porque no quiero distraerte en tus arreglos, aunque tenía mucho que decirte sobre la Civilización Moderna, que es una gangrena, y que no permitirá ningún bienestar equitativo en el mundo, ninguna justicia, sino se la destruye.

No es una cosa enferma, sino podrida- Kaiserling, y con él todos los escritores de Europa, menos los rusos, no pueden comprenderlo, porque ha nacido, y está (ilegible) en esa corrupción, y se imagina que tiene remedio. Pero no es el momento de hablar de ello.

Envíame el libro que te dejé ayer, y esfuérzate por comenzar a leer ahora mismo, aunque sea una página diaria el Hatha Yoga, que te lleva Jorgito.

¡Está bien todo! Yo, descanso, pienso y recuerdo.

Esta noche he visto frases maravillosas del “Mínimum Vital”. ¿Vendrás mañana de verdad?

Abrazos a la Chatita y a Josecito.

Nuestro Señor, el Nuestro, te colme de luz, y aumente tus ganancias si es posible.



27 de noviembre-928

Compañera mía, sin igual y bendita.

Anoche quedé profundamente disgustado de mí, por haberte reñido. Nada hay que me duela y me avergüence más que ser contigo áspero y violento; nada anhelo más que ser suave y comprensivo, y recordar en todo instante que mereces no solo amor sino devoción, ternura, respeto. Escribí largamente, desahogándome, haciéndote reproches y hablando de morir; ¡pobre tu niño loco y enfermo!...

Dichosamente dormí bien, y esta mañana mis ojos, desempañados, te contemplan y admiran, y mi corazón se recrea en tus gracias. Ayer estabas como nunca linda y graciosa, desbordando en simpatía. Tus manos me dijeron más ternezas, y solo porque estoy fatigado en extremo, se explica

mi rudeza. ¿Por qué no me limité a callar y a escucharte?...

La primera vez que vuelvas, no quiero hablarte sino oírte, y mecerme al arrullo de tu voz, y que tus manos me infundan vida y serenidad jugando con mi cabeza.

Hortensia mía, se me inunda el alma de gozo al ver como los demás, hasta los empedernidos en la mentira y la intriga, sienten necesidad de tu aprobación. ¡Qué poder simpático es el tuyo, y cómo lo estás desarrollando! ¡Y cuánto bien, podemos hacer con esa divina fuerza tuya! Detener a unos en la mala pendiente; volver a otros al camino recto; iluminar las mentes extraviadas y fortalecer corazones desfallecientes: todo eso está a tu alcance, y esa convicción te dará la virtud de no exaltarte más, y de no decir a nadie una palabra acre. Pero, mi Clara Luz adorada, se inflexible: tanto más inflexible cuanto más dulce, y no te contentes con palabras, disculpas ni promesas; exige hechos: hechos de hoy y de mañana, no de ayer. Y no consientas parásitos a tu alrededor: aleja a quien no dé sino palabras; aparta de ti a quien no quiera ser real, transparente, cristalino, hasta en lo malo. Que la bambolla no teja una red en que te envuelva y te anule. Cuidado, Arcángel mío no echar a los puercos las margaritas que el cielo te ha confiado.

Modificaré el artículo del que hablamos anoche en el sentido en que me indicaste; saldrá mañana.

Hijita mía, voy a dejar un poco las luchas, para terminar el librito que he comenzado, y cuyo material me están exigiendo: es menester que lo termine antes del 1º de enero (Hablo de El Alma del Naranja) Ayúdame a concentrarme y a serenarme, para que no salga un desastre mi pobre librito_ ¿Me vendrá hoy una palabra tuya, henchida de fuerza y de luz?



29 de noviembre 28.

Hortensia mía de mi vida.

Mientras haya un hálito en mí, de tu luz atraída,

Mi alma ira volando en pos de ti.

Estos son unos de tantos versos que se me vienen, y que no concluyo por-

que mi cansancio es extremado.

Niñita adorada, tu cartita divina de anteayer, en esa que me dices “que debemos hacer todos nuestros actos trascendentales como si fuera ritos de la más sagrada religión”, se me está impregnando en el alma como un aroma de una flor silvestre, desconocida e invisible.

¡Que belleza hay a veces en tus cartas, mi niña querida! ¡Y que dicha que sean escritas para mí! De esa, te voy a sacar una copia, y también de otras, para que te recrees y me tengas envidia.

Dulcecita mía, te mando esos diarios. Si algo hallas interesante, que sea algo breve, tradúcelo, cuando tengas tiempo bastante.

La comunicación de Sandino no es de gran importancia. Mañana en la tarde te la llevaré; acuérdate que voy a llegar a las 5 y 10.

Tu amigo el Censor me rechazó hoy cuatro escritos. Pero me acordé de tí, y me pasó el enojo inmediatamente.

En cambio, recibí ese trato, que me devolverás mañana, de un amigo que vale mucho.

Trabajo, angelita de mi corazón, en sujetar mi vida a una regla fija y serena, a ver si alcanzo donde tú me quieres llevar. Luego te contaré cual es. Mis votos, los que hice a tu amor y a tu nombre, están presentes en mi memoria, y los renuevo incesantemente. Y así, eres una luz perpetuamente encendida en mis noches, un bálsamo que cicatriza mis heridas, con insensatez que me envuelve en su fragancia vivificadora y celeste.

Hortensia mía, Hortensia Divina, luz de mi corazón, yo te amo a cada instante más, aunque no sé cómo puede ser que mi amor se acreciente, pero mi ser total está impregnado en ti.

Pero te amo más, y más y más y quisiera hallar la muerte y el regocijo junto a ti, en la gloria de tus caricias y santificado por tus miradas.

Adiós, dulce Alondra de mi corazón.



Mi cruel y adorada.

Todo el día soñando con verte hoy, y me traen la tristeza de que no es posible. ¡Había tristes cosas que decirte!...

Tu carta de ayer me conmovió indeciblemente: una mezcla extraña de placer y de miedo, de felicidad y de amargura. Eso de que ruegues al cielo - ya son cuatro veces- que te dé constancia para amarme siempre, para no conocer otro amor que el mío en tu vida, me remueve todas las hieles de mi vida, y me explica el porqué de mi tristeza invencible: por qué, cada vez que me despido de ti, me parece que ya es la última vez que te veo. En verdad, nunca estuve seguro de la perennidad de tu amor. Es tan humano, tan natural, tan explicable que dejes de amarme, sobre todo a medida que los años hagan en mí su obra, y lo hacen ya con rapidez, que lo que me parece siempre extraño e inmerecido es que me ames.

Yo, ni siquiera concibo la posibilidad de olvidarte, ni de amarte menos que ahora. Yo sé que eso no sucederá, porque equivaldría a pensar que puedo vivir sin respirar. Y sé también que cuando ya no me ames, o se entibie tu amor, quedaré anulado, vencido, inepto y ciego.

Por eso es que sufro tanto cuando las pequeñeces, las conveniencias, el temor o el respeto a los demás, me estorban verte o me roba los breves instantes que estoy a tu lado, algo dice en mí, con voces penetrantes: “no es justo que lo que puedes perder cualquier día, se te con tanta avaricia”; no es justo que no reconozcas la plenitud en la cantidad, en la intensidad, ya que no la conocerás en la duración.

El martes 4, será tres años que te hiciste mi esposa en el parque Barrios, una tarde para mi inolvidable.! ¡Te acuerdas! Son tres años, y en tres años todavía no sé lo que es un paseo contigo, ni un día entero junto a ti, ni oír música juntos en el techo, ni sentirte, en fin plenamente mía, en la libertad, en la confianza, en el abandono que hace que no sintamos el tiempo, ¡y que los minutos se nos haga sentir como voces de la eternidad!... siempre de prisa, siempre a escondidas, siempre con sobresaltos, entrecortando las palabras, pendientes del reloj.... de todo.

Mejor ni hablar de eso: callemos, y que el corazón de cada uno se abreve en su propio dolor...



*1 de diciembre-28
Sábado, a las 8 pm.*

Querida niña mía,
mi luz celestial

Una palabra contigo, antes de acostarme. Tienes una magia tan grande; tu influencia sobre mí es tan incontrastable, que no solo desvaneces en un instante mis tristezas y mis dudas, sino que ahuyentas mis padecimientos corporales como un viento fuerte se lleva las hojas secas o las nieblas. Esta tarde me sentía muy dolorido: el insomnio, el cansancio, la humedad me tenían enfermo. Pues bien, en una hora escasa de estar contigo, hablando de cosas buenas y suaves, regresé enteramente bueno, como si nada hubiera tenido.

¿No es un prodigio?; ¿No tengo razón para anhelar hallarme siempre a tu lado, bajo la divina influencia que me da fuerza, esperanza, alegría, deseo de ser bueno? ¿No tengo razón para sentir que lejos de ti se me vuelve todo gris, vacío y árido?

Mañana si Dios me lo concede, vendrás, y tendré dos horas de inmensa ventura. Y verás por estas líneas, como he pensado en ti, como los últimos pensamientos de este día, son para bendecirte y adorarte. Hortensia, no hay para mí en la vida sino servirte y amarte; no hay sino estremecerme de dicha cuando gozo de tus palabras, de tus caricias, de tu voz musical que me infunde un ritmo indecible y melodiza todo mi ser. O la duda, la amargura, el aniquilamiento, la noche tenebrosa cuando pienso que ya no me amas o que un día puedes olvidarme.

Hortensia. Hor...ten...sia. Dulzura... Luz... Excelsitud... ¡Cómo llenar esta ansiedad de mi corazón!

Hijita, devuélveme la ll, si he de llegar antes



Hortensia. Hor...ten...sia. Dulzura... Luz... Excelsitud... ¡Cómo llenar esta ansiedad de mi corazón!

Hijita, devuélveme la ll, si he de llegar antes



Te amo, te amo, ¡mi carísima Hortensia! Como he llegado a cifrar en ti mi religión, mi ventura, mi fuerza, mi inspiración ... como siento que es bueno lo que tu apruebas o haces, y malo, lo que no te ayuda o satisface. Diosa mía, Diosecita mía, tú y mi Helios divino son para mí el universo. En tus ojos veo “toda la luz de los astros fascinando mis miradas”; en tus caricias siento “todos los ritmos del mundo revoloteando en mi pecho !...”

¡Cómo podre yo vivir, ni pensar, ni crecer sin ti!

Adorada, idolatrada Hortensia, que tengas hoy un sueño venturoso; que, al dormirte, tus labios tan bellos, tomen la expresión que tiene en tu amado retrato, y que sueñes que los míos se ponen en ellos, como una sedienta mariposa sobre corola de un clavel.



4 de diciembre-28

Hortensia, Ultensha, hoy es 4 de diciembre, hoy son tres años. En el diario verás esta tarde, como he celebrado nuestro día, que tenga yo la dicha de verte hoy en tu casita o aquí, como dispongas.

Si quieres, invita a Mechesitas, yo invitaré a Toña, y beberemos en tu casa una copa de buen vino.

Contéstame, para comprarlo, y tu prepara los vasitos.

Que valla también Josecito, adiós mi niña.

4 de diciembre-928

Querida Hortensia,

¡Qué triste y que grotesco final de un amor tan puro y tan alto! ¡Y en qué día! ¡Y esto es la vida! Y es uno tan miserable y tan ruin, ¡Que vive apegado a un mundo tan absurdo y tan repugnante!...

Todo este día, Hortensia, fue consagrado a ti; no solo yo, sino Toña y Jorgito. Desde anoche hicimos nuestro plan; hablamos del porqué, y conspiramos para hacerte hoy una hora muy feliz... ¡una hora sola!...

Cuando ví que venía tu hermana, me sentí dichoso: así no habrá ningún inconveniente para que se esté Hortensia conmigo hasta las 6 y 1/2, puesto que la acompañan sus hermanos: miraremos juntos las estrellas, y ya que no podemos hablar de aquel día, de aquel momento cuando hace tres años nos prometimos el uno al otro en presencia del sol, de nuestro Helios, estaremos callados, y recordaremos sin hablar, y nos diremos de corazón a corazón, palabras que solo las estrellas oyen y comprenden.

Pero habló tu dueña, tu ama, y la esclava irremediable que hay en ti, respondió sumisa, y una vez más, como siempre, me postergaste, me heriste, para obedecerle.

A las seis menos un minuto ordenó: “Vamos niña, son las 6 y cuarto”, tu suplicaste, y advertiste que no era sino las seis menos un minuto. Yo afirmé porque en verdad, que eran las seis en punto. Pero el ama había ordenado y era preciso obedecer. Y mendigaste un minuto, y no te lo concedieron.

Hortensia, este dolor tremendo, esta desolación mía, no se perderá: estoy seguro de que vas a sentir por fin, que un esclavo no sirve para nada en la vida; vas a sentir que no puedes comprometerte en ninguna empresa seria, porque no eres libre, y que tus palabras no tienen ningún valor, porque es tu hermana quien maneja tu vida.

Yo no se que será de mí; pero se que te voy a salvar, que vas a romper esa cadena ignominiosa, por el dolor que te causará nuestra separación y así. Y así, yo te habré dado la libertad.

No atribuyas al vino lo que ha pesado. Es el dolor contenido de tres años; es el enojo inmenso de verse siempre cohibido, estorbado por el capricho ajeno; es el no saber nunca de una hora plena, libre, nuestra, porque siempre estas con la zozobra de su enojo.

Nuestro Señor, el Nuestro, te colme de luz, y aumente tus ganancias si es posible.

¿Qué hay más inocente que haberte deshojado una rosa en la cabeza? ¿Quién que no sea idiota puede ver en eso, un acto ilícito o feo o ridículo? Pero tú, por miedo a ella, lo tomaste como si te hubieran echado con los caballos áspides o inmundicias. ¡Y a eso llamas tu ser libre, y haber despertado tu conciencia, y haber fortificado tu voluntad!...

En este instante viene Josecito y me trae tu carta. Dios te premie por ella, quizás dormiré, y de seguro, me serenaré. Perdóname, ten compasión en mí. Si te amara menos, no caería en esas desesperaciones, me siento capaz Hortensia, por tu dicha, de todo sacrificio, menos de seguir viviendo en la mentira y en la esclavitud.

No crees que quiero mal a tu hermana: ella es así, como todo tirano, y es irremediable mientras ella misma no se resuelva a curarse de su tiranía, pero yo, Hortensia, siento que el mayor mandamiento para quien haya comprendido la vida y anhele ascender y servir, es este: no obedecerás. El que obedece, porque sí, poco habito, por miedo, nada puede hacer ni para sí, ni para nadie.

¡Que espanto! Que horrible, termina así este día, ¡este día! Cuando yo ingeniándome toda la noche, ¡Había encontrado la manera de dedicarte públicamente la página más alta, más santa que salió de mi pluma! Cuando llegué a decirte: ¡Tú eres! ¡Tú eres la que realizaría nuestros sueños!...

¿Qué haré ahora? No tendré valor para ir a tu casa, después de lo que ha sucedido. ¡Qué haré!... tú me dirás.

Que Dios te bendiga mil veces por haberme escrito. Esto que me sucede, sin duda es un castigo, un tremendo castigo que merezco por haber hundido en el dolor a otros, por haber desgarrado tantos corazones.

Adiós mi Hortensia: quedo esperando que me digas que debo hacer. Y te amo como siempre, aunque sea sin esperanza, porque que es imposible no amarte con toda mi alma, Alberto.

Le dije a Josecito porque había intentado obsequiarte hoy; le dije que eres mi esposa solar desde hace tres años. No se si te avergonzarás, pero sentía ansias, necesidad de decirlo. Este amor es noble, comprensivo, y haría cualquier cosa por no herirte ni lastimarte.

7 de noviembre-28
4 de diciembre/1928

Pobrecita mía, que destino el tuyo tan triste, pues me amas a mí, ¡que solo soy hiel y vinagre para tu corazón! Me deberías olvidar, y no compartir ya mi fatalidad, el sino maldito que me persigue y hiere a quienes me aman. Pobrecita mía, ¡quien pudiera hacer que me olvidaras!...



5 de diciembre -1928

Mi pobre hijita.

Dormí algunas horas gracias a unas pastillas que fueron a traerme Josecito y Jorgito, los dos son excelentes conmigo.

Así, no te inquietes por mi salud. Quisiera Dios que tú hayas descansado y que estés tranquila. He reflexionado, Hortensia. Mejor dicho, he terminado de reflexionar sobre este conflicto perenne y tremendo que consume nuestras vidas, que nos promete paz una y otra vez, y que nunca cumple sus promesas. Le estoy buscando una salida a esto desde en junio del año ante pasado, cuando me fui para San Vicente, y no la encuentro. Hoy, como antes, solo que, en otra forma, el conflicto subsiste. Y es que la causa no es exterior; no está en los demás sino en ti. Es, exactamente, el mal de esclavitud que yo padecí treinta años, y que llena mi vida de dolor y vergüenza.

Nadie puede comprenderte mejor que yo ni compadecerte con más compasión. Estas habituada a someterte: eso es todo. Tu consciencia se ha modelado en la sujeción y se ha conformado a un ritmo de sometimiento que ya le es habitual, y que se inclina siempre del lado de quien más te oprime. Como ya tenes consciencia de tu mal, instintivamente procuras engañarte - lo mismo hacia yo- y al miedo, a la esclavitud, le llamas prudencia, serenidad, actitud razonable, y no más. Y encuentras mil razones -como las encontraba yo- para disculparte, y convencerte de que estas en lo justo, en lo debido. Pero la prueba de que eso es un autoengaño, es que tu corazón protesta y se desgarras. Si todo eso fuera justicia, no sufrirías,

porque la actitud de estar en lo justo te habría curado ya el dolor.

Este es el momento, Hortensia, en que no conscientes en que yo te acompañe en la calle, cuando te despides, aunque tu hermanita nos acompañe. ¿Por qué? ¿Prudencia? ¿Prudencia de que y ante quién? No ves que eso es profundamente absurdo?

Siempre estuve resuelto a colocar mis relaciones contigo en el plano que tú misma eligieras, pero, con la necesaria y merecida libertad. Siquiera con la misma que disfrutaban gentes que te son extraños y aun antipáticas. Y no se ha logrado nunca, pero que no eres tú quien rige tu vida, sino otros.

Eso que me escribiste anoche, parece una solución, pero no lo es quizás. Porque en esto no busco tanto mi egoísmo como tu adelanto espiritual. Cuando no sabe uno es libre, no se liberta con cambiar de país, ni de profesión, ni aun de nombre. O se tiene la libertad en sí mismo, o se continúa siendo esclavo, a todas partes y en toda circunstancia.

Supongamos que yo vivo diez o doce años: tú quedarás joven, responsable de ti misma, todavía en edad de terminar una labor como tú puedes hacerla según tus dotes. Y yo no quiero que entonces seas todavía la muchacha tímida a quien todo el mundo se le impone. Lo que yo quiero es que entonces, y ya desde ahora, tengas el valor fácil, entero, de decirle a los demás: "hasta aquí llega tu derecho". Todas estas cosas que ahora se te hacen montañas, verías que son insignificantes si tuvieras ese valor. - Así exactamente, pero saber y procedía yo, ante una persona que se abnegaba todos los derechos y libertades, sin reconocerme a mi ningunas. Y ahora me sorprende y me avergüenzo de ver que pudiera yo someterme a imposiciones tan absurdas e injustas.

Hortensia, nadie cree en ti como yo; nadie anhela para ti un destino más luminoso y alto que yo, puesto que se de lo que eres capaz. Lo que sea necesario sufrir y sacrificar para que tu destino se cumpla, así de alto y de luminoso como debe ser, lo sufriré y sacrificaré. Y eso quiere decir que estoy dispuesto, resuelto a renunciar. Hace siete meses que pienso inconscientemente en ello, y ahora, por fin, me siento capaz de hacerlo. Renunciación es la clave, y yo lo sé y me atreveré.

Solo que me falta valor para alejarme de ti de un golpe. Es demasiado. Pero si desde ahora, y para acostumbrarme, desde este momento no tendré contigo ninguna exigencia, ni ejerceré ninguna presión en tu ánimo. Recibiré lo que me des, cuando y en la medida que tú quieras. Eres libre, hijita, enteramente libre, y no sufrirás ninguna corrección de mi parte.

Eso sí, no me des, ni seas para mí, sino lo que puedas darme y será libremente, lo que de veras este en tu mano, lo que no sea la limosna de cariño o de atención que te permitan darme. No permitiré un trato inferior a las gentes que te visitan y rodean.

Así, tu dirás como y cuando nos veremos y cuanto tiempo, según lo determinamos, con tal de que vea yo que te estas ejercitando en ser tu propia dueña. Y así me acostumbraré a irme separando de ti, por si tu desgracia quiere que nunca adquieras dominio de ti misma.

Te juro, Hortensia, que no pienso sino en tu propio bien; en que no se pierdan las fuerzas y la gracia que el cielo te ha otorgado. Te juro que estoy absolutamente convencido de que todo en ti será nulo o mediocre, sino adquieres el valor y el hábito de poner a raya la tiranía de los demás. Que el señor te ilumine para que veas si digo verdad.

No tengas miedo de apartarme a mí, ni de hacerme sufrir, con tal de que, a cambio de mi dolor, adquieras verdadera consciencia de ti misma. No te imagines que deseo que rompas con M ni provoque conflictos, ni escándalos. Nada de eso, toma tiempo, reflexiona y resuélvete a esta cosa dura pero sencilla: que te respete ella: que ella te respete verdaderamente, así como tú la respetas. En fin, que de una vez para siempre te resuelvas a ser una consciencia, una voluntad.

Adiós mi pobrecita: no quiero hablarte de mi dolor. Sería empeorarlo, Dios me dará fuerza para mi sin ti, o casi alejado de ti, siempre que siento y crea yo que mi desamparo esté sirviendo para que fructifique la semilla de tu liberación.

Hazme un retrato para consolarme y engañarme un poco. Házme lo con caridad, porque lo necesito. Hazlo sin pedir permiso y sin justificarte, comienza con eso a ser tu misma.

Adiós, Hortensia. Que el señor sea contigo.

A.

Adiós, tú la única luz que halle en mi vida tenebrosa, moriré amándote y bendiciéndote.



5 de diciembre-28

A las 7 y 15 pm.

Hortensia mía ¿Cómo es posible que olvides que soy un miserable enfermo? Vas a olvidarme, a dejarme por esa carta de esta mañana y la de anoche? ¿Acaso soy dueño de mí, acaso se lo que hago en momentos como ese, de intensas locuras? ¿No te advertí más de una vez, que sufro de crisis de neurosis, de forma epiléptica? ¿Y tú no me ofreciste que me curarías con tu dulzura y tu compasión?

Hijita, todo el día sin una letra, ¡sin una palabra tuya! Todo el día esperando una palabra de perdón y nada... si supieras que vacías y largas estas horas. Otras veces en ocasiones semejantes, me buscabas, o me escribías. Hoy nada...

¿Y qué haré yo sin ti? ¿Crees que voy a poder trabajar? Tendré que irme si me dejas, o no sé qué será de mí.

Recuerdas, el 4 de diciembre, a las 4 de la tarde, ¿hace tres años? Te explicaba yo algo acerca de nuestro afecto, quizás para justificarlo, y tú me respondiste tres veces, arrebatada: “¡Lo que yo sé es que te adoro”!... Eso fue en el parque Barrios, y unos minutos después, me juraste que desde ese momento eras mi esposa, para siempre. - Ahora yo te digo: Hortensia, lo único que yo sé es que te adoro, y que vivo desesperado porque me alejo de ti, y que cada día siento una necesidad mayor de que estés a mi lado, y de que no puedo más sin ti...

Anoche, ingrata, me dejaste, ciego de enojo, loco enteramente y te fuiste, cuando unos minutos contigo me hubieran calmado. Y pienso yo que, si me vieras agonizando, por no disgustar a otros, serás capaz de dejarme como anoche, ¿y eso es ser mi esposa? Y me dices que solo para mí son todos tus amores: de madre y de esposa, y compañera, de hija, de maestra y de discípula, ¿de amada y de inspiradora? Y si es así, porque me abandonaste en un instante así, ¿cuándo no sabías hasta donde podía llevarme mi locura?

Todas mis exasperaciones, todos mis arrebatos vienen de que lucho en vano para sentirte plenamente mía, y siempre hay quien se interpone y te aparta de mí, y yo cada día sufro más mi abandono. Yo no sé lo que te dije ayer y lo que te dije hoy. Lo que se únicamente es que te adoro, que muero de tristeza y de soledad, y que si me olvidas caeré en el abandono. Hortensita, Tenchita mía, ¿cómo piensas que puedo yo dejarte? Como es posible que me dejes tu Mulhatita mía, de mi alma, de mi corazón.

Tu que eres para mí la única vida, la única ley, la única fe. ¿No me enviarás una palabra? ¿Quieres que me enferme? ¿Ya no quieres a tu desventurado niño, a quien tu has hecho y que te debe su luz y su salvación? ¿Ya no soy yo tu Mulhatito?.

Josecito me dijo que volvería esta noche. Que dicha si viniera y te llevara esta carta. Amor mío ¡Amor mío!

Hijita adorada, vámonos, como dices, dentro de un año, a ser nuestros y libres.

Si es posible antes. Vivir a tu lado más días, y morir junto a ti!...



6 de diciembre-28

Hermanita.

El que más comprende más perdona. Se, pues, generosa, y olvida.

Tú no puedes imaginarte la vergüenza y la tristeza que me dejan estos arrebatos. Sufro de estas crisis desde que tenía siete años, quizás antes. Son acumulaciones de tristeza, enojo, dudas, despechos, decepciones de toda clase, que estallan en ciertos momentos, sin que yo lo pueda remediar, porque pierdo enteramente la razón. Además, hay en esto mucho de hereditario.

Después de un estallido así, me siento con inmenso anhelo de paz, de cordialidad y de humildad. Quizás debería tener valor de aprovechar uno de estos momentos, para alejarme de la sociedad, irme al campo o a una aldea, donde mis furias no hicieran a nadie desgraciado.- Y creo que, al cabo, ese será la solución.

Muchas veces estos me accesan me vienen cuando estoy solo, y entonces nadie los advierte, ni sufren a causa de ellos. Pero otros por mi desgracia, vienen cuando estoy acompañado.

En fin, tu eres comprensiva y generosa. Y por mi parte, haré lo que quieras con tal de que me perdones. Siento necesidad inmensa ahora de no hacer sufrir a nadie, y de hacer olvidar los sufrimientos que haya causado.

Hermanita, con absoluta sinceridad te digo que me disculpes, que me perdones, y que no me malquieras. Yo te estimo y te quiero como a una de las criaturas más nobles conque he tratado en mi vida.



6 de diciembre 1928

Madrecita.

Por esa que te incluyo para Merceditas, verás mi estado de ánimo. Toda esta mañana, desde muy temprano estuve orando, con palabras y lágrimas, para que se me conceda la gracia inmensa de no hacer ya desdichado a ninguno. Ese es mi anhelo íntimo, profundo y dominante: ya no hacer sufrir, y no dejar la vida yéndome en estado de contienda. Deseo que mis últimos días sean de paz absoluta entre mí y los demás; volverme, aunque sea en mis últimas horas, inofensivo, inocente, y que toda lágrima que por mí se haya derramado se enjague ya desde este instante.

Te escribo serenamente: dormí bien, y estoy en mí, con pleno dominio de mi cabeza y de mi corazón, anhelo la paz, y sobre todo que ninguna ventura mía se compre con la desventura ajena. Tú, madrecita mía, que eres límpida y suave, hallarás la manera de que nuestro cariño no enturbie, ni rompa las relaciones con tus hermanitos. Tu eres su madre, su guía, y será horrible que por mi te aborrecieran, o abrigaran contra tí sentimientos profundos y justos. ¡He causado ya tantos dolores! ¿Por qué no he de haber una paz, una dicha, aunque sea pequeña, que no se compre con tanta amargura?

Yo tomaré la parte que me dejes, hijita, con tal de que me la dejes sin odio y sin violencia. Si no fuera por mis obligaciones ineludibles con R. y mi niña, ahora mismo tendré el valor de cambiar mi vida, e irme por los caminos y los pueblos, pidiendo humildemente mi pan. Pero ya que es imposible, mendigaré humildemente lo que me dejan de tu cariño, que para mí es inmensamente más que el pan.

8 de diciembre-28

Leticia, hijita mía.

Estoy bien, contento, esperanzado. Creo que ahora si penetró en mi la luz, y que mi ánimo vivirá sereno, con la humildad y la paciencia. Ayer recibí de María Lydia una carta divina, y eso me tiene colmado de alegría.

J. no está aquí, y por eso no escribo como quisiera. Además, trabajé hoy muchísimo y me siento agotado. Si mañana veo bastante a mi madrecita, me sentiré fortificado y feliz.

Hoy siento ansias de verla un instante en su casita, ya establecida, pero me apenaría llegar sin recibir antes una palabra de mi hermanita, que nada me ha contestado aún.

Adiós, hijita, y que el señor te guarde.



9 de diciembre-1928

A las 8 pm.

Hijita, por lo menos el consuelo de escribirte, no me lo quitan todavía. Deja pues, que te confié mis tristezas, que cada vez se hacen más grandes. La que me ha invadido desde hoy que te fuiste, es mortal: como si estuviera en una nube espesa, torve, lívida y asfixiante.

En verdad, que tras de dos años de luchar con todas mis fuerzas para que te libertaras, cuando por fin de pasas a tu casa, sea para distanciarte de mí, es algo que va más allá de lo que es verosímil y sufrible. Porque, prácticamente, ese es el resultado: venir una vez por semana, en vez de tres; y yo ir allá, dos veces, si me permites dos veces, y de manera que ojos y oídos inquisidores estará siempre sobre mí...

Cuando me anunciaste que estaba ya tomaba la casita me decías: “y eso lo he hecho por tí”. “Y en adelante seremos libres ya no tendré que soportar cadenas absurdas” ...

Presiento que las cadenas serán más estrechas cada día, y que la distancia entre nosotros se ahondará más y más.

Tanto soñar, ¡tanto soñar!...

Digámosle adiós a esos sueños; no tratemos de engañarnos más, porque el engaño es más cruel, cuando más bello ha sido el sueño. Abandonemos esa quimera de trabajar juntos, de fundir intensamente nuestros esfuerzos y nuestras vidas para realizar una misión; toquemos el fondo negro y áspero de la realidad: no somos libres, no tenemos esperanzas de serlo.

Hijita, se caritativa conmigo, y no me apartes de mis ideas de renunciación; solo este propósito de renunciar a todo puede hacerme vivir: me espanta la vida; me causa una aversión invencible, y tu idea de arrancarle míseros jirones de dicha a fuerza de eternas contiendas, se me hace insoportable.

Mejor es ceder con todo y a todos, de una vez y para siempre. Puesto que es insalvable el foso que nos separa, lo demás no me importa.

Salí al mediodía, anduve por todas partes, llegué hasta Soyapango en busca de algo que me distrajera, y no logré nada. Volví con el corazón vacío y tétrico, así como quedé al irte hoy.

Es inútil, es un desgano buscar la armonía entre la propia vida y la de los demás: la naturaleza no lo permite: quiere en toda lucha y desgarramiento. No hay término medio: o desgarrar el corazón de los demás, o consentir en que se lo desgarran a uno. Solo eso es verdad; lo demás es quimera.

Adiós, mi muchachita; que el señor te acompañe, te de fuerza y alegría, y te conserve la esperanza. Pienso en ti con todo mi dolor.



10 de diciembre-28

A las 7 de la mañana.

Hortensia inolvidable.

Te envié hoy un paquete con algunos libros que son de tu colección. Te envié los originales que te digo, y que, probablemente nunca terminaré, son tuyos.

Y te envié, además, depositados, y para que me los guardes muy bien, esos dos retratitos, que, por el momento, no tengo valor de tener conmigo. Guárdamelos con todo esmero, lo mismo que las cartas que me tienes.

Decididamente, prefiero no llegar el martes a tu casa. Mejor será el jueves, para que tengamos tiempo de reflexionar bien. Yo siento una necesidad inmensa de paz, que ha huido de mí hace mucho tiempo; me siento aniquilado de luchas y oscilaciones. Mis pobres nervios ya no se sabe que son, y mi infeliz cerebro es un pequeño y alborotado manicomio.

Además, hijita, hazte cargo lo terrible que es para mí llegar a visitar a personas que, aunque con sincera y fuerte convicción y creyendo cumplir el más alto deber, al cabo, han arruinado mi vida. No tengo bastante virtud para echar en un platillo de la balanza mi corazón y mi destino, y en el otro, el más pesado, los prejuicios de los demás, por más sincero que sea.

Por eso, hijita, dame tiempo hasta el jueves o algo más, a ver si se hace la luz en mi cabeza y la calma en mi pecho.

Y perdóname, perdóname, perdóname,

Siempre.

Albert



10 de diciembre de 1928.

Hijita, a las dos y media de la madrugada, desesperado de no dormir, me levanto para distraerme escribiéndote. Mira que desgracia esta mía, ¡que todo me afecta y todo me trastorna!...

Soy un iluso incorregible: me había imaginado que ya en tu casa, vendrías con frecuencia a comer aquí, sin prisa, que veríamos juntos salir las estrellas; que otras veces vendrías de mañanita, para ver salir el sol conmigo, y que juntos le dijéramos una oración; que yo iría a tu casa tres veces semanales, y que de esa manera nos veríamos todos los días un ratito, y viviríamos así, por fin, en comunión perenne... y que yo, por eso, me iba a sentir fuerte, anheloso de trabajar, con la mente clara y el corazón entusiasta.

En vez de eso, te alejas más de mí... ¿Has notado que ya nunca nos dejan solos? ¿Eso, aquí, como sería en tu casa?

Te regalo mis manuscritos, que te llevará Toña en un cartapacio. Si los tengo yo, los quemaré, sin duda, en un momento de amargura. Y como no los he de concluir, mejor que vayan a tu poder. Harás de ellos lo que quieras.

Quiero suplicarte encarecidamente, que revises todas mis cartas, y destruyas en todo o en parte, aquellas en que haya escrito frases de enojo contra alguno de los tuyos, y aun contra los extraños. No es humano, no es justo, que subsistan esos testimonios de mi flaqueza, cuando tú sabes que expresaron sentimientos efímeros, y cuando tan caro he pagado siempre mis cóleras.

No sé si tendré valor de ir a tu casa el martes. ¡Depende de tantas cosas! Es lo probable que se haga penosísimo llegar a una casa que yo soñé tanto tiempo como templo de liberación y de vida unificada, y que, a lo que veo, será barrera que nos separe. Me deberías decir, por amor y por caridad, la

verdad absoluta sobre la atmosfera que me espera ahí: yo sospecho, más bien, adivino que, para lograr, después de tantos esfuerzos que consintieran en pasarse a esa casa e independizarse, tuviste que prometer grandes limitaciones con respecto a mí, que tendrás que cumplir. El no haber recibido una palabra de M., ni siquiera verbal, me lo confirma. Después de mi carta, era de esperar siquiera un recado, y nada vino. Tú, naturalmente para evitarnos dolores y nuevos conflictos, nada me dices, y me niegas la realidad, hoy como otras veces.

Hijita, no puedo decirte como se me oprime el corazón, al pasar ahí cerquita de tu casa, y pensar que me está vedado ir a verte un instante... Y tengo que pasar cuatro veces diarias, y decirme: ahí está... ¡Si fuera yo capaz de extraer de este último dolor, la voluntad inquebrantable de renunciar a ti, y romper así todos mis lazos con la vida!

Adiós mi corazoncito: no me culpes si encuentro que mis palabras te laceran. Hago todo esfuerzo para no herirte, ni a nadie: solo busco decir mi pena, mi desencanto, que es tan hondo.



10 de diciembre de 1928.

Madrecita mía,

Te ruego que no te inquietes demasiado por mis tristezas y mis locuras. Bien sabes que eso es irremediable, y que mi único alivio es quejarme. ¿Y a quien me quejaré sino a ti? Si no fuera por esas cartas lamentables en que te cuento mis desesperaciones, caería enfermo gravemente, o me trastornaría.

Deja, pues, que me lamente, y no desatiendas tu trabajo, ni les des a mis quejas más valor que a las de un niño débil y enfermo y lo que es peor, mimado.

Bien sabes que yo tengo motivo de sobra para sufrir y desesperarme, puesto que después de tanto luchar para acercarme a ti, no se logra sino pasando sobre espinas, fugazmente, y teniendo siempre que retroceder al punto de partida.

Además, sufro de inmenso cansancio nervioso; las emociones incesantes, intensas; los conflictos insolubles; mi soledad; mi impotencia, todo me agobia y aniquila. Y ahora me siento más desesperanzado y triste que nunca.

Así, compadéceme como a un pobre niño que sufre de un mal incurable, contra el cual nada puedes, pero sin dejarte contagiar de mi mal, porque sería peor. Es necesario que uno de los dos se mantenga sereno, y has de ser tú, por fuerza.

Hijita, no te vayas a exponer a enojos y a crearte una situación imposible. Será el colmo que las primicias de tu libertad, de la paz en la casita propia, fuera ya bastardeadas o destruidas por un conflicto envenenado, por una contienda de todos los minutos. Cuida de tu armonía con tus hermanitos, porque lo contrario sería caer con un estado peor que el que acabas de dejar.

Ten por seguro que yo cumpliré mi voto, mi anhelo profundo de “no hacer sufrir ya a los demás”, y de “contentarme con lo que me dejen”

Si te es posible, vienes mañana, como me ofreces; sino, escíbeme una cartita mañana o pasado mañana- Ya sé yo que lo que no hagas en mi favor, es porque no se puede. Me alivia decirme que mi paciencia y mi humildad te hará los días menos amargos que te los hice hasta ahora.

Pienso en ti, como un niño en su madre ausente, y sueño con el momento de verte.

Adiós madrecita mía.



11 de diciembre de 1928

Madrecita de mi vida

No te doy gracias por tu carta de ayer. ¿Con que palabras te las daría? Me extravió leyéndola y me entristezco de verme tan ciego, tan egoísta tan pequeño, frente a ti que eres toda luz y abnegación. Pero algún día se hará en mí la claridad, y entonces cosecharás lo que has sembrado en mi alma con paciencia infinita, y sin desmayar nunca porque una y otra vez se perdiera la siembra. Sarita mía, mi actitud es de arrodillarme a tus pies, y de vivir así, humilde, extraviado en tus gracias.

Anoche dormí algo mejor, desde la crisis de hace ocho días me trastorné todo, y solo lentamente voy recobrando el equilibrio. Pero nada importa lo físico, si la victoria moral es mía. Y siento que esta vez será mía. Siento que, por fin, estoy renunciando, y comienzo a gozar con lo que antes me causaba enojo y exasperación. Así, por ejemplo, desde que desperté estoy recreándome en la idea de que, al cabo de siete años de esclavitud, por fin te encuentro libre, con tus hermanos ¡En tu casa! Y que ya no oirán ese regaño eterno, esa voz avinagrada, esa censura sin tregua, ese reproche incansable en el gesto, en la mirada, en la voz... todo ese infierno en que han vivido, y que bastará para envenenar el corazón más bueno y empañar la gente más clara. ¡Que ventura hijita!

Y estaba pensando que yo, en vez de gloriarme con tu independencia, con tu liberación y sentirme dichoso pensando en ustedes, con perfecto egoísmo no he hecho más que pensar en mí, y envenenarte esas primeras horas del rescate, que son tan bellas y regeneradoras...

Pero ahora me digo que aún es tiempo, y que no haré, ni diré, ni escribiré nada que vaya a acibararte esa paz que has pagado con tantas lágrimas. Siquiera unos meses, pensaré y sentiré que puesto que estas disputado de tamaño bien, mi deber sagrado es dejar que aspire y respire en esa nueva atmosfera, libre y serenamente, sin que mis quejas y exigencias te amarguen los felices momentos.

La pobre hermanita Mechecitas, se ha de recobrar poco a poco, y volverá a sentir poco a poco, y volverá a sentir alegría, y deseo de vivir. Nada hay en este mundo superior a la libertad, para las almas generosas.

Estas en paz, hijita; ámense con ese amor único, que no tiene grillos ni cadenas; no se digan nunca palabras hirientes; ¡no se reprochen pequeñeces, no se critiquen!... jueguen, pues aun esta en edad de jugar; ríanse, háganse bromas, vuélvase niños traviesos. Y así el corazón, se les va a restaurar a los tres. Y yo voy a estar dichosísimo de no perturbar esa armonía, y contenta de que algo me traigas de esa ventura.

Ya vez, mi criatura, que abriga propósitos desinteresados, y que tu niño, tu pobre niño no es enteramente malo, puesto que piensa en tu dicha, más que en la suya propia, ¿ahora falta que tenga la fuerza de cumplir... cumpliré, verdad santita?



12 de diciembre de 1928

Hortensia de mi alma, única vida mía.

Dormí anoche algo mejor, ayudándome con una pastillita de bromural. Lucho con una tristeza profunda. Estar a tu lado, como anoche, sin recibir una caricia tuya, ni la presión de tu mano siquiera, es tan doloroso, que no sé si me estaría mejor no llegar a verte. Estoy acostumbrado a tus mimos, a que me hables como a un niño, a que tengas mis manos entre las tuyas. ¿Qué te pasa, que solo aquí, eres amorosa y valerosa? Aquí, aunque estén ellos, me tratas de otra manera. ¿Me vas a tratar siempre, así en tu casa, como a un extraño? ¿Qué será de mi entonces?

Esta noche, si no quieres que esa invitación a comer me sirva de tormento, siéntate cerca de mí y no seas tan esquiva. Sino, harás sufrir mucho a tu pobrecito. Ya lo vez, mi madrecita: soy cada día más desdichado, por amarte más cada día.

Me falta tiempo para decirte más: he pasado la mañana escribiendo a María para enviarle su dinero, y ya es hora de irme a la oficina.

Estrella mía, inaccesible y blanca, mis ojos te contemplan y mi corazón suspira por ti

Dulcísima mía, anoche estabas graciosa, majestuosa y bella, con tu vestido blanco ¿Y cuando no?



1928

Jueves 13 de diciembre

En esta mañana, después de una noche de placentero descanso, intento, una vez más, hallar una regla para mi vida y mi trabajo, un servicio de nuestra obra.

Veo que la necesidad suprema es serenarme; mantenerme sereno a toda costa, suceda lo que sucediere: habiéndome colocado en situación de combate contra todas las fuerzas opresoras; estando solo contra todos; intentando además, influir no solo en mi país sino en toda la América Hispana; habiendo asumido una responsabilidad tan difícil como la de propagar la doctrina del *Mínimum Vital*,... lo único que puede salvarme y darme éxito es la serenidad. Solo en una serenidad absoluta puedo encontrar la prudencia y la claridad mental, el entusiasmo sostenido y el vigor físico y espiritual necesario a la misión emprendida.

Así, he de cultivar incesantemente la serenidad en mi pensamiento, en mis sentimientos, en mis palabras, en mis ademanes, en mis gestos, en el tono y ritmo de mi voz; en mis acciones todas, esforzándome por recobrar la actitud serena una y otra vez, sin tregua, hasta que sea en mi habitual. Debo subordinar absolutamente, al fin de conquistar la serenidad, mi alimentación, ejercicio, cantidad y horas de trabajo, relaciones sociales, lecturas y diversiones, recuerdos y deseos. He de sacrificarlo todo, si es necesario, a la consecución de ese estado de ánimo, que encierra la posibilidad y el secreto del triunfo-

Sintiéndome capaz de afrontarlo todo, menos la tristeza de hallarme solo algunas veces, y de sentirme abandonado, debo decirme a cada instante que no es verdad: que no estoy solo; que E. esta conmigo siempre; que piensa en mí y en nuestra obra tanto o más que yo; que todo lo ha sacrificado por mí; que anhela consagrarse totalmente a nuestra misión; que se prepara ya para conseguirlo, y que en la medida máxima en que lo permiten sus obligaciones familiares, su trabajo excesivo, su decoro, la altura de su espíritu y su excepcional y dolorosa y difícilísima situación, su vida está ofrendándose a mi vida, y cada día más, como una llama que crece en calor y en luz.

Para que estos pensamientos entrevistados en esta hora de claridad- que le debo a ella-r no se disipen, ahuyentados por el pesimismo del combate diario y de mi escasa fuerza, debo leerlos y meditarlos, por lo menos tres veces al día: al comenzar mi trabajo en la mañana; al reanudarlo al mediodía, o por la noche al acostarme.

Y debo sentirme constantemente protegido por El y por Ella, y confiar en ellos con serena e inquebrantable confianza, sin pretender trazarles el camino de su protección y amor, sino con sumisión y alegría, como el niño en brazos de su madre, en nombre de ello así sea.,



13 de diciembre de 1928

Amada y bendecida madrecita mía, Hortensia mía:

Ya ves que inmenso bien me hace estar a tu lado, recibiendo de tus manos adorables, mi ración de fuerza y alegría, y de tu voz ansiosa inspiraciones y anhelos. Vida, energía, fe, esperanza, valor, eso recibo de tus caricias, y por eso digo exactamente, nuestra obra. Deberías no olvidarlo nunca: que tu vida, tu juventud, alegría y serenidad, se me infunden con el contacto de tus dulces manos, tan maternales y magnéticas.

Te envié, Linda esos veinte colones, para añadir a la cuenta de mis gastos.

Hasta mañana, luz de mi noche, estrella de mi camino. Te amo con amor indecible. Albert



15 de diciembre de 1928

Compañera mía, cada vez más amada,

Recreándome con tu carita de niña, de virgencita espiritual, en que una llama celeste alumbraba cada vez más intensamente los esplendores de tu corazón y de tu pensamiento. Sobre todo, había anoche en tus ojos una claridad y una serenidad raras, como de lucero grande y apacible.

Se transforma día por día tu semblante, al flujo de la tranquilidad; de estar en tu casa, dueña de ti misma ¡Que ventura, mi Hortensia!

¿Qué haremos para que cada día, siquiera las más de las gentes posea una casita propia, libre, alegre y sana? Los más, nunca la han conocido: nacen, viven y mueren en cubiles, estrechos, sombríos, asfixiantes, donde el alma se les vuelve opaca y el corazón feroz.

Tráeme hijita, para reproducirlo, “La Cueva de la Raposa”, y cualquiera otro recorte que puede libramme de hacer editoriales; pues así descanso. Me siento cansado, madrecita mía. Si logro no escribir mucho estos días, reanudaré y concluiré “El alma del Naranja”; me causa gran pena hacer esperar tanto a la imprenta la conclusión de ese trabajo.

Esas dos cartas de Haya, venían juntas, en el mismo sobre. Piensa en lo que has de contestar, y tomar nota de la dirección. Ya ves cómo se hacen ilusiones nuestros amigos, respecto de nuestra posibilidad de trabajar. Por lo menos, me imagino que yo les he ayudado cuanto era posible. Aquí, en nuestro ambiente gris “El único hombre fuerte, o digamos el menos débil, es el que está más solo” ...

Te lo digo con honda melancolía, pero con mi resolución entera de continuar bregando. ¡Quiera mi estrella que puedas lograr menos trabas, menos obstáculos y escollos de toda clase que hasta ahora, para esa nuestra obra, tan lenta, tan sola, tan pobrecita y desamparada! ...

Bueno hijita mía, a ver si me haces un esfuerzo para venir mañana temprano. No te imaginas que sed tengo de unas horas intimas contigo; ¡Qué necesidad de creer, de sentir otra vez, que no te vas separando de mí!

...

Has prometido venir a las 8 y 30; te bendeciré si vienes antes de las diez.

Trae algunos versos bellos para que me leas. Leconte de Lisle o el que te parezca.

Adiós mi Hortensia idolatrada. Que gozo tan grande llamarte así, “mi Hortensia”, y que dolor cuando recuerdo que estas muy lejos todavía de ser mi Hortensia. Adiós mi lucero, mi querubín mi madrecita divina y amada. Cuanto, y que tristemente pienso en ti, y cuanto, ¡cuánto te amo! ...

Si le escribes a Pompilio Ortega, dile que me envíe nuevos datos de su escuela.

Tu mulhathito huérfana



17 de diciembre

Gracias, gracias desde lo más hondo de mi ser, hermanita adorada, mi esposa celeste, mi luz y mi esperanza. Si alguna vez sentí anhelo de escribirte fue ahora. Anoche, cuando no te soñaba dormido te veía y te sentía despierto.

La atmósfera quedó impregnada de tu aliento; el aire todavía resuena con el eco de tus risas; ¡en el sillón estás aun escribiendo palabras dulces para mí, y se oye tu vocecita, cantando el trozo predilecto!

Todo eso pensé escribírtelo hoy, lindamente, no en una carta sino en un poema. Y no fue así, porque salí muy tarde y fatigado. Mas dejemos que el poema duerma y aletee mi corazón, y que se convierta calladamente en un rosal de que tu cortarás las rosas.

A tiempo viene tu cartita divina: esta mañana recibí una noticia lamentable, y si no fuera por mi promesa de mantenerme sereno toda la semana, mi ánimo se habría entenebrecido profundamente, y originar una crisis. Con tus palabras encantadas ha pasado el peligro.

Hasta mañana, madrecita celeste, mi estrella única, encanto de mi vida, maestra de mi corazón. Todo yo estoy en ti y vivo en ti; me siento un reflejo de tu alma, y me figuro que tú eres la rama de que yo soy una hoja humilde. Por ti y para ti, en esta vida, y en todas las vidas posibles.

Amadísima Hortensia, beso tus manecitas adoradas, y estrecho tu cabecita sobre mi corazón.

Albert

Suspiro hijita, porque he de trabajar ahora mismo. Hasta mañana.



19 de diciembre de 1928

Niña mía, ¿ves que terrible cosa es mi vida? El domingo fue ese día celeste, nirvánico, en que tantas venturas conocimos, y el lunes muy de mañana, ya estaba yo sufriendo con esa carta lamentable, que vino a trastornarme de alma y cuerpo. ¡Cómo tengo siempre de pagar tremendamente mis fugaces horas felices!

Anoche no dormí. Además de las impresiones de tu música, oí más noche unos trozos que me hieren profundamente, en una marimba cercana. Y luego, tenía dolores nerviosos. ¡En fin!

Me he quedado descansando la tarde, sin ir a la oficina, a ver si tengo hoy una noche reparadora. Quizás sí, porque hoy escribí un artículo que me hizo mucho bien: es sobre la necesidad de restablecer los Egidos; el primer paso en la liberación de la tierra, en nuestro sistema de *Mínimum Vital*. Ya era necesario abordar la faz difícil y escabrosa del problema y creo que lo he abordado con oportunidad y prudencia. Mañana se publicará, y será un consuelo para mí, pues como decías anoche, ahí está el remedio y la compensación, únicos a los dolores nuestros y a los ajenos: en luchar para que los que vienen no encuentren un mundo tan mezquino. Yo mi Hortensia, siento una necesidad profunda de hacer el bien, o de imaginarme que lo estoy haciendo, para que la vida no se me vuelva solo tinieblas. Por dicha, tu no me desampararás, y me acoges bajo tus alas divinas cada vez que busco su calor y su protección.

¿Qué sería de mi si tú no me amarás y me protegieras? Compañera y esposa mía, yo necesito que me repitas mil veces que soy tu niño amado y mimado; que me crees bueno, y que he de alcanzar el perdón y la serenidad. Si tú me crees digno de amor y de perdón, es que en verdad lo soy...

Te ruego mi muchachita que me escribas siempre en hojas de papel como esta de grande, y con margen. Por no tenerlo casi todas tus cartas, no hallo como coleccionarlas, y me cuesta mucho leerlas sin que se me confunda. No te olvides mi angelito, pues quiero leerlas diariamente. Y otro encargo: que no te vayas a robar mi pisto que te preste anoche, pues no es justo que, habiéndote apoderado de todo mi ser, me quites lo que me distes el domingo para mis gastos. Ya es demasiado robarme. ¿Verdad? ¿Mi Ultensha sin igual?

Alondra mía, tenme preparada mañana la carta de Teresita y las demás. Quiero mi estrella que no haya inconveniente para verte.

Esta mañana anduve a pie diez cuadras, con la esperanza de encontrarte, y ya ves que tuve suerte, ¡pues te vi y te oí! ... ¿No es eso toda mi vida?... Te amo, te adoro, te bendigo, y todo yo soy tuyo ahora y para siempre.



Para mi Hortensia divina

20 de diciembre de 1928

Nanita mía,

No quiero ser como los hijos ingratos, que solo acuden a su madre cuando sienten hambre o dolor. Pasé muy buena noche, me siento sereno, y ha de ser para ti mi primera palabra de gracias. Verdaderamente, eres para mí una madre: dulce, paciente, esperanzada, dispuesta siempre a perdonar y a curar. Dios te ha colmado de gracia y de ternura, que son las virtudes características de una madre ideal, y las ha cristalizado en tu sonrisa, que es como una abeja extrayendo siempre néctar de tus labios.

Eres más que todo, madre, no solo para mí, sino para cuantos se acercan a tu influjo divino: rebozas compasión, dulzura y serenidad, y con eso calmas y ánimas a todos los que padecen tribulación y buscar el remedio en tu compañía. Y para mí, más que para nadie, eres un tesoro inagotable de comprensión, de piedad, de suavidad. Soy tu niño, tu mulhathito, tu hijo enfermo y triste, atormentado y enloquecido, que no encuentra remedio y esperanza y fe, sino en tus palabras, en tus ojos, en tus sonrisas, en tus manos. Y por eso mi amor por ti va más allá de todo amor humano, puesto que me sirves de Dios y de Madre en este mundo tenebroso.

La serenidad hijita mía, madrecita de mi vida, no es una virtud; es la flor celeste de todas las virtudes juntas para ese florecimiento divino. Tu naciste así: ya viniste a la vida colmada de esa gracia; te habían empañado un poco el dolor y la opresión, pero en verdad, tu serenidad triunfó siempre. Yo, ¡ay de mí! Nací tempestuoso, borrascoso, presa de todas las agitaciones. Mi corazón es el mar tenebroso en que todos los vientos batallan y en que todos los escallos muestran sus livideces al fulgor siniestro de los relámpagos. Imagínate lo que sería llegar serenamente, si quisiera un tanto ... Esa es la obra que has emprendido, y yo quisiera ayudarte a costa de mi vida. Si en todo este año que va a comenzar lograré yo alcanzar siquiera la mitad de esa ascensión; si por tu influjo llegara yo, no digamos a la serenidad de un Goethe, que es un sueño, sino siquiera a la de un hombre que duerme bien tres días seguidos, y los otros duerme regularmente, habrías realizado en mí una verdadera resurrección: mejor, me habrías creado de nuevo.

¿Podrás Madrecita linda, madrecita santa, colmar un poco y para siempre a tu pobre niño malo y demente? ¿Sería tu amor capaz de tal milagro? ... En este instante y para terminar mi carta, deja que mi cabeza recline en tu hombro, y que mis labios murmuren junto a tu orejita de nácar: te amo, te admiro, te bendigo.



21 de octubre de 1928

Nanita primorosa

Encantado de esa carta para H. De todo mi gusto: un estilo muy sencillo, una redacción clara y sobria. Llegarás a escribir muy bien, mi muchachita.

Desde ahora te encargaras de toda mi correspondencia de importancia. La harás en mi nombre, o, así como esa, según el caso y a tu arbitrio.

Bastará que me enseñes los borradores cuando tengas dudas y el caso sea de cuidado. No te imaginas que carga me quitarás de los hombros con esa ayuda. Y que gozo inmenso me darás, pues ahora sé que vives constantemente en el plan habitual de mi vida, y que me defenderás, siempre que haya necesidad. ¡Que dicha amada Hortensia, saber que mi honra y mi fama te son tan queridos, y que ya no permaneces muda, inactiva, cuando me atacan o me juzguen mal! ¡Lo que yo soñaba, lo que llegué a creer que nunca sería ...

Ahora, cuando algún zipote me quiera pegar, no haré sino, llamarte gritando: ¡Nanita, nanita mía! ¡Aquí un gigante me quiere comer! ... Y tu llegarás, y harás correr al gigante, y para quitarme el susto, me darás mil besos, desgranados de tu sonrisa, ¿verdad?

Madrecita querida, solo una cosa no me agrada, y es que llames compañero a H. Ni a él ni a nadie, sino a mí. Esa palabra es grave: obliga a muchas cosas y establece vínculos muy serios. Yo a nadie le diré jamás compañera sino a ti. En sentido anarquista, significa los que van, absolutamente, tras del mismo ideal y por la misma vía. Entiendo que los propósitos de H. y demás de su grupo, se toca con los nuestros, en ciertos puntos. Pero no son los mismos. Pretendo que el *Mínimum Vital* es de trascendencia universal y perenne, y que, sin él, todo lo demás será remedio transitorio o limitado a circunstancias de lugar. Lo que nuestros amigos pretenden, son reformas y regímenes políticos; lo que yo busco es religión, filosofía, ética, orden social: es decir, algo que es raíz para toda política. Hay un abismo entre una cosa y otra. Te digo esto con tanta certeza, porque el M.V. no es invención mía: es el sueño, el anhelo, el pensamiento de todos los grandes corazones y de todos los grandes inteligentes de todos los tiempos; es la condición inevitable del advenimiento del hombre, de la humanidad.

Yo sé que mi vida entera se absorberá en ese trabajo, para abrirle apenas el camino; y he soñado en que, cuando yo falte, tu continuarás y coronarás la obra diez años que trabajemos juntos y diez más que trabajes tu sola, son necesarios para que la doctrina penetre y renueve la vida actual. Eres fuerte, eres atractiva, eres sana, sencilla y clara; sabes tres idiomas; eres sobria; tienes un admirable don de gentes, y saber armonizar, y conciliar. Así, podrás recorrer toda la América, de ciudad en ciudad, y hacer comprender y amar nuestro sueño divino, el *Mínimum Vital*, que será nuestra justificación y nuestra purificación. Es decir, nuestra realización numérica.

Esto es lo que yo pienso y anhelo de ti; y por eso no quiero que seas ni te llames compañera de nadie sino de tu niño, de tu hijo, que cree y espera en ti con fe y esperanza inmensas, como en un Dios. Y para ello, no debes interesarte grandemente sino por nuestro propio ideal, y solo ocuparte de los ajenos, en cuanto sirven para avanzar el nuestro. El nuestro es demasiado divino y celeste, para admitir que se fraccionen quienes se dediquen a servirle. ¿Qué piensas tú de esto, mi adorada musa, mi ninfa Egenia? Si crees en mi como yo creo en ti, no podría ser de otra manera.

Dormí algo anoche; estaba con el cerebro muy excitado, y eso me quitó el sueño. Tendré que suspender toda preocupación mental, pasadas las cuatro de la tarde, durante unos meses, para descansar y poder dormir. Así, mi criatura, cuando llegue a verte, distráeme y seréname, que esa es mi gran necesidad ahora.

Nada me has dicho, pero creo que no me dejarás solita el domingo, ¿verdad?

Compañera mía, tú en quien se cifra mi fe plena; tu que eres mi culto, mi altar, el canto de mi corazón a Dios; la palabra con que le ruego justicia, amor y unificación, tu que encarnas y concentras todo lo que soñé en mi vida... dime tu palabra definitiva y profunda. Que sepa yo si crees en mi ideal adorado, y si emplearás tu vida, tu vida toda en hacer que descienda a la tierra.

Te amo, Hortensia.

Alberto



Diciembre 28

Señora y dueña mía,

Interrumpo mi descanso para escribirte una palabra. El Nirvana ha de ser algo como lo que yo siento ahora: paz con todos los hombres; alegría serena; deseo de esparcirme; anhelo de ceder a todo el que necesite de mí, y como fondo y envoltura de todo, tu nombre, tu voz, tus ojos, tu cuerpo ondulante, tus manos maternas, hecho todo ello como un aire místico, de que mi ser encantado, se impregna, como en una total fragancia.

Me siento, en fin, dichoso, con dicha plena, en ti y por ti, siento que soy capaz de cambiar, de ser pacífico, sereno, humilde, ecuánime, y me arrebató el gozo de pensar que esa conquista suprema, te la deberé a ti, corazón divino, mente solar, a quien adoro sobre todas las criaturas.

Me deleito pensando que en este año que viene, acabaré la empresa de capacitarme para seguirte en lo que tu sueñas. Porque ya no aspiro a que me secundes, sino a secundarte yo, a ser el instrumento feliz de tus designios celestes. Porque, en verdad, Hortensia, eres celeste, un ser único, una luz venida de una ignota estrella, a cumplir una misión de paz y de alegría. Y yo me realzo y me justifico, amándote y esforzándome por ser digno de ti.

Verdad, Hortensia, que sólo yo te he comprendido, ¿que solo yo conocí plenamente el tesoro de tu corazón? ¿Verdad que solo yo he visto la luz sideral que es tu corazón y la armonía profunda y amplia que es tu espíritu?

Me debes contestar estas preguntas, porque necesito saber que estas contenta de mí, que tienes fe en mis anhelos y que esperas de mi voluntad el nacimiento de un lirio.

Te contemplo arrobado, como a una de esas estrellas lejanas e innominadas que tachona las más remotas profundidades del cielo, y me digo, con éxtasis, y a veces con extraño respeto: ¡es mía, es mía, es mía!...

Cogí la pluma, temeroso de no hallar una palabra que expresará mi amor inmenso. “Que le diré, que penetre en su alma, y la haga vibrar de amor, y que su sonrisa, la sonrosada sonrisa de sus labios abra sus alas de aurora y venga a mí, a darme una recompensa”

¿He hallado esa palabra, Hortensia? ¿Sientes al leerla como te amo, como te divinizo, como esta mi pensamiento de rodillas besando tus piecitos adorados?

¿Vendrás mañana, amor mío? ¿Vendrás a divinizar mis horas de la tarde, a decirme ternuras, a inundarme de paz y de bondad, a purificar mi pensamiento? Vendrás mi estrella matutina?



26 de diciembre de 1928

Nanita primorosa,

Como ya dentro de tres horas espero verte, no te escribo sino para decirte que no necesito de ti sino siempre; que no te quiero, por la sencilla razón de que te adoro; que no me acuerdo de ti, porque no te olvido ni un instante.

No es verdad que seas graciosa, como te lo imaginas: a lo sumo, admito que tú eres La Gracia; tu sonrisa, de que tan orgullosa estás, la he visto yo igual en el Aparecimiento de la Aurora; y en cuanto a la famosa luz de tus ojitos, prefiero la de los ojos de Canope o de Siris... cuando no puedo ver los tuyos.

Lo de esa ponderada música de tus palabras, no excede a la de los torrentes sumada con la de los jilgueros y con el susurro de las palmeras. Más que un latido de tu corazón, valen dos, y más que dos, tres.

En fin, que no doy yo por un beso tuyo, ni que me rueguen, más que mi vida, y aún me comprometo, para que no te envanezcas, a devolverte diez por cada uno de los tuyos ¿Ya lo viste?

Y para que no te quede ilusión alguna respecto a lo que me interesan tus cartas, te ruego que me devuelvas hoy las que me tienes, para quemarlas en el fuego de mi corazón.

Santita mía, anoche, recordando tu profunda y sana alegría, tuve remordimiento de haberla turbado tantas veces: como si fuera yo una niebla perversa que empañara la luz del sol. ¡Que maravillosa es esa merced tuya, de volver a todos la serenidad y la alegría! ¡Para que más virtud!

Y yo, para que necesito de ti más ayuda que esa de darme vida, luz, fuerza y valor con tu sonrisa y con tu voz.

Que todos los ángeles te bendigan, amada mía; que todos los astros te coronen con sus rayos; que todas las flores te envuelvan en sus fragancias; que todos los arroyos aprendan a reír como tú, y que el gran sol me conserve para siempre tu amor, en que yo encuentro la razón y el móvil para todos las cosas grandes y bellas.

Para siempre y para dicha mía tu Alberto.

No iré hoy en la tarde a la oficina: me quedo descansando, y soñando contigo.



27 de diciembre de 1928

Dulce nanita mía,

Hoy me has hecho dos grandes beneficios: haberme hablado esta mañana por teléfono con una voz tan acariciadora y maternal, en momentos en que me sentía desolado y árido, propenso a dudar de mí y de todo; y ahora en la tarde, tu cartita adorada, desbordante de fe y de ternura; ¡oh mi criatura sin igual, que tienes el poder maravilloso de convertir en luz las tinieblas, y en canto las lágrimas!

Ahí va el estuche que me pides, y que estuve a punto de regalar el mismo día que lo recibí- Si hubiera encontrado una persona necesitada, capaz de venderlo con algún provecho, se lo habría dado, pues tal era mi propósito. Si lo usas, todavía me dará más placer que si lo guardas.

Hortensia mía, siento un deseo vivísimo de que leas esta misma noche, la conferencia de Henry George sobre Moisés, y para eso te envié el libro. Léela ahora mismo, y verás expresada clara y plenamente mis ideas sobre Moisés y el concepto que yo tengo de su grandeza. Yo siento así desde hace mucho tiempo, y quizás siento más profundamente el alma de ese titán; pro me faltaban estudios y análisis suficientes para decirlo, sin contar con que no se llegará a esa forma tan breve, tan sintética y tan sencilla de Henry George.

Sin duda, él es asimismo un gigante, y cada día más ha de crecer la figura de ese “Profeta de California”, como le llaman.

Podríamos decir que Moisés es una de las siete columnas del templo de la vida. Yo escribí hace años, creo que esta en prosa lírica, algo sobre su figura inmensa: muy torpemente formulado, porque me faltaba idioma, pero sí muy intuitivo y sentido ¿conoces ese trozo?

Lee, pues, nanita mía, gracia mía, esa conferencia, a ver si nuestros espíritus conversan esta noche sobre tus impresiones. Mañana te llevaré la ética, en cambio de mis cartas.

Esta mañana amanecí decidido a no escribirte hoy, temeroso a que mis cartas no lleguen a interesarte por su excesiva frecuencia. Pero ya lo ves, no puedo negarme ese placer único de mostrarte mi corazón y mi pensamiento.

Dulzura mía, beso tu sonrisa y tu mirada, que son mi luz y mi vida.
Albert.



29 de diciembre- 928

Dulcísima,

Estoy recreándome con la frase que dijiste anoche, y que inmediatamente recordé habértela escrito en una carta ¿No podrías traérmela o sacarme copia del trozo principal? Deseo escribirte algo sobre ese tema, para que cerremos este año de nuestra vida, en que hemos realizado y sufrido cosas tan altas y tan graves.

No pude conversar esta mañana con Bernal, porque el diario sufrió una grave interrupción; pero le escribo ahora mismo, y espero tener respuesta mañana.

Te suplico que no pases de las diez para venir. ¿Oyes linda? Lo más tarde a las diez, y así comenzarás a vivir como diosa, y yo me sentiré un Dios a tu lado.

Para que mi pobre mesa no te parezca tan rustica, te he comprado tus platos, tu cubierto, tus tacitas, y tu servilletita. La escasa comida, te la supliré con más caricias.

Adiós mi relicaria, y que amanezca pronto mañana para que me traigas vida y alegría.

Tuyo infinitamente A.



Lunes 31 de diciembre de 1928

Una noche feliz, con toda la ventana abierta, mirando las estrellas. Algunas se te parecían, pero ninguna tenía tus labios ni tu gracia. Sin duda no estabas ahí. ¿Dónde estarías?...

Mi Hortensia, finalizamos este año doloroso y feliz en el cual nuestra vida encontró un cauce. Lo que nos queda es trabajar. El árbol ha crecido, abonado con dolores sin cuento; ahora tendría que fructificar. Que mi palabra escrita, la última de este año, sea para darte gracias, para confirmarte mis votos, para decirte que confío en ti.

Ayer me dijistes una frase que necesita esclarecerse: me dijistes que te asustaba, a veces, la intensidad de mi amor, porque sería yo capaz de hacer algo malo, si tú me incitaras a ello, no, hijita: no soy capaz ya de hacer ningún mal premeditado, consciente. En mis arrebatos de ira, puedo cometer toda absurdidad y locura, pero dañar a nadie, o hacer algo ruin, sabiéndolo yo, no podría. Estoy seguro de que ha pasado ya para mí, la posibilidad del mal deliberado.

En momentos de transporte, cuando busco en mí mismo una frase que diga plenamente como te amo, afirmo que haría lo que me pidieras, aunque fuera malo. Yo sé que jamás sucedería. Nunca me has incitado al mal ni a la bajeza. Nunca prefirieran tus labios palabras que no fuera para inducirme a la rectitud, al desinterés, a la justicia, a la nobleza.

Y yo estoy plenamente seguro de que así serás siempre. Estoy más seguro de ti que de mí mismo. Y por eso te amo; porque de ti como del sol no me vienen sino claridades y esplendores.

Además, nanita, este año que vienes, ya no te mimaré ni pasaré de rodillas admirándote. Ahora viene el tiempo del látigo: prepare sus espalditas, porque se las voy a azotar, aunque tenga luego que curárselas a fuerza de besos. Este año le voy a quitar todos sus vicios, defectos, manías y perversidades, hasta convertirla en un zafiro hondo, cristalino que refleje fielmente desde la luz de una luciérnaga, hasta las efluvias de Aldebarán. Este año aprenderá a vivir como diosa: libre, serena, valerosa, sencilla y magnificente, como una hija de su padre Helios, que la necesita perfecta, llena de fuerza y de gracia, para nuestra obra. Así es que prepare sus costillitas, porque yo tengo la mano dura.

Dulcecita mía, que la bendición de todos y sin sombra ninguna de mentira.

Las criaturas desciendan sobre tu cabeza, para que luego refluya de tu corazón protector y consolador. Divina mía, hasta la tarde. Alberto.



1928.

Chere fille

Mañana es mi viaje seguramente, a la libertad.

Dejo todo arreglado en mi oficina, incluso trabajo para mañana. Así es que no iré esta tarde. Te ruego, pues, madrecita, que vengas inmediatamente.



1928.

Querida hijita,

Tranquilízate: todo ha vuelto a normalizarse, y es muy probable que así continúe. Falta muy poco para que termine esta expectativa de zozobra.

Estoy bien, trabajando mucho en mi última carta, escribí una estupidez que necesito rectificar: “Que los procedimientos de trabajo de nuestros amigos eran infantiles”. Por el contrario, son sabios y formidables. Hablé sin saber, como es habitual. Ahora los conozco, y me parecen muy buenos.

Por prudencia no te veré aún, solo que haya una oportunidad que me parezca segura. Reinas en mi corazón y en mi mente, más que nunca.

Te bendigo, compañera mía adorada.



Fechas. ¿1928?

Hijita, ahí va, en calidad de borrador, y para que me devuelvas luego una copia, esa primera parte del Dinero Maldito. Quiera Dios que la impresione y la convenza, y la mueva a la acción en alguna forma. Porque es acción lo que se necesita, es trabajo y no admiración. O vivimos nuestras ideas, o más valdría no tenerlas, Con meras palabras y entusiasmos (ilegible) no se han de curar nuestros males. Nuestro género de acción, es propagar, mostrar nuestra fe; hablarla y vivirla.

En cuanto a mí, cada vez más triste, estoy llegando al momento en que diré y sentiré que “Los míos son los que me siguen, los que hacen como yo”. ¡Recuerdos!

A.M.



1928

Hijita,

Te ruego que me prestes un libro de poesías en que están las de Antero de Quental y otros- En un volumen empastado, pequeño y gruacesito. Si no lo tienes a mano, déjalo para mañana y lo traeré yo.

Inmenso bien me hizo tu papelito de ayer. Me volvió la confianza, y mi mente se aclaró de nuevo. ¡Que milagro este de que un ser profundamente amado crea en uno! Un verdadero poder creador, capaz de sacar agua de una peña.

Anoche dormí bien, y ahora estoy (ilegible), ¿y tú? No te escribo más, porque no hay tiempo. Adivina tu cuanto quisiera decirte. For Ever my Dear.



MISIÓN

“Formar profesionales con excelencia académica y calidad humana, impartiendo una educación integral, que los disponga a aprender y compartir conocimientos de vanguardia, contribuyendo a la evolución de la sociedad, la ciencia, la tecnología y la cultura, a nuevos ámbitos de desarrollo”

VISIÓN

“La USAM aspira a ser líder en la formación sostenible de los estudiantes como personas de bien, orgullosos de su profesión y casa de estudios, mediante el empleo racional y creativo de recursos y procesos educativos, en beneficio de la sociedad y su desarrollo”

Hace décadas cuatro para ser exactos, comenzamos; claramente con ilusiones y sueños a tratar de poner nuestra contribución a fin de incorporar elementos formativos a una sociedad y juventud ansiosa de conocimientos; naturalmente con algo de frustración, por los acontecimientos de la época en esa oportunidad realizamos un amplio análisis de diferentes personalidades que a nuestro juicio pudieran contribuir a enaltecer los verdaderos valores de nuestra nacionalidad. Dentro de ese análisis naturalmente fueron puestos en perspectiva diferentes personalidades que han convertido nuestro país en un lugar importante, no obstante ello, cuando nuestro análisis se centró en la parte educativa; los compromisos adquiridos y la forma magistral en que fueron desarrollándose inmediatamente surgió la figura relevante de nuestro querido Alberto Masferrer, quien con su esfuerzo quiso moralizar a la sociedad a fin de que fuera más justa y equitativa y busco afanosamente hasta su muerte aquellos derechos y deberes que permitieran al conjunto de sus individuos satisfacer las necesidades básicas a lo que el llamo Minimum Vital; desde esa perspectiva fue y será sin ninguna duda uno de los pensadores centroamericanos más originales, en la medida en que rompió moldes y abrió nuevos caminos en muchos campos.

Por esa razón, no dudamos ni un solo instante en que nuestra querida Universidad Salvadoreña Alberto Masferrer llevase con justo orgullo el nombre de ese ilustre pensador salvadoreño, y a partir de ese pensamiento y decisión hicimos todo lo que las leyes del país establecían en la época, para que nuestro sueño de fundar una nueva universidad fuese una verdadera realidad. En ese orden el día 24 de noviembre de 1979, queda fundada en San Salvador capital de la república la Universidad Salvadoreña Alberto Masferrer. Siendo la primera universidad privada en impartir las carreras de Ciencias de la Salud humana y Animal y la tercera en Ciencias Jurídicas.

Desde aquel hermoso inicio, hemos puesto todo nuestro esfuerzo y sacrificio en hacer que el nombre del ilustre maestro de maestros Alberto Masferrer se sienta cómodo desde la augusta presencia celestial en nuestro trabajo, el que para decirlo con toda propiedad de ninguna manera ha sido fácil, pero la providencia en el esfuerzo constante y decidido de generaciones y generaciones de alumnos; docentes; personal administrativo ha hecho posible que podamos decir con orgullo cuarenta años después de aquel hermoso momento; hemos cumplido, nuestra universidad se siente vigorosa y fuerte y con la intención firme y decidida de retar al futuro no solo para transformarlo; pero también para convertirlo en oportunidades para las actuales y futuras generaciones de estudiantes; profesores, así como de todos los colaboradores que día a día esperan que su esfuerzo cotidiano de los frutos que espera nuestra patria: Ser grandes.